Eduardo Álvarez Pedrosian

Casavalle bajo el sol

Investigación etnográfica sobre territorialidad, identidad y memoria en la periferia urbana de principios de milenio

UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Casavalle bajo el sol

Investigación etnográfica sobre territorialidad, identidad y memoria en la periferia urbana de principios de milenio

bibliotecaplural

Eduardo Álvarez Pedrosian

Casavalle bajo el sol

Investigación etnográfica sobre territorialidad, identidad y memoria en la periferia urbana de principios de milenio

La publicación de este libro fue realizada con el apoyo
de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) de la Universidad de la República.

El trabajo que se presenta fue seleccionado por el Comité de Referato de Publicaciones
de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación de 2012 integrado por Rosario Radakovich,
L. Nicolás Guigou y Lisa Block de Behar.

Tiene el aval de la Subcomisión de Apoyo a Publicaciones de la CSIC,
integrada por Luis Bértola, Carlos Demasi y Liliana Carmona.

Producción editorial del equipo de Ediciones Universitarias:
Equipo de Ediciones Universitarias (diseño de interior)
Andrea Duré (diagramación de interior y tapa)
Nairí Aharonián Paraskevaídis (revisión de textos)

© Eduardo Álvarez Pedrosian, 2012
© Eduardo Álvarez Pedrosian, 2025

© Universidad de la República, primera edición: 2013; segunda edición actualizada y corregida: 2025

CC BY-NC-ND 4.0

Licencia Creative Commons
Atribución - No Comercial - Sin Derivadas (CC-BY-NC-ND 4.0)

Ediciones Universitarias,
Unidad de Comunicación de la Universidad de la República (UCUR)

José Enrique Rodó 1866
Montevideo, CP 11200, Uruguay
Tels.: (+598) 2408 5714 - (+598) 2409 7720
Correo electrónico: <ucur@udelar.edu.uy>
<https://udelar.edu.uy/portal/institucional/comunicacion/ediciones-universitarias/>

ISBN: 978-9974-0-2306-2
e-ISBN: 978-9974-0-2307-9

COMISIÓN SECTORIAL DE INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA
CSIC

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA URUGUAY

Contenido

Agradecimientos 9

Presentación de la Colección Biblioteca Plural, *Rodrigo Arocena* 11

Prólogo, *Diego Barboza* 15

Prefacio a la segunda edición, *Eduardo Álvarez Pedrosian* 19

Introducción. Investigar e intervenir: formas de la participación 23

i. Casavalle: una zona, un barrio, un lugar. Periferia urbana y fragmentación de la subjetividad 35

ii. Territorialidad de barrio jardín, complejos habitacionales y asentamientos. Tres lugares y muchas situaciones 61

1. La llegada: los sujetos y sus circunstancias 63
2. Una lógica de fragmentación 71
3. La contaminación, una mancha voraz 83
4. La expansión de la ocupación en los bordes de lo urbano 91
5. El hacinamiento y la compartimentación 99
6. Entre la homogeneización previa de los complejos y la fluidez del asentamiento 109
7. La particularización de la autoconstrucción 119

iii. Identidades de un Casavalle múltiple. El poder de ser más allá de los estigmas 127

8. Hacia las ciudades 129
9. Por los caminos de la región 141
10. Sosteniendo otros hogares 153
11. En los cuarteles y comisarías, en Haití o el Congo 165
12. Recolectando y clasificando basura 175
13. Haciendo feria o por donde sea 185
14. Usando las manos: de la madera al *hardware* 197
15. La presencia afrodescendiente y su transversalidad 203
16. Estigmatizaciones 217
17. Pasta base: donde el círculo se cierra 231

IV. Tras las huellas de los procesos. Construyendo en la intemperie 245
18. 1908. Quintas y barrios jardín 247
19. 1958. Las Sendas 253
20. 1972. Los Palomares 263
21. 1985. Los años neoliberales y la proliferación de asentamientos 279
22. 2002. La última crisis y las nuevas políticas sociales 287

Conclusiones 301
23. Un colaje en la ciudad 303
24. Por una política instituyente 309

Glosario de términos 313

Siglas institucionales 315

Bibliografía 317

Ilustraciones color 325

Agradecimientos

Esta investigación hubiera sido imposible sin la existencia de un trabajo profundo y de largo alcance de Diego Barboza, María Verónica Blanco Latierro y Laura Barboza en diferentes ámbitos institucionales durante los años previos a nuestra llegada e inmersión en la zona. Gracias a ellos pudimos llevar a cabo la intervención dentro de la cual esta investigación tuvo su sentido principal. También ha sido fundamental el apoyo de la Unión de Mujeres Uruguayas por el Pan, la Democracia y la Paz (UMU). A sus integrantes, y en especial a Magdalena Sueiro, toda nuestra gratitud por su apoyo institucional, su sabiduría y su solidaridad presentes en cada instancia del proceso. Lo mismo para todo el conjunto de colegas que trabaja y participa de múltiples formas en la zona, en especial a los responsables del Programa Uruguay Integra del Ministerio de Desarrollo Social, dentro del que nuestras actividades encontraron su marco general, y para los cuales la integración de una investigación de corte etnográfico resultó de interés y valor.

Y por supuesto agradecemos a cada uno de los vecinos, amigos y conocidos que habitan en la cuenca Casavalle, en especial a los de la Unidad Casavalle *(Las Sendas)*, Unidad Misiones *(Los Palomares)*, barrio Jardines del Borro y el conjunto de asentamientos ubicados entre ellos. Esta investigación es para ustedes, con eterna gratitud por dejarnos participar en sus universos de existencia, conocer sus vidas, asomarnos a sus intimidades y pensar junto a ustedes posibles caminos de transformación.

Presentación de la Colección Biblioteca Plural

La universidad promueve la investigación en todas las áreas del conocimiento. Esa investigación constituye una dimensión relevante de la creación cultural, un componente insoslayable de la enseñanza superior, un aporte potencialmente fundamental para la mejora de la calidad de vida individual y colectiva.

La enseñanza universitaria se define como educación en un ambiente de creación. Estudien con espíritu de investigación: ese es uno de los mejores consejos que los profesores podemos darles a los estudiantes, sobre todo si se refleja en nuestra labor docente cotidiana. Aprender es ante todo desarrollar las capacidades para resolver problemas, usando el conocimiento existente, adaptándolo y aun transformándolo. Para eso hay que estudiar en profundidad, cuestionando sin temor pero con rigor, sin olvidar que la transformación del saber solo tiene lugar cuando la crítica va acompañada de nuevas propuestas. Eso es lo propio de la investigación. Por eso, la mayor revolución en la larga historia de la universidad fue la que se definió por el propósito de vincular enseñanza e investigación.

Esa revolución no solo abrió caminos nuevos para la enseñanza activa sino que convirtió a las universidades en sedes mayores de la investigación, pues en ellas se multiplican los encuentros de investigadores eruditos y fogueados con jóvenes estudiosos e iconoclastas. Esa conjunción, tan conflictiva como creativa, signa la expansión de todas las áreas del conocimiento. Las capacidades para comprender y transformar el mundo suelen conocer avances mayores en los terrenos de encuentro entre disciplinas diferentes. Ello realza el papel en la investigación de la universidad, cuando es capaz de promover tanto la generación de conocimientos en todas las áreas como la colaboración creativa por encima de fronteras disciplinarias.

Así entendida, la investigación universitaria puede colaborar grandemente con otra revolución, por la que mucho se ha hecho pero que aún está lejos de triunfar: la que vincule estrechamente enseñanza, investigación y uso socialmente valioso del conocimiento, con atención prioritaria a los problemas de los sectores más postergados.

La Universidad de la República promueve la investigación en el conjunto de las tecnologías, las ciencias, las humanidades y las artes. Contribuye, así, a la creación de cultura; esta se manifiesta en la vocación por conocer, hacer y expresarse de maneras nuevas y variadas, cultivando a la vez la originalidad, la tenacidad y el respeto a la diversidad; ello caracteriza a la investigación —a la mejor investigación— que es, pues, una de las grandes manifestaciones de la creatividad humana.

Investigación de creciente calidad en todos los campos, ligada a la expansión de la cultura, la mejora de la enseñanza y el uso socialmente útil del

conocimiento: todo ello exige pluralismo. Bien escogido está el título de la colección a la que este libro hace su aporte.

La universidad pública debe practicar una sistemática Rendición Social de Cuentas acerca de cómo usa sus recursos, para qué y con qué resultados. ¿Qué investiga y qué publica la Universidad de la República? Una de las varias respuestas la constituye la Colección Biblioteca Plural de la CSIC.

Rodrigo Arocena

Casavalle es casi un barrio
en América Latina
donde el Uruguay sumerge
lo que crece y lo margina
crece el hambre crece el grito
la violencia que termina
puesta en los televisores
a la hora de la comida
qué comida qué trabajo
cuando las generaciones
se acostumbran a durar
salteándose los renglones
meta vino meta faso
que te rompa la cabeza
para seguir engañando
al invierno en camiseta
Casavalle bajo el sol
Casavalle
el color de la pobreza bajo el sol
el cementerio de un lado
la vida lucha en el otro
cada día se levanta
aunque se derrumbe todo
las casas y corredores
siguen repletos de gente
gente que no es invisible
gente que no es diferente
Casavalle es un cuchillo
que se clava en tu garganta
es un fuego que te quema
los ojos y las entrañas
es la esperanza que llora
es la calle sin vereda
que quiere matar la suerte
que sigue dando pelea

Jorge Schellemberg, «Casavalle»,
AntroPOPfagia, Montevideo: Zapatito, 2006.

Prólogo

Lo primero que debemos hacer antes de prologar este más que significativo aporte que ofrece el estimado amigo Eduardo Álvarez Pedrosian, es agradecerle el honor que nos significa esta posibilidad de escribir al principio mismo de la producción.

Agradecemos porque así deberían ser siempre las cosas. Agradecer en todos los órdenes de la vida, agradecer por hacer más de lo que se esperaba y agradecer por hacer, lo que había que hacer.

Vivir comprometidos y vivir su ausencia

No perdamos de vista esa relación existente entre compromiso y ausencia... pues así habitamos estos tiempos. Algo vinculado al abandono de uno mismo y del otro, convierte nuestra estructura social en una suerte de trazos de indiferencias, de ausencias, de abandonos de los mínimos indispensables para el encuentro. Además, continúa existiendo un conjunto que no se ha abandonado a esa suerte de deserción de la sensibilidad y que se mantiene en pie queriendo afectar positivamente y dejándose afectar en el encuentro; son indudablemente los que mantienen trazos de posibilidad, de esperanza, de construcción responsable, de responsabilidad.

Por eso agradezco tanto a Eduardo como al resto del equipo, agradezco a las vecinas y a los vecinos, agradezco también a la compañera que ahora limpia la oficina desde la cual estoy escribiendo.

La capacidad de producir un texto para todos

El aporte de Álvarez Pedrosian en esta obra alcanza claramente diferentes niveles de complejidad. Lo convierte, como hemos dicho en el subtítulo, en un texto para todos. El libro que prologamos podrá ser leído por los vecinos y vecinas, servirá de marco contextual para todos aquellos maestros, educadores, etc., que quieran ubicar su tarea ahora en un territorio historizado. Podrán seleccionar material y trabajar con niños y adolescentes historia de la Cuenca, identidades, diferencias. Lo podrán utilizar los actores políticos locales para enriquecer sus reclamos y luchas. Lo utilizará la academia como producción teórica del más alto nivel, otros que quieran continuar profundizando en algunos de los aspectos que el libro aborda también lo consultarán, y entre otros, lo deberán considerar todos aquellos individuos con responsabilidad de gobierno y Estado para repensar la

política de intervención, la social, la económica, la de vivienda, la de trabajo, la de deporte; *la política toda*.

Es que esta obra no será publicada en cualquier momento: se inserta en un momento en el cual las contradicciones del sistema que habitamos y sus efectos vienen desbordando lo deseado. El sistema de producción capitalista y sus lógicas de autoperpetuación van generando horizontes a alcanzar, zanahorias perseguidas por casi todos, en una carrera que desde la partida misma va dejando, segundo a segundo, competidores por el camino. Seres humanos que van siendo reacomodados, «contenidos», confinados, gobernados entre los cantegriles, las cárceles y los *shoppings*.

No hay profundidad sin organicidad, no hay entrada si no hay confianza

Ganar la confianza o heredarla, recibirla de otros como ofrenda. Lo cierto es que si no existe ese acuerdo de lealtades verbales no es posible entrar, llegar, encontrar a esos otros que se permiten hallar, que se han dejado encontrar.

El trabajo de este investigador se enlaza de esa manera, entra al territorio de la cuenca a partir de la organicidad de otros. De la de actores locales como de la de aquellos que sin pernoctar en el territorio hace años lo recorren de sol a sol. Entra en una suerte de coladera gramsciana desde esa perspectiva de la intelectualidad orgánica, desde ese pensar desde, para y con, en un marco político e intelectual mucho más amplio que aquel al que se pertenece o se habita por decisión.

Eduardo mete la academia en el territorio y la introduce a su manera, con su ser político, con su compromiso, con la lealtad a su profesión y con profundo respeto hacia el conjunto todo de las personas que él, tenaz e incisivamente, roza.

Es que este uruguayo armenio es un delicado pescador de subjetividades, de esos que lejos están de la depredación. Pescador que captura su presa con cuidado y amor, que agradecido la observa, la muestra y con la misma pasión la devuelve a aquel lugar de donde emergió para que siga su existencia, para que se sepa existiendo en un inmenso mar de encuentros y desencuentros, incierto, cambiante, construible, deseable.

Vidas, seres humanos y subjetividades en el tiempo

Esta obra que nos va seduciendo página a página nos lleva a la época misma de la colonia, y desde allí nos trae al hoy entre documentos escritos, voces documentales de los entrevistados y desborde intelectual y precisión conceptual del autor. No hay un solo párrafo que pueda ser salteado, un concepto obviado ni una sola descripción hecha a un lado. En este texto todo habla: las palabras hablan y las fotos hablan.

Desde la mirada de los propios vecinos, Eduardo nos invita a aprehender algunos aspectos de un país todo. Historias de indiferencias, de solidaridad, de integración y de racismos nos llevan más allá de Casavalle, más allá de la capital, allá bien al norte del Uruguay y más allá de la frontera, entre Brasil y Argentina también nos conducirá.

Y como todo buen libro nos aporta, nos deja aspectos nuevos, nos devela problemas que no hemos sabido mirar o que hemos mirado con un solo ojo, aspectos que, quién sabe por qué, no hemos podido mirar.

Hace ya tiempo venimos buscando las raíces de la pobreza económica y de la exclusión, y más allá de miradas más o menos ideologizadas, más o menos exactas, nos quedan muchos elementos por capturar.

Este libro da luz a un período oscuro en sí mismo y oscurecido en la magnitud de sus daños por una suerte de miradas acotadas de los efectos. Refiero a los otros aspectos de la dictadura militar, sus componentes subterráneos, sus efectos profundamente nefastos en el entramado social. Con una potencia simbólica devastadora, casi intangible y también harto difícil de reparar.

Otro dato de tipo genealógico. En el período oscuro iniciado ya antes del 1973, hubo otros derechos humanos violados. En la dictadura hubo mucho más que encierro concreto en prisiones, tortura física, desaparición y muertes de tinte ideológico. Esta misma forma de terror operó también en los sectores de pobreza económica o como se los quiera referir. A estos sectores también los secuestró, los confinó, los inhabilitó simbólicamente, los desapareció de la otra urbe y a muchos, entre hambres y balas, también los mató. Otra suerte de horror opacado por otros horrores que también —al mismo tiempo— ocurrieron.

En fin, un libro para leer, un libro para disfrutar, para estudiar, para aprender, para actuar. Álvarez Pedrosian nos acerca al territorio de los desterrados, a la voz de los que casi no la tienen, a la vida de los sobrevivientes; nos ubica, nos atraviesa y, al igual que lo dijo el poeta, nos vuelve a mostrar «que el olvido está lleno de memoria».

Muchas gracias
Diego Barboza

Prefacio a la segunda edición

Eduardo Álvarez Pedrosian

Doce años han transcurrido desde la publicación de este libro, que, gracias al apoyo y a los esfuerzos de nuestra Universidad de la República, se reedita en esta ocasión. Antes que nada, no puedo más que estar sumamente agradecido por ello, algo que escapaba a todas mis expectativas, a pesar de algunos comentarios muy cercanos que iban en ese sentido. Es un inmenso honor, así como un compromiso renovado, que en esta era de la inmediatez se decida dedicarle tiempo y recursos a este trabajo.

El tiempo transcurrido entre aquella primera edición y el presente está cargado de enormes aprendizajes, en medio de las transformaciones que el propio fenómeno en cuestión ha ido experimentando, de lo cual hemos podido ser partícipes en la medida de las posibilidades. La decisión de no alterar en nada el original salvo mínimas correcciones estilísticas responde, asimismo, a una constatación sobre la capacidad de la investigación etnográfica por trascender en la mediana y larga duración la producción de un conocimiento que, al mismo tiempo, se construye a partir de la profundización en un presente en devenir. Las experiencias que suscitamos en nuestro proyecto original son el plano de inmanencia de ese conocimiento, pero este fue la pista de despegue para explorar en diversos niveles de implicancia con quienes participaron tanto el pasado como los futuros posibles que se desprendían virtualmente por entonces, todo lo cual le da la proyección antes referida. Esa creemos es la manera de contribuir a la creación de conocimiento emergido de lo concreto de la experiencia, consciente de sus alcances y limitaciones. Y parece que, en efecto, esta investigación sigue teniendo vigencia, en este sentido, pues lo analizado aquí da cuenta de un proceso para nada concluido, más bien todo lo contrario.

Para cuando *Casavalle bajo el sol* se publicó, la ya concebida como Cuenca Casavalle era el paradigma de periferia urbana montevideana. Como se plantea en la introducción, pudimos construir un dispositivo de investigación dentro de un equipo interdisciplinario de intervención en el marco de políticas de inclusión social, algo por entonces bastante poco común en nuestro medio. El propio ejercicio también consistió en una experimentación teórico-metodológica que alimentó nuestras indagaciones en clave experimental y colaborativa, todo lo cual no hizo más que acrecentarse en el tiempo transcurrido. Este libro salió a la luz a pocos meses de creado nuestro grupo de base, el querido Laboratorio Transdisciplinario de Etnografía Experimental (Labtee), y, por tanto, constituye uno de los hitos originales de mayor importancia para su constitución. Así, a partir de la elaboración

de esta obra, hemos podido contribuir al conocimiento tanto de las problemáticas socioterritoriales en cuestión como a las formas de abordarlas, tanto desde lo local como desde lo regional e internacional, en varias redes en las que seguimos envueltos. No es un dato menor, tampoco, que el proceso de trabajo de campo y de elaboración y escritura del libro se hayan dado desde antes, durante y después de que llevara a cabo mi tesis doctoral, dedicada, justamente, a la filosofía de la práctica antropológica contemporánea. Esta obra es, por ello, la contraparte etnográfica de esa investigación ontológica y epistemológica, publicada un par de años antes, en medio del proceso completo de esta investigación.

Pero más interesante es el contexto más amplio en el que este libro surgió y cómo fue recibido. Entre las múltiples interlocuciones que se despertaron desde su aparición, no puedo dejar de referirme a una en concreto que considero de las más significativas. Aún recuerdo cuando encontré el camino dentro del palacio municipal de Montevideo para llevarle al Departamento de Planificación un ejemplar impreso. Allí conocí a dos grandes arquitectos y urbanistas, encargados directamente de lo que fue la confección del Plan Cuenca Casavalle, surgido durante los mismos años durante los que fue confeccionada esta publicación. Ellos ya habían considerado algunos insumos que se retomaban en el libro, en especial la primera parte, donde se hace una reconstrucción sociohistórica del proceso de gestación y de configuración del territorio en cuestión, bajo la problematización de la misma entidad, cuestión que todavía sigue resonando, aunque de otras formas: de qué hablamos cuando nos referimos a Casavalle. A partir de allí, los vínculos con esa unidad departamental y con otras, así como con el Municipio D a partir de la mesa de coordinación del plan, han sido de una gran fluidez, lo que aprovecho también en esta ocasión para agradecer profundamente, por lo que implica para el ejercicio académico tantas veces alejado de las posibilidades de incidir en el debate público más cercano a las tomas de decisiones sobre las condiciones reales de aquello que es estudiado. Cuestión por demás debatida, controversia que no se cerrará nunca, referida al papel del conocimiento y de las relaciones entre la investigación científica y el ejercicio de la política en sociedades democráticas como la nuestra. De todo ello hemos seguido aprendiendo gracias a esta obra.

Lo mismo considero en relación con diversos colectivos y colegas que han hecho múltiples investigaciones referidas a la zona en cuestión, a fenómenos similares en otros territorios y según territorialidades que, de una u otra manera, se vinculan con los temas que aquí se analizan. Dentro del amplio campo de las ciencias humanas y sociales, envueltos también en debates de gran repercusión en la política nacional y con resonancias regionales e internacionales, nuestro libro ha sido usado, como debe ser, como una herramienta, como una composición de mapas sobre las territorialidades y los procesos de subjetivación más ampliamente centrados en los modos de habitar

y sus implicaciones sociales, culturales y políticas. Es imposible nombrarlos aquí, pero sí es justo agradecerles por las interlocuciones generadas, fuente también de grandes aprendizajes. Esto incluye la puesta en uso del libro en diversos espacios de formación académica, de grado y de posgrado, donde estudiantes han generado lecturas por demás interesantes, renovando debates e impulsando aplicaciones innovadoras que le dan vida al conocimiento generado. Y también incluye el uso que se le ha dado por parte del gran contingente de equipos técnicos que trabajan cotidianamente en la zona, poniendo el cuerpo ante las adversidades y reafirmando los esfuerzos por construir y fortalecer soluciones para los grandes problemas que sufren estos y otros territorios, fruto de la exclusión, de la producción estructural de la pobreza y de la segregación de grandes sectores sociales.

En el tiempo transcurrido hemos ampliado considerablemente los casos etnográficos de exploración, al tiempo que se fue complejizando el análisis y se amplió el alcance de nuestras investigaciones, todo lo cual estuvo acompañado de la consolidación y del crecimiento del grupo de base que posibilita este tipo de abordajes, no sin dificultades en la logística para sostener todo ello. Otros territorios y territorialidades periféricas se han incorporado, junto al desarrollo de nuevos proyectos, actividades e instancias en la zona de la Cuenca Casavalle.

Cuando apelábamos en el subtítulo al uso del término *periferias*, lo hacíamos procurando provocar una problematización concomitante a lo que ya venía planteándose desde ciertas perspectivas críticas con los modelos tradicionales de comprensión de las dinámicas urbanas. Pero no por poner las categorías en crisis desaparecen ciertas tendencias productoras de aquellas realidades que hace falta transformar; no por relativizar los hechos estos desaparecen, sino que, por el contrario —como nos enseña el extrañamiento etnográfico—, esto nos habilita un tipo de comprensión aun más profunda en sus consideraciones. Ya en estas páginas se encuentran argumentos en tal sentido, que procuran visibilizar aquellos diseños socioambientales y modos de habitar, ligados a tradiciones con sus memorias colectivas y prácticas cotidianas, asociados a formas otras que escapan a la clásica dicotomía centro/periferia, aunque el modelo seguía y sigue imponiéndose con sus reglas de juego.

Creemos que uno de los mayores aprendizajes en estos años alimenta esta línea de trabajo, a la par de la innegable necesidad de profundizar la democratización y el alcance de los derechos para contrarrestar los efectos perversos de un sistema generador de las condiciones de vulnerabilidad que dominan el panorama de estos territorios.

En esta ampliación y complejización de nuestras exploraciones etnográficas fuimos involucrándonos en otros tipo de contextos vulnerables, como en cascos históricos, así como las prácticas creativas de resistencia y el potencial para la innovación social que se desprende de ellas nos fue poniendo ante la certeza de que las condiciones productoras y reproductoras de precariedad

no son lo único que existe, al tiempo que procuramos involucrarnos de manera colaborativa.

Entre las propuestas que surgieron paralelamente a los tiempos de la investigación que aquí se reedita, se encuentra la creación del Complejo Municipal Salud, Cultura y Deporte (Sacude), que luego fue considerado como una pieza clave por el plan de integración sociourbana antes mencionado. Luego de una experiencia de revisita etnográfica a la zona desde el área de la Gruta de Lourdes, lo que nos permitió desarrollar una mirada oblicua y una nueva entrada hacia otras dimensiones y aspectos del fenómeno, generamos lazos que no cesaron de consolidarse con el complejo municipal ubicado en el histórico Barrio Municipal, especialmente importante por su dinámica de cogestión, la cantidad y calidad de actividades que alberga, el alcance cada vez mayor de vecindarios involucrados —además de los otrora asentamientos integrados en el proceso—, lo que es uno de los principales motores de transformación para toda la zona y más allá. Hacia el otro extremo, volviendo al área en la que desarrollamos esta investigación, centrada en la articulación de las unidades Casavalle, Misiones, el barrio Jardines del Borro y los asentamientos intersticiales entre ellos, el plan llevó a cabo algunas de las intervenciones arquitectónicas más importantes, como la plaza inaugurada el mismo año de la primera edición de esta obra y, unos años después, el Centro Cívico Luisa Cuesta. Según nos narró la bibliotecaria encargada, el libro ha tenido una vida por demás interesante, en tanto ha sido material de consulta permanente tanto para los equipos técnicos como para habitantes en general.

Con la esperanza de seguir generando insumos para alimentar el pensamiento colectivo, única forma de alcanzar nuevos horizontes de transformación real ante las problemáticas acuciantes que se abordan en estas páginas nos queda mucho camino por recorrer. Esta reedición, insistimos, implica tanto un reconocimiento de los aportes hechos como la reafirmación de un compromiso, tanto personal como colectivo, en el camino trazado desde entonces.

Montevideo,
setiembre de 2025

Investigar e intervenir: formas de la participación

> *Nazareno*: Hoy estamos haciendo esta reunión con ustedes, porque los tenemos como amigos... si no tuviéramos esa mirada de amistad, de fraternidad, no sería posible esto. Porque nosotros no nos entregamos como conejitos de indias, no andamos hablando con cualquiera para que saquen algo de «los pobres negros». Nosotros nos sentimos de igual con ustedes, si no, no sería posible esto. Y por eso también nos atropellamos y hablamos uno arriba del otro [risas colectivas].

Esta investigación de corte etnográfico está inscrita en un proceso de intervención llevado adelante desde mediados de 2007 a mediados de 2009 por un equipo de trabajo conformado por psicólogas especializadas en psicología social comunitaria y psicoterapia (María Verónica Blanco Latierro, Laura Barboza y Mariana Alberti), un maestro de aula y comunitario, que a su vez cursa estudios en filosofía (Diego Barboza), profesoras de artesanías con décadas de trayectoria (Rosario Real y Ofelia De Ávila) y vecinos que se integraron al proyecto desde actividades educativas y de participación política, todo ellos previamente relacionados entre sí y con intervenciones promovidas por parte de nuestro equipo, gracias al marco ofrecido por el llamado Plan de Equidad (Peq).[1] Desde un principio, pensamos la investigación como un dispositivo más *entre* los espacios de intervención que funcionaron semanalmente concretamente durante más de un año, y que fueron planificados y evaluados durante y posteriormente al cierre de las actividades. La investigación debía ser transversal, tomar como campos de exploración a los contextos donde se desarrollaba la intervención: talleres de artesanías, de informática, de escolarización para adultos, de reflexión y gestión de los problemas propios

1 «Atender las situaciones de extrema vulnerabilidad social con respuestas inmediatas y sin dilaciones; esa fue la impronta de la primera etapa en el desarrollo e implementación de las políticas públicas sociales en Uruguay a partir de marzo de 2005. En consecuencia se ejecutó el Plan de Atención Nacional de la Emergencia Social (PANES), que finalizó en diciembre de 2007 con buenos resultados en la medida en que pudo reducirse la tasa de indigencia en un 50 % [...] A partir del 1.º de enero de 2008 entró plenamente en vigencia el Plan de Equidad (Peq) [...] como una estrategia de reducción de la pobreza y de la desigualdad, en la procura de la equidad económica, social, territorial, étnico-racial, intergeneracional y de género, abarcando el conjunto de la población y no solamente a los sectores en situación de vulnerabilidad socioeconómica, aun [...] cuando estos siguen siendo los grupos prioritarios en términos de acumulación de intervenciones estatales» (Mirza, 2010, pp. 303-304).

del barrio. Este último fue, por su carácter, la pista de despegue de la investigación. En talleres semanales, fuimos introduciéndonos en el campo al mismo tiempo que describíamos, diagnosticábamos y planteábamos alternativas ante los problemas vinculados, en principio, al entorno —léase las cuestiones ambientales, urbanísticas y relativas a la convivencia. Desde allí, la investigación logró constituirse ella misma en un dispositivo de intervención, y no en la extracción de información a partir de prácticas ajenas, observables desde una presunta neutralidad.

Evidentemente, en tanto proceso de creación de conocimiento y pensamiento, el conjunto de actividades y productos, como este libro, no es de la misma naturaleza que los resultados obtenidos en los otros espacios de intervención propiamente dichos. Comenzamos trabajando junto a vecinas que habían participado antes en intervenciones llevadas adelante por una parte importante de nuestro equipo. A ellas se les sumaron, paulatinamente, las que fueron convocadas a partir del listado que el Ministerio de Desarrollo Social (MIDES) nos había entregado. La nómina estaba integrada por habitantes que fueron considerados propicios para incorporarse a procesos de integración social en sus más variadas formas. Entre todas estas, nosotros creímos que podía ser viable llevar a cabo una investigación de corte científico-filosófico, antropológico, más específicamente. A partir de las herramientas metodológicas de la etnografía y sobre la base de una filosofía de la subjetividad siempre en gestación, nos hemos planteado esta cartografía de los procesos de subjetivación que constituyen las formas humanas que habitan la Unidad Casavalle y sus vecinos. Se trata de un mapeado de las cualidades, procesos, determinaciones y condicionantes, así como de los acontecimientos que implicaron la creación de novedad, una ruptura, una nueva serie de procesos y de fenómenos posibles.

Para ello, además de contar con las experiencias producidas en instancias dialógicas de taller con los vecinos, hicimos recorridas por el barrio, junto con ellos y en solitario, durante el período de trabajo de campo. El trabajo sobre el terreno junto a los vecinos significó una clara intervención, más cuando los participantes también integraban alguno de los espacios de los talleres, con lo cual se generaron retroalimentaciones positivas que consolidaron la presencia y la disposición al diálogo y al encuentro con el otro. Además de los talleres del llamado Espacio Barrio, y a partir de que se fueron sumando vecinos más allá de los convocados por el listado oficial, desarrollamos una serie de entrevistas en profundidad a lo largo de todo el año, en lo posible en las viviendas de los vecinos, quienes nos abrieron las puertas de sus mundos con enorme confianza y respeto. A veces, esas entrevistas volvían a convertirse en instancias grupales cuando varios miembros de la familia aprovechaban para narrar y recordar, analizar y proponer sobre cuestiones tan cotidianas pero por eso mismo no planteadas en el diario vivir. Posteriormente, mientras íbamos desarrollando los talleres del Espacio Barrio y la serie de entrevistas

en profundidad —a veces historias de vida, otras trayectorias familiares en colectivo—, y analizando el material bibliográfico proveniente de las más variadas disciplinas sobre la temática y el lugar, plasmamos los resultados provisionales, hicimos un corte en el proceso investigativo e hicimos una presentación colectiva donde los esbozos del conocimiento antropológico generado fueron puestos a disposición y ante la valoración de los propios vecinos. Esa jornada constituyó todo un acontecimiento. Fue también el cierre de una etapa de más de un año, y en algún sentido de mucho más, dada la experiencia y trayectoria del grueso de nuestro equipo en el barrio. Afortunadamente, el equipo logró mantener sus actividades y luego de una prórroga, volvió al trabajo por un año más. La investigación, en tanto proceso, pasó a otra fase. Era momento de hacer el trabajo especializado, de exprimir cada hora de entrevista, de buscar entre documentos y artículos de toda índole, de conceptualizar y de delinear la cartografía.

Investigación, intervención y aprendizaje parecen tensionar nuestro campo científico así como el de las políticas públicas y del llamado tercer sector. Debido a múltiples factores que no trataremos aquí, se ha dado una disociación entre estos tres términos, a nuestro entender, muy perjudicial. Al respecto, resulta muy oportuna la figura del «interviniente» que plantea Enríquez (1996), para lo que consideramos como la mejor actitud en el quehacer etnográfico: la «comprensión crítica» (Álvarez Pedrosian, 2004). En el viejo debate sobre la neutralidad del conocimiento científico sobre la funcionalidad de las intervenciones del estilo de las llevadas a cabo desde enfoques asistencialistas, nuestro trabajo trató de atravesar las aporías, partiendo de una perspectiva diferente, donde investigar, intervenir y aprender-enseñar están presentes al mismo tiempo, en diferentes sentido y grados, dependiendo de las posibilidades y de los objetivos, así como de las circunstancias y coyunturas. ¿Qué mejor, para lograr un nivel de integración lo más sostenible posible, que generar un mecanismo de *reflexividad* entre todas las actividades y como actividad en sí misma? Evidentemente, puede haber objetivos bien diferenciados, pero justamente de ello depende la calibración y la graduación de cada componente en particular dentro de la totalidad del dispositivo. En nuestro caso, tratamos de aportar con la mayor rigurosidad y con todas las virtudes y defectos de la práctica antropológica y filosófica en medio de dispositivos de intervención más generales orientados a la integración social de poblaciones excluidas por motivos que analizaremos en detalle.

Desde el punto de vista de quienes conciben la investigación como una actividad fuera del mundo, lo que hemos hecho constituye, quizás, una intervención más. Desde el punto de vista de quienes la ven en términos asistencialistas, como la mejora en la accesibilidad a bienes y servicios de poblaciones carenciadas, tampoco verán mayor valor en esta investigación. Pero para quienes producir conocimiento y pensamiento es en sí mismo una práctica, y para quienes esta práctica es sustancial en la forma en que los seres

humanos nos construimos a nosotros mismos en el conjunto de las demás prácticas, el contenido de esta investigación puede resultar de sumo interés. No son pocos los intentos y ensayos por articular la investigación, la enseñanza y la extensión o la intervención en términos más generales. Creemos poder aportar en este sentido, como no puede ser de otra manera, a partir de la experimentación y producción de resultados siempre locales, singulares, irrepetibles, y desde allí constituir herramientas para articular otros casos en diferentes niveles y grados de generalización.

Una investigación de corte científico y filosófico es toda aquella actividad que persigue la creación de conocimiento y pensamiento; una intervención, más en general aún, es toda actividad orientada por ciertos fines claramente perseguidos y un proceso de aprendizaje es todo aquel en el cual los sujetos involucrados enriquecen sus vidas gracias a dinámicas de adquisición y creación, de formulación y resolución de problemas en la exploración del mundo, incluidos ellos mismos. ¿Hay necesidad de oponer estas tres actividades o, más de fondo, de plantearlas como diferentes según la identificación de un nivel común? En la práctica, debemos ajustar el peso relativo y el rol de cada una de estas, que en algunos sentidos se incluyen entre sí y en otros dialogan en tensión, pero que jamás son excluyentes *a priori*.

Tomando en cuenta algunos de los aspectos, se ha pensando en la investigación-acción, la investigación-acción participativa (IAP) (Montero, 2006), la etnografía combativa, más recientemente, en la colaborativa (Lassiter, 2005), etc. Entre la observación y la participación se han tendido puentes y se han planteado diferentes posturas desde la priorización de uno u otro de los polos: observación participante, participación observacional, según el investigador sea o devenga más o menos nativo, según su tipo de implicancia. Frente a todas estas complicaciones semánticas y conceptuales se esconden dilemas en torno a los intentos por crear conocimiento, que sea valioso, por lo menos y en primer lugar para los sujetos en cuestión, «consultantes» más que «informantes» al decir de Lassiter (2005), quienes viven y constituyen los fenómenos investigados. Al respecto, nosotros nos hemos movido con absoluta libertad, es decir, ajustando y controlando en lo posible los dispositivos que poníamos en marcha, sumergiéndonos y tomando distancia según las necesidades cognoscitivas, estableciendo lo más claramente posible los roles y las pautas que definieron los vínculos entre todos los participantes en forma dinámica. Desde la premisa de la honestidad intelectual, hemos podido navegar en el océano de un universo de existencia particular, adentrarnos en formas de vida gracias a que participamos en ese mundo sociocultural.

La participación, por tanto, es cualitativamente variable y responde al tipo de actividades, a sus contextos y a sus posibilidades. Desde un primer momento, los talleres de artesanías llevados a cabo por nuestras compañeras profesoras, donde también participábamos en diferentes formas los demás integrantes —promoviendo la generación de vínculos y la grupalidad desde la

psicología comunitaria, dispensando los materiales y asegurando las convocatorias desde la gestión del proyecto, indagando en los universos de sentido y promoviendo la creatividad— estuvieron sumamente poblados. Estos talleres se convirtieron en espacios terapéuticos colectivos, donde las mujeres del barrio podían salir-se de las obligaciones y de los requerimientos tan absorbentes de sus vidas cotidianas. Entre los pedazos de telas y los diferentes tipos de cartón y papel, entre tijeras y cola de pegamento, estas mujeres pusieron toda su carga expresiva en acto, al mismo tiempo que sostuvieron de allí en más un diálogo abierto, desde donde poder integrarse entre ellas, apoyándose en el reconocimiento de las singularidades y la dignidad de ser más allá de cualquier prejuicio y estigma. Hubo que abrir dos turnos y algunas participantes concurrían a ambos. Esto significó también la adquisición de herramientas que muchas valoraron como una estrategia para la obtención de recursos en los múltiples escenarios de intercambio donde ofrecer sus productos.

El taller de informática fue planteado, como todos en general, a partir de las necesidades y los deseos de los propios sujetos. En un experiencia previa, a instancias del Plan de Emergencia del MIDES, antecesor del de Equidad (dentro del cual obtuvimos el apoyo para estas actividades), parte sustancial de nuestro equipo había trabajado en tal sentido. La informática y todo lo concerniente a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación son cuestiones de gran interés para los vecinos. El carácter esencial que presenta su incorporación al uso y la disposición de las herramientas de la llamada sociedad de la información es algo que ellos mismos sienten y creen, y con toda contundencia. No hace falta más que constatar la incorporación de la tecnología que experimentan en sus propios hijos y nietos, proceso que en la actualidad y en el futuro cercano se verá exponencialmente potenciado por la llegada de los pequeños ordenadores portátiles del Plan Ceibal (One Laptop Per Child, OLPC) a las manos de cada uno de los niños de las escuelas públicas. Luego de varios problemas para poder montar un espacio con el equipamiento necesario, así como para poder contar con el saber apropiado al respecto, el taller de informática comenzó a operar en el cíber más significativo de la zona. Su propietario, Ángel, vecino de la zona desde sus primeros años de vida, ofició a la vez de profesor integrándose a las actividades de coordinación y de gestión de la intervención desde esa tarea. El propio Ángel lo manifestó en ocasión de una entrevista para el documental que el ministerio rodara sobre el programa: llegó un momento en que ya no era posible distinguir entre quienes estaban en el cíber como integrantes de las actividades de nuestro equipo y quienes estaban allí como clientes, usuarios de internet o consumidores de productos multimedia (juegos y tonos de telefonía celular principalmente) (MIDES, 2008). Todos pasaban a integrar la clase, y entre todos aprendían sobre las nuevas tecnologías, sus usos y sus potencialidades, además de estar conociéndose como vecinos en esa experiencia. Las cualidades que definen el aprendizaje desde la metodología de la investigación

científico-tecnológica (el ensayo y error en la experimentación) se fusionaban con las interpretaciones y los procesos comprensivos propios de la vida cotidiana, más asociados al quehacer de las ciencias humanas y sociales.

El taller de educación para adultos, por su parte, se consolidó como espacio de aprendizaje directamente relacionado con los procesos pedagógicos en cuanto tales. A través del trabajo sobre materias diversas, asociadas a la lectoescritura, las matemáticas, la geografía humana, las ciencias naturales y la historia, los vecinos no solo lograban adquirir herramientas fundamentales para contar con información y conocimiento básicos para el desempeño en la sociedad contemporánea, sino que experimentaban el hecho mismo del aprendizaje como estilo de vida. No solo se acercaron a ese espacio aquellos que consideraron necesario culminar los estudios primarios, preparándose para los exámenes correspondientes, sino que muchos lo hicieron para tener actualizados los conocimientos y viva la actitud de aprendizaje para entrar en comunicación con sus hijos, con las nuevas generaciones, encontrando en el estudiar juntos las conexiones más preciadas.

Desde esas experiencias alcanzamos a plantearnos entre los participantes las cualidades que caracterizan las formas de existencia de quienes son considerados habitantes de una suerte de zona o pieza territorial específica. El proceso de conformación de esta zona, tomando el territorio de la proyectada Unidad Habitacional Casavalle n.º 2, que terminó siendo el conjunto de las unidades Casavalle I y II *(Las Sendas)*, Misiones *(Los Palomares)* y tres asentamientos (uno sobre el arroyo Miguelete, otro como relleno entre la Unidad Casavalle I *(Las Sendas)* y el barrio Jardines del Borro, y otro como extensión de la Unidad Misiones *(Los Palomares)*, llamado San Martín-Unidad Misiones), ha sido en muchos sentidos traumático. El devenir de los acontecimientos, que en todo espacio va conformando una topología, un palimpsesto de componentes de variadas procedencias en encuentros-desencuentros relativos entre sí, toda una estratigrafía de temporalidades y presencias-ausencias, ha tendido tradicionalmente a constituirse de forma fragmentaria entre desconocimientos y negaciones.

El devenir espaciotemporal del barrio es fragmentario. Si la identidad es un relato, como tantas veces se ha afirmado en la filosofía y en las ciencias humanas y sociales contemporáneas, su temporalidad constituye la forma que atraviesa y liga sus contenidos y sus expresiones. Su forma y su lógica preponderantes hasta el momento ha sido la fragmentación, el aislamiento y el repliegue sobre sí de los acontecimientos y de sus efectos en la producción de subjetividad. Cada unidad choca con la precedente y con la siguiente: el encadenamiento parece estar roto en cada uno de los eslabones.

Por ello, para comprender los contenidos y las expresiones de las subjetividades, siempre en devenir, no podemos dejar de reparar en sus características formales. Si no caeríamos en el gravísimo error de inventar *una* historia —y por tanto *una* identidad— donde no existe tal cosa, donde lo que se

encuentra es un conjunto coexistente de historias divergentes y en muchos aspectos confrontadas o negadas entre sí. Por supuesto que existen relatos híbridos, historias que incorporan acontecimientos experimentados por otros colectivos colindantes y, por supuesto, huellas de acontecimientos que los hacen partícipes en diferentes combinaciones. Coexiste todo ello: narrativas que toman como materia prima la experimentación de acontecimientos vividos solo por quienes comparten un mismo fragmento espacial, así como aquellas que se construyen según diferentes agrupaciones y síntesis en referencia a diversos fragmentos en conjuntos variados. Las distinciones generacionales también constituyen una fuente de ruptura narrativa, dada la disociación de los estilos de vida y las determinaciones entre el reducido grupo de mayores de 65 años hacia un extremo y los mayoritarios niños y adolescentes hacia el otro. Pero como característica general, existe una tendencia a la fragmentación y a la confrontación entre los diferentes estratos, momentos y circunstancias, lo que dispone a las identidades que se narran a sí mismas a recurrir constantemente al mecanismo dialéctico de negación del otro cercano.

El hecho de que —como veremos ampliamente— se comparta un mismo espacio más o menos homogéneo de tendencias similares en lo que respecta a las carencias y a las necesidades básicas insatisfechas, y que, a su vez, existan identidades particulares tan fragmentadas y en muchos casos confrontadas entre sí, nos pone ante la evidencia de lo complejo que son estos procesos de construcción. La multiplicidad de factores en juego, lo singular de su entrecruzamiento en un sujeto particular, la constante recreación y transformación en devenir que conlleva, a su vez, a una reinterpretación y evaluación siempre presentes de los pasados sucesivos, hacen de cada experiencia algo irrepetible y de cada sujeto una entidad indivisible, en el fondo imposible de objetivar. Pero las huellas inscritas en las memorias colectivas o en soportes de variada índole tienen un carácter intersubjetivo indiscutible y, por tanto, son materia prima para la objetivación, es decir, para articularlas con otros elementos y crear con ello una nueva experiencia.

Es en este sentido que optamos por hacer el movimiento de la mirada desde la identidad como esencia hacia la identidad como creación, artificialidad, donde las preguntas también se desplazan desde la búsqueda de purezas o fuentes trascendentes hacia los vectores y campos de prácticas, hacia los componentes y herramientas de la subjetividad (Morey, 1987; Álvarez Pedrosian, 2011a). La identidad en tanto relato de unas formas de ser sobre sí mismas y en coexistencia con otras posee sus elementos constitutivos, sus marcos de determinaciones, sus umbrales de consistencia y sus temporalidades. Ella es la resultante de todos estos factores, pero tampoco se agota en estos. Trataremos por tanto de cartografiar las identidades de un Casavalle múltiple, en devenir, a partir de los haceres más significativos. Desde ellos, desde las prácticas y las experiencias de los sujetos, logramos conocer las características antropológicas de estos fenómenos en tanto comprendemos las maneras de ser desde los

haceres que conforman trayectos concretos de existencia, historias de vida, huellas de acontecimientos, elaboración de interpretaciones y otras formas simbólicas, saberes y conocimientos, sensaciones y afectividades. Se trata de trayectorias que convergen en un mismo espacio general, historias de vida que son recorridos en un territorio determinado por condiciones, factible de ser explorado y transformado hasta ciertos umbrales, procesos de aprehensión de acontecimientos espacio-temporalmente emplazados.

Junto con quienes trabajamos principalmente las problemáticas ambientales y urbanísticas en el Espacio Barrio, taller inscrito en la intervención general, se fueron sumando más y más vecinos con los cuales realizamos entrevistas en profundidad centradas en la historia de vida, y luego compartimos una actividad donde presentamos los resultados preliminares de esta investigación, dando lugar a una nueva participación, esta vez colectiva, en el proceso. A Sandra se le sumaron Raquel, Marta, Victoria, Sonia, Silvia y Mica, se sumaron Margot, cinco de los nueve hermanos Saldanha, Miguel y sus padres Juan y María, Pedro (marido de Sandra), Daniel (marido de Raquel), Chiquita, Ángel, Lucía, Rómulo, Valeria y Raúl, Alejandra, Federico, Virginia y sus hermanas,[2] y otros de forma más esporádica, muchos de los cuales también participaban en los distintos espacios de actividades llevadas a cabo a lo largo de todo el 2008: artesanías, informática y educación para adultos. Gracias a ellos y extendiendo nuestro trabajo a lo largo del 2009, pudimos profundizar en el conocimiento y la reflexión de las problemáticas territoriales, así como terminar de tejer una serie de tramas en lo que respecta a los procesos identitarios, los cuales, al no ser esencias sino más bien creaciones con más o menos consistencia y con más o menos fuerza de persistencia y retorno (para no limitarnos a la re-presentación estática), nos exigen acceder también a los contenidos y a las expresiones de la memoria y del imaginario. Como veremos, en ningún sentido consideramos que lo real se oponga a lo imaginario, pues lo primero se constituye envuelto en variadas esferas y limitado por horizontes que corresponden a lo segundo. Los acontecimientos, el devenir de la existencia y sus efectos, las tomas de decisiones, las elecciones y los deseos, son lo que singulariza la vida de cada uno de los sujetos involucrados, incluidos nosotros mismos.

A diferencia de un análisis para el cual se pueden despreciar las objetivaciones o las subjetivaciones, creemos que es importante comprender las formas de ser que tienen y han tenido existencia en lo que se considera *Casavalle* a partir de la interpretación de las interpretaciones de quienes se sienten y piensan a sí mismos como inscritos, inmersos y atravesados por lo que produce y es producido en esta zona, en este barrio, en este lugar. Es en la intempestividad, en el azar de las echadas de dados, en la contingencia donde se juega y se retoman las jugadas en otras nuevas, donde se hacen uso y se

2 Todos los nombres han sido alterados para respetar el anonimato de los participantes.

generan combinaciones, disposiciones y configuraciones, cajas de herramientas para construirse una identidad, múltiple, en el devenir de la emergencia permanente de formas humanas de existencia.

Por ello mismo esta investigación, en tanto dispositivo de intervención, se propuso a partir de la valorización de cada una de las vidas de los sujetos involucrados, buscando aprehender la riqueza de los trayectos, las circunstancias y las formas en que todo ello, a su vez, es procesado desde los variados puntos de vista existentes en tanto productos y productores: seres en constante transformación que recurren a tales o cuales valores, sentidos y afectos retomados en sucesivos usos que los transforman en recuerdos, razonamientos y predilecciones. Somos productos y agentes de producción de lo real y por ello las determinaciones objetivas, aquellas que pueden ser claramente aislables en tendencias y determinaciones de tipo estructural, aparecen atravesando cada una de estas historias de vida y situaciones presentes más o menos compartidas, por debajo y por encima de la aparente atomización que produce la fragmentación como parte de una misma condición. ¿Qué se encuentra, pues, atravesando a todos ellos, condicionándolos por igual y determinando sus destinos? Si tenemos que dar una respuesta integral y en la dimensión molar del fenómeno, diríamos que son los mecanismos de exclusión, fruto de la negación de la diversidad desde los patrones socialmente hegemónicos: racismos, clasismos, sexismos, entre otros.

Allí, la uruguayidad muestra su rostro más sombrío, y es también donde encuentra lo más genuino y singularizante. Más allá de las identidades pensadas como esencias, se trata de formas de ser múltiples y heterogéneas que hacen síntesis, que son singulares y, por ello, son lo más auténtico en «la trama de la identidad nacional» (Vidart, 1997). Dialécticamente, han sido negadas por la conformación del Estado, desde la narración de la nacionalidad y sus sistemas clasificatorios y de normalización característicos. En la búsqueda abstracta de identidad, en esa ficción de toda nación en cuanto tal se dejaba fuera a lo que podrían ser las cualidades que singularizan, hacen particular a lo existente en cierto tiempo y espacio. Igualmente se recurre constantemente a estas síntesis subjetivas, como en la resignificación del gaucho y del charrúa o en el uso de la cultura del candombe proveniente del componente africano de la población, o más recientemente en la expansión de la música y los estilos populares desbordando los demás sectores y enclasamientos sociales para construir nacionalidad, y muchas veces a su vez desde el utilitarismo del mercado. Pobladores y familias de pobladores expulsados de los medios rurales de todo el territorio nacional durante décadas, más de allá de fronteras y a escala regional, así como antiguos pobladores de las zonas consolidadas de la ciudad capital que son desplazados por políticas de vivienda y relocalizaciones específicas, se encuentran convergiendo en zonas periféricas donde poder construir un futuro para ellos y para sus descendientes. Llevan consigo y cultivan ciertas prácticas asociadas a haceres, así como elaboran

nuevas en tanto estrategias de adaptación a las condiciones que se les imponen, mientras el proceso general va desgastando estas huellas, cortando los vínculos y generando como efecto una suerte de apatía y vacío existencial donde parecen no existir referencias de ningún tipo anteriores a un presente perpetuamente transitorio.

En la Unidad Casavalle y sus vecinas, en las periferias y más aun en las áreas metropolitanas de las ciudades contemporáneas, se ha hecho patente la exclusión que estos mecanismos han generado. Y esto ha adquirido diversas modalidades, pero en general la exclusión social se ha consolidado al determinarse también los emplazamientos donde se debe instalar. Esta zonificación de las desigualdades es una territorialización de los demás factores y procesos que configuran la realidad de la exclusión, pero tiene el poder de potenciarla al esconderla de las miradas, aislar y hacinar a quienes caen en la categoría, en ese des-enclasamiento. La producción de realidad, entre muchas cosas, está compuesta por este mecanismo de exclusión que posee las características que se investigan aquí. Estos procesos sociales y culturales también están íntimamente relacionados con la naturaleza, con el tipo de vínculo entre esta y la sociedad, con las formas de subjetividad que la habitan, la convierten en industria y le devuelven sus residuos. Y es más que irónico —es indignante— constatar cómo la degradación de la naturaleza coincide con la de los seres humanos excluidos por un tipo de socialización vigente, un *socius*. Como claramente plantea Renfrew a partir de sus investigaciones sobre el brote de plombemia en el barrio de La Teja de Montevideo la producción neoliberal de la naturaleza —basada en la imagen romántica del paisaje rural autóctono—, la búsqueda de mercados de un turismo natural de altos ingresos, coincide con el agravamiento de los problemas ambientales en contextos como los que aquí también tratamos.

El «enverdecimiento» *(greening)* de la sociedad uruguaya cubre un abanico que va desde la explotación de la naturaleza como imagen, marca, eslogan, a la puesta en discusión de los problemas ecológicos propios de un desarrollo desigual y excluyente (Renfrew, 2007). Lamentablemente, no podemos decir lo mismo de la sensibilidad social frente a las problemáticas que hacen a la naturaleza humana. La exclusión, la pobreza, las formas de desigualdad y explotación son tomadas aún como cuestiones dadas, del orden de las cosas, de una suerte de esencia individualista de lo social. En estos últimos años, producto de las nuevas políticas sociales emprendidas por el Estado, las problemáticas han sido puestas sobre la mesa, pero en un contexto donde la criminalización y el reforzamiento del individualismo no dejan de tener un peso importante, lo que no permite una suerte de salto cualitativo, por el momento. Quizás se trate de sostener el camino y avanzar para que esa instancia se concrete. Por el momento, a comienzos del milenio, luego de una década de políticas progresistas en diferentes modalidades en América Latina asistimos a procesos novedosos que han implicado el principio de

una transformación posible. Esta investigación participativa, incluida como parte de un dispositivo mayor que buscó generar vínculos de integración y de fortalecimiento de las redes locales, intenta hacer todo ello explícito y presentarlo como una cartografía que sirva de herramienta para quienes desean transformar positivamente las condiciones imperantes.

I

Casavalle:
una zona, un barrio, un lugar

Periferia urbana y fragmentación de la subjetividad

«La tendencia dominante apunta hacia un horizonte de un espacio de flujos interconectado y ahistórico, que pretende imponer su lógica sobre lugares dispersos y segmentados, cada vez menos capaces de compartir códigos culturales. A menos que se construyan deliberadamente puentes culturales y físicos entre estas dos formas de espacio, quizá nos dirijamos hacia una vida en universos paralelos, cuyos tiempos no pueden coincidir porque están urdidos en dimensiones diferentes de un hiperespacio social.»

Castells (1998)

La vaguedad y la ambigüedad para delimitar el territorio de Casavalle hacen a la problemática de la compleja construcción de su identidad hasta el presente.[3] Dificultades desde un punto de vista lógico en lo que respecta a la construcción de un objeto de investigación y un territorio de intervención, que tiene sus correlatos desde todas las demás visiones, sean las de la administración estatal o la de sus habitantes. La voz *Casavalle* es un nombre propio sin sujeto definitivo. Como pocas veces, se hace evidente que el significado es una lucha por el sentido y no un neutro establecimiento de una correspondencia con lo que sería la cosa en sí. La genealogía de la ocupación del espacio físico en sus sucesivas oleadas poblacionales, así como el uso estigmatizador llevado a cabo por los medios masivos de comunicación en estas últimas décadas, hacen que la polisemia de este nombre tenga diferentes significaciones.

Hagamos el intento por distinguir las diferentes voces y sus correlatos. Por un lado, desde la visión municipal, Casavalle define al territorio delimitado al sur por el bulevar Aparicio Saravia («el bulevar de los pobres», como los vecinos lo denominan), al este por la avenida Pedro de Mendoza y al oeste por el arroyo Miguelete (a la altura donde se mantiene y acentúa su contaminación) y la avenida de las Instrucciones, configurando un suerte de triángulo con uno de sus vértices mordido por ese accidente geográfico. En el lenguaje municipal, este triángulo se inserta en la llamada *zona de interface urbano-rural*, y queda incluido en la zona 11 una vez comenzada la política de descentralización en 1990 (Lombardo, 2005, p. 43). Desde una mirada más genérica y tomando en cuenta formas demográficas más o menos homogéneas, en lo que respecta a las necesidades básicas insatisfechas (NBI), el Instituto Nacional de Estadística (INE) ha definido, dentro de la sección censal 17, como «área aproximada a barrio» a un Casavalle (n.º 30) sensiblemente diferente: limitado al oeste también por el arroyo Miguelete y avenida de las Instrucciones, al suroeste se extiende hasta el bulevar Batlle y Ordóñez (incluyendo al Cementerio del Norte), vuelve a ser «el bulevar de los pobres»

3 Esta sección ha sido parcialmente publicada como: Álvarez Pedrosian (2009).

(pero incluyendo una manzana) el resto del límite sur, para luego también limitar hacia el este con la avenida Pedro de Mendoza, pero incluyendo también unas manzanas, para luego angostarse al noreste por camino Domingo Arena hasta la avenida San Martín y de allí remontar al vértice norte (dejando fuera al aeródromo militar Capitán Boiso Lanza) (INE, 2006, pp. 7-8). Las áreas aproximadas a barrios definidas en su perímetro son Peñarol-Lavalleja al oeste (34), Manga-Toledo Chico al norte (32), Manga al noreste (62), Piedras Blancas al este (31), Las Acacias al sur (28), y por incluir a la gran necrópolis, Aires Puros (29) al suroeste, al otro lado del cementerio.

Muy diferente es la percepción desde dentro, así como cuando contextualizamos históricamente el desarrollo del lugar. Cuando nos sumergimos en esta área aproximada a barrio, nos encontramos con decenas de barrios efectivos, intersubjetivamente considerados como tales. Igualmente, la caracterización sociodemográfica tiene una razón de ser no solo en lo abstracto, sino también en lo concreto. No olvidemos que los límites han sido considerados a partir de tendencias similares en las condiciones de vida en relación con el entorno físico (ver p.328).

1963	56.503
1975	69.105
1985	77.675
1996	85.420

Tabla 1. Población de Manga, Las Acacias y barrio Jardines del Borro

Fuente: INE (2008).

Área censal	Nombre	1985	1996
21	Jardines del Hipódromo	33,9	23,1
22	Ituzaingó	22,5	16
28	Las Acacias	26,6	19,1
30	Casavalle	47,1	39,6
31	Piedras Blancas	30,5	24,4
32	Manga-Toledo Chico	50,9	30
34	Peñarol-Lavalleja	21,6	17,2
58	Colón Sureste-Abayubá	22,4	17,1
61	Villa García-Manga Rural	49,8	37,5
62	Manga	33,4	22,8
Total Montevideo		15,9	13,3

Tabla 2. Porcentaje de población con carencias básicas

Fuente: INE (2000).

En este sentido, todos los barrios que caen bajo la denominación estatal de Casavalle comparten los mismos índices de precariedad —siendo los indicadores de las NBI: el alojamiento, la infraestructura disponible, la existencia y acceso a servicios de educación, y la capacidad de subsistencia del hogar—, lo que se traduce en cierta homogeneidad, pero solo en ese nivel estructural. Contradictoriamente, y no por casualidad, lo que más pesa en la definición de las condiciones subjetivas de existencia para todos aquellos que residen en esta zona es la construcción de una *posición* en el entramado que genealógicamente ha sido construido a partir de diferentes oleadas poblacionales, en su mayoría debido a relocalizaciones, donde la experiencia cotidiana previa y las relaciones de filiación y alianza parecen ocultar las condiciones básicas que más o menos comparten todos por debajo de tal o cual desplazamiento y ocupación específica. Se trata del proceso de diferenciación y de singularización identitaria que, a pesar de venir y terminar en el mismo lugar, a pesar de compartirse unas mismas procedencias y unas condiciones generales sincrónicas con otros, los caminos tienden a divergir y además, más específicamente, a disociarse. Es decir, la pobreza urbana construye fragmentación allí donde se comparten las mismas condiciones de existencia. La contradicción no es tal cuando vemos que la fragmentación y la disociación son parte consustancial de las condiciones estructurales históricamente determinantes, siendo resultados y principios de reproducción de la realidad. A lo largo de seis décadas diferentes grupos poblacionales, provenientes de zonas céntricas desalojadas, del medio rural y de ciudades más pequeñas —unos ocupando algunos complejos habitacionales de creación estatal y otros levantando rancho a rancho un asentamiento—, compartiendo las mismas condiciones básicas de existencia se aíslan en fragmentos fuertemente cerrados sobre sí mismos, yuxtapuestos, en un caleidoscopio de identidades locales fundadas en el reconocimiento mutuo cotidiano y las relaciones de alianza y filiación en una inmanencia desde la cual se hace muy dificultoso salirse. Es lo que se denomina la «necesidad de la inmediatez» (Rostagnol, 2003, p. 43),[4] pero en lo que respecta a la construcción de identidad cultural y en particular a la relación de la identidad con la espacialidad, con la construcción de un lugar antropológico en un espacio físico. La inmediatez domina las lógicas de construcción de identidad de todos los grupos poblacionales y en los que antes residían y no compartían ese rasgo. Esto últimos también fueron paulatinamente ubicándose dentro del mismo perfil sociodemográfico, compartiendo las mismas condiciones básicas de existencia insatisfechas. Esa inmediatez tomada como condición, puesta en funcionamiento en espacios precarios y *temporarios* desde la misma concepción institucional que los erigiera, genera una espacialidad caracterizada en primer lugar por la fragmentación y la

4 Este estudio fue elaborado a partir del trabajo de campo en la policlínica municipal ubicada entre la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)* y Unidad Misiones *(Los Palomares)*.

disociación con el entorno, conjuntamente con un ensimismamiento y repliegue sobre sí mismo del fragmento así constituido.

Junto con ello, las diversas etapas de ocupación del territorio no son asimiladas por las siguientes en forma directa. El repliegue espacial va de la mano de una erosión y *desfiguración* de las huellas históricas en el territorio. Las huellas desfiguradas igualmente se mantienen resignificadas completamente, pero como formas mudas de un pasado, desconocido la mayoría de las veces, o como ruinas muy recientemente atendidas por redes de vecinos interesados en el patrimonio y el desarrollo local.[5] Evidentemente, existe una transmisión y una transformación constante de las memorias urbanas, presentes en los hábitos, los dispositivos perceptivos y sensoriales (Salcedo, 2005) que se traducen en formas de habitar, espacializaciones y en otros procesos de subjetivación asociados a ellos que pueden interpretarse en cuerpos, miradas, entornos, etc. Pero esta condición general no se presenta siempre de la misma forma y tampoco es un universal que esté asegurado en toda experiencia humana. La cuestión es compleja: una ruina o en términos más generales un residuo de acontecimientos, puede ser utilizado como materia de expresión para componer nuevas disposiciones para otros acontecimientos. Las relaciones entre los diferentes momentos, aconteceres y todo lo que en ellos se encontró implicado es una variable más de los procesos que los caracterizan.

La condición general puede ser ejemplificada con el destino de lo que fue la casa-azotea de Pedro Casavalle, hoy convertida en lo que tradicionalmente se denomina *tapera*, ocupada por varias familias en su interior y en sus adyacencias, en peligro de derrumbe. La voz *Casavalle* tiene un origen criollo y refiere a este personaje del Montevideo colonial, previo a la emancipación oriental.[6] Pero va a ser la proyección, la construcción y la ocupación del complejo Unidad Casavalle desde 1957 lo que terminará por estampar el nombre a la zona de una forma indeleble. Tan solo el significante se mantiene, hasta el momento, como huella de las experiencias humanas allí suscitadas siglos antes; los significados por el contrario, son ignorados y sustituidos por unos que más que referir a sentidos como el de independencia, lucha libertadora y

5 En setiembre de 2008 se crea el Centro de Investigaciones Históricas de Casavalle, luego de los festejos conmemorativos de los 100 años de la refundación de Casavalle del mismo año, organizados por los vecinos que integran la Comisión de Patrimonio Histórico Local de Casavalle. Ver Andrada, A. *Portal Casavalle Digital*, 2006-2009.

6 Pedro Casavalle fue un «Antiguo patriota vecino de Montevideo, quien poseía una casa-azotea en las inmediaciones de la cañada que hoy lleva su nombre, pequeño afluente del Miguelete. En dicha casa se refugiaron los padres franciscanos expulsados de la plaza por orden de Elío, en mayo de 1811, por ser simpatizantes de la causa patriota. En la misma casa reuniéronse, en noviembre de 1813, los vecinos orientales que eligieron al Pbro. Juan J. Ortiz y a D. Juan J. Durán [...] diputados por Montevideo al Congreso de Capilla Maciel. En las inmediaciones libróse el combate que lleva su nombre (marzo 17 de 1823), entre las avanzadas imperiales brasileñas de Lecor, y las fuerzas patriotas al mando de Manuel Oribe, en que estas derrotaron a aquellas.» (Castellanos, 2000, p. 212).

artiguismo lo hacen a la inseguridad, la violencia y la mayor de las estigmatizaciones del Uruguay contemporáneo.

Desde casi un siglo antes de que Pedro Casavalle habitara allí, cuando comienza el poblamiento español de la Banda Oriental del río Uruguay, surgen las primeras chacras por el arroyo Miguelete (1727), Manga (1730) y Toledo (1752). Estas aparecieron una vez instalado el proceso fundacional de Montevideo en la pequeña península (1724-1730) y definidas las áreas de los solares del pueblo, así como las externas de los ejidos, los propios y las dehesas para la pastura de ganados, las chacras y, por último, de las estancias, según el modelo planificador indiano, hegemónico en los territorios de la corona española. La tarea estuvo a cargo de Pedro Millán, quien en marzo de 1727 trazara las delimitaciones y el primer reparto de tierras entre las familias colonas, entre otros asuntos fundacionales (Carmona y Gómez, 2002, p. 14). Montevideo irá expandiéndose en sucesivas incorporaciones de estas áreas. Cuando se demuelen las murallas, a partir de 1829 (que habían sido terminadas completamente recién en 1780), se lleva a cabo el primer ensanche, el de la Ciudad Nueva, proyectando y construyendo el damero que constituye actualmente el centro de la ciudad. Las zonas de chacras seguían siendo tales, pero no solo la ciudad iba paulatinamente expandiéndose, sino que, más importante aún, cuando fue sitiada (1843-1851) en la Guerra Grande se generaron localidades ya del otro lado de los propios para asentar a la población del campo sitiador de entonces. De allí surge Villa Restauración, luego de la guerra rebautizada con el nombre de La Unión. Siguiendo la dirección del límite de los propios hacia la costa, se erigió una aduana paralela con su puerto, el Buceo, y, hacia el noroeste, se encontraba el campamento militar del Cerrito, punto de visibilidad estratégico para los ejércitos sitiadores. Tras esta ondulación se encontraba Casavalle, la cañada que llevaba el nombre de aquel vecino del Montevideo insurgente y lugar donde unas décadas antes se había combatido entre un bando oriental unificado, por un lado, y las tropas invasoras brasileñas, por el otro. Se trataba por tanto de una zona de chacras, entre las de los propios y las dehesas hacia la ciudad y las estancias hacia el medio rural, convertida en campo de batalla esporádico en la primera mitad del siglo XIX. En las décadas de la Guerra Grande es cuando se acelera su proceso poblacional al establecerse cercanamente la villa y el campamento militar de Manuel Oribe y sus fuerzas sitiadoras.

El segundo ensanche oficial de la ciudad de Montevideo, llamado de la Ciudad Novísima, se llevó a cabo a partir de un decreto de 1878, que establecía como límite un bulevar de circunvalación, el actual Artigas, incorporando núcleos espontáneos surgidos dentro de esos límites. Mientras tanto, y ya pasadas las guerras civiles, las zonas de chacras mantenían su carácter y el territorio en general mantuvo la forma, en dirección y regularidad (en forma de V) que Pedro Millán había dado por vez primera acompañando la curvatura de la costa y la orientación orográfica de ciertas cuchillas. Hasta

hoy en día podemos apreciar estas marcas en el territorio, los caminos radiales de comunicación campo-ciudad (como la actual avenida San Martín), los caminos transversales uniendo los lugares de importancia y los caminos de abrevadero entre las chacras (Carmona y Gómez, 2002, p. 38). En un tercer ensanche de la ciudad, a partir del plan de amanzanamiento aprobado en 1893 y, por consiguiente, de un nuevo desplazamiento de la periferia al camino de los Propios (la larga diagonal, actual bulevar Batlle y Ordóñez), se absorben estas tres localidades heredadas de la Guerra Grande y en particular gestadas desde el sitio a Montevideo: La Unión, Buceo y Cerrito. Estas son caracterizadas plenamente como barrios desde la moderna Montevideo que efectivamente se los engulle posteriormente, trayendo consigo la periferia cada vez más cerca de las chacras. Esta tendencia implicó reacciones del otro lado de la frontera expansiva, y mientras se asimilaban antiguas villas y conglomerados poblacionales de origen militar o comercial —se proyectan los amanzanados en damero como el del Cerrito—, las chacras cercanas fueron subdividiéndose en quintas.

Con el cambio de siglo, la cuadruplicación de la población de Montevideo en las últimas décadas debido a la llegada de oleadas inmigratorias trasatlánticas despertó también al mercado inmobiliario. Para la década del treinta, el Estado se esforzó en regular la ocupación del territorio, que vivió una explosión descontrolada. Leyes como la de la División Horizontal de la Propiedad de 1946 marcan el camino de una nueva forma de apropiación del espacio, fomentando la posibilidad de compartir la propiedad en zonas ya muy valorizadas por entonces, al mismo tiempo que se estimula la industria de la construcción. Se vienen los altos bloques, llega la versión comercial de la arquitectura moderna internacional y con ella también se da lugar para que sea posible su complemento, el complejo habitacional de periferias. «Contrariamente a los objetivos planteados, el uso de la ley tanto por la actividad privada como por la pública, acentúa las diferencias en el valor de la tierra. Encarece las áreas privilegiadas y con mayor demanda, favoreciendo su apropiación por los sectores de mayores ingresos, y aumentan la especulación inmobiliaria» (Carmona y Gómez, 2002, p. 87).

El Banco Hipotecario del Uruguay (BHU) había sido creado en 1892 y estatizado bajo la presidencia de José Batlle y Ordóñez en 1912 con el fin de orientarlo hacia la promoción de la vivienda de sectores medios y bajos. En 1929 había ampliado sus operaciones para ofrecer préstamos a instituciones públicas y privadas para la construcción y reformas, y en 1944 se creaba el Departamento de Ahorro y Crédito, habilitándose en 1947 el Departamento Financiero de la Habitación. En este contexto, el BHU operó como prestamista para propietarios que, con el crédito público y bajo, vendían en el mercado libre de una forma más que redituable. Junto a la inexistencia de una política específica para los sectores de bajos ingresos, se termina de consolidar el panorama para una verdadera polarización de la

sociedad a mediados de siglo xx. Si el territorio siempre fue ocupándose en forma diferencial dependiendo de su valor en la construcción simbólica de las relaciones sociales, en este nuevo contexto se termina por consolidar al capital económico como determinante prioritario del campo inmobiliario y estableciendo una tendencia a la polarización y consiguiente exclusión de diversos sectores de la sociedad.

El fraccionamiento de la zona rural periférica avanza a la par de la verticalidad en las zonas de vivienda y consumo de la clase media consolidada y territorializada principalmente sobre la costa. Una nueva ordenanza municipal también de 1947 —y las subsiguientes modificaciones de 1949, 1953 y la más reciente de 1990—, otra vez sobre amanzanamiento y fraccionamiento de tierras, disminuye progresivamente el área de los predios suburbanos y aumenta la de los rurales, con lo cual las huertas tuvieron de allí en más sus días contados. Se radicaliza el límite de la ciudad, estableciendo condiciones como para que la gama de matices constituida por la zona de chacras y huertas se disuelva en quintillas, colindando con un medio estrictamente rural. Esta tendencia ha sido justificada por la necesidad de controlar la ocupación que efectivamente se fue dando de la zona. Las autoridades municipales reaccionaron frente a la múltiple ocupación de los predios, lo que no correspondía con el tipo de propietario que se pretendía jerarquizar. Casavalle queda incluido en la zona S3, la suburbana más exterior; los frentes mínimos requeridos para los predios pasan sucesivamente de 30 m en 1947 a 13 m en 1949-1953, y luego en 1990 a 10 m, el área mínima va reduciéndose de 2000 m^2 a 500 m^2, y luego a 200 m^2 de extensión para los predios que cuenten con saneamiento, y se establece en 300 m^2 para los que no lo posean (Carmona y Gómez, 2002, pp. 90-91). Entre 1947 y 1990, la superficie oficial de los predios se reduce a un 10 %. La zona suburbana queda oficialmente sin huertas ni chacras desde la primera versión de la ley, que solo pueden darse en la zona rural con extensiones mínimas de 1000 m^2 para las primeras y 3000 m^2 para las segundas.

Para 1947 se había dado el proceso de urbanización hacia el oeste de Casavalle, actuales Peñarol y Lavalleja, que junto al desarrollo sostenido hacia el este de las adyacencias a lo largo del viejo camino colonial llamado de la Cuchilla Grande (actual avenida José Belloni) —y con ello da vida a las localidades de Piedras Blancas y Manga— terminan por consolidar la forma de V del territorio. Casavalle queda así ubicada en el vértice inferior: la cuña de lo rural en la ciudad.

El Plan Director (no ya Regulador) de 1956 fue planteado desde una perspectiva renovada de las pautas urbanísticas de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM), donde la racionalidad funcionalista era matizada por los requerimientos de la escala vecinal, la multifuncionalidad y la relevancia de otras actividades antes no contempladas. El plan es presentado con una vigencia de una década, a sabiendas de la

necesidad de reformulación de las políticas urbanas, ahora ya no pensadas como propuestas de regulación cerradas. También se preocupa por áreas que considera de intervención prioritaria, y define planes específicos. Entre estos es que se formula el Plan de Viviendas, para tratar de cubrir las necesidades de los sectores que habían ido quedando excluidos a partir de la profundización de la polarización social de entonces:

> se plantea en la modalidad de «unidades de habitación» completas, con gran número de habitantes y servicios vecinales. Las mismas se ubican en lugares estratégicos para el nucleamiento de la vida vecinal y para el cumplimiento de fines previstos por el plan. La propuesta incluye las unidades de habitación n.º 1 del Buceo, n.º 2 de Casavalle, del Cerro, Alto Malvín y del Reducto (Carmona y Gómez, 2002, p. 97).

Un año después, en 1957, se inauguraba el complejo Unidad Casavalle. De los otros complejos proyectados conjuntamente tan solo se realizaron el n.º 1 del Buceo y una tercera parte del complejo ubicado en el Cerro (ver p. 329).

La Ley de Vivienda de 1968 marca el próximo mojón de esta genealogía de la producción estatal, municipal en concreto, de las condiciones de ocupación del territorio, dentro de la cual se encuentran los procesos que dieron lugar a la existencia de la Unidad Casavalle sobre el trasfondo criollo semirrural del paraje preexistente. A una década de comenzado el proceso de ocupación de Unidad Casavalle, una nueva ley determina otra transformación concreta en el lugar. La formulación de la comisión parlamentaria sobre la vivienda de entonces se enfrentaba al hecho de que en una década la situación estaba radicalmente peor. La demanda de vivienda era insostenible, así como la inflación y la suba del precio de los alquileres, y el BHU se encontraba desfinanciado por el desajuste entre la inflación y las amortizaciones de préstamos. Ya para 1965 la llamada Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE) había diseñado un Plan Nacional de Viviendas, el cual fue tomado como base. La CIDE hacía eco de los nuevos modelos hegemónicos de entonces, los brindados por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID) para la ayuda financiera de la Alianza para el Progreso promocionada por los Estados Unidos. Pero como bien plantean Carmona y Gómez, el contexto era uno en relación con las alternativas de entonces, pues los sectores internacionalistas que procuraron una toma de conciencia del problema de la vivienda social a escala planetaria, como la Comisión Económica Para América Latina y el Caribe (CEPAL) y sus teorías de la planificación y el pensamiento social cristiano cooperativo fuerte de entonces, constituyeron también fuentes para el modelo de la nueva propuesta desarrollista (Carmona y Gómez, 2002, p. 3). El Instituto Nacional de Viviendas Económicas (INVE) creado en 1937 es el órgano central encargado

de producir las viviendas y el BHU el correspondiente al sistema financiero. Por último, se crea una nueva figura institucional, la Dirección Nacional de Vivienda (Dinavi), en el ámbito del Ministerio de Obras Públicas de entonces, para centralizar todas las acciones (Aristondo, 2005). En este marco se reglamentan las cooperativas de vivienda, justamente en la línea del pensamiento social cristiano y el encuentro con tendencias progresistas, dando lugar al cooperativismo como uno de los fenómenos característicos de las formas de relacionamiento de la sociedad uruguaya moderna y contemporánea con un fuerte anclaje en la problemática del hábitat y la vivienda.

El golpe civil-militar de 1973 implicará un cambio drástico a lo proyectado en este sentido como en todos los demás. Lo ocurrido entre 1967 y 1974 en el marco de esta ley y de su aplicación, constituye un intricado proceso en el contexto justamente previo y posterior a la implantación de una dictadura neofascista que duraría once años. La propia propuesta urbanística adolece también de las ingenuidades típicas que se apoyaron en los grandes complejos de bloques de viviendas horizontales, subsidiarios aún del internacionalismo moderno como solución al problema (Euskal Erría, Parque Posadas), pero el golpe de Estado iría aun más lejos:

> En 1977 el cierre de la línea de préstamos a cooperativas, la supresión del Ministerio de Vivienda creado en 1974 y el auge de la industria de la construcción alentado por la liberación del precio de los alquileres por ley de 1974, propician la inversión privada especulativa (Carmona y Gómez, 2002, p. 105).

Así que fin de los préstamos a cooperativas y fin del control de los precios de los alquileres: la pobreza y la exclusión social espacialmente distribuida quedan aseguradas. Los traslados masivos se intensificaron y en 1975 se detectan importantes migraciones internas desde las zonas históricas y consolidadas de la ciudad hacia la periferia. «En el período intercensal entre los años 1963-1985, la mancha urbana creció un 9 % de la superficie total con un 3,78 % de tasa de crecimiento poblacional» (Lombardo, 2005, p. 12). Desde el punto de vista urbanístico, la ciudad de Montevideo hacia 1980 queda caracterizada por el desarrollo de las áreas históricas salpicadas por nuevas construcciones en altura, complejos habitacionales de gran escala discontinuos con el paisaje —lo que se denomina ciudad alternativa— y por el crecimiento y la expansión de la *ciudad informal*.

Lo que viene luego es una sucesión de generación de conjuntos habitacionales, uno al lado del otro, solapándose con los anteriores, acompañado de la proliferación de asentamientos espontáneos en los claros resultantes, con poblaciones por lo general provenientes ya no solo del medio rural en su mayoría, sino de la zona urbana tradicional de Montevideo, expulsados de una u otra forma. Hasta el momento, los planes estatales han optado por mantener

una política de mínimos costos. Por esta misma razón, Casavalle se convierte en receptáculo de variados experimentos elaborados a partir de la Unidad Casavalle a fines de los años cincuenta. Hasta la actualidad, se siguen creando entornos espaciales aislados, de una homogeneización que los compacta frente al exterior, propiciando la reproducción de la espacialidad de la inmediatez y, en algunos casos, en su versión combinada con el hacinamiento, como en Unidad Misiones *(Los Palomares)*.

La zona de Casavalle había quedado subsumida en el proceso de fraccionamiento y mercantilización de las tierras de las antiguas chacras, en un principio tanto público como privado. Pero como hemos visto, la polarización socioeconómica rápidamente desvirtuó cualquier atisbo de sensatez en los proyectos. En 1946, de hecho, por la nueva normativa, se había parado el proceso de fraccionamiento, cuando eran las manzanas más pequeñas del barrio Plácido Ellauri las que mostraban un buen desarrollo de ocupación, con lo cual, se mantuvieron predios más bien grandes, que fueron quedando como islotes, en la actualidad ocupados por asentamientos, algunos de ellos entre los más numerosos. La intención era otra: volver a consolidar una zona intermedia (la suburbana menos densa, S3), para lo cual se trató de frenar el avance fraccionador. Pero rápidamente, en 1953, las autoridades vuelven a reducir los predios, haciendo inviable también las quintas. La zona fue considerada ideal para la elaboración de un conjunto habitacional, enmarcado en las acciones que el Plan Regulador puso en marcha, basándose en la Ley de Vivienda. El criterio de elección fue planteado según la existencia previa de cierta vecindad, a la cual se buscaba consolidar a través de la construcción del complejo. La década posterior implicó que la presencia de este primer complejo hiciera decaer abruptamente el valor de la tierra circundante, por lo cual fueron estas, las circundantes, las que después el propio Estado terminó comprando (por lo bajo de su precio) para instalar a su vez nuevas experimentaciones urbanísticas, otra vez, para sectores de población en situaciones de precariedad, desalojados de zonas céntricas de Montevideo en la ola de la segunda mitad de los años ochenta y principios de los noventa, como personal policial y militar de bajo rango.

De este proceso, tenemos como resultado la existencia de fragmentos yuxtapuestos de entornos espaciales claramente diferenciados entre sí y homogéneos en su interior, que junto al contexto de precariedad (situación de emergencia y hacinamiento) terminan por configurar un Casavalle contemporáneo como sumatoria compleja de espacios tendientes constantemente a la guetización. Se trata, como hemos planteado, de una espacialidad basada en la discontinuidad, el repliegue sobre sí y la homogeneidad interna de un entorno físico parcial, el cual se yergue como un todo cerrado.

Imagen 1. Casa de Pedro Casavalle
Fuente: Portal Casavalle Digital

Los diferentes fragmentos o entornos espaciales guetizados se caracterizan fuertemente por el carácter experimental de las distintas intervenciones estatales y municipales a lo largo de los diferentes períodos. Los fragmentos correspondientes a asentamientos precarios e irregulares se comportan más como manchas, siendo aún más transitoria la condición de ocupación, y por ello más heterogénea su composición y sus límites. Igualmente, algunos de estos asentamientos llevan décadas constituidos en el mismo espacio, con lo cual tienden a consolidarse como fragmentos bien definidos. Como veremos, algunos complejos habitacionales actuales fueron antes asentamientos, como el barrio Natal levantado en 1985. Y la política actual de regularización de asentamientos también explora en la misma línea, aunque de otra forma y con otras consecuencias. En la imagen de la página 330 sintetizamos los rasgos generales de estos fragmentos constitutivos del Casavalle contemporáneo en una suerte de cartografía impresionista.[7]

Barrios tradicionales

Sus dinámicas de ocupación se enlentecen desde la aparición de los complejos habitacionales a principios de los años sesenta.

Barrio Plácido Ellauri

1908. Promovido por Francisco Piria (principal agente inmobiliario del período con más de setenta barrios loteados y promovidos). Nace como suburbio rural. Las manzanas al norte han sido ocupadas por autoconstrucciones en gran densidad. Se promueven quintillas y viviendas de tipo urbano, lo que se evidencia en dos zonas, una de mayor y otra de menor fraccionamiento.

7 La información estadística, urbanística y edilicia aquí tomada de referencia ha sido obtenida de Cecilio, Couriel y Spallanzani (2003, pp. 56-124); INE (2006); INE-PIAI y MVOTMA (2006); IMM (2006-2007); Lombardo (2005); López (2003), y MVOTMA (2008a); así como ha sido contrastada diferencialmente en el trabajo de campo en la zona donde estrictamente se ha intervenido, junto con indagaciones en otras zonas, principalmente las limítrofes.

Las primeras son las que se pauperizan posteriormente, siendo ocupadas por asentamientos precarios.

Barrio Jardines del Borro

1926. Promovido por el entonces Banco Popular del Uruguay. Basado en los planteos de la ciudad jardín, promueve casas quintas y viviendas de tipo urbano integradas.

Barrio Bonomi

1953. Fraccionamiento de la histórica quinta, según los planteos de la ciudad jardín. Únicos loteamientos concretados del proyecto urbano de 1953 para la zona. Rápidamente poblados.

Conjuntos de viviendas económicas

Se diferencian por tener un órgano ejecutor (los distintos ministerios de vivienda y sus dependencias y programas específicos, BHU, los distintos gobiernos de la IM), el perfil del usuario o destinatario (jubilados y pensionistas, realojamientos familiares, asentamientos irregulares, comunidades vecinales) y el tipo arquitectónico utilizado (viviendas en tira, en altura, o Núcleos Básicos Evolutivos, NBE). Salvo Unidad Casavalle 1 y Unidad Misiones, el resto de los conjuntos estatales son del tipo convencional de la vivienda de un nivel con retiro y fondo, los NBE.

Barrio Obrero Instrucciones (barrio municipal)

1940. Se compone de 180 viviendas económicas construidas en etapas. Combina viviendas apareadas y en tiras, y son de las de mejor nivel constructivo en su tipo. Basado en los planteos de la ciudad jardín, el espacio público también está positivamente cualificado.

Conjunto Plácido Ellauri

1958. Viviendas precarias de muy bajo costo, «transitorias», aún ocupadas, agrupadas en cuatro según pasajes peatonales. De las últimas actuaciones del Programa de Erradicación de Rancheríos de la IMM de 1953. Se realojaron 96 familias provenientes de la ciudad tradicional consolidada.

Unidad Casavalle I *(Las Sendas)*

1957-1958. Gestado en el marco del Plan Director de 1956, prefigurando una «unidad vecinal». Tiras de viviendas de un piso dispuestas en forma de peine. Las sendas peatonales y el verde indiferenciado dieron lugar a una expansión de las viviendas por autoconstrucciones en los espacios públicos, gravemente afectados, y la ocupación de los segundos sea por obra directa del Estado (Unidad Casavalle II y Unidad Misiones) o por asentamientos precarios, una vez abandonado el proyecto en 1961. También pensadas como viviendas «transitorias» y «mínimas» en una primera etapa de 216 construcciones, que serían seguidas por la construcción en el mismo lugar de un complejo habitacional que no se concretó.

Unidad Casavalle II *(Las Sendas)*

1961. Una vez abandonado el proyecto inicial, se construyen otras tiras, esta vez 120 viviendas de dos dormitorios, con el mismo techo abovedado que en la primera unidad. Pero las sendas son diferentes, aquí se han generado peatonales de mayor carácter público.

Unidad Misiones (*Los Palomares*)

1972. También en predios incluidos antes en la Unidad Casavalle I; 540 alojamientos transitorios, de muy bajo costo, superpuestos en dos niveles en 27 bloques dando lugar a pasajes peatonales. Constituyen el mayor nivel de hacinamiento de la zona.

Conjuntos INVE para militares

Principios de los años setenta: 77 viviendas individuales de dos dormitorios. Para su construcción se incorporó la mano de obra de los destinatarios. Las viviendas, hechas con tecnologías alternativas de paneles prefabricados y madera, se han extendido desde los frentes. Claramente se presenta como enclave, entre los diseños de ciudad jardín al norte (Barrio Obrero Instrucciones o Municipal) y al sur (barrio Jardines del Borro). Calle central, disposición en forma de peine y viviendas en tiras. El espacio público está deteriorado, las viviendas también (baja calidad de la propuesta) y se ha constituido un asentamiento sobre la cañada Matilde Pacheco.

CH 59 (INVE), 72 Y 76 (BHU)

1975-1982. En una misma macromanzana, limitada por avenida San Martín, camino Teniente Galeano y camino General Leandro Gómez (ex camino Casavalle). El primer complejo, del INVE, consta de 154 viviendas aisladas de un dormitorio con espacio para la autoconstrucción. Los complejos del BHU son dos conjuntos de viviendas apareadas, el CH 72 (Muinos entre Juan Pou Orfila y camino General Leandro Gómez) de 71 viviendas y el CH 76 de 201, hechas con paneles prefabricados de madera.

Barrio Natal

1985. Nace en el marco del Plan Aquiles Lanza (IM-BHU). El conjunto de 107 viviendas de bajo costo de uno a cuatro dormitorios se inserta en el precedente Barrio Obrero Instrucciones, y es habitado por familias que ocupaban el predio construido.

Núcleos Básicos Evolutivos

1989. Macroconjuntos homogéneos, alzados por la Comisión Ejecutora de Vivienda (CEV) para el realojamiento de 44 familias que ocupaban el Hotel Colón en la Ciudad Vieja de Montevideo, en un espacio antes previsto como público para los vecinos de la calle Montes Pareja y Antillas. Las tecnologías alternativas utilizadas no propician un diálogo con la efectiva autoconstrucción, por lo que no se realiza la buscada *evolución* de la propuesta.

1992. Macromanzana de avenida San Martín entre camino Teniente Galeano y camino Teniente Rinaldi de 388 viviendas a cargo del Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente (MVOTMA).

1995. En la misma macromanzana, de 100 viviendas a cargo de la IM.

1996. Barrio Santa María, de 176 núcleos básicos, sobre avenida San Martín y camino Colman, a cargo del MVOTMA.

1996-2000. San Martín 1 (BPS-BHU), de 62 viviendas (210 en 2008), sobre avenida San Martín y Domingo Arena.

1996-2000. San Martín 1, sector 2 (BPS-BHU), de 72 viviendas (176 en 2008), sobre avenida San Martín y Bertani.

1996-2000. San Martín 1, sector 3, (BPS-BHU) de 66 viviendas, sobre camino Teniente Rinaldi y avenida San Martín.

CH 88 (BPS-BHU)

Avenida Aparicio Saravia y avenida Burgues: 72 viviendas (100 en 2008).

2003. En grandes predios del BHU heredados de los fraccionamientos de charcas, entre camino Domingo Arena y camino Capitán Tula, próximo a avenida Mendoza. Son tres cooperativas de aproximadamente cuatrocientas viviendas prefabricadas llevadas a cabo por el ministerio para personal militar.

Asentamientos

Desde 1958, asociado a la ocupación de Unidad Casavalle 1. Principalmente se destacan: predio entre camino Teniente Rinaldi y camino Capitán Tula, desde la misma época; espacio proyectado para el parque lineal sobre el arroyo Miguelete; las macromanzanas ocupadas en la década del setenta, resultantes de las contradicciones en las políticas de fraccionamiento, trama que interpenetra al barrio Plácido Ellauri, y creciente expansión en tierras municipales y estatales en diversos sectores desde principios de 1990 hasta la actualidad. Se define como *asentamientos* «el agrupamiento de más de diez viviendas, ubicadas en terrenos públicos o privados, construidos sin autorización del propietario en condiciones formalmente irregulares, sin respetar la normativa urbanística» (PIAI, MVOTMA, 2009). A partir de la información disponible, podemos distinguir los asentamientos entre los anteriores y los posteriores a 1990, así como entre aquellos que aparecen por vez primera en el censo de 2006.

Anteriores a 1990

Sobre el arroyo Miguelete, arrinconado al Cementerio del Norte y al sur del bulevar Aparicio Saravia, uno de los primeros es Barrio Lavalleja. Al sur de las macromanzanas de Plácido Ellauri, en otra gran extensión, surge Juan Acosta. Siguiendo hacia el este, entre el Marconi y el bulevar, aparece el 2 de Febrero. Al norte de las macromanzanas, siguiendo un camino transversal, nace Pasaje Diagonal. Más al norte, donde camino Teniente Rinaldi se cruza con la continuación de camino Colman (avenida 30 Metros), aparece el primer núcleo de Nuevo Amanecer. Entre barrio Jardines del Borro y el Pueblo Obrero-Instrucciones o Municipal, se genera un foco en el cruce que luego será la génesis de El Milagro. Dentro del Barrio Obrero-Instrucciones o Municipal, el llamado Popayán. Hacia el norte, en el cruce de avenida San Martín y camino Domingo Arena se conforma Costaneros.

Posteriores a 1990

La ampliación de Nuevo Amanecer, al lado, Nuestros Hijos y, próximo, Los Reyes, así como al sur, contra las macromanzanas del este de Plácido Ellauri, surge La Esperanza. Hacia Piedras Blancas, Matilde Pacheco. Entre barrio Jardines del Borro y Pueblo Obrero-Instrucciones o Municipal, rodeando al Conjunto INVE para militares de los años setenta se desarrollan dos sin nombre y próximo nace El Milagro, el cual se extenderá rápidamente. También se consolidan el que está dentro y el colindante a barrio Jardines del Borro, hacia el arroyo Miguelete. Hacia el norte, alrededor de Costaneros, en el cruce de avenida San Martín y camino Domingo Arena, proliferan los nuevos asentamientos de La Cantera, la primera línea de Tres Palmas y otro anónimo. Como prolongación del Barrio Natal-Aquiles Lanza y limitando al norte con el más antiguo Barrio Obrero Instrucciones-Municipal, se constituye Barrios Unidos. En las inmediaciones del arroyo Miguelete y avenida de las Instrucciones, crece Gruta de Lourdes. Entre el arroyo y la Unidad Casavalle se forman los dos que la rodean parcialmente, el que se considera como prolongación de la unidad, y el arrinconado contra el arroyo y bulevar Aparicio Saravia. Hacia avenida San Martín, al norte de Unidad Misiones y el este de Unidad Casavalle II, se forma San Martín-Unidad Misiones. Y en el viejo barrio Plácido Ellauri, en la macromanzana sobre la avenida San Martín, se forma Simón del Pino, y sobre el centro, La Palmera.

Sumados en 2006

En el cruce de avenida Pedro de Mendoza y la continuación del camino Colman se genera un conglomerado de asentamientos: Las Palmitas, Nuevo Rinaldi, Unión y Fuerza, Obreros Unidos, Constituyentes, Nuevo Colman. Dentro de Plácido Ellauri el proceso continúa aceleradamente: Nuevo Mendoza, próximo a La Palmera, y entre este y Simón del Pino se generan Pasaje Aserradero y Nuevo Plácido Ellauri-Del Aserradero, consolidando la tendencia de estas macromanzanas atravesadas por pasajes. Proliferan también los que rodean a Matilde Pacheco: Nuevo Mausa, 21 de Febrero, Buenos Aires, W. Medina, 19 de Mayo-Curupú, y a unas calles al sur, 4 de Octubre-Emanuel y Primero de Marzo. Hacia el norte, en el cruce de avenida San Martín y camino Domingo Arena, entre los NBE de Santa María y las actuales Cooperativas Militares del MVOTMA, extendido y de baja densidad, se forma Primero de Mayo.

Los asentamientos más poblados (de más de mil habitantes), son los existentes entre los barrios Jardines del Borro, el Obrero Instrucciones-Municipal, el Conjunto INVE para militares y sus alrededores: Gruta de Lourdes, La Santa Lourdes, y otro anónimo; los existentes al este de la avenida San Martín, en las macromanzanas entre camino Capitán Tula y avenida de las Instrucciones: Tres

Palmas y Primero de Mayo, ampliándose hacia la avenida Pedro de Mendoza e incluyendo a todo el enclave del cruce con camino Teniente Galeano: Nuevo Amanecer, Nuestros Hijos y Los Reyes; las macromanzanas oeste del barrio Plácido Ellauri: Pasaje Aserradero, Nuevo Plácido Ellauri-Del Aserradero, y en el cruce de bulevar Aparicio Saravia y avenida San Martín, Simón del Pino, y en frente hacia el sur, Juan Acosta.

Los asentamientos no tan poblados (de 500 a 1000 habitantes), son los que se despliegan entre el arroyo Miguelete y avenida de las Instrucciones: 24 de Enero, Tercer Milenio, Descarrilamiento; los que corren desde la misma en forma vertical hacia el oeste de la avenida San Martín al norte del Barrio Obrero Instrucciones-Municipal: Colón, La Cantera, Costaneros, 3 de Agosto, Barrios Unidos; los que se encuentran en el corazón del área, atravesando en diagonal las macromanzanas en forma fronteriza con los más poblados: El Milagro hacia el oeste y Pasaje Diagonal, Las Palmitas, Nuevo Rinaldi, La Esperanza, Unión y Fuerza, Obreros Unidos, 9 de Abril, Nuevo Colman, Constituyentes hacia el este. También se incluyen el Marconi y sus vecinos más próximos: Artagaveytia, 18 de Mayo y 2 de Febrero.

Los menos poblados (menos de quinientos habitantes), son los ubicados en las macromanzanas del barrio Plácido Ellauri sobre el este, hacia avenida Pedro de Mendoza: Nuevo Mendoza y La Palmera y la Unidad Misiones y San Martín-Unidad Misiones; los ubicados hacia Piedras Blancas al este: Comisión 516, 4 de Octubre-Emanuel, Primero de Marzo, Matilde Pacheco, Buenos Aires, W. Medina, 19 de Mayo-Curupú, 21 de Febrero y Nuevo Mausa; los cercanos al Marconi, fronterizos con los más poblados: Proa, San Isidro, Peñarol y El Triángulo, y los generados en el Barrio Obrero Instrucciones-Municipal, al norte de la concentración entre este y el barrio Jardines del Borro.

La cartografía presentada es incompleta por naturaleza y por las condiciones existentes en la actualidad. En el presente existen varias intervenciones en marcha, como el barrio Tres Palmas en el marco del Plan de Integración de Asentamientos Irregulares (PIAI) y el MVOTMA, en avenida San Martín y camino Domingo Arena. El barrio está en plena gestación: se está construyendo junto a quienes son realojados, desde una perspectiva donde se pretende trabajar «no solo desde el asentamiento, sino desde el barrio» (Dinot-MVOTMA, 2008). En octubre de 2008, se entregaron 10 viviendas de 31 realojos. Las viviendas de uno, dos y tres dormitorios incluyen cocina, baño y comedor. Además del barrio Tres Palmas, otros asentamientos de la zona se encuentran inmersos en el PIAI: Barrios Unidos, Curitiba, 3 de Agosto y La Esperanza (para licitar las obras), Nuestros Hijos (en etapa de preinversión), y Nuevo Colman y Nuevo Amanecer (también terminados) (PIAI-MVOTMA, 2009).

Por un lado, la falta de información exhaustiva refiere directamente a la situación de Casavalle en los planes y las ejecuciones efectuados por los diferentes órganos institucionales (complejos habitacionales, NBE, las nuevas

intervenciones de carácter barrial para trasladados o para los habitantes irregulares del sitio). Además, esta complejidad institucional va de la par de la dinámica propia de ocupación, en lo que se da en llamar la *ciudad informal*. Es decir, por la heterogeneidad de migraciones, la variabilidad de residencia, principalmente en los asentamientos, pero también en gran medida en los complejos habitacionales pauperizados (considerados también como asentamientos por las autoridades actuales). Todo esto hace que la dinámica del territorio, y lo que a nosotros nos importa, las subjetividades que crean y se recrean a partir de esta dinámica y de otros factores, se constituyan a partir de condicionamientos que determinan los márgenes de movilidad y asentamiento en formas seminómades de diferentes tipo de circuito, siendo en los asentamientos donde se da la mayor movilidad y se establecen conexiones más distantes con otros territorios. Por supuesto que existe un grueso, principalmente en los entornos espaciales más antiguos, que mantiene una residencia anclada, pero es también significativo el movimiento de ida y vuelta a partir de fragmentos o unidades que componen a otros mayores. Estos casos son típicos de aquellas unidades posteriormente subdivididas, como es el caso que investigamos y en el que intervenimos en particular.

Nuestra investigación participativa se enmarca en el antiguo predio proyectado en 1957 para la Unidad de Habitación Casavalle, comprendido hasta el presente por tres intervenciones claramente diferenciadas: la Unidad Casavalle I *(Las Sendas)* —la primera y la única acorde al proyecto—, la Unidad Casavalle II de 1961 y la Unidad Misiones *(Los Palomares)* construida en 1972; así como por la formación de asentamientos irregulares, en particular dos: el que se desarrolla como continuación de *Las Sendas* hacia el norte, en el espacio verde que se mantenía desocupado en los límites con el preexistente barrio Jardines del Borro, y el que se desarrolla sobre la costa del arroyo Miguelete, espacio verde proyectado como parque lineal en el perimido Plan Director de 1956. También hemos incluido actividades en el barrio Jardines del Borro (El Borro), así como hemos contado con la participación de vecinos de las *Viviendas del Padre Cacho*, que pueden ser consideradas viviendas, y las que están incluidas en las tres intervenciones arquitectónicas emprendidas por el Estado en el terreno de la proyectada Unidad de Habitación Casavalle. Suman unas 876, y junto con los asentamientos ocupan un área aproximada de 36 ha (Cecilio, Couriel y Spallanzani, 2003, p. 105).

En 1985, comenzando el camino de retorno a la democracia luego de la última dictadura civil-militar, cuando el porcentaje de la población con carencias para todo Montevideo era del 15,9 %, en Casavalle llegaba al 47,1 %. Esto quiere decir que la mitad de los que allí vivían lo hacían en situación de extrema pobreza. Casi una década después, con del despliegue de las políticas neoliberales y a pesar de la llegada de decenas de contingentes provocada por los desalojos masivos, los índices descienden levemente: 13,3 % para todo el

departamento y 39,6 % para Casavalle. La relación entre el todo y la parte siguió siendo la misma, casi tres veces más en Casavalle, una verdadera concentración de la pobreza en la zona. Las carencias más presentes han sido el hacinamiento (más de tres personas por habitación para dormir), las insuficiencias edilicias de las viviendas, el tipo de servicio sanitario, el acceso a la energía eléctrica y el abastecimiento de agua potable.

Para toda el área Casavalle, definida por las NBI, en 1996 la población era de 28.937 habitantes, ocho años después, en 2004 de 36.450; crecía un 26 %. Pero, como efecto de las políticas neoliberales, la concentración de la pobreza aumentaría aún más. Durante ese mismo período, la cantidad de viviendas particulares en todo el departamento de Montevideo creció un 10 %, mientras que las que se encontraban desocupadas llegaron a aumentar un 102,8 %, creciendo el índice de ocupación tan solo un 3,9 %. Para entonces, la población en asentamientos irregulares —en la zona hay ya más de cincuenta— alcanzaba el 10 % del departamento, unas 133.545 personas. Solamente Montevideo concentra el 77 % de los asentamientos de todo Uruguay, el género es equitativo en ellos, y los niños y jóvenes hasta 29 años constituyen el 63 % (siendo a su vez el grupo de 0 a 14 años el más numeroso, con el 36 %). Solo un 4 % supera los 65 años de edad. Un 18 % de los montevideanos menores de 9 años ha nacido en un asentamiento, casi uno de cada cinco. Mientras la relación entre el grupo de niños menores de 9 años es en todo el departamento del 6 %, en los asentamientos constituyen el 12 %, es decir, el doble. Y mientras los mayores de 65 años son el 16 % del total, en los asentamientos representan tan solo el 4 %, cuatro veces menos. Este es, como se ha dicho tantas veces, el rostro de la pobreza de principios de milenio: de niño y adolescente.

El hecho de que estas tierras se encuentren dentro de una vasta zona homogénea en lo que respecta a las condiciones básicas de existencia, a su carencia, inaccesibilidad, precariedad se corresponde con determinaciones en la dimensión cultural, en la construcción de sistemas de significación, creencias y horizontes de posibilidad es socialmente establecidos para y en las prácticas cotidianamente suscitadas. No se trata tan solo de que lo económico determina lo cultural, sino más exactamente de que las relaciones de fuerza, la economía política se expresa y cobra cuerpo en diferentes saberes, incluidas las versiones sobre la identidad, las mínimas objetivaciones, los productos siempre mitológicos de la subjetividad. Las condiciones cobran forma en nosotros, quienes a su vez somos los que podemos transformarlas, en diferentes sentidos y niveles. Pero si bien el peso de las determinaciones es relativo a las situaciones (no es absoluto), en estos contextos se presentan con el máximo de imposición imaginable. Y es que la zonificación de las condiciones de exclusión genera este poder de las determinaciones al imponerlas espacialmente, un capítulo de lo que Michel Foucault llamara «biopoder», la gestión política del cuerpo social desarrollada en Occidente (2007).

Es esa sensación de que Casavalle y otros territorios semejantes se encuentran sumidos en una situación imposible de cambiar, de que la pobreza y la desidia social seguirán eternamente sojuzgando a estas poblaciones marginalizadas. La estigmatización del resto de la sociedad tiene su correlato interno en la autoestigmatización y la fragmentación de los vínculos vecinales. Los índices que miden las condiciones básicas insatisfechas, con toda su crudeza, nos muestran una cara de la situación, la más dura, la determinante, un panorama de las condiciones presentes para quienes día a día habitan allí. Condiciones que como hemos visto han sido principalmente definidas por los vaivenes de las políticas habitacionales gestionadas desde los distintos gobiernos del Estado moderno, proceso que cobra cuerpo en la mitad del siglo xx, se consolida en el período de la última dictadura civil-militar, y se profundiza a partir de la década del noventa con las políticas neoliberales y la crisis social que tuvo su cota máxima en 2002.

En los centros de irradiación de los modelos occidentales, se han constituido dos tipos de espacializaciones, en tanto que expresiones de las condiciones biopolíticas existentes de uno y otro lado del Atlántico norte. Loiq Wacquant (2007) ha desarrollado un profundo análisis comparativo entre los que denomina «hiperguetos negros» de las periferias estadounidenses y «antiguetos rojos» de las europeas. Los primeros, los hiperguetos, son la herencia de los fuertes guetos comunitarios negros de la década del cincuenta, donde a la histórica segregación racial se le sumara la de clase. La clase trabajadora, enfrentada a la desocupación estructural por la desindustrialización, y las categorías etnorraciales se combinan generando niveles de exclusión y espacialización nunca antes vistos. Del lado europeo, las periferias de las principales metrópolis se han conformado por una heterogeneidad de grupos étnicos y culturales en general, según fronteras porosas, donde la condición de clase es la determinante común y la étnica está presente pero bajo la forma estereotipada del inmigrante. Dentro de estos antiguetos se da la mayor fragmentación, por eso son lo opuesto a los guetos, porque tienden permanentemente a la disociación.

La diversidad cultural en situación crítica, de exclusión y estigmatización, pasa a ser predominantemente fuente de violencia en vez de contexto de creación de nuevas formas subjetivas y de enriquecimiento mutuo entre las existentes. Las semejanzas entre ambas formas de marginalización avanzada pasan por las estructuras demográficas y económicas: enclaves de las consideradas minorías, concentración de grupos de edad extremos en relación con cada contexto, fuerte presencia de familias monoparentales, zonas devastadas por la desindustrialización y por ello de hemorragia demográfica, y en lo que llama «la atmósfera espesa y opresiva que reina en ellos y el estigma muy fuerte asociado al hecho de residir en un espacio considerado como un lugar [...] convertido en sinónimo público de fracaso, miseria y delincuencia» (Wacquant, 2007, pp. 178-179).

Pero Wacquant también nos advierte sobre las diferencias y las relaciones entre lo que son las cualidades morfológicas (los perfiles sociodemográficos) y la fenomenología de sus habitantes (las vivencias y las percepciones), las similitudes que acabamos de apuntar y las diferencias entre ambos cinturones urbanos en lo que hace a las escalas, las composiciones y las funciones de cada uno: ningún barrio de complejos parisino alcanza a ser la décima parte de un gueto como el de Chicago. En primer término, funcionalmente, los primeros son más zonas dormitorio y los segundos incluyen actividades de producción propia y cierta autonomía institucional e identitaria, donde algunos vecinos no salen al exterior para nada. En segundo lugar, la heterogeneidad y la dispersión etnicorracial también se oponen al encierro y a la uniformidad del otro lado. En tercer lugar, las tasas y los niveles de pobreza son mucho mayores en los Estados Unidos que en Europa. Lo mismo sucede con la criminalidad y la peligrosidad, mucho más estructural en lo que fueron los guetos negros que en las periferias multiculturales desindustrializadas. Y por último, las políticas urbanas y ambientales han sido muy diferentes, entre los esfuerzos paliativos europeos y la hasta el momento permanente retirada de las instituciones norteamericanas; lo cual en la actual crisis sistémica puede verse aún más agudizado y en ambas formaciones.

Si de Casavalle se trata, no encontramos ninguno de los modelos hegemónicos antes vistos, ni hiperguetos ni antiguetos. La segregación espacial —la espacialización de la pobreza— ha adoptado otras formas, como es de esperar para cada caso. Antes que nada, más que disminuir, la población ha aumentado considerablemente. Sí existe algo cercano a los antiguetos europeos en aquellos barrios montevideanos afectados por la desindustrialización, como los del oeste (ciertas zonas de La Teja, el Cerro, Nuevo París), pero no se componen por una heterogeneidad de grupos inmigrantes con sus descendientes como en las periferias francesas o ibéricas. Sí encontraremos trazas del hipergueto estadounidense en Casavalle, ciertas características que los emparentan, pero en diferentes grados y niveles, pues como luego veremos la población de descendencia afrouruguaya es considerablemente mayor que en el resto de la ciudad y del país.

Y es que principalmente el área aproximada a barrio tomada a partir de la homogeneidad en relación con los niveles de NBI, trata de las similitudes, tanto entre los diferentes tipos de periferias urbanas contemporáneas en todo el mundo, como entre los distintos fragmentos, espacios locales conformados, percibidos y vividos también como diferentes, de gran heterogeneidad. En este sentido, toda el área de Casavalle ha sido tomada como un *depósito*, una zona donde implantar diferentes tipos de espacios, según diferentes políticas habitacionales a lo largo de un devenir histórico-institucional con considerables discontinuidades. Al respecto, la periferia montevideana en general se presenta como hibridación y eclecticismo de los modelos hegemónicos del norte junto a otros como el de los asentamientos, *cantegriles* o *villas miseria*,

donde existe una variedad de realidades particulares, rasgo que es compartido a escala latinoamericana.

Como bien insiste permanentemente Wacquant (2007), hemos tenido el cuidado de no caer en el error de asimilar todos estos procesos al clásico gueto, tan arraigado en las tradiciones científicas como en el sentido común, que define específicamente a conglomerados étnicamente homogéneos. Nos hemos referido a la *guetización* como tendencia general hacia la generación de espacios cerrados sobre sí mismos, homogéneos en su interior y de fuertes fronteras con el entorno. Esta es la cualidad compartida por todas las formaciones a las que hacemos referencia, la segregación, lo que se concreta de manera siempre diferencial, y donde las condiciones contemporáneas generan una tendencia a la disociación en realidades desconectadas, espacial y temporalmente inconmensurables (Castells, 1998). Pero es una tendencia, dentro de la cual no cesan de generarse estrategias que buscan superarla, alterarla en diferentes grados. Además, esta tendencia a la segregación se combina con otras a partir de diferentes instituciones y tipos de vínculos intersubjetivos también presentes en estas realidades. Existen redes de relacionamiento y espacios de encuentro interculturales y transculturales. Como veremos, para nuestro caso, la Unidad Casavalle y sus vecinos, existe una fuerte tradición de trabajo asalariado e informal en toda la ciudad de Montevideo, el Uruguay, y en otras sociedades, como las de Buenos Aires principalmente, también Porto Alegre y las recientes experiencias de los militares residentes en la zona enviados por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) a las zonas de conflicto mundial como ser la República Democrática del Congo (ex Zaire) o Haití. Más que apuntes esporádicos, estas cuestiones refieren directamente a la conformación de la subjetividad específica de los casavallenses contemporáneos. En muchos casos, en un mismo núcleo familiar, a veces en un mismo sujeto, se comparte la condición de policía y de recolector de residuos por diferentes zonas de la ciudad. En esas condiciones, se puede tanto contrarrestar como aumentar la tendencia a la segregación, pero está claro que el barrio se encuentra atravesado por una multiplicidad de vectores de relacionamiento más allá de Casavalle, a pesar del aislamiento imperante, estructural a nivel de las condiciones básicas compartidas.

¿A quiénes ha segregado históricamente la sociedad uruguaya? ¿Cuáles son sus excluidos? ¿A partir de qué parámetros se construye al otro interno, el que debe pagar en su cuerpo los costos de la lógica económica imperante hasta el momento, zonificado en ciertos territorios y perpetuando sus condiciones de vida? Para quienes habitan en Casavalle, esta es una pregunta directa sobre sus identidades. Creemos que el conocimiento comprensivo y crítico es el único capaz de formular herramientas conceptuales para visualizar nuevos horizontes, evidenciar las virtualidades presentes en la realidad concreta, aunque esta, como hemos planteado, se encuentre tan cerrada sobre sí, tan constreñida por las determinaciones estructurales polarizadoras y

generadoras de desigualdad y exclusión. Ante la homogeneización se renuevan las cualidades, la identidad positiva y nuestra investigación-intervención se inscribe en este proceso, tan real como la reproducción de las desigualdades que se intenta combatir. La cuestión es aún más compleja cuando reconocemos que estos mecanismos están inscritos en toda formación social (Sawaia, 2009), y la pregunta de fondo se proyecta inevitablemente en la dimensión filosófica de la invención política (Badiou, 1990), de la creación de nuevas formas de ser a partir de prácticas y haceres en tanto ontología del presente (Foucault, 2002).

Y allí está lo importante en definitiva: la resistencia a la marginalidad avanzada, la búsqueda de salidas al imperio de tales condicionamientos y no estos en sí mismos. Más que algo dado, es algo haciéndose, en proceso y es una lucha, un combate. Por lo cual la investigación, más que una representación de lo que pasa, es algo más que pasa entre las otras cosas que también están pasando, buscando sumar fuerzas hacia una dirección, que busca —a pesar de y por las aplastantes condiciones— los caminos de transformación. Conocer la subjetividad es intervenir en ella, experimentar su fragmentación desde la producción de conocimiento antropológico es religarla, reanudar su producción, crear y recrearla entre los fragmentos. Más que significativo es el hecho de que a través de nuestras actividades se hayan conocido por vez primera algunos vecinos de una misma senda por ejemplo, que estas experiencias hayan sido la oportunidad para el primer encuentro. Y más significativo resulta ser cuando además ambos habían transitado antes por los mismos lugares, diversas localidades del área metropolitana. Sumergirse por tanto en la vida de una comunidad humana habitante de uno de estos espacios, llevar a cabo actividades en conjunto y trabajar explícitamente sobre la problemática de su naturaleza y su composición no es un mero paliativo frente a la falta de empleo y de viviendas dignas, un *ser pasivos* frente a la reproducción de las condiciones.

Aprender sobre quiénes somos, cómo somos lo que somos y qué podemos llegar a ser habilita caminos de transformación de la realidad donde, además, quienes viven lo objetivado son parte de la objetivación elaborada y por tanto sujetos investigadores de su propia realidad. Esto no empaña la patente evidencia de que lograremos transformar las condiciones de existencia si se produce un cambio a ese nivel, es decir, en la dignificación definitiva del hábitat y de las formas del habitar. Cada una es condición necesaria, pero ninguna por sí sola es suficiente.

II

Territorialidad de barrio jardín, complejos habitacionales y asentamientos

Tres lugares y muchas situaciones

1

La llegada: los sujetos y sus circunstancias

«Individuos o grupos estamos hechos de líneas, de líneas de muy diversa naturaleza. Un primer tipo de línea sería segmentaria [...] la familia, la profesión, el trabajo, las vacaciones; la familia, y luego la escuela, y luego el ejército, y luego la fábrica, y luego el retiro [...] En resumen, todo tipo de segmentos bien determinados, en todas direcciones, cortándonos en todos los sentidos: paquetes de líneas de segmentarizados. Pero al mismo tiempo tenemos unas líneas de segmentaridad mucho más flexibles, en cierta medida [...] que no solo atraviesan a los individuos, sino también a los grupos y a las sociedades [...] trazan pequeñas modificaciones, se desvían, esbozan caídas o impulsos, sin que por ello sean menos precisas, puesto que incluso llegan a dirigir procesos irreversibles. Más que líneas moleculares segmentarias son flujos moleculares por umbrales o *quanta*: se franquea un umbral que no coincide forzosamente con un segmento de las líneas más visibles. En este segundo tipo de líneas [...] de microdevenires que no tienen el mismo ritmo que nuestra «historia», suceden muchas cosas [...] Un oficio, por ejemplo profesor, juez, abogado, contable, criada, es un segmento duro, pero también es muchas más cosas: ¿cuántas conexiones, atracciones y repulsiones se producen en él que no coinciden con los segmentos?, ¿cuántas locuras secretas y a pesar de todo en relación con los poderes públicos? Pero aún tenemos un tercer tipo de línea [...] la línea de fuga [...] las tres líneas son inmanentes, están imbricadas unas en otras. Tenemos tantas líneas enmarañadas como una mano. Somos tan complicados como una mano...»

Deleuze y Parnet (1997, pp. 141-142)

Llevamos a cabo una serie de jornadas grupales de reflexión, a veces en las instalaciones del cibercafé del barrio, propiedad de un vecino que luego también se incorporara al equipo, y otras en forma de recorridas por el terreno. En un promedio de siete personas, planteamos nuestros puntos de vista, argumentamos acerca de las causas y las circunstancias, así como imaginamos alternativas frente a los problemas. Mientras los vecinos iban involucrándonos en la situación, fuimos esbozando entre todos su cartografía preliminar. Había allí vecinas de la Unidad Casavalle, del barrio Jardines del Borro, de la Unidad Misiones y del asentamiento principal. Una situación subjetiva es una ubicación, un conjunto de coordenadas de relaciones y contextos, de vectores y áreas. El trabajo, la salud, de uno mismo y de los seres bajo nuestra responsabilidad, son los tipos de entornos de actividades a través de que vivenciamos nuestro enclasamiento. Y las situaciones en las que nos encontramos coyunturalmente son interpretadas y narradas por nosotros mismos en diversas instancias, otras situaciones en las que reflexionamos sobre las primeras. Cuando esto es colectivo, cuando este ejercicio se hace en un diálogo abierto hacia todas direcciones, el proceso de producción de subjetividad adquiere su mayor alcance. Por ello mismo, más que grupos focales o de discusión, lo que emprendimos fueron talleres de reflexión y de acción entre los vecinos,

lo cual implica que los fenómenos investigados se encuentran ellos mismos en pleno proceso de transformación, que emprendemos un proceso de objetivación en una dinámica de problematización y de acciones estratégicas con el fin de modificar esa realidad.

En esta dialógica investigativa, en general iniciática —principalmente entre los vecinos—, en tanto búsqueda del establecimiento de supuestos y de marcos de comprensión intersubjetivos luego dinamizada por la exploración de los límites de lo posible gracias al ejercicio de la crítica, significó la presentación de los sujetos en situación a partir de perfiles elaborados en las propias instancias experimentadas. Sujetos en situación, que construyen un perfil de su identidad a partir de la interacción del diálogo asumido con nosotros, inmersos en la misma dinámica: con eso nos encontramos. Como planteáramos en la introducción, a estos vecinos se sumarían muchos más hasta alcanzar una treintena de involucrados de una u otra forma en la investigación. Pero como ejercicio, metodológicamente, partamos de las situaciones de quienes se constituyeron en el grupo inicial, para de allí introducirnos en este universo de existencia a explorar entre todos.

Sonia llegó al barrio con ocho años de edad, en 1975, junto con su madre y sus hermanos, desde el Paso Molino (antiguo pueblo hoy integrado al oeste montevideano). Se mudaron porque donde vivían tenían el lanzamiento, le habían propuesto a su madre que les iban a dar una vivienda y así llegaron a poblar Unidad Misiones *(Los Palomares)*. Cuando se casó se fue, luego volvió con su madre al separarse. Sonia tiene cuatro hijos y vive con ellos y con su madre en Unidad Misiones *(Los Palomares)*. Por suerte, nos narra, ha podido alcanzar un buen empleo, en una peluquería de renombre internacional ubicada en un *shopping* de la franja costera de la ciudad. Hace cuatro años que pudo pasar de una empresa de limpieza de trabajo transitorio al centro de belleza. Además de hacer allí la limpieza, ha quedado como encargada del mantenimiento diario del equipamiento de la peluquería, lo que implica una mayor responsabilidad. Esto le ha servido principalmente para hacer frente a la endeble salud de su hija Clara —por las secuelas de un parto seco (falta de oxígeno neurológico)— y de otros miembros de su familia, todos a su cargo. Las idas y venidas por los problemas sanitarios la han llevado a realizar una trayectoria institucional por hospitales y centros barriales que experimenta como un aprendizaje. También por intermedio del Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay (INAU), por el Centro de Atención Integral a la Infancia y la Familia (CAIF), siendo la doctora de cabecera de Clara la de la policlínica del barrio y la profesora de neuropediatría del hospital Pacheco. En el nuevo contexto del sistema sanitario integrado, le parece más favorable estar bajo la salud pública, que no cobra por órdenes ni medicamentos. Sus cuatro hijos están cubiertos por la salud pública, uno tiene derecho al Hospital Militar por su padre, quien se encontraba entonces en la República Democrática del Congo (ex Zaire) enviado allí un año en funciones para la

ONU. Frente a discusiones con los médicos, ha buscado otros equipos en los servicios existentes. Sonia se presenta, efectivamente, como un sujeto que ha elaborado estrategias para acceder a recursos indispensables frente a las instituciones, en especial, a las sanitarias: «Lo hemos trabajado y lo hemos superado»; trabajar lo que sea para que la niña pueda «superar y pasar a otra etapa», tratando de solucionar las «ausencias» temporales de Clara.

Victoria vive junto con sus tres hijos en una esquina de la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)*, sobre el límite con el asentamiento. Con veintiocho años y una gran inteligencia, no logra conseguir un trabajo permanente ni medianamente bien remunerado. Sea por lo que sea, siempre queda fuera de las coberturas de las diferentes instituciones, por lo cual sus potencialidades chocan duramente con una condición de constante peligro frente al desempleo y la inseguridad. Su compañero trabaja en el Instituto Nacional de Alimentación (INDA), en mantenimiento, para una empresa tercerizada, luego de haber pasado por sucesivos cambios de firma. Por ello se conocieron, cuando ella trabajaba en las instalaciones centrales. Cuando pasó a residir en Casavalle pidió el pase para trabajar en el cercano comedor escolar de Peñarol. Llegó al barrio hace seis años, por el padre de sus dos hijos menores, que vivía allí y la atrajo a su territorio desde las localidades de La Paz y Las Piedras en el departamento de Canelones, donde frecuentaba residir, ya que ella y sus dos padres son oriundos de La Paz. Empezó a trabajar en Montevideo (la ciudad consolidada), pero nunca residió allí. Como promotora, operaria fabril, empleada en un supermercado y muchas otras cosas, se le hacía más fácil cuando era más joven, cuando podía cambiar de trabajo según le conviniera. Ya cuando tuvo a dos de sus hijos se le dificultó. No podía costear el cuidado de los pequeños y recién ahora que ambos han llegado a la edad escolar puede disponer de tiempo para el mercado laboral. «De la escuela [el trabajo] a casa», por lo que dice no conocer mucho del lugar, a pesar de sus seis años viviendo allí. El último trabajo que había tenido hasta el momento había sido en ese comedor escolar de Peñarol, contratada por la empresa tercerizada, estando embarazada del último hijo; seis meses de seguro, pago del despido y una nueva situación, con un hijo más y sin trabajo. «Cuando nos conocimos hacía dos años que estaba así, con limpiezas esporádicas, cerca del barrio». Viaja a las zonas consolidadas de la ciudad tan solo para hacer trámites, como al Banco de Previsión Social (BPS).

Raquel vive con su marido y sus dos hijos en Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)*. Desde 2003 se encuentra residiendo nuevamente en el barrio, había vivido allí de los quince años de edad hasta que se casó y se mudó a La Paz y luego a Toledo Chico hasta su retorno —localidades del área metropolitana, la segunda semirrural. Había emigrado hacia Casavalle desde Belvedere (barrio vecino del Paso Molino, en la zona oeste de Montevideo). También por cuestiones laborales, se trasladaron una vez que su padre, entonces jefe de familia, no pudo sostener la vivienda: «Era la única opción que teníamos, o nos

íbamos a la calle». La vuelta al barrio fue parte de una estrategia frente a la crisis económico-social profundizada en 2002: «que nos agarró a todos, que a mí todavía no me soltó del todo». Allí estuvo haciendo trabajo comunitario, para estar activa frente a la situación. Cuando volvió, siguió formándose en promoción comunitaria. Participó en los sorteos del programa Uruguay Trabaja del MIDES, y cree no haber sido seleccionada en ninguna ocasión debido a sus problemas de salud de entonces. Su retorno a Casavalle estuvo pautado principalmente por las posibilidades de que su esposo consiguiera trabajo en ese contexto de crisis. Llegó también con la idea de conseguir trabajo para ella, pero la hipertensión crónica, otras cuestiones que afectan su sistema cardiovascular y las secuelas de una operación en la columna vertebral, le dificultaron la tarea. Frente a tal situación, se puso a estudiar para así aumentar las posibilidades y calidad de su búsqueda de trabajo: actividades que no exijan un gran esfuerzo físico. Un curso sobre formación de comisiones de fomento barrial la llevó a Cuba por una semana. «Volví a la carga» con la informática, en instituciones ubicadas en el barrio. Luego pasó una depresión, y volvió a salir adelante una vez más y su situación entonces era la de estar estudiando en un nuevo curso, esta vez de seguridad social. Hace aproximadamente diez años que busca lo que considera un trabajo estable.

Sandra es una de las vecinas más antiguas del barrio, representó en nuestro grupo inicial al habitante del barrio Jardines del Borro, barrio jardín fundado en 1926. Su vivienda se encuentra a pocos metros del límite con el asentamiento al norte de la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)*. Había llegado al barrio en 1968 o 1969, cuando contrajo matrimonio con el compañero de toda su vida de allí en más, Pedro. Ha sido testigo de muchos de los procesos por los que pasó el barrio, como el de la aparición de la última unidad habitacional (Misiones, Los Palomares, donde llegó a estar a punto de adquirir una vivienda), así como el de la conformación de los asentamientos. En la actualidad, a pocos metros de su vivienda, se está erigiendo una nueva unidad espacial (un nuevo fragmento sin duda), un sendero de cabañas en fila en dirección al arroyo Miguelete. Preocupada por los destinos del barrio, ha participado en innumerables actividades de promoción y desarrollo, y se encuentra con un alto grado de escepticismo sobre las posibles transformaciones efectivas. Vive con parte de su extensa familia (hijas, sus compañeros y nietos), compartiendo un mismo solar en viviendas diferentes autoconstruidas en sucesivas etapas. Con más de setenta años de edad, no cesa en sus intentos por encontrar soluciones concretas. Siendo un ejemplo de los vecinos que poseen una matriz subjetiva rural, un estilo de vida asociado a las quintas y quintillas que como hemos visto conformaban el Casavalle histórico, la situación actual le resulta fuertemente contrastante con lo que son sus modelos culturales, en particular los asociados a la espacialidad. Hoy está retirada de las actividades laborales, después de haber trabajo por décadas como empleada doméstica

desde que emigrara de su natal Cerro Pelado (en el corazón del departamento de Rivera) a los quince años de edad.

Marta habita en una de las casas más grandes y en uno de los predios mejor cuidados de la Unidad Casavalle I *(Las Sendas)*, ubicado hacia el oeste. Emigró cuando era niña, a principios de los años sesenta, desde la propia ciudad de Rivera, capital del departamento homónimo, hacia la zona del cruce entre el camino Maldonado y Cochabamba, hacia el este del departamento de Montevideo, zona muy próxima a Casavalle y en una de las cuales a mediados del siglo XX se establecían las familias que seguían emigrando hacia la capital del país, ya por entonces llegando directamente a la periferia. Gracias a las gestiones de uno de sus ocho hermanos, responsable del núcleo familiar, luego de juntar el dinero de las asignaciones familiares de todos los niños y conseguir un trabajo estable entre otras cosas, accedió a la compra de una vivienda de la Unidad Casavalle I *(Las Sendas)*. A su llegada, recuerda que habían pensado que el Cementerio del Norte era un hipódromo, y que les había generado desilusión el descubrimiento de que eso no era así. Desde entonces, su vida entera ha residido allí, siendo una de las vecinas identificadas con su barrio. Igualmente mantiene lazos parentales con su lugar de procedencia, una casa familiar en la ciudad fronteriza de Rivera, en el Cerro del Marco. Su marido e hijos son militares. El primero ha estado en misiones para la ONU en Haití en frecuentes ocasiones. Ella, por su parte, ha estado involucrada en emprendimientos barriales productivos, como los llevados a cabo por la organización Plenario de Mujeres del Uruguay (Plemuu), de fuerte trayectoria en el barrio, enfocada en las acciones para la dignificación de la mujer. Comparte el terreno con la familia de uno de sus hijos que se encuentra construyendo su propia vivienda y entre todos cuidan constantemente del entorno.

Rosario, cuando comenzamos nuestro trabajo, vivía en una vivienda ubicada en una esquina que es frontera entre la Unidad Casavalle I *(Las Sendas)* y el asentamiento que se extiende en ese margen del arroyo Miguelete, muy próxima además al asentamiento entre la unidad y el barrio Jardines del Borro. Uno de sus ocho hermanos estaba conviviendo con ella y con sus dos hijos. A este hermano, debido a un infarto cardíaco, se le prohibió la ingesta de alcohol a la que estaba habituado, pero no se lo trató intensivamente y ello desencadenó un cuadro crítico que culminó con su muerte. Rosario se hizo cargo de todo y sin la ayuda de nadie más de su familia extensa. Su cuidado significó un enorme esfuerzo sumado a los propios de su núcleo familiar. Era el cumpleaños de su hijo y trató de revivirlo con masajes cardíacos, pero fue inútil. El chico estaba asustando, había encontrado al tío yaciendo mientras sonaba la música que estaba escuchando entonces. Habitante de una de las esquinas más amplias y circuladas, se preocupó permanentemente por mantener los pastos bajos y las cunetas de desagüe limpias de obstáculos. A mediados de año, Rosario se trasladó hacia el norte del barrio Jardines del Borro a una vivienda ubicada entre

este y el Barrio Obrero Instrucciones-Municipal, donde se encuentran asentamientos como El Milagro y otros sin nombre propio, a menos de un kilómetro de la que era entonces su vivienda.

Mica se nos presentó como una mujer concentrada en las actividades de combate contra la indigencia, luchando sola con sus hijos pequeños. Participó en nuestras actividades en forma esporádica, mientras gestionaba ayudas y una relocalización hacia las nuevas viviendas en construcción. No daba abasto, pero su ímpetu la mantenía al pie del cañón. Su situación era dramática para ella misma antes que nada: «Yo estoy, justamente, por un error acá [...] de [las calles] Lorenzo Carnelli y San Salvador [...] yo sé lo que es vivir con gente y sé lo que es vivir en un cante». Como tantos afrodescendientes, Mica fue desplazada de las zonas consolidadas de la ciudad históricamente habitadas por sus antepasados, en particular del barrio Palermo, primero hacia la Unión, luego hacia la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)*. No tuvo más opción que instalarse en un fondo, en el interior de una de las manzanas en tiras entre las sendas. Gracias a la presencia del MIDES —a través del Plan de Emergencia— pudo autoconstruir su vivienda. Pero el contexto de su emplazamiento, más las condiciones de precariedad por ser madre soltera y jefa de familia, hicieron insoportable su convivencia en el lugar. Mordida por las ratas en varias ocasiones, sin contar aún con un baño en la vivienda, la situación de Mica —en nuestro colectivo— era de las que ponían más en evidencia la crudeza de las condiciones existentes. Era un ejemplo de las trayectorias más escabrosas y peligrosas por las que tienen que atravesar quienes son más vulnerables. En conflicto con su vecino principal, hacia donde es posible una entrada y salida para su vivienda, estaba tratando de conseguir una de las cabañas que conforman uno de los nuevos fragmentos urbanos en construcción en la zona. Expandiéndose hacia el arroyo Miguelete, a lo largo de un segmento que continúa una de las calles desde el barrio Jardines del Borro, se lleva a cabo este emprendimiento municipal que trata de descongestionar, en lo posible, las manzanas hacinadas de complejos habitacionales cercanos, así como brindar una vivienda de estándares mínimos de calidad para algunos de quienes integran la masa moviente de desplazados y ocupantes de asentamientos a lo largo de la periferia.

Silvia es una vecina histórica del barrio. Integra una de las familias que inauguraron la Unidad Casavalle *(Las Sendas)* a finales de la década del cincuenta del siglo XX. Empleada doméstica de oficio, se define en la actualidad como feriante. Afrodescendiente también, vive con su esposo y con algunos de sus hijos sobre los límites de la unidad habitacional con el bulevar Aparicio Saravia al sur y los espacios libres que intermedian con la Unidad Misiones *(Los Palomares)*. Silvia se presentó como una ferviente defensora del barrio, de su identidad y de sus potencialidades. En muchos sentidos, le parecía que la situación general de los vecinos era mejor en comparación con la de otras zonas de la ciudad —hasta con Pocitos, su lugar de trabajo y el de

la mayoría de las empleadas domésticas del país—; «acá somos privilegiados» decía, al referirse a la recolección de residuos y a la cobertura asistencial de los habitantes. Cuando nos conocimos, estaba tratando de sobrellevar los problemas de adicción de su hija a la pasta base y haciéndose cargo de la crianza de su nieta. Uno de sus hermanos, también vecino fundacional de la unidad, ejerció tareas como policía a lo largo de toda su trayectoria laboral. De sus tres hijos, el mayor ya vive fuera del barrio y motiva al menor a hacer lo mismo, en lo que parece ser para ellos la única salida viable de la situación. Silvia lo lamenta, pues siente un profundo afecto por el barrio, a pesar y con todas las problemáticas inherentes.

Junto con estas vecinas y expandiéndonos entre los distintos espacios de taller y en diversas actividades locales, fuimos trabajando sobre las problemáticas del espacio habitado por ellos. Nuestro esfuerzo se orientó a poder comprender estas realidades en torno al ambiente y en relación con las subjetividades que lo habitan. De todo lo que somos, el espacio nos determina y lo determinamos en ciertos aspectos específicos y de ciertas maneras concretas, lo que acaba por definir sus características singulares, así como las nuestras.

> ... debemos preguntarnos qué hay que hacer en el espacio para que *sea* o *haya* arquitectura. *El ser de la arquitectura es un ser para; de ahí que el ser y el haber de la arquitectura supongan y requieran, un hacer, pues el espacio arquitectónico no pertenece al mundo de lo dado, sino al de lo hecho con determinada finalidad*... La arquitectura no «modela» el espacio, así fuera materia dócil, entre otras razones porque *el espacio no es una entidad real y perceptible, sino una abstracción* que puede efectuarse desde campos muy distintos del pensamiento y a partir de incontables supuestos. Por lo tanto, *no se configura el espacio, sino lo espacial o extenso*, que es algo muy diferente (Morales, 1984, pp. 141-142).[8]

Todas estas situaciones que hemos planteado, en tanto *posiciones* subjetivas más o menos variables, suceden en ciertos espacios y no en otros. La *espacialidad* en tanto subjetivación del espacio, se constituye a partir del encuentro de tres variables, en una superposición que cristaliza en una nueva unidad donde todos los elementos son transformados de tal forma que cada uno remite a los otros dos inexorablemente. En primer lugar, el espacio físico, que para la subjetividad constituye la dimensión de las partes extra partes. Para ello hay que describir y analizar las cualidades específicas para nuestro caso: el arroyo Miguelete y su cuenca de cañadas como la Pacheco, la curva que genera en el terreno, el aislamiento a partir de grandes construcciones como el Cementerio del Norte al sur, el Batallón de Ingenieros n.º 1 al sureste, el aeródromo militar al norte; así como la situación próxima al Cerrito de Montevideo, única

8 Las cursivas provienen del original.

elevación de la zona. En segundo lugar, el espacio biológico o hábitat, que para la subjetividad implica la dimensión de las singularidades, los procesos autopoiéticos de generación de vida, recursividad que conlleva la especiación e individuación en las diferentes formas de los ciclos y las cadenas seriales entre los elementos singularizados. Y en tercer lugar, el espacio físico y vital es culturizado, es cargado de sentidos a través de significaciones para las cuales las partes extrapartes y las recursividades son las materias de expresión para la semiosis. Y en este sentido es que aparece toda la arqueología del espacio, la interpretación de las huellas, las inscripciones y su devenir, en nuestro caso, en la combinación entre las políticas habitacionales y las características de las diferentes subjetividades residentes.

Las cualidades, en tanto procesos que singularizan tal o cual espacialidad, están compuestas por estas tres dimensiones, de tal forma que se hace erróneamente abstracto el análisis por separado de cada una de ellas. Es justamente en la articulación, en la mezcla, donde se define la cualidad como resultante de procesos siempre en devenir, en las síntesis existentes concretamente. En tal sentido, trabajaremos sobre las propuestas para conceptualizar esas cualidades, trazar la cartografía de los procesos existentes en el marco de las experiencias colectivas de investigación con los vecinos. Estas cualidades conceptualizadas, a su vez, atraviesan transversalmente otros campos de experiencia en extensión e intensidad, así como operan en otros registros o dimensiones según otras combinaciones. Pero en las singularidades se establecen, se reproducen y, en ciertos niveles, se permite una transformación, por supuesto todo lo cual se encuentra, como toda existencia, asediada por la contingencia.

En diferentes grados de consistencia, más o menos presentes y persistentes, las cualidades componen un territorio existencial específico con elementos que son más generales, que están presentes también en otros campos de experiencia en tanto procesos transversales. En esa mezcla de partes extra partes, procesos autopoiéticos de singularización y la mediación inscriptora de las huellas, las espacialidades involucradas en estos fenómenos se caracterizan por: la tendencia a la fragmentación, los altos índices de contaminación, la tendencia expansiva de la ocupación territorial, el hacinamiento y la compartimentación, la relación entre la homogeneización previa de los complejos habitacionales y la fluidez del desarrollo de los asentamientos y las particularizaciones que genera la autoconstrucción.

2

Una lógica de fragmentación

«Cada uno en su casa y punto», dice Raquel, indignada por la imposibilidad de erradicar los basurales. El encuentro por vez primera de varios vecinos fue al respecto significativo, un indicio de las condiciones que caracterizaban al lugar donde estábamos. También la extensión de la movilidad, gracias a las recorridas y a la transmisión de experiencias entre los participantes, fue un efecto directo ante una fragmentación que solo parecía romperse por las necesidades de traslado de cada cual, como tomar el transporte colectivo en cierta parada o hacer a pie el trayecto desde la casa a la escuela de los niños. En la vida cotidiana pues, existe un aislamiento en espacios compartimentados que hacen en la mayoría de los casos poco necesario, y por tanto escasamente realizable, la visita y el tránsito por los otros fragmentos, lo que puede dar lugar a encuentros intersubjetivos minimizados o dependientes de otras situaciones más institucionalizadas, más abstractas, como la escuela o la policlínica de salud.

> *Raquel:* Mirá, yo que estuve en dos etapas distintas del barrio, porque estuve cuando era soltera y ahora hace cinco años, evidentemente como todo barrio, tiene su cambio. No voy a decir que acá es lo mejor, porque veo el informativo y es igual en todos lados. Pero lo que es distinto es la motivación de las personas. También lo que es distinto es que hay que abrirle la cabeza a las personas [...], te encontrás con personas que no se plantearon el problema, no lo visualizan, que desde este punto de vista están cerrados completamente [...].

Raquel nos plantea, claramente, que cuando se suscitan los encuentros y se da el marco para un diálogo comprensivo y crítico, es posible lo que hasta el momento no lo parecía. Pero como ella también afirma, y la mayoría de los vecinos participantes, el aislamiento y repliegue sobre sí es la condición inicial de toda subjetividad presente. En el mejor de los casos, las unidades espaciales pueden estar conformadas por una agrupación de vecinos, pero en otros tan solo se reduce a la vivienda, estableciéndose una fuerte separación entre el interior y el exterior en la última de las pieles. Una suerte de intraestigma recorre todo el barrio, como previa condición de todo encuentro entre desconocidos o poco conocidos pero vecinos a fin de cuentas. Este mecanismo se reproduce sin dificultades, más aun, no ha cesado de consolidarse. Sentir que se conoce a alguien, poder afirmarlo, solo se reduce a un pequeño grupo

cuyos integrantes merecen el apelativo de «vecinos», de hecho. Como nos dice Marta, haciendo un balance de los beneficiados en el PANES del MIDES: «Yo puedo hablar por mis vecinos, mi nuera ya es en [otra senda]... los vecinos de la senda de enfrente, no sé, los conozco, "buenos días", "buenos tardes" a todo el mundo, pero no sé...». En el contexto de una transitoriedad en pausa, en la sucesiva yuxtaposición y solapamiento de nuevas unidades territoriales, la acumulación de experiencias compartidas entre quienes habitan un mismo entorno pasa a ser el factor diferencial a la hora de evaluar los vínculos sociales en el territorio. Es necesaria una confianza hecha de años de compartir todo tipo de vivencias, buenas y malas, de construir un marco tácito de supuestos y de reconocimiento de los puntos de vista respectivos, aceptados o tolerados en la diferencia, con más o menos grados de reciprocidad.[9]

El pequeño grupo cotidiano

> *Sonia*: Yo ahí en la vivienda, hace años que vivo, y yo con ciertos pasajes, a veces que me preguntan «ah, pero conocés a...» cierta gente, y la conozco de nombrarla, pero personalmente, a no ser los del pasaje de nosotros. A mí no me digas de cambiarme de ese pasaje porque no me voy. Porque ahí ya estamos acostumbrados a eso; a ese grupito de «muy buenos días», «muy buenas tardes», o «hasta mañana» y nada más.

Tan importante como las rutinas dentro de los espacios fragmentarios son las entradas y salidas a estos. Por un lado, existe un movimiento migratorio de residencia, el ir a vivir o irse de allí. Luego, dentro del barrio nos encontramos con las entadas y salidas periódicas, en las micromigraciones de los desplazamientos en la ciudad o entre los fragmentos del barrio, como decíamos, menores y regulados por las necesidades y el uso de los servicios ofrecidos por las instituciones (principalmente de corte sanitario y educativo). El primer tipo de límites implica todo un posicionamiento que redefine las coordenadas subjetivas. Pasar a residir allí o irse a otro barrio, el cambio de residencia, conlleva una transformación total en la vida cotidiana, como

9 «podemos ver que la vecindad, la intimidad y la reciprocidad son procesos distintos que pueden o no coincidir cuando interactúan directa o indirectamente por lo menos dos personas [...], puede entre ellas darse una reciprocidad que se esfuerce por negar su interacción vecinal [...], puede darse una reciprocidad significativa sin que exista entre ellas una vecindad física inmediata. De igual forma [...] puede existir un abanico muy variable y dinámico de interacciones, cuyos niveles pueden estar determinados por necesidades ocasionales (por ejemplo cuando alguien le pide a su vecino una taza de azúcar) o por condiciones externas más o menos constantes: por ejemplo cuando dos vecinos se sienten "forzados" a saludarse cada vez que se encuentran dentro del elevador de su edificio» (Peralta, 1999, p. 16).

bien se sabe. No cualquiera puede llegar a acceder a la compra de las llaves de una vivienda u ocupar un terreno aparentemente en desuso.

Asimismo, dada la fragmentación y el aislamiento consecuente, expresado por ejemplo en la carencia de medios de transporte eficaces en toda su magnitud, salir y entrar al barrio tampoco es tarea fácil. Los vehículos particulares, en este sentido, son muy valiosos y la posibilidad de contar con la ayuda de algún vecino para traslados de urgencia constituye un ingrediente del lazo solidario, de los dones y los contradones (Mauss, 1972; Godelier, 1998), cuando este existe. Las situaciones extremas —cuando se pone en evidencia la problemática del traslado hacia dentro y fuera del barrio, así como se fuerzan los vínculos y se extiende la reciprocidad por la urgencia ante la muerte— constituyen acontecimientos de alta tensión emocional. Y a veces no alcanza con la voluntad de socorrer al que lo necesita, con la asunción de un lazo de reciprocidad directa o hasta extensa entre vecinos de alguna unidad espacial y sus cercanías. Puede existir un grupo de lazos cotidiano, o más en general uno más difuso integrado por los reconocidos como *otros próximos*, pero la tecnología necesaria para el movimiento requiere de varios aspectos técnicos que sobrepasan el deseo, si este existe.

> *Marta:* [...] lo que teníamos era la ambulancia de la policlínica, que permanecía toda la noche con un médico de guardia. Por equis motivo, se pinchó, se rompió, nunca la pudieron arreglar y entonces fue la gente del barrio la que se perjudicó; la del barrio, la de Los Palomares, y todos la usábamos. Todo el que no tenía un vehículo iba a allí. Entonces, al ir allí, te solucionaba el problema. Al menos tenés el traslado. Porque si no vos tenés, solo y el mundo estás acá... Si tenés vecinos que te lleven está todo bien. Yo mismo, el otro día llegó el nenito de allá abajo del... le había dado una convulsión y entraron con el niño que venían corriendo. Claro, en mi casa hay un auto, pero digo «¡pero mi marido está en Haití [como militar en Misión de Paz por la ONU]», ¡y mi hijo maneja pero no tiene libreta!... No lo puedo dejar, así que «corran porque en la [senda] 21, ahí hay una ambulancia». Y ahí corrieron con el niño... no podía respirar más con ese niño, porque es un hombre grande, viejo, gordo...
>
> *Rosario*: Sí, me enteré de ese caso.
>
> *Marta*: No podía respirar el niño e iba haciendo unos cabezazos así horribles. Y dobló en la 21 y digo «hay una ambulancia ahí». Dobló ahí. «El médico no quiere que lo atiendan», «no me importa a quién está atendiendo, pero tiene que atender a este niño». Y bueno, logramos como veinte [vecinos], nunca dijo: «no, yo no atiendo»...
>
> *Rosario*: Era un caso de urgencia.
>
> *Marta*: Sí, pero antes te decían igual: «No, yo no vine para usted» y claro...

La explosión de las motocicletas también puede leerse desde este punto de vista: permiten una libertad de movimiento fundamental, por las grandes distancias, el tránsito rápido y con el menor contacto posible cuando se atraviesa otro de los fragmentos del barrio, así como por prescindir del transporte público, limitado en sus horarios y cobertura, además de ser objeto de ataques en variadas ocasiones en estos últimos años por parte de pequeñas pandillas adolescentes. Para los jóvenes, las motocicletas han revolucionado las posibilidades y han generado nuevas formas subjetivas y otros estilos de vida. Se han convertido en el regalo predilecto y en el más preciado. Y no se trata tan solo de modelos económicos, sino que proliferan las de cuatro ruedas todo terreno. «En enero esto era Punta del Este», ironiza una vecina, narrando los momentos de las fiestas anuales donde las máquinas hacen su aparición estelar.

Frente a las condiciones existentes, las nuevas generaciones se han adaptado recurriendo a estos vehículos que les otorgan una gran movilidad, en velocidad y destino. Las calles, sendas y pasajes se han visto progresivamente tomadas por las motocicletas, las cuales son el objeto más valorado en general y principalmente por los jóvenes, siendo uno de los primeros a los que se accede cuando existe un ingreso de capital. El traslado, cuando la situación es la de una fragmentación y aislamiento fuertes, la conectividad con otros campos de experiencia cotidianos o a lo sumo periódicos, implica toda una problemática resuelta de diferentes formas.

Las entradas y las salidas

> *Raquel*: Para mí fue impactante. Yo venía de Belvedere. Estaba acostumbrada a salir a caminar por Agraciada [la avenida comercial de la zona], a ir a pasear al parque [del Prado]. Entonces venir y meterme acá es un cambio.
> *Victoria*: Yo antes, cuando estaba allá en La Paz, decían «El Borro» y era como una ametralladora. Yo vine asustada [...]. Cuando llegué en ómnibus, que conocía al padre de los niños acá, nada que ver con lo que decían en los informativos, que se estaban matando [...], como que te asustan, pero nada que ver. La gente es la misma que en todos lados... si no te metés con la gente, no se meten contigo. Yo en los seis años que estuve acá nunca tuve un problema de que se metieran conmigo...
> *Raquel*: Sin embargo, uno se da cuenta de los cambios. De esa primera etapa cuando yo vine, había muchas buenas familias. Los jóvenes siempre estuvieron en la esquina, pero tenían un respeto, saludaban, no molestaban a los vecinos, los sábados solían irse a bailar afuera del barrio. Aunque siempre faltó más nivel de educación, pero tenían educación, siempre hubo un respeto por las personas [...]. Porque vos hoy pasas y te juro que se meten, aunque vos vayas con la mejor disposición y de repente hay días que dejas

pasar muchas cosas, hacés de cuenta que no los viste [...]. Y se meten igual de la forma más descarada que hay. Los padres no tienen control, no tienen freno... no saben cómo hacer [...]. El tema de los jóvenes se ha ido mucho de las manos y eso también pasa también en todas partes [...]. Porque la gente mayor acá es muy buena, muy considerada, no se mete con nadie, es mucho de estar en su casa. Incluso los vecinos organizaban jornadas de limpieza, eso se dejó [...], salían con sus palas, sus rastrillos, bolsas y salían a limpiar las cunetas [...], eso yo tenía veinte años [...]: se trataba de ser más barrio. Por lo general cada uno cuidaba su senda. Cuál senda iba a ser la mejor, la más limpita...

Sonia: Salías más tranquilo, ahora no sabés cómo [...]. Si salís el tema es a la entrada, porque hay muchos muchachos drogados —cambió el panorama—, que no había en la zona, tanto acá, allá y en todos lados. Acá en los alrededores es así.

«La gente... no te va»

Raquel: El Vagón tiene muchas tareas sociales, ¿verdad? Entonces qué pasa: la gente de *Las Sendas* [Unidad Casavalle] no te va... Es una cosa de antaño...

Marta: Somos vecinos de cuarenta y pico de años todos acá en el barrio. Pero si vos me decís que yo suba al *Palomar*, yo no subo... Yo no, porque yo intenté; como todo intentás: «¿vamos a caminar por el barrio nuevo?». Se intentó. Pero cuando no te agarraban a tiros te... Y mirá que acá es difícil también, ¿eh? No estamos hablando de que... Pero, son diferentes. La gente del *Palomar* vos le decís: «acá, a las doce de la noche» —más para los *guachos*—, la gente no se anima a bajar. «A *Las Sendas* yo no voy», porque le tienen terror. Pero yo no voy ni loca al *Palomar*, no sé, si se me muere uno lo hago sacar con helicóptero. Entonces, porque si cerró la noche, es un mundo aparte lo de ellos. Entonces... nosotros, como vecinos de muchos años, tenemos otro respeto y otros códigos... ¿Cuál es el respeto? Que yo no vi nunca una persona drogarse, de los años que tengo nunca vi una persona drogarse. ¿Qué pasa? El *gurí* viene, compra la droga acá, va al Cementerio y se droga allá... Ahí va con la bolsa, te dice algún disparate... si no les das una moneda ya te insultan. Entonces acá en mi barrio vienen amigos míos que no viven acá [en *Las Sendas*], andan a cualquier hora y nadie se metió con ellos. No saben a dónde van, no saben si es para mi casa, para aquella, para la otra... Entonces está eso, si vos vas al *Palomar*, si vos no les das una moneda, no podés pasar. Ahora, vos los ves en los cortes de las rutas de los ómnibus... Una mujer sola, a las siete de la mañana, vos no te podés parar en el *Palomar*... ¡Yo no estoy para que me violen, hermano! ¡Yo no voy! Ni a las

> siete de la mañana, ni a las siete u ocho de la noche, yo no voy. Entonces, todos los *chiquilines* que van al liceo de Peñarol,¿qué me queda más cerca...? No, no, «al [ómnibus que pasa por la parada] de San Martín yo no te busco, yo voy a Aparicio Saravia e Instrucciones», y lo voy a buscar allá [a su hijo]. Venimos por este lado y tenemos nuestro mundo hecho aparte.

Entre un fragmento y otro, en general, existen *espacios conflictivos*, en un litigio permanente podríamos decir. La propia dinámica de las intervenciones urbanísticas, y la posterior ocupación y desfiguración de las semióticas, han determinado la existencia de entornos físicos donde se suscitan enfrentamientos más o menos permanentes por su uso y significación general. Lo mismo ocurre al interior de las entidades, en la fragmentación molecular dentro de una misma senda, pasaje o camino. Manzanas enteras ocupadas por pastizales y basura median entre Unidad Misiones *(Los Palomares)* y Unidad Casavalle I *(Las Sendas)*, entre la primera y la Unidad Casavalle II (la única unidad no considerada asentamiento por el INE y el PIAI). Y lo mismo ocurre a otra escala cualitativamente diferencial en esquinas, tramos de calles, o espacios libres sobre los límites del barrio, por ejemplo, hacia el sur sobre el bulevar Aparicio Saravia. Pero como veremos a continuación, los lugares existentes de hecho no se limitan a ser compuestos por unidades de un mismo fragmento: la migración interna entre unidades habitacionales y asentamientos, y con ello la hibridez y el permanente mestizaje de sus habitantes, conlleva, aunque no directamente, una composición heterogénea de estas unidades de espacios significativos.

Un caso más que relevante es el de la cancha de fútbol del club local, Rosario. La sede del club está ubicada en una de las unidades habitacionales del complejo Unidad Casavalle I *(Las Sendas)*, y su cancha se encuentra en un predio al otro lado de la calle divisoria con el asentamiento, siendo el único espacio no ocupado de una suerte de macromanzana, en principio espacio libre entre el barrio Jardines del Borro y Unidad Casavalle I *(Las Sendas)*. Este espacio, utilizado por el club para entrenamientos y partidos de los equipos juveniles, es uno de los pocos destinados al desarrollo de las capacidades físicas y al establecimiento de vínculos desde prácticas deportivas. Dada la situación general de las subjetividades, en especial de niñas, niños y adolescentes del barrio, la función social de este espacio es más que importante. Igualmente, su utilización y su gestión son tema de debate y confrontación entre los vecinos. Para algunos, era un espacio público que fue así privatizado impunemente, ocupado en definitiva; para vecinos como los que viven en el asentamiento circundante es un impedimento para conectarse a la red vial urbana, al quedar encerrados en medio de la macromanzana. Hasta la segunda mitad de la década del ochenta del siglo pasado, el terreno era un espacio de tránsito entre las dos intervenciones urbanísticas, el barrio Jardines del Borro y la posterior Unidad Casavalle I *(Las Sendas)*. Incluso se podía

transitar desde esta última a la cercana Gruta de Lourdes a lo largo de lo que fue una zona verde. Existían caminos vecinales y un puente pequeño para cruzar la cañada que pasa por allí.

Lo que se llegó a poner sobre la mesa en nuestras jornadas de reflexión entre los vecinos que la imposibilidad de la utilización cotidiana de la cancha de fútbol por parte de los niños y adolescentes del propio barrio, máxime la falta y la necesidad de este tipo de espacios en lo cotidiano. Una de nuestras participantes nos planteaba:

> Hasta hoy nunca vi un grupo de niños jugando ahí... que ellos puedan jugar de una manera libre... siempre está ocupado por el... mandan ahí y cada uno tiene que hacer lo que... es así; un barrio difícil, conozco muchas personas pero es difícil tratar con la gente.

Pero también, desde otro punto de vista, más habituado al deporte juvenil y al fútbol en concreto, lo relevante es otra cuestión. El club posee la concesión de la municipalidad hasta cierta fecha, con posterioridad se trasladará hacia las zonas verdes de los descampados del Cementerio del Norte, próximo al cuartelillo de bomberos. Así lo expresaba otra de las participantes: «Los fines de semana quienes están a cargo de la cancha... [arman] campeonatos entre los chiquilines... para tenerlos ocupados, para sacarlos de las esquinas». El fútbol es valorado como una práctica socializadora: «los más jóvenes trancan con todo a los más grandes», es decir, tratan de superarse en los vínculos intergeneracionales que se dan cita. Además, agregaba esta vecina, «juegan gratis, se cobra veinte pesos por fichaje, que es lo que sale una palanca de pasta base, para que no lo hagan. Pero es un solo día».

En la dimensión de lo cotidiano, el foco permanente de desacuerdos y su mayor expresividad en el espacio se encuentra en la contaminación en general y en particular en la basura. Es con ella con la que más se marca una presencia que afecta en mayor grado al otro, más cuando las escalas de valores son diferentes. Si tenemos que definir un factor preponderante en la fragmentación interior del barrio, en la tendencia presente del aislamiento de un entorno yuxtapuesto a otro y del repliegue sobre sí de esas unidades, este es la basura, su puesta en juego y sus efectos más directos.

Recordemos que existe una fragmentación a nivel de conjuntos (*Las Sendas*, Los Palomares, El Asentamiento), entre las distintas intervenciones y sus pobladores. Pero luego está la fragmentación al interior de cada fragmento, la cual opera de la misma forma atravesándolos a todos, como una malla, dependiendo del capital social acumulado, los roles y posiciones de los sujetos en cuestión asignados en el campo de relaciones local. Podríamos pensar desde fuera, por ejemplo, que los complejos habitacionales generan más cohesión que los asentamientos. Pero esto no es así. La fragmentación intersubjetiva atraviesa todos los fragmentos molares, los barrios más o menos

diferenciados a partir de su unidad espacial perceptiva e imaginaria, las espacializaciones que los singularizan. En la dimensión molecular, en la microfísica de las relaciones de poder, la basura es quizás el valor (negativo) más determinante en las prácticas concretas. Con ella se ejerce el poder, se afecta al otro más allá o en contra de su deseo. Pero el ejercicio de poder de quienes desagotan los restos de la recolección y de la clasificación de basura en una esquina, o de quienes hurgan y desparraman entre la basura del propio barrio, no busca subyugar al vecino afectado. Se trata de la construcción de su identidad, de la expresión de su forma de hacer(se) sujeto, en esas circunstancias y según la presencia relativa de tales o cuales determinaciones.

Sin querer justificar, sino buscando comprender todos los puntos de vista presentes en este campo de experiencias humanas podemos establecer el mecanismo por el cual se hace efectiva la fragmentación molecular en la dimensión de la vida cotidiana, en la inmanencia de las prácticas del diario vivir. Existen otros factores de fragmentación, o, mejor dicho, tendencias hacia la fragmentación de ciertos factores presentes en el campo, pero la basura ocupa la posición de transversalizarlo, de ser materia de expresión y puesta en acto desde la inmanencia de lo cotidiano, la evidencia y el tema de disputa permanente. Hay una violencia: es la del desgarro de los vínculos a pesar y contra la natural construcción de una cotidianidad compartida. Se podría decir que se trata de otra forma de vínculo, pero el límite entre la diversidad y la anulación del otro está claro, y es cuando las diferencias son intolerables para una o ambas partes.

Ese que tenés al frente de tu casa, ¿cómo se forma?

> *Victoria*: Ahí atrás, la tiran de gusto. Es atrás de mi casa, digo yo. No te digo donde está la basura en la esquina sino atrás, que a veces la queman ahí la basura. Porque la tiran ahí, viste que ahí es chiquitito, angostito, no pasa el recolector. Ahí la tiran pero ta, de gusto, y los vecinos la queman [...].
> *Sonia*: cada uno de su pasaje se hace responsable.
> *Raquel*: [...] acá en la senda 23, por ejemplo —la esquina de ella [Victoria] y de la mía—, ahí nadie se hace cargo de nada. Porque si yo les digo de cada persona que barre, vamos a suponer, barrés tu pedacito de tu frente... ¡no agarrás con la escoba y el montoncito y se lo ponés en el medio de la senda en frente a la puerta del propio vecino!
> *Victoria*: También están los perritos. Hay un perro suelto ahí en la esquina, que yo ya le dije a la dueña que lo atara; yo a mi perro lo tengo atado. El perro qué es lo que hace: desparrama toda la basura por toda la esquina. Yo siempre barro ahí en frente, pero es el perrito de ella que desparrama toda la basura.

Se generan, por tanto, unidades espaciales diferenciales a partir de la presencia-ausencia relativa de basura, unidades a veces compuestas de espacios de diferentes fragmentos, atravesando los límites y conectando por el uso lo que por diseño había sido planteado en forma separada. Estas unidades son de variadas formas: a veces son esquinas, otras calles o espacios libres, y también su combinación. Existen algunas de estas unidades espaciales, de tal escala y uso colectivo, que son referentes de todo el barrio, como el perímetro principalmente el oeste y norte de la macromanzana ocupada por las escuelas públicas antes mencionadas. También existen otros espacios públicos pero de menor magnitud y uso menos masivo, y por último los más domésticos. El cuidado de estos espacios depende regularmente de la motivación y de las acciones de vecinos en concreto, y genera en lo cotidiano los enfrentamientos tradicionales. Al decir de una vecina: «la guerra que tienen para que no tiren ahí la basura». En algunos casos se combina la habitación con el trabajo, sea en un almacén barrial, un kiosco, un cibercafé o una panadería, donde la familia propietaria se preocupa por el entorno sostenidamente, a veces junto a otros vecinos. En otros casos se trata de acciones aisladas, pero confluyentes en una misma senda, un mismo pasaje, lo que culmina en una cooperación implícita, dando lugar a especies de oasis que demandan una atención permanente. Es así que frente a la mirada de los otros aparecen algunos vecinos, en general mujeres, con escobas, rastrillos, bolsas y otros implementos de limpieza, tratando de no dejar huella de la presencia de la basura. Para quienes se les hace intolerable vivir así, con el índice de contaminación actual, estos personajes del espacio público son un ejemplo ostentoso a seguir: «Están todos los días, vos las ves con la basura, a ella, con el marido los fines de semana, juntando la basura y quemando [...] y [...] luchan por todos los costados».

Es la lucha por construir casi día a día el lugar, como las comunidades que habitan regiones tropicales que la naturaleza no cesa de crecer a cada instante. En este caso la naturaleza vegetal y animal es sustituida por la acumulación de desechos producto del consumo humano de una ciudad capital de mediano tamaño. Como desbrozando el terreno para colonizarlo cotidianamente, algunos vecinos se resisten y actúan directamente con lo que tienen a su alcance. La naturaleza también está pujando y de qué forma. Entre los complejos habitacionales existen manzanas casi a suelo libre, así como extensos terrenos bordean los muros del Cementerio del Norte al sur, dando lugar a grandes pastizales salvajes más o menos controlados según los períodos y los recursos. El arroyo Miguelete y las cañadas como la de Casavalle y la Matilde Pacheco —en fin, lo que se denomina la Cuenca Casavalle— es todo un ecosistema en torno al agua que emerge desde el subsuelo. Donde más presentes están las fuerzas de la naturaleza es en los asentamientos, erigidos justamente en aquellos terrenos inundables y que por eso mismo no fueron incluidos ni en el loteamiento del barrio Jardines del Borro en 1926, ni en la construcción de la Unidad Casavalle 1 en 1958. Allí, el pasto crece a una

velocidad que en estaciones como la primavera exige ser podado varias veces en una misma semana. En definitiva, los *lugares* penden de un hilo, o mejor, pueden ser desfigurados en cualquier momento, es necesario recomenzarlos alejando la inquietante contaminación y redefiniendo los límites con el resto de la naturaleza circundante.

Así como se integran elementos diferentes, se disocian los de una misma condición inicial. Si los límites entre una vivienda y otra son problemáticos, para el caso de la Unidad Misiones *(Los Palomares)*, el hecho de ser un complejo conformado por viviendas superpuestas hace que la verticalidad complejice aún más la cuestión. Hay vecinos hacia los costados y hacia arriba o abajo, y necesariamente se comparte una misma fachada. Con ello, se hace más delicada la situación en comparación a los espacios ocupados por construcciones bajas como las Unidades Casavalle I y II o en los asentamientos. Pero insistimos, no existe una relación directa entre las formas arquitectónicas en el espacio y el índice de fragmentación. En algunos casos nos encontramos con vecinos de un pasaje de la Unidad Misiones *(Los Palomares)* que mantienen una vinculación más o menos explícita para el cuidado del espacio público, en otros casos, se trataba de la esquina de una de las sendas de la Unidad Casavalle I, o de un segmento de una de las sendas, o de uno de los senderos serpenteantes de los principales asentamientos, aunque en menor medida. Mientras que para Sonia, habitante de la densa y hacinada Unidad Misiones *(Los Palomares)*, en su pasaje se ha alcanzado una cooperación más o menos duradera, con lo que podemos decir que constituye una unidad espacial de carácter vecinal de hecho (y no simplemente nominal), para Raquel, la situación en la senda de la Unidad Casavalle donde reside es desconsolante, es decir, en términos de espacialidad, no constituye un lugar en sí, una unidad perceptiva e imaginaria donde se expresa y construye la identidad cotidianamente.

Como para muchos vecinos, la puerta y en general fachada de su casa, es el límite preciso donde se fragmenta abismalmente un universo íntimo y recogido, y otro radicalmente ajeno y abierto a lo intempestivo, y por lo general peligroso, nocivo, contaminante. Ello pone en evidencia una dinámica generalizada en el contexto contemporáneo, sea a partir de la ciudad dispersa norteamericana o de la fragmentación metropolitana latinoamericana, y es la siguiente «paradoja: la entronización de la casa ocurrida por la expansión de la ciudad termina deconstruyendo la ciudad» (Lindón, 2006, p. 18).

«Ya cuando abrís, abrís con miedo»

Raquel: ¿Viste cuando yo te abrí el portón, cómo yo te abrí el portón? Decí la primera impresión, los primeros treinta segundos... Desconfianza. ¿Sabés por qué? No porque venga alguna persona, porque cuando yo abro el portón, o de repente te encontrás una persona que te viene a golpear por un tema equis, o te viene tal correo, y ANTEL o lo que sea, vos de repente abrís ¡y te encontrás un basural!, que vos decís «Yo recién entré de la calle y no había nada». O sea, ya cuando abrís, abrís con miedo. Porque no sabés qué te vas a encontrar.
Sonia: Sí. O miedo a que uno te golpee y otra persona te esté esperando para hacerte cualquier cosa.
Raquel: ¡No! ¿Que te esperen para pegar? Es miedo a que te tiren basura. Entonces de repente vos vas a salir y salís por arriba de la basura.

¿Así, de un segundo al otro es?
Raquel: Vieron que vos barriste, cerraste el portón y entraste, y ya vino alguien y tiró, o viene alguien y te tira al perro... Yo lo estoy viviendo...

«Es como pelear contra un clavo»

Silvia: Yo considero que en el barrio no estamos tan mal. Yo trabajo en Pocitos y creo que no tienen tantos lujos como tenemos nosotros. Nosotros, los [de] Tacurú [Organización San Vicente-Obra Padre Cacho] pasan todos los días. Los chiquilines del Tacurú son buenísimos, porque de repente uno se queda con la basura... y ellos vuelven. Juntan del basural de la esquina... el basural se forma porque no hay donde tirar la basura. Porque el basurero pasa por acá por el medio a las diez de la mañana, a dos y media pasa uno por esta calle de la Intendencia, a las tres de la tarde uno de la intendencia por Aparicio Saravia. Entonces, ¿por qué hay basura? Porque la gente es mugrienta. No hay otra solución, no hay otra respuesta. Porque si dijeran, se forma el basurero, pero el muchacho de Tacurú viene, limpia, a veces, pobrecitos, recogen hasta con las manos porque ni guantes tienen y ellos van cinco metros y ya viene gente a tirar la basura.
Sandra: Sí, salen y vienen... Yo lo he visto acá en la parada del ómnibus.
Silvia: Pero si yo lo veo todos los días, aparte cantidad de gente. Yo tengo 52 años, prácticamente hace cincuenta años que vivo acá. Y me he peleado con la gente, con vecinos de hace años, por eso mismo [...]. Aparte otra cosa, entrando por la senda 14, cruzando Aparicio Saravia hay una cosa para tirar la basura [el Punto Verde]. Inmenso, limpito, precioso; hay

canillas, hay un espacio. Creo que es mejor que la placita, está más limpio que la placita de ahí arriba.
Mica: Es como dice esta señora, es para pelearte con medio barrio. Para llevarte la contra, igual vienen y te la ponen en la puerta de tu casa. Ta. Entonces tenés que pelearte con medio barrio, es cierto. Y yo determiné, esto de la vivienda surge, porque justamente, ¿de qué me sirve a mí salir con la escoba y barrer y juntar, si la vecina de enfrente sabe... y viene, y te la barre, y te lo deja en el medio de la senda? ¡Eso es una provocación! No puedo vivir así. Si bien se juntan una bandada y te hacen lo imposible para que no haya mejora. Es como pelear contra un clavo...

Los espacios públicos, aunque guarden esta denominación en un sentido normativo, siguen siendo los elementos por donde comenzar una transformación positiva, la articulación entre fragmentos que los conecten en un *collage* o a lo sumo en un *patchwork* dinámico.[10] La lógica de fragmentación que hemos descrito en su aspecto territorial es producto y productora de dinámicas similares en otras dimensiones, procesos y componentes que constituyen las formas de subjetivación en forma integral. Los aspectos tradicionalmente considerados como sociales, culturales, económicos, políticos, etc., se encuentran todos articulados sobre la misma base de producción de formas de ser según prácticas específicas, con sus contenidos y sus expresiones. Los tipos de espacialidades conforman subjetividad a partir de la composición-descomposición de particularizaciones, singularizaciones y mediaciones. Quizás resulte difícil, al menos contradictorio, pero la fragmentación también es parte del diseño, de las maneras de dar forma al universo que habitamos. La autodestrucción como instancia de construcción tiene sus límites y sus alcances, el problema es cuando se desmadra y absorbe todo lo demás arrastrando lo que se genere a una inmediata disolución.

10 «En busca de la calidad de vida que nos tienen que aportar estos espacios, comparto la argumentación de Jane Jacobs (1973) cuando mencionaba que la receta para que la gente acuda y viva los espacios públicos es llenarlos de una gran diversidad de funciones repartidas a todas las horas del día. Esta dinámica, que se muestra a través de una afluencia casi permanente, según Jacobs [en *Muerte y vida de las grandes ciudades*], puede lograr que el peligro y el miedo, percepciones muy individuales, no se apoderen de aquellos sitios públicos [...] En la práctica no es tarea fácil de conseguir y muchas veces ocurre que un equipamiento funcional excesivo conduce a la saturación y por lo tanto se desequilibra el espacio verde» (Müllauer-Seichter, 2007, pp. 179-181).

3

La contaminación, una mancha voraz

Éramos como veinte adultos y una decena de niños jugando, todos reunidos en el gran patio abierto de las escuelas públicas. Sentados en círculo alrededor de un pequeño árbol recién plantado, nos volvíamos a encontrar después de un mes. De pronto comenzó a oler a quemado, pero un quemado áspero, rasposo, que me hizo arder la garganta. Hacia el sur, sobre el Cementerio, se veía una montaña de plástico incendiada con el telón de fondo del Cerrito elevándose, al lado del cuartelillo de bomberos, paradójicamente. Se trataba de algo controlado, normal, usual, cotidiano. Una nube espesa, negra, ayudada por el viento, empezó a trasladarse hacia nosotros, trayendo consigo la toxicidad. Con los ojos llorosos, seguimos dialogando, los niños jugando, la vida en marcha. Comentamos el suceso y lo habitual que resultaba para todos los vecinos presentes.

Raquel nos dice que como madre la basura le resulta un problema primordial y que está preocupadísima. Hay zonas que están más limpias que otras, las sendas se diferencian entre sí al respecto. «Yo vivo en la 23. Mirá, si bajás en este momento decís: ¿una guerra campal ahí?». Uno de los principales basurales se encuentra en la esquina de la senda 23, donde vive Raquel, con el asentamiento, esquina donde se ubica la vivienda de Victoria. Tuvimos la oportunidad de dialogar con los vecinos que habitan ese punto hacia el otro lado, en el asentamiento. Se trataba de una pareja, se encontraban tomando mate, sentados frente a la calle, y tras ellos se podían ver los montículos de basura clasificada en orgánica y plástica principalmente. Enfrente, cruzando la calle convertida allí en un lodazal por las lluvias de esos días, sobre el lado correspondiente a *Las Sendas*, había vuelto el basural que unos días antes Victoria se había ocupado de levantar. Personas de pocas palabras, muy amables, también se mostraron preocupadas por la situación, aceptando su parte en ella, y señalando la responsabilidad de la municipalidad por no pasar a recoger la basura en tiempo y forma.

«La mugre», la distinción entre lo que se considera sucio y limpio es la expresión de uno de los vectores de subjetivación más relevantes. Tiene que ver con el ordenamiento del entorno, con el trato sobre las partes extra partes y los procesos vitales de singularización, con cuáles y en qué combinaciones nos sentimos tranquilos y a gusto. Refiere, como lo planteara Mary Douglas (1973), al orden supuesto de la existencia y de allí al grado de violencia (simbólica y real) que genera su peligroso trastocamiento. Efectivamente, el problema es más profundo aún, en sus implicancias y efectos. Como lo

plantearan Lynch y Southworth (2005), lo que está en juego es la incorporación del deterioro, la degradación, lo desechado que no desaparece sin más, sino que es parte de la vida misma. Y no es casual, por supuesto, que este fenómeno también encuentre su expresión espacial al ser zonificado, ocultado ante ciertas miradas y expuesto en forma obscena ante otras: constituyen «las sombras del cambio».[11]

La basura es también uno de los principales negocios. Su cadena comercial ha sido estudiada y nos revela un sistema de dependencias muy jerarquizado, de estratificación económica en el seno de la informalidad. En algunos casos, nos encontramos con vecinos que además de cumplir con la función policial eran hurgadores de basura para poder completar los ingresos. De alguna manera, es la solución siempre al alcance de la mano: la recolección, la clasificación y la venta de basura como estrategia que en algunos casos y en ciertas situaciones es adoptada y luego abandonada en diferentes períodos de tiempo, además de aquellos para los cuales es su principal fuente de ingresos y constituye el referente económico de su identidad subjetiva, un enclasamiento social de los más consolidados. Constituye por tanto una condición permanente para algunos e intermitente para otros, así como una posibilidad en general. En los alrededores cercanos se encuentran varios centros de reciclaje donde vender el plástico y otros elementos. De uno de ellos fue desde donde se emitía aquella nube plomiza que nos sobrevoló por encima del patio escolar cuando llevábamos a cabo uno de nuestros encuentros con los vecinos. Estos centros son los intermediarios con las industrias mayores, adonde va a parar el material reciclable y donde es procesado para volver a fabricar envases de plástico.

A la común situación de generación de basura hay que sumarle la de su importación por parte de los recolectores que recorren otras zonas y barrios de la ciudad, y luego, la actividad de clasificación y desecho de los restos, tanto de la basura importada como de la generada en el propio barrio. Esto a su vez abre las puertas para la proliferación de diferentes especies animales que encuentran en los desechos una fuente de vida, desde insectos a mamíferos, de cucarachas a perros callejeros o sabuesos, los que a su vez consolidan la

11 «La degradación y la pérdida son los lados oscuros del cambio, un tema reprimido y emocional. Existe una pornografía de la degradación, lo mismo que existe una pornografía del sexo y de la muerte. Los pases de diapositivas sobre ruinas romanas incluyen generalmente una vista de los asientos de las letrinas romanas. El alcantarillado, una rama útil pero no del todo dignificada de la ingeniería, se ennoblece como "sanitaria". Nos fascina ver un edificio derribado. Los tratados sobre medio ambiente incluyen siempre una vista de un montón de escombros. Las casas abandonadas en el centro de nuestras ciudades constituyen una de las más poderosas imágenes de las metrópolis norteamericanas. El adjetivo sucio tiene muchas connotaciones. La acumulación de desechos sólidos y la creciente contaminación del agua y del aire han pasado a formar parte de nuestras preocupaciones. Ya no es fácil deshacerse de las cosas; nuestras viejas destrucciones regresan a nosotros» (Lynch y Southworth, 2005, p. 10).

conformación de lo que es su hábitat. Nada fuera de lo común es encontrarse con cadáveres de perros «para reventar», hinchados por la putrefacción, atrayendo moscas y todo tipo de insectos en lo que es un proceso natural de descomposición de la materia orgánica, pero en medio de una calle, una senda o un pasaje colmado de viviendas.

Se hace evidente que un sistema de recolección de residuos de tipo residencial no logra dar abasto con la formación de basurales y la expansión indiscriminada de residuos, pues allí además de residir se trabaja clasificando basura y existe un ecosistema instalado que reproduce las condiciones. Comúnmente, esta tarea se hace en el propio predio habitado, donde se ha construido un rancho de materiales precarios o se utiliza un sector como baldío (que en algunos casos, esporádicamente, sirve como criadero de cerdos para vender en las festividades anuales, ya que se los alimenta con ello). Los desechos finales terminan volcados en el espacio público, sea en puntos ya convertidos en basurales tradicionales, o esparcida a lo largo de cunetas y sobrevolando todo espacio al aire libre. Los camiones recolectores de basura no recogen por lo general aquello que no esté embolsado —lo que depende en gran medida de quiénes sean los operarios en concreto—, con lo cual estos desechos finales de la clasificación terminan quedando depositados allí, acumulándose y lo orgánico, pudriéndose inexorablemente.

Como hemos visto, el tratamiento de los residuos depende de los propios vecinos en su mayor parte, lo que constituye uno de los principales elementos de diferenciación a la interna del barrio, sea entre los distintos fragmentos espaciales (barrios tradicionales, complejos habitacionales y asentamientos), como en su interior e intersección, entre sendas, pasajes y calles. De esta manera, existen algunas sendas y pasajes en mucho mejor estado que otros, y ello muestra directamente la existencia o no de redes vecinales mínimas, así como de sujetos particulares movilizados ante esta problemática. En el fondo, hasta se hace evidente la existencia de diferencias en torno a los valores y a las concepciones de lo limpio y de lo sucio, de la existencia diferencial de un espacio concebido como público y de las diversas formas de convivencia.

Hasta el momento no ha existido ningún plan ni una ejecución sostenida para resolver el problema de la basura, menos el de la contaminación en general (principalmente las plagas de sabuesos, ratas y cucarachas). El barrio ni siquiera cuenta con los ya habituales contenedores que la municipalidad distribuyera a principios de la década pasada siguiendo el ejemplo de Barcelona. El motivo, como es sabido por todos los vecinos, es la permanente destrucción de los contenedores y del equipamiento urbano en general. Con este razonamiento, llegamos a la situación en que las autoridades municipales no equipan más el espacio público salvo puntuales excepciones. En los primeros años de la Unidad Casavalle, a principios de los años sesenta del siglo pasado, los vecinos en conjunto se organizaban para el mantenimiento del espacio, pero el aumento exponencial de la población en el entorno y las prácticas

de recolección y clasificación de basura cada vez más sostenidas y extendidas hicieron imposible mantener esa práctica.

Los servicios públicos para la recolección de basura en el barrio han sido en parte tercerizados, a través de la organización Tacurú, de vasta experiencia en el trabajo comunitario. Para ello, y para otras zonas de la ciudad, se contratan a jóvenes del barrio por un período no mayor a un año. Además de trabajar recolectando basura, los jóvenes deben estudiar en una de las orientaciones laborales que ofrece la institución, como panadería, con miras a brindar una formación para otro tipo de trabajos. En este contexto de desbordamiento de la basura, y donde también los recursos asignados por la municipalidad son considerablemente menores en relación con otros barrios de la ciudad consolidada, algunos jóvenes comienzan su experiencia laboral en su propio barrio y otros en aquellas zonas de mayores recursos. La posibilidad de trabajar en Tacurú con la basura es muy valorada, algunos padres se preocupan por gestionar y conseguir una oportunidad para sus hijos, y algunos jóvenes lo hacen por sí mismos. De alguna forma este sistema no puede escapar a las redes económicas que codifican todo el campo de los residuos. A este nivel y en esta situación, lo valioso es, entre otras cosas menores, la bolsa de plástico para los residuos. «Los camiones de Tacurú a veces no pasan», nos dice una vecina mientras caminamos por la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)*, sobre el límite con el asentamiento principal. Quienes clasifican basura y se habituaron a utilizar las bolsas de plástico grandes otorgadas por estos a menudo no pueden desagotarla. No hay forma de retirar la basura, incluidos los excrementos de los caballos. «Dicen que tiene muchas horas para laburar» —continúa—, parecen no contar con los recursos suficientes y restringen la recogida a lo que esté perfectamente embolsado. El camión va a desagotar a una cantera una sola vez por día, con una carga aceptada de tres toneladas. Algunos recolectores no comprenden qué sucede, ya que han aceptado la metodología propuesta, pero no pueden llevarla a cabo y las consecuencias son desastrosas. En una de las jornadas de campo, recorriendo las zonas y los barrios, pasaba un camión recogiendo basura. Se trataba de uno de los caminos que tiene como responsable al padre de una familia de los vecinos tradicionales del barrio, en concreto del barrio Jardines del Borro, al norte. El padre y sus hijos varones son choferes de la municipalidad, y según todos los presentes acordaban «pasan y recogen bien todo los días».

> *Clasificador*: A mí no más me llevan treinta, cuarenta bolsas de basura. Pero me dejan veinte porque me dicen que no hay... Nosotros vivimos de esto, apartamos todo: tenemos plástico, cartón, botellas, y entregamos por semana, ¿vio? Porque no podemos tener muchos días por el volumen y por los bichos... Este muchacho nomás [pasa un joven en un carro de basura] se lleva la basura para el costo, o basura para tirar. Porque pasa tres días, cuatro días, sin tirar la basura.

Otro clasificador: No le voy a comprar las bolsas al camión para tirar la basura [desde lo alto del carro y tirando del caballo en movimiento].
Clasificador: Seguro. Claro, ahí está, ¿vio?

Las bolsas para la basura que no se reparten según lo que se recibe, son vendidas a cualquier vecino. Se la «escatiman» al clasificador, recibiendo menos de las que él da, cuando el procedimiento es el de dejar una cantidad de bolsas por lo menos similar a la que se retira. Estas bolsas son más grandes de las habituales para uso doméstico, y por ello son valoradas y adquiridas por el resto de los vecinos. Son vendidas a muy bajo costo, uno o dos pesos uruguayos. La organización exige que se dé cuenta de todas las bolsas entregadas, algo que no es un inconveniente. Con este proceso, si bien los vecinos pueden acceder a bolsas más grandes y de mejor calidad a bajo costo, los que las requieren en primer lugar —y para quienes existe esta planificación—, es decir los recicladores que producen volúmenes de basura no residenciales, vuelven a quedar sin esas bolsas siquiera para resolver un problema permanente e incontrolable, cayendo en la reproducción de las condiciones existentes que los sumergen en la basura. En algunas situaciones, según nos fue narrado, este dinero de una bolsa para la basura no dada a un clasificador y vendida a un vecino puede terminar sirviendo para la compra de pasta base: el circuito es implacable.

Una de las soluciones que se propusieron en nuestros espacios de reflexión colectiva fue la de ubicar volquetas sobre el bulevar Aparicio Saravia. Se reconoció la necesidad de utilizar materiales metálicos, que pudieran soportar posibles incendios o amputaciones de las tapas como les sucede a los contenedores de plástico, también se estimó que los espacios internos al tejido de las avenidas y el bulevar no podían soportar la presencia de los contenedores, por lo menos por el momento, hasta que no se empezaran a percibir los efectos de la disminución de la basura en las calles, sendas y pasajes, y se facilitara una mejor circulación por estas vías. Hasta se llegó a indicar las posibles ubicaciones para esas volquetas, tomando en cuenta las mejores condiciones para su mantenimiento y su uso.

La experiencia de la creación de pequeños nichos de ladrillo donde ubicar y reducir basura, llevada a cabo por nuestro equipo junto con vecinos de la Unidad Misiones *(Los Palomares)* organizados en el colectivo Unidos por un Barrio Mejor (UBAM) en 2007, nos enseñó que las intervenciones con materiales perecederos no tienen mucho alcance. Estos nichos fueron y son utilizados para el fin proyectado, pero también han sido destruidos, en muchos casos para llevarse los ladrillos, venderlos o reutilizarlos en alguna autoconstrucción. En la actualidad algunos están en mejor estado que otros, pero han sido capturados e incorporados a la dinámica precedente. A pesar de ello, el impacto de esta intervención ha abierto otros caminos e igualmente ha dejado huellas hasta el presente. Vecinos de la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)*, habían percibido

una mejora en los sectores de la Unidad Misiones *(Los Palomares)* donde se instalaron los nichos, y hasta les pareció que con ello habían alcanzado una mejor posición relativa. Lo que también fue a su manera efectivo fue la campaña de desratización llevada a cabo en el mismo contexto, pero por la permanencia de los niveles de basura nuevamente las condiciones hacían inviable un hacer transformador; los efectos de las matanzas de roedores fueron rápidamente superados y las madrigueras volvieron a reproducirse naturalmente. Este tipo de prácticas solo dan resultados cuando se hacen con una determinada frecuencia y durante un período de tiempo importante.

A pesar del colapso medioambiental que representa el problema de la basura, también es cierto que existen mecanismos de contención elaborados por los propios vecinos, en conjugación con los pocos recursos existentes. Sin estas estrategias adoptadas por ellos mismos la situación sería aún peor. Y también es importante el hecho de que si no existiese un cierto grado de utilización de los servicios de recolección municipal por parte de quienes se dedican permanentemente a la recolección y clasificación de basura, todo habría colapsado hace tiempo. Muchos hurgadores esperan al camión de recolección para desagotar los restos de su labor y mantener el espacio de su hábitat en cotas de contaminación manejables. También encontramos soluciones elaboradas intersubjetivamente y que logran dar respuestas a ciertos problemas compartidos, dentro de lo posible. Un muchacho discapacitado, huérfano y sin mucho acceso a la atención integral que requiere, barre y cuida una larga extensión de la cuneta en un tramo de la avenida Gustavo Volpe, la central de la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)*. Los vecinos del entorno le dan algo de dinero por su tarea. Se trata de una solución que al mismo tiempo trata de hacerse cargo colectivamente de este miembro de la comunidad ofreciéndole actividades donde focalizar sus energías y alcanzar una vida lo más digna posible, y con ello colaboran con el mantenimiento del entorno. Esto es un ejemplo de la elaboración de estrategias y pone en evidencia el valor de estos fenómenos generados desde las propias subjetividades involucradas.

Gracias a todo ello, hasta se ha dado un mejoramiento relativo a algunas áreas del espacio público, como en la curva y los terrenos periféricos en la macromanzana de las escuelas públicas, una de las áreas de mayor tránsito cotidiano, donde se ubican algunos puntos de referencia barrial y de conexión con el exterior, como la parada de autobuses en uno de sus vértices. Se trata más bien del actual espacio intersticial entre las dos grandes zonas en las que se divide hoy el terreno proyectado en el Plan Director de 1956 como Unidad de Habitación n.º 2 de Casavalle (lo que hoy es Unidad Casavalle 1 y el asentamiento entre esta unidad y el barrio Jardines del Borro hacia el oeste, Unidad Casavalle 11, Unidad Misiones y el asentamiento San Martín-Unidad Misiones hacia el este). Hacia el sur, sobre la avenida San Martín camino al cementerio, existen dos volquetas y un funcionario municipal se encarga de mantener limpio su entorno.

En una de las esquinas de una de las sendas de la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)* y la calle limítrofe con el asentamiento que se extiende hacia el norte, un vecino cuida del entorno por propia iniciativa. Insiste en que no se tire basura fuera del horario en que pasa el camión por allí y barre el espacio público, pero es un anciano y se encuentra ya cansado. Allí mismo se había implementado la instalación de un medio tanque de metal para verter la basura —tradicional solución empleada para equipar el espacio— pero y había sido destruido. Muchas cosas hacen difícil el combate a la desbordante contaminación. Victoria nos narra, por ejemplo, que cuando trabaja en general no hay otra persona en su casa durante el horario en que pasa el camión de recolección, esto es, a mediodía. Es decir que si por fortuna uno tiene un trabajo y por eso no hay nadie en su casa a la hora pico del día está obligado a tener que tirar la basura dando tiempo para que en unas horas —por la cantidad y su clasificación *in situ* por parte de otros vecinos— se incremente el volumen o por lo menos se mantenga.

Imagen 2. Zona céntrica de servicios,
antes de la construcción de la plaza Casavalle en 2013

Fuente: Google Earth.

Existe un volumen de basura permanente que opera como un sobre-nivel que impregna toda estratificación espacial, solapa todas las semióticas y se constituye ella misma en una más, expansiva y contagiosa. Por eso la colocación y el mantenimiento de volquetas de materiales férreos puede ser una buena estrategia para evitar aunque sea la dispersión de la basura concentrándola y aislándola del entorno. Pero aquí se nos planteó un dilema: ¿era mejor concentrar el desagote de basura por el bulevar, eliminando la recolección en algunas calles ya problemáticas? Era necesario mantener ambas posibilidades

para que unos y otros tuvieran la oportunidad de elegir según sus hábitos y desde sus puntos de vista, pues quienes en general clasifican no adoptarían sin más la opción de moverse hacia otro lugar —hacia el exterior del barrio, sobre su frontera sur— para depositar los restos de su actividad. Hacia allí mismo existe lo que se denomina un Punto Verde, organizado por la municipalidad justamente para desagotar y clasificar la basura, al lado del cuartelillo de bomberos. Algunos vecinos clasificadores concurren al punto, pero son los menos. Otros también lo hacen pero por el tipo de desechos de los que necesitan desprenderse: «Porque como yo no tengo baño, hace seis años que hago la materia en un balde, no puedo dejar fermentar... no es lo mismo tirar basura que tirar materia. Yo me tomo la molestia, a veces dicen "¿qué hace esta mujer, todo el tiempo en el Eco Punto?"». También se puede trabajar en la consolidación y ampliación de este servicio municipal, que posee un potencial aún no explotado. La confusión reinante sobre el funcionamiento de los servicios de recolección, los recorridos y sus momentos es una cuestión con la que los vecinos concuerdan, buscando discriminarlos según los colores y los tipos de vehículos de transporte.

La basura es una problemática que afecta a toda la ciudad de Montevideo y a su área metropolitana, pero en este caso la diferencia cuantitativa alcanza un umbral de mutación cualitativa. Como hemos planteado, los niveles y la persistencia de los desechos han dado lugar a un ecosistema singular, a una semiótica que se expresa a través de la basura (convertida en insumo para las estrategias de confrontación social en la micropolítica local), y a un modo de producción, en especial doméstico. Todo ello hace que desde el punto de vista espacial operen más como un fluido que como un sólido y no es casual que este fenómeno esté correlacionado con la laberíntica propia de los asentamientos irregulares en tanto tipología concreta, aunque no se reduce a ellos.

4

La expansión de la ocupación en los bordes de lo urbano

> «Hoy no solo percibimos las ciudades como desdibujadas, las propias ciudades se han desdibujado. Ya sea por causa de los gigantescos tamaños que algunas de ellas han alcanzado [...] su transformación en una serie de parques temáticos [...] su integración en megalópolis que agrupan en un entorno peri o suburbano ciudades de distintos tamaños y funcionalidades [...] como por su estallido en piezas que generan espacios aislados que constituyen ciudades fragmentadas...»
>
> *Monge* (2007, pp. 27-28)

Para comprender este proceso y sus implicancias, debemos poner en consideración la propia noción de ciudad y más específicamente la de ciudad informal. Más aún, cuando los especialistas concuerdan en general en la explosión del modelo rural-urbano y se proponen que debemos pensar la ciudad como un entidad «difusa» (Roca Cladera, 2003). Como vemos, la expansión de lo urbano, su multiplicación y su fragmentación, constituyen procesos diferenciados, no excluyentes, como la concentración, la especialización funcional, la aglomeración en diferentes densidades y la fragmentación en unidades aisladas. Desde la invención de las ciudades —de su idea y su realización—, dentro de un largo proceso que incluye la aparición de la agricultura, la domesticación de diversos animales, la cerámica y otros artefactos y técnicas —en la Media Luna Fértil y la costa mediterránea de Asia Menor, así como en el valle del Indo, China y Mesoamérica— estas fueron la expresión del encuentro y del conflicto entre los proyectos ideados y ejecutados y la acción espontánea de las poblaciones. La construcción de ciudades progresivamente se constituyó en un campo de saberes en sí mismo, sustancial a toda conformación política. El modelo de la *polis* griega constituye hasta el presente, como en tantas otras esferas, uno de los mayores referentes rectores de la mayoría de las políticas urbanas occidentales e importadas a todo el planeta. Esta es para nuestra cultura occidental la ciudad tradicional, la que identificamos como tal en nuestro imaginario social. En tanto que ideal, es una construcción simbólica que ha sido resignificada a lo largo de los siglos, en especial por la civilización romana, y luego por el humanismo renacentista, con las implicancias particulares del pensamiento utópico y de la colonización de América dentro de este último. Las formas reticulares, el paralelismo consecuente, la calle como forma del espacio público, así como la centralidad relativa de plazas y monumentos son características de esa idea de ciudad.

Es significativo también que las zonas de bloques en horizontal o vertical, la separación de las vías para peatones y vehículos, la homologación entre ciertos entornos ambientales y ciertas funciones en forma especializada sigan siendo consideradas como ciudad alternativa. La marca de las vanguardias europeas de principios del siglo xx y las tendencias de posguerra continúan siendo consideradas como ruptura de la tradición. Pero tanto la forma tradicional como la alternativa de ciudad (en sus acepciones tanto disciplinares como socialmente significativas) se muestran conformadas por los principios de la perspectiva, la apertura y el cobijo, la composición entre lo lleno y lo vacío. La formalización, en calles paralelas y en edificaciones de tipologías tradicionales o de bloques, y en tiras o más o menos concéntricos, pasan por la mirada de saberes legitimados desde lo más medular de las estructuras políticas, sean cuales sean. Desde el agrimensor romano, pasando por los planos de Leonardo da Vinci, hasta la labor de arquitectos y urbanistas como Le Corbusier, el diseño del espacio viene pautado por una necesidad incuestionable de establecer un orden primordial: una *arqué-tectónica*. Esto mismo lo vemos en la diversidad de culturas de configuración étnica, donde las formas básicas (rectas, circunferencias, diagonales; como en el alzamiento de obeliscos centrales, la disposición segmentaria de clanes, entre otros) son constitutivas de sus aldeas y del ordenamiento territorial.

Ahora bien, los propios modelos y las configuraciones conceptuales, los saberes y las profesiones puestas en juego en diferentes prácticas de creación del entorno contemporáneo, tanto desde los hacedores como en los campos más o menos relacionados a estos (desde constructores tradicionales de viviendas a empresas transnacionales de urbanización) se han ido ajustando a la transformación de la misma concepción de ciudad o han ido planteándose los retos de la fragmentación y disolución de su concepción y su materialidad, en tanto agentes del fenómeno. La *ciudad difusa* también puede ser una gran oportunidad para nuevas formas de habitar (Ponce Herrero, 2006) donde lo metropolitano —en tanto que mantiene la lógica jerárquica centro-periferia— pueda dar paso a un territorio de conexiones horizontales (Indovina, 2004, pp. 55-56). Se trata de la generación de nuevas espacialidades en contextos de subjetivación donde las tecnologías de comunicación a distancia no solo llevan lo urbano a través de soportes inmateriales, sino que son a su vez agentes dinámicos de nuevas formas culturales donde ello pasa a ser determinante: *culturas mediáticas* (Rincón, 2006) en formas de existencia que incluyen las del habitar entre otras. Estas cuestiones ya están presentes desde hace décadas en diversas experiencias en territorialidades diferentes, como la de la ciudad de Los Ángeles, que tantas reflexiones ha suscitado y es referencia tanto para detractores como para entusiastas. Lo que muchas veces puede ser denunciado como intrínsecamente negativo no puede ser más que producto de nuestro dogmatismo, como la desvalorización de otras formas espaciales a partir de las formas que seguimos teniendo como referencia mitológica, para

nuestro caso la ciudad europea principalmente del Renacimiento en adelante, sumando la industrialización, pero sin dejar de estar ancladas en los tejidos históricos (Banham, 2010).

Si este nuevo horizonte de transformación de los modelos más sustantivos de la ciudad tradicional y moderna está en juego, ¿a qué se le llama *in-formalidad*? A la conformación de espacios sin diseño previo, sin planificación o proyección, y más de fondo, «sin fundación» (Rykwert, 1985). En general, se constituyen por la incidencia de actividades aisladas entre sí en un mismo sitio, sumatoria de autoconstrucciones que no toman en cuenta los efectos en el medio circundante ni están planteadas considerando una perspectiva molar, urbana. Desde nuestro punto de vista, podemos reconocer la existencia de formas específicas sin entidades instituidas a quienes asignarles su creación. Igualmente terminan por *con-formarse*: lo que sucede es que no son fruto de un proceso explícitamente planteado a priori para tales fines, son exclusivamente resultado de fuerzas instituyentes, lo que en general se traduce, desde el punto de vista normativo, como carente de legalidad.

La expansión de la ocupación se da reproduciendo la fragmentación, pues se trata por lo general de nuevas unidades espaciales diferenciadas perceptivamente y habitadas por contingentes venidos de otras zonas. La expansión es de la ciudad en general, pues es esta la forma predominante del crecimiento de todo Montevideo, y es un fenómeno característico de la fragmentación metropolitana de América Latina. Para el caso del Gran Montevideo, la expansión se concreta principalmente a través de los corredores metropolitanos (Couriel, 2010, p. 102), y las zonas intersticiales a esos flujos de transporte son las que más han sufrido los efectos de la lógica de fragmentación, con intervenciones urbanas aisladas, ocupaciones espontáneas, abandonos y usos librados a su suerte.

Frente al caso extremo de la proliferación de asentamientos, nos encontramos con la expansión más o menos regulada de nuevas unidades territoriales que comparten una misma tipología y son fruto de la planificación, yuxtaponiéndose a los tejidos existentes y sirviendo de nuevos bordes cada vez más desplazados. En cada nuevo camino abierto sobre el que se alinean cabañas, o en aquellos que se retuercen buscando el vacío infinitesimal dentro de un asentamiento ya existente, la ciudad se expande. Lo urbano y lo rural se fusionan en diferentes combinaciones. ¿Existen ritos, ceremoniales y otras formas que establezcan un orden en el caos virgen a domesticar? La forma de asentarse más extendida en la actualidad es la resultante del proceso de ocupación simultáneo por subjetividades que llegan a constituir diferentes colectivos, más o menos extensos y variables en la intensidad de los vínculos. Como hemos visto, la fragmentación conlleva una discontinuidad espacial, el repliegue en unidades mínimas y la casi carencia de la transversalidad de trayectos entre ellas. Si bien con el proceso de secularización se ha resignificado la ciudad, despojándola de héroes, dioses y mitos, por la planificación urbana y

sus saberes científico-tecnológicos, en los complejos habitacionales y las zonas residenciales generados por organismos públicos y privados por lo general se llevan a cabo ritos y ceremonias, más públicos o más privados. Los distintos habitantes significarán el lugar, le darán un sentido y lo reconocerán como parte de su identidad. Este proceso no se dará a partir de imágenes colectivas ancladas en lo religioso y mítico, sino en la inmanencia y singularidad de las condiciones imperantes, quizás en la presencia de formas de socialización barrial o de clase y de etnia también asociadas al territorio.

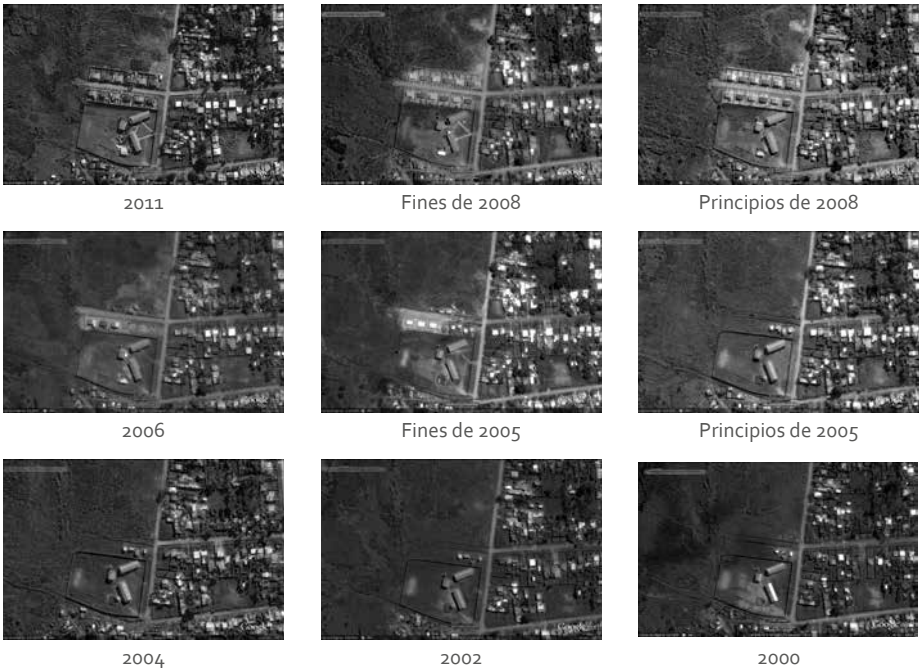


Imagen 3
Fuente: Google Earth.

Este proceso intersubjetivo de creación del espacio habitado conlleva la generación de imaginarios y de sistemas de significación, pero en el contexto contemporáneo de fragmentación a veces no llegan ni a formalizarse por su debilidad y por la confrontación extrema y permanente con las entidades ya existentes. En aquellos casos en los cuales las instituciones han intervenido en el proceso constructivo, como ser en los asentamientos en los cuales el PIAI ha regularizado los estándares ambientales y de equipamiento, también se ha insistido en el proceso de construcción identitaria y con él, de generación de un espacio con cualidad de lugar. Pero como hemos planteado, estos procesos se encuentran a su vez reforzando una diferencia con el entorno que tiende a ser de rechazo y confrontación, gracias a las desigualdades profundizadas por la regularización de asentamientos desperdigados en el territorio. Quizás con

el paso del tiempo esa otredad que va instalándose al lado llegue por simple oposición a tener los atributos de aquello que se considera como lo genuino, lo digno de ser nombrado y considerado como una identidad espacial determinada. Pero este proceso no viene dado de por sí: de allí la desfiguración, el deshilachado de la trama territorial, soporte y expresión de un mismo proceso relativo a las demás dimensiones de todo proceso de subjetivación.

> *Miguel*: Siempre dije: toda la gente tiene derecho de tener un techo sobre la cabeza y una vivienda digna. Pero cada cuarto de esa casa, son... vos la ves y no es una, son dos, ¡no es más grande que ese kiosco cada cuarto! Y cada familia tiene como no sé cuántos gurises... El otro día, sin ir más lejos, un compañero que va a cazar pájaros ahí abajo escuchó unos tiros. Miró: dos gurisitos así [bajos] cazando patos negros con revólveres; son de ahí. Ya, once días, contados, inauguradas esas viviendas en esta esquina de Almeida Pintos hay tiroteos. Tienen derecho a tener un techo. Pero como te voy diciendo, van trayendo gente para acá [...] ¡Once días de inauguradas, loco!
> *María*: Son de desalojos de allá, de la Ciudad Vieja, de yo qué sé, de Villa Española... de conventillos que echaron abajo. No es porque vivan en conventillos, te estaba diciendo que la mayoría de la gente de Los Palomares son gente de laburo, que merece vivir tranquila donde sea. Pero hay una partecita de la gente que...

Aquí nos encontramos con un ejemplo de lo que venimos tratando. Miguel habita a metros de este nuevo fragmento espacial que en poco tiempo fue erigido por las propias autoridades como solución habitacional para algunas familias, extensión de cabañas a lo largo de la continuación de una de las calles del barrio Jardines del Borro hacia las zonas despobladas próximas al arroyo Miguelete. Más allá del extremo del segmento vial nos encontramos con los suelos inundables. Las viviendas fueron habitadas una a una, y el conjunto va adquiriendo identidad propia de a poco, principalmente por oposición al barrio tradicional que por casi cien años le precede y ante el que se distingue en forma patente. Igualmente, algunos vecinos que hemos entrevistado y que participaron de los diferentes espacios de nuestra intervención se encuentran vinculados directamente al proceso poblacional del nuevo fragmento. Mica, por ejemplo, pasó a habitar allí después de estar esperando ansiosamente en su vivienda ubicada en el interior (un «fondo») de una de las manzanas de *Las Sendas* como ya hemos planteado en detalle. Su situación allí era intolerable, fruto del proceso de fragmentación al interior de cada fragmento, es decir, en la descomposición molecular que afecta a cada unidad habitacional. Recordemos lo duro que resulta en tales casos la confrontación vecinal, debida al hacinamiento y la afectación casi inmediata de unos sobre otros, el cuasi encierro en tanto imposibilidad de conectarse directamente con el espacio urbano exterior de circulación.

«Ahí abajo», tradicionalmente se «cazaban pájaros». Tanto la referencia concerniente al incipiente fragmento como aquello que está por oposición vertical bajo lo que se considera como el lugar genuino, como la relativa a prácticas asociadas a funciones no habitacionales y que requieren mantenerse de esa forma (como la caza y la recolección), nos dan una pista acerca de la manera en que estos nuevos territorios son significados por quienes ya se encuentran instalados y ven alejarse el borde de lo urbano con el que se estaban acostumbrados a convivir, sobre el que se recostaba su lugar y en el cual también desarrollaban actividades más ligadas a lo rural. No es casual tampoco que los sonidos de disparos de armas aparezcan como indicio que sirva para conformar la imagen identitaria de los nuevos vecinos. Competencia por los mismos recursos, miedo ante los desconocidos, todo ello fortalecido por la completa falta de involucramiento de quienes se encuentran allí habitando y a quienes no se los hace participar para nada en el proceso.

«Todavía... ellos viven en el campo»

> *Marta*: Debe hacer unos quince años que no camino por acá [en la frontera con el asentamiento], y yo vivo atrás... y estoy a metros, metros nada más... Conozco a todos, viste, los que doblan, pero no sé dónde. Todavía no le digo «asentamiento», ellos viven en «el campo». Porque era nuestro campo.
> *Raquel*: Esto tendría que ser una manzana de casitas y esto una callecita chica. Porque esto de la continuación, nos rejode a *Las Sendas*. Porque, vos mirá los cables de luz cómo están... es demasiado voltaje, no da la luz de *Las Sendas* para esta continuación y nosotros vivimos sin luz. Tenemos apagón y bajo voltaje.

La expansión de los bordes también implica un progresivo relleno de los intersticios. De las diferentes causas por las que podemos decir que la ciudad se difumina, en nuestro caso reina exclusivamente la del *estallido en piezas* (Monge, 2007, p. 28). Si bien históricamente se reconoce en la zona una extensión a partir de la linealidad de los trazos en el territorio (avenidas que se convierten en caminos semirrurales y rutas nacionales o viceversa), no llegaron a consolidar los rasgos que reconocemos como los propios del desarrollo urbano según las imágenes tradicionales y modernas. A ello hay que sumarle la superposición de planes alternativos, primero los barrios-jardín según el modelo de ciudad radiante, y luego las intervenciones específicas en parcelas, factor decisivo para la conformación de las piezas y con ello la instauración de la lógica de fragmentación que ya hemos analizado en detalle. Como se desprende del discurso de una de las vecinas entrevistadas y participantes de nuestros espacios de intervención, las categorías de *campo* y *ciudad* siguen vigentes en el imaginario local, a tal punto que sirven para identificar a los

contingentes poblacionales. Es significativo que el segundo de los términos sea el cargado de positividad, asociado a las connotaciones más genéricas de la vida urbícola, las que podemos rastrear hasta la figura de la *civitas* grecolatina en tanto cuerpo de ciudadanos. Ese *todavía* conlleva la idea de proceso, y la creencia en aquellas cualidades que en el imaginario se identifican con lo urbano, a tal punto que ni siquiera vale el apelativo de «asentamiento», que como vimos posee un uso bastante extenso y relativo a las ocupaciones informales, in-fundadas, disgregadas y abiertas al caos de lo preformativo. La construcción de significados está inherentemente atravesada por las relaciones de fuerza, y es evidente que el combate por el sentido es una cuestión política. De esta forma, la expansión de lo urbano experimentada desde la periferia montevideana contemporánea no es un proceso neutro, automático, de simple yuxtaposición física de construcciones, sino de una lucha en los márgenes de lo nuevo por ser integrado a lo existente.

5

El hacinamiento y la compartimentación

Unidad Misiones *(Los Palomares)* no solo es el fragmento más denso de Casavalle sino de todo el Uruguay. Es además, para la zona que nos ocupa, donde existen dos niveles de viviendas, una distribución en horizontal y vertical. A lo largo de los angostos pasajes interiores conformados entre los 27 bloques, se superponen las viviendas más o menos transformadas por las sucesivas ocupaciones. No sabemos con exactitud cuántos de los 540 alojamientos originales pueden seguir siendo considerados como tales; en algunos casos se han sumado unidades habitacionales, en otros se han subdividido. Como hemos planteado, la conformación en dos niveles hace más crítica la situación de convivencia, las negociaciones cotidianas entre los vecinos que, además de tener límites compartidos hacia las cuatro direcciones, también los tienen hacia arriba o hacia abajo, compartiendo una misma fachada hacia el pasaje peatonal.

La fragmentación también opera al interior de los fragmentos definidos en un primer nivel general, fenómeno condicionado por las tipologías y la conformación de la pieza urbanística cuando ello se dio (como en los complejos habitacionales) o según una suerte de unidad compartida fruto de las mismas operaciones momentáneas llevadas a cabo por las sucesivas oleadas poblacionales (como en los asentamientos irregulares). La presencia-ausencia de basura también marca las diferencias más visibles y efectivas para la conformación de *lugares*. El primer bloque de los 27, el que tiene una de sus fachadas hacia los espacios libres con juegos infantiles entre la macromanzana de las escuelas y la policlínica al norte y el Cementerio del Norte al sur, junto a las viviendas del bloque contiguo con el que comparte el pasaje peatonal, se diferencia del resto de la unidad por sus colores vivos, la ausencia de basura y la condición limítrofe hacia el espacio abierto, que es el de entrada y salida de la zona en general.

Otro fenómeno espacial, esta vez más integrado (lo que también implica una presencia relativa de basura cercana al promedio), es la franja verde sobre el bulevar Aparicio Saravia, a lo largo de todos los pasajes de los bloques del tercio oeste. Algunos vecinos equiparon por su cuenta esta franja limítrofe, compartida con el CH 88 del BHU, «las viviendas de los jubilados» al decir local. Mesas y bancos de hormigón, árboles que hacen sombra y albergan nidos de pájaros... aunque la presencia de la basura aplasta lo demás, es un espacio muy significativo, de los pocos que poseen un carácter público. Constituye la resolución de un límite planteado a priori como problemático, al dar a una gran vía de transporte que

atraviesa toda la periferia urbana y ser un complejo con una tipología que se cierra frente al entorno, fomentado por un estado de precariedad general. Esta intervención llevada a cabo por algunos vecinos, de pocos años de realización, ha constituido un respiro ante el hacinamiento que se experimenta en el interior. Sobre la esquina de la avenida San Martín tienen lugar las campañas de salud comunitaria, los festivales barriales y todo lo que implique algún acontecimiento colectivo en lo territorial, una suerte de salón comunal al aire libre. Es además, y no menos importante, un espacio simbólicamente representativo. Sobre toda su extensión circulan las diferentes redes viales para el acceso al interior del barrio en general; es la fachada más grande del complejo, su rostro frente a los otros.

En tercer término, nos encontramos con el espacio central de la unidad habitacional, una plaza que tiene como tres de sus lados a los agrupamientos de bloques, y hacia al sur a la franja verde antes descrita. A partir del 2000 una organización no gubernamental llevó a cabo un proyecto de intervención comunitaria con niños, adolescentes y jóvenes para la reducción de riesgos y daños del uso de drogas, para lo cual luego de identificar el lado interior de la plaza como lugar privilegiado por su centralidad y hacer uso de un ómnibus que allí se disponía transitoriamente, instaló un vagón de tren en desuso donado por las autoridades ferroviarias (programa Alter-acciones de El Abrojo, 2001). El Vagón operó desde 2002 como espacio comunitario, con actividades promovidas por esa institución y luego extendido a otros usos, generándose una resignificación de ese segmento central. El proyecto originario cerró por falta de fondos en 2006, aunque las otras actividades comunitarias se siguieron llevando a cabo hasta que sufrió un incendio en algún momento de 2007, como parte del proceso general de abandono que sufría. Su esqueleto sigue allí. En cuarto lugar, podemos identificar la microzona de un pasaje de gran densidad real y que imaginariamente es considerado como el más precario y peligroso, conocido con el nombre de Shanghái. Las imágenes cinematográficas asociadas a lo *Chinatown*, en especial provenientes de la industria de Hollywood, son el marco de referencia para esa denominación.

La Unidad Misiones *(Los Palomares)* es considerada como el lugar de la pasta base: donde residen las *bocas*, donde los consumidores pueden reunirse en *achiques*, donde se pueden comprar bienes robados a bajísimo costo. La gran mayoría de los vecinos entrevistados e involucrados en nuestra intervención nos plantearon que por lo general el comercio de la sustancia es agregado por algunos almacenes, que siguen abiertos hasta altas horas de la noche, que cuentan tan solo con una ranura «por donde no puede pasar ni un litro de leche; es una ventanita donde una mano va y la otra viene». Existen por tanto signos en el espacio, y una distribución temporal de su presencia y de su uso en general. Estas *bocas* desperdigadas son reconocidas por los residentes sin inconvenientes, pero operan con mayor intensidad cuando la circulación en el espacio público se hace mínima durante la noche.

Para los vecinos, la densidad parece haber sido determinante en la forma en que es visualizado el consumo y la distribución de pasta base. Nos han narrado cómo se mantiene el espacio de la cancha de fútbol del club local, Rosario, libre de consumidores, así como se considera que es menor su presencia en toda la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)*. No pretendemos reducir esta problemática a una cuestión puramente cuantitativa, relativa a la densidad espacial. Pero parece clara la correlación y además existen factores cualitativos diferenciales, los que varían más o menos en sus respectivas escalas. El tipo de hacinamiento configurado en *Los Palomares* ha permitido la generación de múltiples espacios disociados dentro de la trama de sus bloques. En el contexto local, este hecho es interpretado y tomado como argumento para la estigmatización de los vecinos de esta unidad. El sistema de la pasta base en tanto paradigma contemporáneo de la sustancia adictiva ilegal más agresiva y más abarcadora no se reduce a este fragmento del barrio, pero lo que se sostiene es que existe una diferencia en el tratamiento de la presencia de la pasta base en una y otra de las unidades habitacionales. Como veremos más adelante, lo referente al consumo de la pasta base constituye un círculo vicioso que opera sobre todos los procesos de subjetivación presentes. Se trata de un efecto más de su presencia, reinsertada en la trama de las identidades fragmentadas y por momentos confrontadas de las unidades espaciales. Ciertamente, en la Unidad Misiones *(Los Palomares)* parece concentrarse la distribución y el consumo, pero no es causa sino efecto, como muchos vecinos de allí lo padecen, víctimas y no generadores de la situación.

Asumir, sencillamente, lo que los estigmas reafirman nos limita a las condiciones imperantes de su reproducción. Damos cuenta de su existencia, pero en el mismo acto desplazamos la mirada y buscamos problematizarla desde donde sea posible destrabar la fuente de estos prejuicios y las disposiciones autoritarias frente al otro. Lo mismo que les sucede a los vecinos de esta unidad, es lo que experimentan los habitantes del barrio en general, y más aún, los habitantes de esta y otras periferias urbanas en todo el planeta. Pero en cada cambio de escala también hay un cambio cualitativo y la lógica fragmentaria se reproduce en todos los niveles. Como «calcos sobre calcos» (Deleuze y Guattari, 1997, pp. 9-32) los estigmas se proyectan arborescentemente sobre las identidades múltiples que constituyen el universo de existencia de los vecinos. Y así como se ha espacializado la pobreza a escala de grandes piezas urbanas —lo que afianza y caracteriza a la marginalización contemporánea (Wacquant, 2007)— con la formación de cinturones diversos, depósitos y zonas de mayor o menor guetización, también se ha espacializado a su interior.

Si llevamos adelante una dinámica de inmersión y distanciamiento simultáneos entre los angostos pasajes, nos acercamos comprensivamente a las realidades experimentadas por sus habitantes e historizamos los procesos constitutivos de sus vidas y sus contextos colectivos, podemos llegar a una visión más compleja y útil para dar cuenta de lo que allí ocurre más allá

de los mantos simplificadores de los estigmas y, por supuesto, de los miedos hacia peligros tantos reales como imaginarios. Como veremos más en detalle en capítulos posteriores relativos a las reconstrucciones de las memorias sociales de la zona, la situación previa a la llegada de la gran mayoría de quienes se trasladaron a habitar el complejo habitacional desde 1972 era considerablemente peor que la que encontraron por entonces, cuando se inauguraba la zona. También lo hemos trabajado en los capítulos precedentes, en lo referido a una genealogía de las políticas habitacionales y de producción de subjetividad de la periferia montevideana. La degradación fue dándose rápidamente, desde el momento en que los núcleos familiares que habitaban esas pequeñas viviendas de dos o tres dormitorios comenzaron a crecer exponencialmente (con familias que han superado los veinte integrantes de tres o cuatro generaciones), a la par que seguían llegando, por relación de filiación o de amistad, nuevos habitantes desplazados de las zonas consolidadas de la ciudad. Si bien desde el comienzo el complejo fue erigido como un espacio transitorio de alta densidad, en poco más de diez años la situación se tornó crítica.

Las viviendas sufrieron modificaciones sin cesar, tirándose y levantándose nuevas paredes, compartimentando aún más el espacio interior. Lo mismo sucedió con el espacio público, desapareciendo ya a mediados de la década del ochenta la mayoría de los patios exteriores de muros bajos, dando lugar a paredes altas, nuevas habitaciones o patios privados. Estos espacios libres correspondían, en primer término, al grupo de viviendas en horizontal, y su absorción implicó la toma de posesión por parte de alguna de las viviendas superpuestas, o las de abajo o las de arriba, dependiendo de la coyuntura. Lo mismo hacia atrás, en aquellos bloques donde también se disponía de estos, en especial los del tercio norte del complejo. Las comisiones vecinales que operaron desde un comienzo en el mantenimiento y la limpieza de los espacios comunes dejaron de funcionar.

A ello se le suma que en cierto momento, que podemos ubicar más o menos alrededor de fines de la década del ochenta y comienzos de la siguiente década, la compañía eléctrica quitó los contadores existentes dejando oficialmente sin servicio a los habitantes, los cuales inmediatamente pasaron en su totalidad a *colgarse*, es decir, conectarse a la electricidad a través de la cables que surcaron los aires buscando las fuentes por donde sea. Estos factores, más la lejanía y el aislamiento propio de la zona en su totalidad, fueron configurando al complejo como un entorno peligroso, de muy difícil acceso para cualquiera que no fuera conocido por alguno de sus habitantes tradicionales. Según lo narran los vecinos, durante las décadas finales del siglo pasado era aún más difícil que ahora poder ingresar al complejo y caminar por sus pasajes, siendo comunes los disparos de armas de fuego. El deterioro se generalizó y el complejo llegó a alcanzar una cota tras la cual el hacinamiento se convirtió en una característica inherente y por tanto uno de sus rasgos identificatorios.

Cuando ya no hay más espacio físico al que recurrir para generar un nuevo hábitat, se sigue utilizando el existente, subdividiéndolo potencialmente al infinito y perdiendo con ello toda cualidad asociada a las dimensiones del habitar, a las necesidades simbólicas y materiales, aunque siempre resulta increíble la capacidad humana de adaptación a las condiciones más duras. Y hasta nuestros días, no son pocos los habitantes que siguen valorando y cargando afectivamente ese espacio que, como decíamos más arriba, significó para ellos y sus familias una alternativa viable para salir adelante cuando la situación en los lugares de procedencia era aún peor. Tal es el caso de Lucía, quien llegó, ya entrados los años setenta, proveniente de un rancho de madera sin piso ni terminaciones en las aberturas, con su pequeña hija, de uno de los grupos de NBE ya existentes por entonces; o el de Valeria, quien ejemplifica otro de los perfiles de los pobladores, aquellos llegados de las pensiones y conventillos de las zonas céntricas de la ciudad, desalojados en sucesivas oleadas de expulsión. En su caso, Valeria llegó con su madre en los primeros años del complejo, y como Lucía, también sigue recordando lo que significó pasar a disponer de una cocina y un baño con agua potable para su uso, cuando de joven se había acostumbrado a cargar bidones de agua por las calles desde talleres mecánicos vecinos al viejo edificio en el que residían junto a muchos familiares en las cercanías del Palacio Legislativo, en el histórico barrio de La Aguada.

Valeria aún sigue habitando en la misma vivienda que le fue asignada a su madre por entonces; ahora lo hace junto a su marido, y transitoriamente lo hizo con su hijo adolescente, quien ya es padre también. Para ella la construcción tiene la virtud de la fortaleza de sus materiales:

> Esto es buenísimo, porque ahora las viviendas que están haciendo son todas de *dolmenit* [fibrocemento], que se te prende fuego y te quedas sin nada. Esto... se te quemarán las cosas pero las paredes están. Acá las familias son siempre de tener muchos hijos.

Y no es de menospreciar este aspecto, pues según lo recuerda, en las casi cuatro décadas que lleva erigido el complejo solo se ha venido abajo una sola escalera. Su marido Raúl, quien vivía de pequeño en el asentamiento contiguo, conocido como Simón del Pino —anterior a la existencia de *Los Palomares*—, fue testigo de su alzamiento y tomó nota de lo aspectos constructivos al encontrarse desde joven involucrado en labores y oficios relacionados. Según nos lo narra, el hormigón y el hierro utilizado fueron de muy buena calidad, y gracias a ello no han sido testigos de catástrofes colectivas como podía haber sucedido en un grupo de viviendas desbordadas de población y pensadas como un espacio de tránsito que terminó perdurando hasta nuestros días.

Los materiales inflamables, tanto de construcción como de uso doméstico, son un peligro alarmante, y no son pocos los casos en el mundo de

grandes derrumbes y accidentes por su causa. Claro está, los suelos del territorio uruguayo se encuentran lejos de cualquier actividad sísmica. Pero otros factores climáticos tienen efectos nocivos si no existe un acondicionamiento al respecto: «En verano, arriba te asás, abajo es fresco. O si no le hacés algo arriba. Y en invierno, el frío». Un gran problema son las aguas pluviales, tanto en los asentamientos irregulares que circundan y atraviesan los fragmentos barriales oficialmente construidos de la zona, como en los propios complejos habitacionales en los cuales no existen calles pavimentadas, sino de tierra y pedregullo. Si bien los materiales estructurales parecen resistentes a pesar de las enormes cargas que soportan por la superpoblación, el uso desmesurado de las instalaciones sanitarias ha generado su progresivo colapso: «baño: cuando entras, te tenés que poner un paraguas», el techo «está todo verde, es un bajón», pues los vecinos de la vivienda de arriba no hacen el mantenimiento necesario, a lo que se suma un uso varias veces superior al planificado a lo largo de décadas. La humedad, fruto de las filtraciones, se combina con la cada vez menor ventilación y con llegada de los rayos solares.

Las modificaciones que pueden llevarse a cabo en tal compartimentación no permiten muchas variantes, algo muy diferente a lo que ocurre en la lógica de la espacialidad de los asentamientos irregulares. Valeria, por ejemplo, se vio en la necesidad de crear una nueva habitación en parte de lo que era el patio delantero de su vivienda, reduciendo su área por efecto directo. Al convivir con su actual esposo y un hijo adolescente fruto de una relación de pareja anterior, no tuvo más opción que crear un espacio para mantener cierto nivel de intimidad para la pareja y para el muchacho. Arrastrando unas grandes chapas desde lejos y consiguiendo otros materiales desperdigados por ahí, lograron levantar el nuevo recinto. Tan solo les hizo falta comprar el portland y la arena, y gracias a lo que habían obtenido por recolección e intercambios con vecinos de la zona levantaron una habitación más hacia el fondo, de cara al exterior del complejo habitacional. Su hijo vivió con ellos un período de tiempo, pero la convivencia nunca dejó de ser difícil, y ello obviamente afectó su vida cotidiana, haciéndose carne en ciertos malestares físicos que padeció como efecto del estado emocional en el que se encontró.[12]

Los efectos en las relaciones sociales son evidentes. El hacinamiento, en tanto exige restringir las esferas vitales de cada uno, trastoca las formas de comunicación a partir de la proxémica (Hall, 1994), obligando a una

12 «Entre los varones, la vida parece discurrir fuera del hogar, haciéndose patente en algunos casos, más que una relación problemática con los familiares, situaciones de convivencia pautadas por carencias de espacios propios. Es así que con las situaciones de hacinamiento se produce una apertura de las viviendas: casa y pasaje vienen juntos para estos jóvenes... Este «andar en la calle» viene muchas veces de la mano de lo que en el decir de los jóvenes es "andar en cualquiera", esto es, infringiendo reglas y normas, incluso intracomunitarias. En estos casos, la vuelta al hogar aparece como "salvación" [...] o como descanso [...]. El hogar también para ellos es un refugio» (Espíndola, 2007, pp. 125-126).

readaptación permanente donde no queda claro cuál es la cota inferior. En todas las culturas las distancias físicas y simbólicas, expresadas a través de todos los sentidos corporales, están pautadas de una u otra forma. Una alta densidad no es sinónimo de hacinamiento, así como lo considerado como espacioso no es siempre valorado de la misma forma (Tuan, 2003, p. 51). Por eso la mirada etnográfica trabaja sobre la experiencia, participando en los universos de existencia de las subjetividades en cuestión, pues es desde y sobre ellas que se construye el conocimiento. En estos casos, ni siquiera quienes crecieron en aquellos conventillos y pensiones ubicados en edificaciones antiguas de la zona consolidada de la ciudad y fueron sucesivamente desalojados estaban preparados para tan poco margen de maniobra.

La presencia de los otros no solo se da a través del tacto y de la vista, sino también del sonido, y junto con las nulas distancias el mínimo aislamiento acústico hace imposible la conformación de espacios libres de ruidos. Esto ha llevado a que aquellos que poseen alguna vivienda en los extremos del complejo busquen ampliar y construir sus espacios más íntimos hacia fuera, alejándose lo más posible de los pasajes comunes, donde circulan las motocicletas, la música suena a altos niveles, y las barras de amigos se instalan, impidiendo en muchos casos el paso a los peatones. El chismerío, las tensiones y la agresividad sobrecargada, la imposibilidad de mantenerse ajeno a lo que sucede alrededor, sea lo que sea, hace que el clima general sea tenso: «Acá estamos todos pegados... Vos, de repente, si querés clavar un clavo y agarrás el taladro, el del otro lado te dice "¡Bo, me estás tirando las cosas!"». Todo vibra, todo resuena, cada actividad, cada práctica llevada a cabo. En un rompecabezas a presión, las piezas no logran acomodarse jamás, peor aún cuando no cesan de aumentar.

El hacinamiento y la compartimentación en la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)* está lejos de ser de menor importancia. Claro está que la construcción en horizontal, con fronteras más extensas y con los vacíos propios de la tipología adoptada, hacen que la situación no sea tan trágica como en la vecina Unidad Misiones *(Los Palomares)*. Pero justamente por estas mismas condiciones es que se ha desarrollado la ocupación de los *fondos*, es decir, de los espacios internos de las manzanas, además de la ocupación de espacios públicos, en especial de las propias sendas peatonales, de donde deriva el nombre propio localmente otorgado. El hacinamiento y la compartimentación en los fondos de las manzanas de *Las Sendas* es lo que ha llevado a que el INE y el PIAI tipifiquen a esta zona como asentamiento. Los efectos del hacinamiento en estos contextos, por lo general, son muy evidentes: aumento de la contaminación y de la conflictividad entre vecinos. Diferentes formas de subjetivación deben convivir más acá del límite que cada cual estipula como necesario en la conformación de sus espacialidades respectivas. Es así que la situación es vivida como un permanente combate, donde se reconocen invasores e invadidos. Más allá de quién puede tener la razón en este sentido,

lo importante es la constatación de la existencia de este proceso, fuertemente determinado por todas las condiciones que estamos intentando comprender críticamente, que no deja casi otras posibilidades que la fragmentación y el enfrentamiento como forma de relación-no relación.

Evidentemente, en los primeros tiempos, tanto de esta unidad como de las siguientes, los problemas de hacinamiento no se presentaban. Igualmente, como nos narran los vecinos, existió una predilección por la ocupación de las viviendas ubicadas en las esquinas: «Por lógica todo el mundo va a querer la esquina [...] tiene privilegio [...]. Porque vos podés edificar más, en el medio estás encerrado [...], es una lógica». Es así que Ángel, como tantos otros, ha seguido este procedimiento y luego de varias décadas de habitar primero en *Los Palomares* y después en el asentamiento contiguo conocido oficialmente como San Martín-Unidad Misiones, retornará a la Unidad Casavalle, logrando una serie de transacciones para conseguir una vivienda ubicada en una de las primeras esquinas al ingresar al barrio y así disponer de un espacio no solo para habitar, sino también para levantar su negocio. Gracias a ello volvía a estar en el mismo barrio donde no dejaron de estar sus padres y parientes más cercanos, salvo esporádicas circunstancias. Lo que había llevado a su familia nuclear a trasladarse a la recién construida Unidad Misiones había sido, justamente, el problema del hacinamiento que ya empezaba a emerger a principios de la década del setenta en la Unidad Casavalle, pues se encontraban habitando en un *rancho* construido al fondo de la vivienda de su abuela paterna.

El proceso fue desde el comienzo irrefrenable: se ofrecía una vivienda para familias numerosas con una sola habitación. Como lo recuerda Ángel, los vecinos fueron expandiéndose a partir de ciertos parámetros: «... se fueron haciendo las cocinas para el fondo, el frente quedó como comedor y al fondo de la vivienda se levantaron otras habitaciones para los niños». Cuando observamos lo que sucede en la actualidad, nos encontramos con este mismo proceso en situación de colapso, más si a esto le sumamos la presencia de animales domésticos de granja, y los que proliferan por la contaminación:

> *Mica*: Y cuando hablo del tema *ratas* no me asusto, porque yo dormía con 45 adentro. Fui mordida unas cuantas veces, mis hijos también. De ir acá y «¿qué me pasa?», «No sé, siento un ardor en las manos, no sé». Eran mordidas; todos los días... hace seis años que vengo luchando. No solo por la basura, sino por el vecino, que la madre tiene bichos y tiene un... ¡un zoológico! Donde hay gallinas, donde hay patos y esos bichos que son como ratas y son gigantes [carpinchos], y tiene de todo. ¿Y entonces qué pasa? Yo vivo en el fondo de la casa y esos bichos hacen cuevas por abajo de la tierra... Por eso hice la denuncia en el centro comunal [...]. Aparte de que yo le quiera dar mejoras a la casa, ella —y su hijo— me instala una banderola y el pozo negro en el dormitorio de los gurises, a diez centímetros de la pared. Cuando yo quiero darle la altura que necesita, no puedo. Hablé con un

agrimensor que parecía un basquetbolista, le tuve que decir «por favor, me disculpa pero se tiene que agachar» [...], lo que tenía por puerta me quedó como una ventana. Y no es justo, no es justo que tenga un hijo que sale a hacer jardines, hace reformas allá en Punta Gorda, les regalan puertas, les regalan ventanas. Ustedes pueden ver: las chapas de la intendencia están puestas en el techo pero sueltas, no puedo clavar porque al vecino le molesta que yo clave una chapa. O sea que viene otro inverno más y yo estoy a la vista de que un temporal me vuele las chapas, no sé qué pase...

¿Cómo es que le molesta que vos claves?
Mica: No, no. Le molesta todo. Fijate lo que me hace: hizo una planchada e hizo un tanto así de la caída para el lado de casa, entonces era la entrada de la casa, ¿para que no se le moje, que entren, que ellos puedan pasar, entre lo seco? Desde que vino ese diluvio que llovió una semana, yo quisiera que tú vieras cómo manaba el agua por la casa, iba como agua y entonces, ¿a dónde venía? Al techo. Entonces tuve que levantar un contrapiso y estoy peor que los bichos, estoy peor que los bichos. Quince bolsas de portland se me endurecieron toditas. El muchacho me las dejó en la entrada de la puerta, el agua empezó a entrar, entrar, entrar, y veo: ¿todo lo que me dio el Plan de Emergencia, se me ha caído por la borda? No puedo seguir viviendo así. Entonces es como dice Silvia: tenés que pelearte con medio barrio [...]. Yo no tengo baño, hace seis años que hago la materia en un balde, no puedo dejar fermentar, ¿ta? Ahí, voy a dar una razón yo: no es lo mismo tirar basura que tirar materia. Yo me tomo la molestia, a veces dicen «¿qué hace esta mujer, todo el tiempo en el Eco Punto?». Somos tres en casa: Ignacio va al baño, por chico que sea, no puedo dejar eso fermentar ahí. Entonces ni bien terminó, ya cruzo con el balde —sea poco, sea mucho—, eso hay que tirarlo. Vengo, lavo, lo dejo bien. Porque con el tema ese del mosquito del dengue...

Las tipologías empleadas para alzar las unidades habitacionales, subsidiarias de los modelos de la arquitectura moderna, de por sí implican un combate a la ciudad tradicional. Como expresión de la ciudad alternativa, a pesar de su precariedad, su degradación y su deterioro significativo, implican una propuesta diferente a la que imaginariamente consideramos por lo general como la tradicional, «una concepción del orden urbano y un sistema para representarlo que han dominado en la experiencia urbana occidental durante veinticinco siglos sin que hayan sido cuestionados» (Holston, 2008, p. 278). Los efectos de estos espacios en la subjetividad han sido extensamente analizados por diferentes especialistas. Más allá de las especificidades propias de cada lugar, los habitantes de estos espacios alrededor del mundo experimentan dificultades para adaptarse y apropiarse de esos lugares. Cuando a la compartimentación le sumamos el hacinamiento, no solo desde un punto

de vista objetual sino subjetivo, es decir, derivado de las pautas culturales propias de una proxémica que establece los patrones de las distancias y todo tipo de comunicación sensorial y corporal en general, el choque entre los parámetros tradicionales y los modernos se agudiza en favor de la reafirmación de los primeros.

Podemos plantear entonces que en las unidades habitacionales —en especial en la Unidad Casavalle *(Las Sendas)*— se ha desarrollo un proceso de domesticación del espacio arquitectónicamente configurado por modelos que contradecían los de los propios habitantes sin darles chance para un cambio de perspectiva al respecto. Seamos más rurales o más urbanos, la idea de ciudad es la misma. Una concepción de lo urbano donde las calles son los espacios públicos por excelencia,[13] junto con las esquinas y las plazas que se conforman en su trama. La autoconstrucción, por tanto, parece inherente al proceso de ocupación y domesticación de este tipo de espacios, desde la necesidad de adaptarlos a un modo de vida urbano caracterizado de otra manera. La compartimentación previa, dada por la tipología constructiva de los complejos habitacionales, es modificada adaptativamente, como búsqueda de una domesticación del espacio, una subjetivación a partir de matrices y modelos espaciales que llegan a ser contrarios a los que sirvieron de base para la proyección y la construcción de los espacios que debían habitar.

13 «La calle no es, sin embargo, apenas un paso para el tránsito. Su espacio es tan solo un elemento en una forma muy compleja. Como configuración arquitectónica, la calle se compone de un espacio abierto hacia el cielo, del marco físico que la contiene y le da forma, es decir, las fachadas de las edificaciones, y del piso. Este último suele estar pavimentado y tiene dos o más niveles diferentes: el nivel de la base de las edificaciones y, a un nivel más bajo, el de la vía transitable propiamente dicha; un tercer nivel entre estos dos, compuesto de la acera, el borde de la calle y escalones que establecen en la calle diversas zonas de actividad, diferenciadas pero interrelacionadas. La interacción entre la expansión de ese piso y la altura y el carácter de las edificaciones que lo rodean produce el efecto de que el cielo mismo tiene una altura definida. El sistema de calles que organiza los espacios públicos se compone de todos los elementos de esta configuración arquitectónica» (Holston, 2008, p. 266).

6

Entre la homogeneización previa de los complejos y la fluidez del asentamiento

Marta: No conozco meterme en los ranchos.
Rosario: Ah, bueno, entonces no conoce mucho (*risas*).
Raquel: Vos no podés meterte si no te invitan.
Marta: No meterme es caminar por los pasillos, hay calles. No puede ser que yo viva toda mi vida acá y hace quince años que no camino esta parte que caminé ahora.
Rosario: Es un barrio en otro barrio, ¿no?

Otra dinámica de hacinamiento es la de los asentamientos, los cuales se comportan más como manchas que se expanden líquidamente hasta llenar los espacios vacíos; una vez logrado comienza su crecimiento demográfico exponencial y su implosión. Mientras que en los complejos habitacionales se va perdiendo el espacio público, los pasajes de la Unidad Misiones *(Los Palomares)* y las sendas de la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)* se van angostando y son interrumpidas en sus salidas a la trama del sistema vial urbano exterior al barrio, los asentamientos aquí existentes se desconectan del exterior y se hacen más laberínticos en su interior.

El asentamiento que se encuentra entre la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)* y el barrio Jardines del Borro puede ser leído como una prolongación del complejo habitacional. Esto de alguna manera nos dice que a pesar de la dinámica fluida del asentamiento este en particular se formaliza siguiendo las trazas de su vecino. Y es que la población que lo constituyó, es en gran parte heredera de la Unidad Casavalle en general, sin desmedro del contingente llegado de otras localidades. Si se aprecia la disposición física del espacio, nos percatamos de que algunas sendas del complejo habitacional son continuadas al otro lado de la última calle longitudinal.

Hasta parecen surgir continuaciones del otro lado del asentamiento, hacia barrio Jardines del Borro, en la misma línea trazada por algunas de las sendas preexistentes. Tan solo un camino atraviesa de sur a norte el asentamiento: el considerado como continuación de la senda 19. El asentamiento se expandió todo lo posible dentro de la macromanzana longitudinal que quedara conformada por espacios libres entre intervenciones urbanísticas. Lo único que no fue ocupado hasta el momento es la cancha de fútbol del club local, Rosario. Posteriores cerramientos de los perímetros de la cancha de fútbol han dejado a los vecinos que se asentaron de su lado

incomunicados con la red pública vial. Sin continuidad hacia el norte, estos vecinos arrinconados contra el espacio de la cancha necesitan pasar por ella para entrar y salir de sus hogares. El problema llegó a ser público cuando se puso en evidencia, en algunos casos de necesidad, por la imposibilidad de las ambulancias de acceder a socorrer a los pacientes. Por cuestiones de seguridad y mantenimiento, las autoridades del club barrial han colocado estacas a lo largo de todo el perímetro.

Desde el punto de vista del INE y del PIAI, tanto la Unidad Misiones *(Los Palomares)*, los tres asentamientos presentes en la zona (al norte de esa unidad, conocido como San Martín-Unidad Misiones; el que se encuentra sobre el arroyo Miguelete y del que tratábamos antes, ubicado entre Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)* y barrio Jardines del Borro), y la mismísima Unidad Casavalle 1 son considerados asentamientos. Más aun, la Unidad Casavalle 1 es subdividida a partir de la línea de autoconstrucciones presentes sobre el límite sur, el bulevar Aparicio Saravia, en dos unidades espaciales diferenciadas.

Recordemos cuáles eran las cualidades tomadas en cuenta para categorizar y con ello definir el estatus de asentamiento según el INE y el PIAI: «el agrupamiento de más de diez viviendas, ubicadas en terrenos públicos o privados, construidos sin autorización del propietario en condiciones formalmente irregulares, sin respetar la normativa urbanística» (PIAI-MVOTMA, 2009). Más allá de las categorías sociodemográficas, afectadas por ellas sin duda, debe considerarse la propia concepción del lugar elaborada por los vecinos. Esta concepción tampoco es una, en realidad se trata de una multiplicidad, de la cual hacia un lado se encuentra la diferencia radical entre asentamiento y complejo de viviendas, y hacia el otro, la que asimila ambas espacialidades. Más específicamente: los habitantes de la Unidad Casavalle mientras hacen una distinción entre las sendas y el asentamiento, más en general se asimilan a él frente al resto de la ciudad, en especial con las espacialidades tradicionales o alternativas de calidad. En un nivel molecular, dentro de las sendas, se varía pero siempre sobre un eje que es el de la distinción entre las tiras y el laberinto. En otro molar, la variación se da entre laberintos: unos habitados por la fugacidad y lo fortuito, en condiciones de calidad, y otros tendientes a la desaparición de estas dos cualidades, donde también la fragmentación es la lógica hegemónica.

No es casual que el carácter laberíntico del asentamiento aquí planteado sea uno de los que hacen a la ciudad en cuanto tal. Se trata de este carácter en su máxima expresión: la aglomeración y la conformación orgánica de un lugar a partir de un caldo donde las formas en su interior no son nada estables. Existe ciudad, en todas las variaciones y singularidades —desde el punto de vista de las relaciones sociales, y desde allí a los procesos de subjetivación en general—, cuando son posibles los encuentros fortuitos, gracias a la instalación de una espacialidad laberíntica. El reticulado de manzanas ha explotado

al máximo la proliferación de encuentros gracias a los cruces, las esquinas, y la plaza es su mayor expresión. Es evidente que en la fragmentación y el hacinamiento experimentados en la Unidad Casavalle y sus vecinos respectivamente, no se hace factible esta composición del espacio y con ello de las subjetividades. El asentamiento comparte la misma condición de fragmentación de todo el conjunto de la zona, pero de otra manera, ya que al no estar sujeto a la planificación racional del espacio se pliega una y otra vez, se fragmenta y vuelve a integrar a todo tipo de elemento presente en su interior.

En este contexto, Jardines del Borro, en tanto barrio tradicional, es el más afectado: se mantienen predios de mayor extensión y no existe una tipología previa que homogeneice las construcciones, se presenta como la situación intermedia entre los complejos y los asentamientos. Lo mismo le sucede a Plácido Ellauri, pero por su ubicación y forma acentuadamente longitudinal, se encuentra completamente perforado por asentamientos, y ha perdido cierta continuidad al punto de desvanecerse como tal. Jardines del Borro, no: mantiene su identidad espacial y subjetiva, obviamente inmersa en el proceso general de la zona. La resultante de todas estas tensiones ha sido la autoconstrucción en los predios, como en el complejo habitacional, pero con la libertad del asentamiento en su interior. Por lo general, lo que comenzó como un predio ocupado por una vivienda y vastos espacios verdes, en la actualidad alberga dos, tres o más viviendas, adosadas o separadas. Como en toda la zona, responde al constante aumento de densidad, y es una solución donde las relaciones de parentesco y la consolidación de los límites de los predios generan unidades territoriales familiares bien afianzadas. En algunos casos la economía es compartida, pero en otros nos. En muchos de ellos, dos y tres generaciones comparten el predio en viviendas separadas donde también los recursos son planteados en forma autónoma. Esto no quita, claro está, la existencia de una reciprocidad directa si la ocasión lo amerita, en momentos de crisis general o de algunas de las unidades familiares que integran el predio.

Es así que el asentamiento considerado principalmente por sus habitantes como la *continuación* de *Las Sendas* es el más significativo en lo que respecta a los fenómenos aquí abordados. Presionado en todas direcciones, habitado desde fines de la década del sesenta, según lo evidencian las fotografías aéreas (Cecilio, Couriel y Spallanzani, 2003, p. 92) y las historias de vida recopiladas por nosotros, se debate entre la permanente reconfiguración allí circunscrita y las tendencias a la regularización procedentes de la unidad habitacional contigua. Resulta más que significativo el hecho de que para muchos habitantes de *Las Sendas* sus senderos resulten desconocidos —como lo expresan algunas vecinas en el fragmento de la entrevista grupal transcrita antes—, mientras que para quienes habitan en él ese complejo habitacional sea la referencia ineludible con la cual identificarse, tanto espacialmente como en la caracterización de la subjetividad en general. Fruto de la lógica de

fragmentación ya analizada en detalle, el pliegue sobre sí del asentamiento no deja de dar lugar a la tendencia a abrirse y ser homogeneizado por el complejo habitacional, en una tensión irresoluble hasta el momento.

Alejandra es una de sus habitantes, junto con dos de sus hijos más pequeños y dos de sus hijas mayores, con sus respectivas parejas —una con un hijo pequeño y a la espera de otro—, todos compartiendo un pequeño terreno en el corazón del laberinto. Cuando compró el rancho de latas que por entonces existía, alrededor de 2003, la zona estaba más que saturada. Un largo trayecto de vida la llevó hacia allí, no sin pasar por situaciones que han sido desde su punto de vista aún más difíciles que la actual. Nacida en la ciudad de Paysandú en 1961 y criada en Mercedes por sus abuelos adoptivos —aquellos que se habían hecho cargo de su madre, hija natural—, emigró como tantas otras mujeres de la zona siendo una adolescente, para trabajar de empleada doméstica en los barrios más adinerados de la costa montevideana. Con Alejandra nos encontramos con el conjunto de procesos identitarios que más adelante veremos como los más significativos de los casavallenses: la atracción por la capital, la conformación de la subjetividad con relación al conjunto de prácticas asociadas al empleo doméstico en hogares de altos ingresos, la proximidad de la institución castrense (a través del que fue su primera pareja y padre de una de sus hijas), las otras formas de vida asociadas a la clasificación y a la recolección de basura que caracterizan a la mayoría de sus vecinos y al asentamiento en general, las relacionadas al universo de las ferias y las estrategias de intercambio más extendidas (principalmente, a partir de quien fue su última pareja y padre de uno de sus hijos, de las figuras masculinas de mayor poder adquisitivo en su vida), así como es evidente la presencia afrodescendiente en su genealogía, oriunda del medio rural híbrido, y, finalmente, el hecho de ser víctima de diversas dinámicas estigmatizadoras, sintiendo fuertemente las presiones cotidianas de la pasta base y sus circuitos de consumo.

Con pocas horas libres en la semana y siendo aún una joven recién llegada a la capital, la rambla costera y las grandes avenidas y bulevares (como bulevar Artigas) fueron los espacios de relacionamiento con los que contó: «antes de pagar ómnibus, lo mejor es caminar para conocer». Junto con otra muchacha, también empleada doméstica «con cama» (es decir, residiendo en la vivienda de sus empleadores), llegada de la frontera norte, entraban en contacto con otras compañeras así como con jóvenes que conocían según «lo fortuito» de los encuentros urbanos (Hiernaux, 2006). En una de estas jornadas es que conoció a su primer marido, y con él, quien ya era militar de bajo rango, pasó a habitar en «el Borro», o más precisamente en el barrio Bonomi. Allí alquilaron un apartamento durante nueve años. Llegó su hija primeriza desde Mercedes, donde se crió junto a sus abuelos adoptivos, y nacieron cuatro hijos más, por lo cual se mudaron a otra vivienda más amplia en el barrio, no muy lejos de Jardines del Hipódromo (heredero

de los mismos planes de ciudad-jardín de principios del siglo xx), en la periferia pero hacia el este, en la zona de influencia del largo eje urbano de la avenida 8 de Octubre-camino Maldonado-ruta 8. Allí habitaron por cinco años más, mientras la pareja se deterioraba y las condiciones sociales en general también. Sin trabajar y dependiendo completamente de su pareja, absorbida por sus celos y desconectada de los flujos de intercambios y relacionamientos con el exterior, se encontró un día con que la estaban desalojando de esa vivienda:

> Llegó un cedulón, porque yo no sabía que tenía que renovar el contrato, y él se ponía muy perro, hacía muchas cosas a mis espaldas y cuando me quería acordar, estaba fuera. Porque yo nunca le pude abrir cuando llegaba carta de la madre, del hermano. Pero él, cuando mi madre, mis hermanos me mandaban, él me las abría. «Si vos, no respetas lo mío, yo tampoco voy a respetar lo tuyo». Y ese día, a como dio lugar, abrí el cedulón. «No, que yo hice el contrato». «Si vos renovaste el contrato, ¿por qué me viene el cedulón?». Y fue un cedulón atrás de otro y de otro, y cuando nos quisimos acordar... Decí que yo entonces estaba trabajando y estaba juntando unidades para el SIAV [programa habitacional existente por entonces]. Todavía tengo los papeles que me constatan. Tuve que sacar esos 1500 pesos que yo tenía depositados para comprar, me vine allá abajo. Todo una vida, que tuve apartamento, alquilando mi casa, para tener un rancho de chapa, de 4 × 4, fue algo deprimente, para mí y para mis hijos.

De esta manera, Alejandra volvía a la zona con su prole de entonces, ahora como madre jefa de hogar, y a un asentamiento, o más bien, a un típico *cantegril* compuesto por pequeños ranchos de hojalata y con varias décadas de vida, el llamado Juan Acosta, ubicado al otro lado de avenida San Martín frente a su barrio de antaño, Bonomi, «en plena boca» del barrio. En los años de la segunda mitad de la década del noventa, la gran crisis centrada en 2002 iba empujando a más y más habitantes a las periferias. Alejandra volvió a encontrar pareja y formó un nuevo hogar por ocho años, hasta el fallecimiento de su pareja. Juntos, llevaron a cabo el periplo de establecimiento en ese fragmento de la zona y el pasaje al otro, el asentamiento considerado como continuación de *Las Sendas*.

«Porque de chapa a material, hay un trecho»

> *Alejandra*: Duro. Yo estaba bien en el fondo casi. Entrabas al callejón, casi al final. Tenía una cañada al toque [...]. Era el barro, el frío, la lluvia, los vientos... Te aseguro que viví cinco años mal, mal. Y la única esperanza que yo tenía era la pensión de mis hijos. Y saqué un préstamo, y fue cuando compré acá [en 2003]. ¿Entendés? Y compré en trece [mil pesos uruguayos]. Y compré nomás esto [una habitación, luego construyó como tres veces mayor, «de a poquito»]. Me vine con todo. Acá no podíamos entrar, mirá: éramos todos los botijas, más una de las mayores, con el marido [...]. Hicimos el rancho ese que hoy por hoy está, desarmé allá, ¡pero también la pasamos acá! Porque se nos filtraba el agua... era cualquier cosa. Hasta hoy por hoy, ta, nada que ver con lo que yo tenía antes. Y... había ratas, bichos... ¿Vos sabés lo que es estar durmiendo, o despierta, y ver pasar las ratas así? Porque... hay un cielo raso. La segunda semana saqué todo para afuera, los muebles me quedaron casi todos afuera. Que un vecino, que hoy por hoy está vivo, que es coracero, se paró todo una noche para que no nos sacaran. Sin saber, después con el tiempo me enteré. Dice «¿Sabe, vecina?, toda una noche yo lo cuidé». Hasta que no armáramos eso... Y propició la lluvia porque me mudé un 7 de octubre, un día antes del cumpleaños de él: y él siempre: «Mamá, la tortita ¿me la vas a hacer?». Y yo [*risas*], ¡qué tortita si no tenía nada! ¡Qué regalo más lindo que estar en algo mejor!, ¿me entendés? Porque de chapa a material, hay un trecho. Porque se pasa frío en chapas. No me digas que no porque yo lo pasé. Y muchas veces que tenés hasta la comida justita, ¿me entendés? El padre de ella se iba a la 1 [de la madrugada] para el mercado Modelo y venía a las dos, tres de la tarde, y esperando a que él llegara para comprar las cosas [...]. Él era clasificador de la verdura y la fruta para los puesteros. No te voy a decir que me traía *requechos*, él me traía, en los ocho años que viví con él, la mejor fruta.

En lo que respecta a la espacialidad en el territorio, su experiencia nos da acceso a la comprensión de las cualidades que caracterizan a los asentamientos en general, y en particular al que —como hemos dicho— se encuentra tensionado por la homogeneización previa del complejo habitacional. Se constata un hacinamiento, pero sin el grado extremo de compartimentación propio de los complejos habitacionales, derivado de las tipologías edilicias que sirvieron de modelo para su construcción. Si bien en ambos tipos de espacios están presentes tanto el hacinamiento como la compartimentación, existen grados y tendencias diferenciadas: los asentamientos también son compartimentados, pero la posibilidad de demolición y autoconstrucción es mayor, dada la falta de planificación previa, la precariedad de los materiales y las formas más evanescentes que adopta la propiedad. Asimismo, y como hemos visto, los complejos habitacionales que nos ocupan son considerados por

las autoridades municipales y estatales como asentamientos, salvo la Unidad Casavalle II; hasta son divididos en dos fragmentos espaciales por efecto de ello, como la Unidad Casavalle I. Pero en ellos no se puede apreciar el grado y la intensidad de fluidez que se experimentan en los asentamientos *sui generis*, es decir, aquellos gestados a partir de espacios libres y ocupados en forma espontánea. Los laberintos terminan de una u otra forma regulados por la propia dinámica ocupacional, sea cual sea. Alejandra padeció desde un comienzo el hacinamiento, teniendo que albergar en un espacio tan reducido a tantos sujetos, y más que nada, a diferentes parejas, con lo que esto conlleva en relación con los necesarios espacios de intimidad y sus dimensiones. De a poco, pudo ir autoconstruyendo más unidades yuxtapuestas, hasta donde pudo dentro del laberinto cada vez más cerrado de su entorno.

Al igual que en el interior de las manzanas de la Unidad Casavalle I *(Las Sendas)*, pero de forma más radical, las conexiones con el espacio exterior o público son problemáticas. Más radical, decimos, pues no existe amanzanamiento ni trazado de vías de circulación, y por tanto las conexiones se formalizan o no como la resultante exclusiva de las ocupaciones y de las relaciones entre los ocupantes. En tal sentido, la forma singular de hacinamiento a escala edilicia, al interior de la vivienda, entre sus habitaciones o espacios más o menos particularizados y circunscritos, se proyecta a escala urbana y viceversa, entre las distintas unidades de ocupación. Y esto se debe a que en el asentamiento si bien hay una diferencia entre el interior y el exterior de una vivienda (entre espacio arquitectónico y espacio urbano), la dinámica de autoconstrucción laberíntica y en permanente desborde sin mayores condiciones que la de los propios habitantes según sus capacidades en ese ambiente determinado, la anexión de módulos yuxtapuestos en forma casi puramente aditiva, confunde las escalas o dimensiones, haciendo que tiendan a diluirse. En el caso de Alejandra, uno de sus vecinos le cortó abruptamente el paso a la calle (la «pasada»), que sirve de límite con la unidad habitacional contigua y sobre la que se extiende el asentamiento. No le quedó más remedio que hacer uso de un camino sinuoso que la conecta a uno de los lados de la cancha de fútbol directamente. La misma no está rodeada de calles, sino de un camino trazado a fuerza de pasos, transitado una y otra vez, pero donde no pasan vehículos comunes. Pueden salir y entrar sujetos, pero solo a pie.

Llega un momento, por tanto, en que la fluidez original va perdiendo dinamismo por la presencia de construcciones que van asentándose, hasta convertirse en estructuras más perdurables, aunque sean precarias y puedan ser derribadas alguna vez. ¿Qué sucedería si también se cortan los pasos alternativos? Igualmente se puede pasar entre las viviendas, y allí parece establecerse un límite tácito: para no sufrir efectos nocivos sobre sí mismos, quienes se apropian de líneas de tránsito para ocuparlas con construcciones se detienen allí donde pueden perder ellos mismos intimidad, pues los habitantes aislados por sus acciones no dejarán de estar allí y comenzarán a pasar, a utilizar como tránsito

lo que ellos consideran como sitio, estancia. Más vale dejar circular, aunque sea a través de un hilo fino por donde solo puedan hacerlo personas de a pie.

> *Alejandra*: Muchos cambios, porque estos ranchos que tengo acá en frente no los tenía, y se vinieron después [...]. Han venido otros vecinos... lo que es más acá es la desprolijidad. Porque ser pobre es una cosa, y acá no hay compañerismo. Si vos le pedís a un vecino para organizar una zanja, no. Y esto siempre lo hago yo. Porque hay una parte, que son diarios, que son botellas, no sé cómo le hacen, porque es agua de un baño. Dice él que tiene pozo negro, yo nunca se lo vi. Porque está todo [lleno de] desperdicios... entonces no tenés, es directo [...]. Cuando estaba el hermano ahí, excelente, una prolijidad ese rancho que... está acá en frente, tiene caballos y todo, el patio como lo tengo yo lo tiene él [...]. El es dueño absoluto, arma y desarma todo. Porque mi pasada, era esta así, para la calle [perpendicular]. Y ahí, a mí me estorba la entrada [por la cancha de fútbol] o dar toda una vuelta [...]. Y el señor, porque se cree dueño absoluto de todos los terrenos... Dueño, porque es atrevido. «Mirá, esta es mi pasada», «¿¡Y no podés sacarla por otro lado?!». Cuando compré, yo tenía ahí mi portón, mirá si voy a pasar por un costado, que hay un desagüe [...]. Y sí o sí lo tuve que hacer [...]. Era única mía. Pero otra cosa. Él, cuando pone los caballos ahí, destrozan todo. Yo por más que limpie y ordene, ese pedazo me lo vas a ver sucio siempre: cosas que caen de los caballos, que la mugre de los *requechos*, que los diarios, que bolsas, que... La vez pasada hasta quedó bolsas de Tacurú, hermano, solo de mugre de él ahí. Ta, otros vecinos se quejan de él también [...]. Y si empieza a los tiros. Y ya es, cuchillo en mano [...]. Pero vino una vuelta uno, no sé de dónde es, una noche, que lo mató a palo ahí. Por problemas de deuda de los caballos y el carro. Pero lo sacó de la casa.

Alejandra no se dedica a la recolección y a la clasificación de basura, pero la totalidad de los vecinos que la rodean sí. Ya hemos tratado en detalle lo que implican espacialmente para la conformación de las subjetividades las cualidades existenciales derivadas de ello, tanto en prácticas como en valorizaciones, hábitos y estilos de vida, y posteriormente lo retomaremos, pero en clave identitaria. Todo ello se articula con la tensión entre la homogeneización y la fluidez en lo relativo a las dinámicas de deposición, acumulación, estancamiento o retraimiento de aquella mancha, ahora un laberinto más o menos regulado o una trama más o menos desestructurada, según estemos en los asentamientos o en los complejos habitacionales. Es difícil afirmar que quienes se dedican a vivir directamente de los desechos habitan en los primeros, pero sí está claro que en estos casos la proporción es muchas veces mayor. La posibilidad misma de tener animales y de disponer de medios técnicos para ello también requiere espacios que no son tan fáciles de encontrar en los interiores regulados por las tipologías edilicias de los complejos.

A ello hay que sumarle el hecho de que esos asentamientos se ubican, justamente, en aquellos espacios disponibles no por casualidad, sino por ser los últimos en ser aptos para la conformación de un hábitat. Por lo general, los cursos de agua, las zonas húmedas inundables, los desniveles difíciles de sortear, todo ello hace que la espacialidad se presente comparativamente con un mayor grado de desorden, en el sentido de la heterogeneidad y la discontinuidad de los elementos. Pero nuevamente, depende de las escalas y dimensiones que se tomen en cuenta, pues si bien desde dentro del laberinto más o menos formalizado puede experimentarse esta divergencia de los elementos, solapamientos fuertes, yuxtaposiciones abruptas en las que se anulan líneas y se cortan recorridos, en la dimensión molar se aprecia que esto mismo es una regla de composición que homogeneiza bajo una misma lógica y estilo al conjunto.[14]

Así pues, podemos comprender cómo la segmentaridad y los flujos están copresentes, se llaman unos a los otros, lo que no niega el hecho de que sus dinámicas estén más o menos manifiestas, más o menos explicitadas en diferentes configuraciones espaciales y subjetivas en general. Esta diferencia es la que puede percibirse entre los distintos tipos de espacialidades consideradas como entidades distintas: la de los complejos, la de los asentamientos y la de los barrios tradicionales. Pero todas están presentes en todas, lo único que en diferentes situaciones y según horizontes de posibilidades específicos, pautados por los materiales, su perdurabilidad y lo que nos transmiten en tanto huellas inscritas de comunicación. A su vez se diferencia claramente entre la existencia o no de planes, algún a priori que conforme los espacios en la idealidad del diseño, aunque posteriormente todo termine por cobrar vida reconfigurándose molecularmente por los microdevenires de las formas de habitar, las transformaciones que ellos generan y demás. Los complejos habitacionales de la zona son considerados como asentamientos en tanto se particularizan y en ellos proliferan formas nuevas que transforman las tipologías previamente existentes. Los asentamientos tienden a la formalización, algunos en una forma muy poderosa como el que aquí hemos tomado. Alejandra, como tantas vecinas que lo habitan, desea que sea regulado y que las sendas provenientes de la Unidad Casavalle 1 se consoliden sobre el trazado caótico existente. Sabe que esto implica la destrucción de algunas viviendas, la relocalización de otras, pero para ella el objetivo final lo vale ampliamente.

14 «... la cuestión es que lo molar y lo molecular no solo se distinguen por la talla, la escala o la dimensión, sino por la naturaleza del sistema de referencia considerado. Por eso quizá habría que preservar las palabras "líneas" y "segmentos" para la organización molar, y buscar otras palabras que conviniesen más a la composición molecular. En efecto, cada vez que se puede asignar una *línea de segmentos* bien determinados vemos que se prolonga, bajo otra forma, en un *flujo de cuantos*. Y cada vez, se puede situar un "centro de poder" como frontera entre los dos y definirlo no por su ejercicio absoluto de dominio, sino por las adaptaciones y conversiones relativas que efectúa entre la línea y el flujo...» (Deleuze y Guattari, 1997, p. 221).

Imagen 4
Fuente: Google Earth.

7

La particularización de la autoconstrucción

> *Silvia*: Una vez, en la senda se había decidido poner esas cosas para poner la basura. Se habló en todas las casas, la mayoría dijeron que sí; en la senda mía yo dije que no. Entonces todo el mundo empezó: «No, ¿por qué, por qué?». Entonces le expliqué al vecino: «¿Sabés por qué no? Porque si un día, por casualidad, se llena el tacho y el basurero no pasa, y el coso está lleno, nadie va a decir "ah, no lo dejo porque está lleno". Lo tiran ahí...». En una senda son 12 casas, entonces yo digo, ¿quiénes van a limpiar eso? Los que están cerca de la esquina. ¿Quién está cerca de la esquina? Yo. Entonces, no, [...] que no pongan la basura, que la vayan a tirar allá [al Eco Punto] si no pasa el basurero... «No, pero la senda no es tuya». «Bueno, pero tuya tampoco. Así que si querés vivir en la mugre, la ponés en la puerta de tu casa».

La tradición y el saber que posibilitan la concreción de transformaciones en el espacio conllevan dificultades e incentivan la fragmentación interna de las unidades, pero también constituyen uno de los caminos más efectivos para el mejoramiento de las condiciones de vida para un núcleo familiar y para diferentes tipos de agregaciones sociales. Implican uno de los mayores potenciales para la búsqueda de transformaciones de las condiciones generales de existencia, afectando desde la espacialidad a todos los componentes de la subjetividad. Tiene como una de sus características el ser la puesta en acto de un conjunto de oficios significativos por su valor de uso, de un acto más allá de la venta de la fuerza de trabajo por dinero. En muchas ocasiones, pasa a ser la tarea gracias a la cual es factible la articulación de un colectivo, logrando consistencia y proyección en medio de las críticas imperantes a modo de un *grupo operativo*.[15] Además de estos efectos al interior de las unidades mínimas, las familias, o de diversos grupos más o menos conformados alrededor de esa práctica compartida, la autoconstrucción despierta también rápidas y expansivas influencias en el contexto barrial, al presentarse en el espacio público, al ser expresión sin mediación de lo que puede suceder detrás de las fachadas.

15 «La finalidad y propósitos de los grupos operativos pueden resumirse diciendo que su actividad está centrada en la movilización de estructuras, estereotipadas a causa del monto de ansiedad que despierta todo cambio (ansiedad depresiva por abandono del vínculo anterior y ansiedad paranoide creada por el vínculo nuevo y la inseguridad consiguiente). En el grupo operativo, el esclarecimiento, la comunicación, el aprendizaje y la resolución de tareas coincide con la curación, creándose así un nuevo esquema referencial» (Pichon-Rivière, 1999, p. 120).

Pudimos experimentar el efecto de los cambios en el paisaje urbano cuando desde nuestro equipo de intervención se planteó y se llevó a cabo con algunos vecinos la pintada de la parada de autobuses del vértice de la macromanzana de las escuelas y de varios de los módulos que conforman el muro de estos centros educativos hacia esa calle, sumamente transitada. Cuando primeramente se pintó la parada de autobuses, no fueron pocas las veces que escuchamos grupos de vecinos comentar el asombro que les provocaba, y la alegría en sus rostros era evidente. Hasta llegó a nuestros oídos la noticia de que habían pintado la parada, como si de desconocidos se tratase, cuando fuimos incluidos en una de esas cadenas de información local, del boca a boca.

Así como es un motor de transformación y de resistencia, la autoconstrucción también ha consolidado la fragmentación entre las unidades espaciales. En primer lugar, la pérdida de espacio público, el angostamiento de sendas y pasajes ha ido en detrimento de la integración y la fluidez de los movimientos. Pero también se han emprendido otro tipo de construcciones, entre grupos de vecinos, afectando con su intervención toda la extensión de una vía. En Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)*, algunas sendas han sido bloqueadas para el paso de vehículos mayores a una motocicleta, con la colocación de pequeños postes, en general, varas de metal, que cortan el paso en las esquinas de las calles. Los motivos van desde la seguridad a la necesidad de espacios de esparcimiento y recreación para los niños. Lo mismo sucede con algunos pasajes de Unidad Misiones *(Los Palomares)*.

> *Sandra*: Hay determinados lugares acá en el barrio, como que la gente... como que no hay dueño, ¿verdad? Entonces cada uno se hace dueño a sí mismo.
> *Raquel*: Ah, sí, acá es muy común decir, «Acá es tierra de todos y yo hago lo que quiero porque la senda es de todos». Y cada uno hace lo que quiere, así como dicen.
> *Sandra*: Es de verdad, cada uno se adueña de lo que no es suyo, de lo que tendría que ser de todos... Antes había otra canchita... [ahora] es todo asentamiento. Los niños acá no tienen una plaza, no tienen nada... los niños salen al portón, salen al frente, porque otra cosa no tienen...
> *Sonia*: Y tenés que estar con un ojo así [con atención].
> *Raquel*: Sí, porque se entretienen tirando piedras, rompiendo vidrios, a lo que las sendas están más angostas... es bravo, es jodido.

Esta suerte de *peatonalización vernácula*, el cierre del paso para vehículos gracias a estacas de madera o varas de metal, cumple varias funciones y resignifica el espacio de diversas maneras. El más perjudicado en el corte del tránsito sería el patrullero de policía, según opinan algunos vecinos. Estas verticales oficiarían de portones, filtrando el tipo de circulación por los volúmenes

relativos de los cuerpos, por las relaciones entre las partes extra partes constitutivas de la espacialidad. Pero con ello tampoco pueden ingresar ambulancias, vehículos particulares, es decir, todo aquello que no sean peatones y motociclistas, aislando a la senda o al pasaje de su entorno inmediato. Existen muchas maneras de realizar esta operación y las diferencias aparecen cuando comparamos las intervenciones específicas. En algunas sendas o pasajes se ha prestado atención a la calidad del material, a su instalación y a las relaciones compositivas con su entorno; en otros, se trata de intervenciones apresuradas y realizadas en la lógica de la instantaneidad. En algunos casos se ha tratado de solucionar otro tipo de problemas, solapado al de la peatonalización, pero diferente al anterior. Para controlar el nivel de velocidad de los vehículos en general, se dispusieron de lomos de burro de fabricación casera, montículos de material en medio de una senda o pasaje. Desafortunadamente la solución fue peor que el problema: la tira de material comenzó a desgranarse, se creó una zanja que pasó a estar permanentemente inundada de agua, se acumularon allí piedras y guijarros, y como se ubicó en una de las sendas más angostas, los efectos han sido desastrosos. Las zanjas improvisadas para tratar de desagotar el agua siempre amenazante en estos terrenos, donde los desniveles sumados a la humedad hacen de las inundaciones algo corriente, también ha empeorado el problema, más que contenerlo y resolverlo, aunque sea temporalmente. Al desbordarse frecuentemente, por su poca solidez y forma inadecuada, aumentan la superficie inundable.

Los fondos de las viviendas, como hemos visto, el espacio entre las construcciones que dan hacia ambos lados, sea de pasajes o de sendas, han sido los territorios incorporados casi de inmediato. En algunos casos se han puesto a la venta y han sido adquiridos por otros y luego vendidos, y así sucesivamente; en otros casos es allí donde se reproduce y extiende el núcleo familiar. De esto se desprende la característica *implosión*, el crecimiento desmedido hacia adentro, generador de fragmentación. Tener la vivienda emplazada en un fondo implica que el acceso a la calle es, por lo menos, compartido. En el mejor de los casos, se debe pasar cotidianamente por la casa de un familiar o de un vecino que cordialmente nos lo permite, y si esto no es posible, uno queda efectivamente aislado. Las entradas y salidas se convierten en situaciones difíciles. Más aún, los efectos sobre la propia vivienda también dependerán de esta micropolítica del amanzanamiento. El hacinamiento, efectivamente, tensiona las situaciones, genera un constante estrés, al imponerse un tipo de distancias muy por debajo de la que las subjetividades demandan, la burbuja que circunda cada cuerpo (Hall, 1994).

Este fenómeno, que es característico de toda la zona, encuentra en los asentamientos su manifestación a escala urbana, es decir, se convierte en pauta de construcción a priori, donde ni siquiera existe un ordenamiento previo, tan solo los límites de macromanzanas o de espacios existentes entre calles, sendas o pasajes y accidentes geográficos, como una cañada o un arroyo. Como

planteábamos, existe tan solo un camino vecinal que atraviesa transversalmente al asentamiento, la continuación de la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)* y se ubica sobre terrenos inundables, otrora parque lineal que mediaba con el barrio Jardines del Borro. Este camino es considerado como la continuación de una senda, la número 19.

Si en general esta dinámica de ocupación de los fondos es uno de los principios de territorialización en los complejos habitacionales Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)* y Unidad Misiones *(Los Palomares)*, así como en sectores de barrios tradicionales como el barrio Jardines del Borro, los asentamientos son a escala urbana lo mismo, fondos desde uno y otro de los espacios delimitados por los complejos habitacionales o por los barrios tradicionales creados con base en fraccionamientos de terrenos, que pasan a ser *espacios entre espacios existentes*, a veces identificados como zonas verdes y otras más bien como espacios vírgenes progresivamente colonizados. Hubieran llegado a ser espacios conflictivos, como el de la macromanzana que contiene a las escuelas públicas y a la policlínica local, pero no son antiguos terrenos proyectados para instalar estos servicios, sino que se trata de terrenos menos intervenidos, espacios libres donde la naturaleza seguía imponiendo sus formas, y ello por motivos que hacen al acondicionamiento del entorno, por tratarse de zonas inundables, muy costosas e innecesariamente utilizables en principio. De frontera a fondo, se pasa sencillamente considerando las entidades comunes adscritas bajo esa condición. Aquello que parecía ilimitado desde cada unidad limítrofe pasa a tener a su vez límites. Pero estos límites existen frente a las unidades, que guardan a priori su condición gracias a las formas y los modos de subjetivación espacial donde las fronteras y las individuaciones tienen su razón de ser. Dentro del asentamiento, no parece haber límites, lejos conceptualmente de estos, y un laberinto se abre en sus entrañas.

Como hemos planteado, la presencia de ciertos factores —que son cualidades que caracterizan procesos—, como ser la fragmentación, la contaminación, la expansión de la ocupación, el hacinamiento y la compartimentación, la homogeneización previa de los complejos y la fluidez del asentamiento, así como la particularización de la autoconstrucción, constituyen en sus presencias relativas los territorios asignados como *lugares* por quienes habitan la zona. A veces *barrio* significa esto mismo; otras se utiliza para designar las unidades espaciales mínimas que, como hemos analizado, no están limitadas a estas y se construyen muchas veces en encrucijadas de diferentes unidades morfológicas, así como en otras se reducen a un segmento, de esquina o interior, de una senda, un pasaje o un camino. *Barrio*, en tercer lugar, también se utiliza para designar a toda la zona denominada como Casavalle. Tres niveles que esconden grandes diferencias y complejidades semánticas, y por tanto de construcción subjetiva. Por eso designamos como *lugares* a las concretas Unidad Casavalle *(Las Sendas)*, Unidad Misiones *(Los Palomares)* y al asentamiento grande

(entre la primera y el barrio Jardines del Borro), el de la costa del arroyo Miguelete y el pequeño, de la manzana norte a la Unidad Misiones, conocido oficialmente como San Martín-Unidad Misiones. Resultado de los procesos de espacialización planteados, mezclando las intervenciones planificadas y las modificaciones hechas por los propios usuarios de estos espacios, por encima de las unidades mínimas de los grupos de vecinos y por debajo del manto genérico de toda la zona, existen y son lo real, en tanto identidad de los espacios intersubjetivos para toda la zona.

En primer lugar, la Unidad Casavalle se subdivide fuertemente en I y II, por discontinuidad espacial y temporal, así como por algunas modificaciones, no sustanciales, a la tipología adoptada. El primer sector es el más extenso y es al que comúnmente se le adscribe el nombre propio. *Las Sendas* mantienen su identidad común por la tipología de sus viviendas y el diseño del espacio público organizado en calles paralelas, en forma de peine. En 1962 se erige el sector más pequeño, el II, que se encuentra hacia el noreste, y como hemos visto goza de una mejor calidad ambiental, siendo el único de los lugares que no es considerado por el INE y el PIAI como asentamiento. Como primer complejo habitacional erigido, Unidad Casavalle I (*Las Sendas* por extensión) es el lugar de referencia. De él surgen los servicios hoy utilizados por todos y de terrenos que antes estaban bajo su jurisdicción se crearon los otros lugares. Desde 1958 se ha fraccionado sucesivamente. En un nivel molar, un 25 % de su superficie es tomado para emplazar a la Unidad Misiones *(Los Palomares)* en 1972, y posteriormente, con énfasis en la década del noventa, se genera el asentamiento que se desprende como su continuación hacia el norte, entre ella y el barrio Jardines del Borro. A nivel molecular, sufre una fragmentación interna en múltiples unidades vecinales mínimas de grupos de conocidos basados en la confianza y la solidaridad recíproca, en diferentes intensidades.

La expansión de la ocupación, en su caso constreñida por la morfología heredada de la tipología arquitectónica que le dio sustento, una *espacialidad de tiras*, significó directamente el aumento del hacinamiento y de la compartimentación. Con ello su homogeneidad previa se vio alterada por las autoconstrucciones en los fondos de las manzanas originarias y por la ocupación del espacio público, en sendas y calles. Frente a algunos esfuerzos por delimitar sus fronteras, plegando hacia sí misma a la unidad, cerrando o limitando la circulación por las sendas y construyendo sobre el trazo de una de ellas, la Unidad se mantiene porosa en sus bordes, principalmente hacia el sur y el norte, en sus dos fronteras más extensas. Hacia el sur, como hemos visto, la orientación de las autoconstrucciones no corresponde con la de las sendas en general: el quiebre a veces se obtura definitivamente, cerrándose el paso y las viviendas se orientan hacia afuera, hacia los pastizales del bulevar Aparicio Saravia. Hacia el norte, sobre el límite con el asentamiento, la Unidad parece extenderse, pero de una forma muy perturbadora e inquietante. Por último,

la contaminación, como mancha que se solapa a todas las presencias, se distribuye diferencialmente, encontrando en este largo borde con el asentamiento los puntos de mayor densidad y generándose por su presencia-ausencia diferenciaciones internas que definen cotidianamente las unidades espaciales mínimas de vecinos.

Una *espacialidad de bloques* signó a la Unidad Misiones desde su emplazamiento en 1972. La fragmentación molar estaba asegurada desde allí, por la orientación de los bloques, la angostura de los pasajes entre los bloques y la doble altura estipulada por las viviendas superpuestas. En este mayor encajonamiento, la fragmentación también se dio en vertical, los fondos eran mucho más escasos. La autoconstrucción tendió a la subdivisión de las unidades y a la adaptación de las existentes para albergar a un número de habitantes varias veces mayor que el establecido. La implosión caracteriza al lugar, distribuida diferencialmente.

Los límites con los demás lugares se han impregnado positivamente de mejoras, pero su interior tiende a convertirse en una suerte de asentamiento. Para el INE y el PIAI, efectivamente se trata de un asentamiento. Pero si fuera así, deberíamos especificar que la dinámica de un complejo habitacional transmutado en asentamiento no es la misma que la de uno erigido sobre terrenos vírgenes u ocupados previamente de otra manera. En este caso, el proceso es como el de convertir en laberinto una serie encajonada de elementos. Sobre su frontera sur, hacia el bulevar Aparicio Saravia, se encuentra una de las vías de apertura más importantes, donde los vecinos han equipado el entorno y lo habitan con actividades de carácter colectivo. La contaminación también establece, por su dinámica de presencia-ausencia, las unidades espaciales mínimas entre vecinos en lo cotidiano. Pero el hacinamiento es tal que la presencia de basura es constantemente mayor en relación con los otros complejos habitacionales, y aquellas unidades vecinales donde la basura está más ausente se diferencian y distinguen con más contundencia de las demás. Esto también se enfatiza por el grado de acabamiento de las autoconstrucciones, más diferenciadas entre sí que en los otros lugares, nuevamente por el nivel de hacinamiento y compartimentación.

El asentamiento más extenso, en su lógica de subdivisión infinitesimal y torsiones de la materia, espacio longitudinal destinado antes a una zona verde casi virgen y limitado solamente por la preexistencia de las construcciones a tres de sus lados, se ha constituido en una *espacialidad de laberinto*. Pero esa organicidad se ve afectada también por tendencias a la formalización, en especial provenientes de la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)*. Por ello el asentamiento parece ser una continuación del complejo habitacional, pero desde ciertos puntos de vista. Una dinámica de ocupación espontánea ha dado como resultado la conformación caleidoscópica de un lugar conformado por recovecos, senderos sin salida, callejones y yuxtaposiciones. Tan solo un camino atraviesa en dirección norte-sur al asentamiento, considerado

como la continuación de la senda 19 del complejo habitacional. Como puede apreciarse, la continuidad es mucho más débil que el carácter laberíntico, el cual se ha impuesto sin dudas. La continuación se evidencia, como hemos visto, en direcciones de trazas, que en algunos tramos se concretan en caminos vecinales, pero en pocos casos. Sobre los bordes de la cancha de fútbol del club local Rosario las viviendas se apilan unas al lado de las otras, respetando la frontera con ese espacio abierto, pero no entre ellas. La autoconstrucción es la de mayor densidad y presencia en relación con los otros entornos; el asentamiento por definición es el alzamiento de construcciones por parte de los propios habitantes en terrenos que en principio no les pertenecen. La contaminación también alcanza sus mayores índices, y es en él donde se genera la mayoría del volumen que se dispersa por toda la zona y que debe ser evacuado constantemente.

La fluidez previa de su conformación, en tanto que ocupación espontánea de terrenos en etapas sucesivas, contrasta fuertemente con la homogeneidad de los complejos habitacionales, los cuales también se transforman pero donde las tipologías morfológicas del espacio son más estables. Levantando ranchos con latas y cartones, o construyendo con materiales más perdurables, como maderas u hormigón en el mejor de los casos, los caminos vecinales se conforman como resultantes del proceso, y pueden ser modificados en cualquier momento, si allí no se ha generado un espacio mínimo de grupalidad vecinal, como hemos analizado. Donde existen, estos precarios espacios públicos son mantenidos cotidianamente. Alzado en zonas inundables, la naturaleza está mucho más presente en el asentamiento que en los otros lugares, y exige una colonización permanente frente a los ciclos de crecimiento de vegetales y animales, en situaciones por lo general insalubres para la vida humana. El asentamiento además es significativo en el marco general de los procesos de espacialización contemporánea, pues como hemos visto corresponde por excelencia a la dinámica de expansión territorial del Gran Montevideo (Couriel, 2010).

III

Identidades de un Casavalle múltiple

El poder de ser más allá de los estigmas

8

Hacia las ciudades

Los hermanos Saldanha son nueve: dos mujeres y siete varones. Gerardo, José, Jésica y María Irma nacieron antes de que se concretara la edificación de la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)* en 1958 y de que llegaran a habitarla en tanto familia nuclear, junto con sus padres, un año después. Nazareno ya es oriundo de allí. Sus padres fueron de los primeros en llegar a establecerse en el nuevo complejo habitacional, y después de más de cincuenta años nos reunimos con ellos y cinco más de los hermanos en aquella misma «casa materna». La vivienda es hoy el hogar de Gerardo y Fernando, con sus respectivas familias. La tradición de los Saldanha en el barrio implica una presencia que no concuerda necesariamente con una dinámica sedentaria. Por el contrario, en todas estas décadas, los numerosos hermanos han experimentado desplazamientos y han elaborado cotidianidades diversas. Pero mirando hacia la otra dirección, las trayectorias de sus antepasados ya nos hablan de una alta movilidad y de un conjunto de itinerarios específicos que hacen a las características de las formas humanas de existencia propias de Casavalle.

Como nos narran, su abuelo materno era oriundo de las islas atlánticas del Cabo Verde, cercanas a las costas mauritanas y senegalesas, más específicamente de São Vicente (*Sanvicente,* en criollo caboverdiano, centro cultural e isla de mayor concentración demográfica del archipiélago). En 1921 este hombre comenzó a hacer los trámites ante la embajada portuguesa en Uruguay para legalizar su situación de inmigrante. Se unió con una mujer que era a su vez hija de un anterior inmigrante portugués y de una criolla. Por la vía paterna, ambos abuelos fueron oriundos de Río Grande del Sur, el estado brasilero que limita con el Uruguay, donde se extiende más allá de las fronteras nacionales un área cultural nacida de los tiempos de la colonización y la emancipación americana, y que sigue siendo un elemento central en la conformación de los procesos de subjetivación existentes. De todos los acontecimientos y procesos suscitados en el antiguo *Lejano Norte* de los poderes asentados en el puerto-fortaleza de Montevideo, frontera porosa de las últimas tierras de un Imperio lusitano y luego brasilero de inmensas dimensiones, cabe recordar la diferencia temporal en la abolición de la esclavitud —oficialmente en 1846 en Uruguay, aunque persistió hasta un poco después del fin de la Guerra Grande en 1851, al licenciarse a los ejércitos, y en 1888 en Brasil, de los últimos del planeta— y el proceso migratorio de poblaciones de procedencia africana y afrocriolla que esto generara por aquellos tiempos

hacia el sur. El escenario fue bélico, y la guerra civil tuvo el alcance regional acorde a los procesos identitarios de entonces y de ahora.

La familia nuclear vivía en un ranchito, en uno de los asentamientos más emblemáticos de la historia social de la periferia montevideana: «el cantegril de La Chacarita». Por entonces, el padre trabajaba principalmente de lustrabotas por bares, avenidas y mercados de la zona, además de confeccionar y vender cometas, toda una artesanía. A mediados del siglo xx, *La Chacarita* (que toma su nombre del *camino Chacarita de los Padres*, entre los barrios Maroñas y Punta de Rieles, perdiéndose por los bañados que sirven de límite natural de la ciudad hacia el este) seguía siendo un lugar de fuerte impronta rural, a escala de chacras y pequeños establecimientos como tambos lecheros. Los vecinos sobrevivían trabajando como jornaleros en algunos de los predios existentes, cultivando y criando algo por sí mismos, y empleándose en tareas informales y de esporádica frecuencia, por ejemplo en changas en la construcción, como también fue el caso del padre de los Saldanha.

Desde allí todo el grupo se trasladó, en 1957, por menos de un año, a la ciudad fronteriza, o mejor, al aglomerado binacional *Rivera-Sant'Ana do Livramento*, una de las principales concentraciones de población en toda la línea serpenteante de ese poroso límite internacional. Su padre volvía a encontrarse con integrantes de la rama familiar más extensa, así como con sus progenitores, y buscaba solución para un problema que afectaba a su pareja, y que la aquejaría por años a pesar de haber sido intervenida quirúrgicamente. Quizás con *otras religiones* y *otras medicinas* se podría encontrar una cura definitiva. No fue así y retornaron al Río de la Plata. Se instalaron en Villa Española, también hacia el este en la capital, barrio influenciado por el mismo eje urbano de la avenida 8 de Octubre-camino Maldonado-ruta 8 que el asentamiento de La Chacarita. De allí se trasladaron hacia el Cordón Norte, el *centro* de la capital:

> *Gerardo*: Cerro Largo entre Magallanes y Gaboto. Ahí vivía yo, en un conventillo. Y de ahí vinimos para acá. Nos desalojaron de Cerro Largo [donde] había un conventillo [del que] nos desalojaron. Hasta hoy vive gente ahí, existe ahora. No sé. Nos desalojaron, dijeron que había peligro de derrumbe, y ahí vinimos para acá, por el municipio. Ahí vivíamos Nazareno, la Ivonne y yo, y la Esther vivía con mi tía [...]. Vino una visitadora, como vienen, ¿viste? Hacen todo un censo para las familias.
>
> Al poco tiempo fueron las famosas inundaciones de 1959. [Algunos hermanos] estaban con mi padre, yo estaba con mi madre acá. Mi padre se fue por unas semanas, y cuando hubo las inundaciones mi padre no pudo venir para acá porque arrancaron las vías... De repente había puentes que no había paso. Era en el tiempo de la Onda [histórica compañía de autobuses de alcance nacional], pero mi padre fue en tren contigo [a Nazareno], pero no podía venir. Y nosotros estábamos: «¿Si no conocemos a nadie acá?». Mi

> madre tuvo que ir a la Cruz Roja, ¿viste? Mucha gente en 1959 se trancó [...]. Y a papá, por el municipio mamá le consiguió para que viniera en avión. Pero mi padre, no, ¡qué va a venir en avión!

Las situaciones que aquí se narran, reinterpretándolas necesariamente en una nueva situación, no son para nada ajenas a los movimientos que afectaban a diferentes sectores de la sociedad uruguaya de entonces. Una familia extensa, que mantiene una fuerte tradición afrodescendiente, experimenta el paso crítico de la segunda mitad del siglo XX, entrando en la vorágine de conflictos e intereses que marcan un progresivo declive de la equidad y de la estructuras del Estado de bienestar, dando paso a un capitalismo cada vez más cercano al darwinismo social, desde el cual no se dudará en aplicar la fuerza física directa cuando llegue el momento. Como veremos más adelante, los contingentes poblacionales integrados por quienes se reconocen a sí mismos como negros han padecido un tipo de racismo un poco diferente al existente en otras regiones de América Latina. Si bien, en un plano discursivo, la *uruguayidad* se sustenta en valores de inspiración liberal para los cuales no deben existir discriminaciones de ningún tipo, en los hechos es más que evidente la desigualdad de acceso y de oportunidades que siguen padeciendo los afrouruguayos. Las condiciones objetivas de existencia producen un racismo solapado, pero igualmente efectivo, y no por casualidad *Casavalle* (la zona aproximada a barrio definida por el INE) constituye una de las de mayor concentración de población afrodescendiente, ubicada geométricamente en el centro de los flujos urbanos de la periferia montevideana. Los Saldanha tomaron la opción de emigrar de un asentamiento de la periferia hacia la frontera nacional, de allí volver, pero a un barrio histórico de la zona este, para luego dar un salto más e intentar instalarse en uno de los barrios más consolidados de la ciudad.

El Cordón siempre fue una expansión nunca concluida del Centro. En las áreas más próximas a la principal avenida, y donde las tramas se confunden con otros barrios, se pueden encontrar residencias en vertical de tipologías centenarias, de varios cientos de metros cuadrados, convertidas en hospedajes, hostales, residencias para distintos tipos de usuarios y pensiones de bajo coste. Los antiguos conventillos, donde se había fraguado la identidad afro y la cultura del candombe, correspondían a otra tipología espacial y subjetiva, la de edificaciones populares para la inmigración europea de finales del siglo XIX. Pero en los tiempos en que los Saldanha buscan volver a la zona donde se había conformado y consolidado la cultura de sus antepasados en la ciudad, el movimiento de las condiciones determinadas por las políticas públicas y los mercados los intercepta y deriva nuevamente hacia la periferia, esta vez hacia una nueva unidad habitacional que se está alzando más allá del Cementerio del Norte, en la cuenca Casavalle.

Nazareno: No solo nosotros vinimos para acá. Digo, ¿tiene que ver con *La Chacarita*? Está bien que nosotros vivíamos en el Centro, pero toda la gente que vino acá, y junto conmigo que también soy de La Chacarita [...], capaz que estaban todos anotados...
Gerardo: No, no, eso fue aparte, justamente. De distintos lugares, como a veces ponen gente de acá, gente de allá... De distintos barrios que estaban más o menos ahí, o de lugares...
Nazareno: Dio la casualidad. Mi padre se encontró con gente de allá acá. Sabés que la cancha del Rosario, es *Rosario* por... la calle Rosario de la calle de allá, de La Chacarita. Me enteré de grande, por... la gente que vivía por allá, le pusieron.
Gerardo: Vino gente de varios lugares. Nosotros éramos de *La Chacarita*, pero vinimos del Centro. Y del año 1959 hasta ahora estamos acá. Somos los primeros, «cero kilómetro».
Nazareno: Y no se lo damos a nadie... [risas colectivas] Pienso que si pasara algo medio como un desalojo, creo que ahí sería la única vez que nosotros estaríamos bravos porque... estuvieron mis viejos y nacieron la mayoría de mis hermanos...
Fernando: Esta es la «casa madre».
Nazareno: No estás hablando del lugar, de lo material. Estás hablando de los viejos, de nosotros...

Más allá de si efectivamente existió un desplazamiento directo de importantes contingentes de habitantes de La Chacarita hacia la flamante *Las Sendas*, lo relevante es la importancia de la referencia, la presencia que hizo posible el reencuentro de antiguos vecinos en el nuevo paraje, y la elección del nombre de la única institución deportiva juvenil del lugar. Como señalaban nuestros amigos, La Chacarita sigue existiendo casi medio siglo después, y mantiene sus características antropológicas, aunque perdió considerablemente en ruralidad y aumentó drásticamente en densidad, con las implicaciones que hemos visto acarrean en lo relativo al hacinamiento y a la compartimentación. Aquella descongestión llevada a cabo a través de la relocalización promovida desde los agentes de las políticas estatales de entonces, no pudo contener el crecimiento, tanto interno como externo, de este gran asentamiento del este montevideano. Pues a pesar de las relocalizaciones planificadas hacia otras zonas, algunos de aquellos que habitaban los antiguos conventillos característicos de los barrios céntricos de la ciudad consolidada, y que eran expulsados directa o indirectamente, no cesaron de migrar hacia allí como hacia otros espacios más o menos disponibles de la periferia para hacerse de una vivienda.

Los hermanos Saldanha no dejaron, cada cual a su modo y según sus circunstancias, de practicar la migración más allá de fronteras nacionales, pero siempre la vivienda otorgada a sus padres en la Unidad Casavalle 1, y el

barrio por extensión, ha sido el punto de referencia entre las idas y venidas a lo largo de décadas.

Lo mismo ha sucedido con Margot, vecina del extremo oriental del complejo habitacional, hacia el otro lado de la tira de sendas. Ella también considera que se encuentra en su «casa originaria», en este caso la de «su madrina». Nacida en 1967, es hija de un barrio en pleno proceso de gestación, y su adolescencia es también el período de consolidación de una identidad positiva, de las pocas que persisten hasta la actualidad en un contexto de intensa estigmatización. En su caso, sus padres se conocieron allí, convergiendo desde trayectorias particulares. Su padre fue propietario de varias viviendas del complejo habitacional, comprando y vendiendo, en un nomadismo interno al parecer muy fructífero. Su madre había llegado al barrio unos años después, en 1960. Pero esto tampoco nos habla de lo que sería la llegada a una tierra final, sino de una reconfiguración de un lugar que no deja de tener fuertes dosis de encrucijada: una movilidad con diferentes intensidades y desplazamientos caracteriza a los escenarios que fueron sucediéndose a través de los años. Cruce de momentos de la vida, espacios de recogimiento y cuidado, útero materno de la primera esfera subjetiva que mantiene sus condiciones de seguridad al mismo tiempo que se convierte en campamento base para salir a explorar nuevas oportunidades más allá de los horizontes.

> *Margot*: Nosotros hemos tenido una vida un poco difícil, hemos andado por aquí, por allá... [...] Estuvimos en Villa Española, vivimos en Pueblo Nuevo, no en ese orden pero más o menos, estuvimos un tiempo por el Palacio Legislativo en una pensión, estuvimos en el Consejo del Niño [cuando era niña]. Hasta que mi mamá recuperó la casa de ella en Villa Española... la casa tenía una deuda por equis problema, todo es muy complicado. Tuve que vender... pero nunca dejamos de venir acá. Hemos venido de visita... La mujer que vivía acá [su casa] era como una abuela para nosotros. Mi mamá nos sacaba, nos traía, nos dejaba acá, ella se iba a trabajar [...]. Ella era madrina de mi hermano mayor. Y digo, nos adoptó a todos como ahijados porque todos le decíamos «madrina», todos veníamos acá. Comíamos, nos calzábamos, el marido de ella salía con el carro, o sea, nos calzábamos, comíamos, todo acá adentro. Por eso te digo, nosotros vivimos en otros lugares, pero nunca dejamos de venir acá. Nunca. Hemos venido toda la vida. El único tiempo en que no estuvimos viniendo al barrio fue cuando yo estaba en Argentina, ya me había casado, en 1985 y vinimos en 1990. Una vez que estábamos acá ya volvimos aquí de nuevo, primero de visita... estaba el padrino, la madrina de mi hermano ya había fallecido... y bueno, volvimos.

Nos volvemos a encontrar con el barrio de Villa Española de principios de los años setenta del siglo pasado, y con las pensiones de los barrios de la zona consolidada de la ciudad: Cordón y Aguada, en este caso. Después de

tomar vuelo desde un entorno en construcción y considerado como propio en la participación misma del proceso de su gestación, es momento de lanzarse a probar suerte más allá, donde parezca promisorio hacerlo, esta vez y como muchas, cruzando hacia la otra orilla del estuario platense y llegando a la metrópolis de la región, la antigua capital virreinal, Buenos Aires. Pero cuando fue momento de retornar, se buscó la forma de volver allí mismo, pasando por otros sitios y esperando la oportunidad. Importante es, desde el comienzo, el carácter de los lazos que tejen la afectividad de Margot y de tantas vecinas que son partícipes de fenómenos signados por similares causas e inscritos en procesos conjugados con estos. Aquella familia perteneciente a la madrina de uno de sus hermanos, amigos de su madre, se ocuparon muy especialmente de que ellos tuvieran una infancia lo más digna posible, sostenida sobre la recolección, la clasificación y la venta de residuos de variada índole. Esta solidaridad la hemos visto ampliamente presente en la historia de vida de vecinos de estos lugares y de otros pertenecientes a la periferia y a la más extensa área metropolitana, y es su supuesta desaparición lo que se lamenta en general desde la perspectiva de quienes hoy son madres y padres, abuelas y abuelos jóvenes (Álvarez Pedrosian, 2008a). El barrio los atrajo; de una u otra forma les fueron dadas las condiciones para nacer y encontrar allí sus espacios vitales en variados desplazamientos por la ciudad y la región, pero no sienten que pase lo mismo en la actualidad, al considerar que el barrio se ha puesto cada vez más peligroso por la fragmentación y las condiciones generales de existencia.

Lo mismo se experimenta desde los otros fragmentos del lugar. Ahora nos volvemos a trasladar al barrio Jardines del Borro, el *Barrio Borro* en la denominación más genérica. Y el proceso de Sandra, sus desplazamientos y los derroteros que la hicieron llegar hasta allí desde su nacimiento, en 1935, nos retrotraen aún más en las capas arqueológicas de las múltiples identidades del Casavalle contemporáneo. Como hemos planteado, Sandra actualmente está retirada de las actividades laborales, después de haber trabajado por décadas como empleada doméstica desde que emigrara de su natal Cerro Pelado (en el corazón del departamento de Rivera) a los quince años de edad. Pero las procedencias de Sandra tienen mucho más para enseñarnos sobre los procesos de subjetivación, las formas de ser y hacer que definen las cualidades de ciertas singularidades.

El de Sandra también es un caso de las formas antropológicas de la frontera uruguayo-brasilera. Nació en pleno medio rural, y era uno de los catorce hermanos que, según nos narra, se encontraban en la pobreza extrema. No recuerda si ya a los cinco años de edad trabajaba por dinero o por especias, pero sí que no vivía con su familia. Esas experiencias nos las transmite como traumáticas, de maltrato infantil, como el hecho de haber sido atada a un pozo de agua en alguna ocasión; lo cual nos pone ante una situación donde parece evidente la necesidad que la moviera a emigrar en cuanto pudiera.

Viaja, por fin, a la edad en que tradicionalmente se considera que las niñas pasan a ser mujeres. A mediados del siglo pasado, se encontraba de pronto viviendo en un hogar extraño, trabajando como doméstica con cama en la casa de los empleadores. Ese y los hogares que siguieron se encontraban en los barrios de Pocitos y Punta Carretas; el primero, con una historia de balneario para las clases más acomodadas devenido en zona residencial de edificaciones en vertical sobre la costa, y el segundo, desbordado por la influencia de los factores que actuaban sobre aquel.

Este tipo de desplazamientos es de los más radicales, nos referimos al hecho de pasar de vivir en un medio rural y entre los vínculos de una familia extensa a un apartamento de clase media alta en las zonas más caras de la ciudad capital, trabajando y durmiendo en el mismo sitio. Los pocos lazos que tenía con su familia de origen fueron perdiéndose, salvo por las esporádicas cartas. Después de quince años viviendo en este régimen, pasando de uno a otro de los hogares que disponían de sus servicios, se une en matrimonio con Pedro, y en el mismo instante se trasladan al barrio junto a su hija pequeña recién nacida. Y una década después compran el predio en el cual se encuentra su casa y donde han construido otra vivienda, hoy habitada por una de sus hijas y su familia nuclear. En esos momentos de mediados de la década del setenta del siglo pasado, estuvieron a punto de migrar hacia la entonces nueva Unidad Misiones *(Los Palomares)*, el complejo habitacional más reciente de la zona.

Los caminos de estos pobladores más antiguos, padres de muchos de los actuales adultos, pueden ser más intrincados. Como condición general, las carencias y el apremio en los lugares de procedencia marcan fuertemente los motivos por los que en algún momento se han decidido a salir por los caminos de la región, hacia las ciudades, la concentración de capitales y de oportunidades. Este es el caso de otros vecinos de Jardines del Borro, los padres de Miguel, que habita en un predio de varias viviendas familiares junto con sus padres y con uno de sus hermanos. Juan, el padre, nació en Salto, a fines de la década del veinte del siglo pasado. Su migración desde la región del litoral —esta vez sobre la frontera occidental con las provincias de la mesopotamia argentina, el río Uruguay— constituye una trayectoria plagada de personajes del camino, situaciones y destinos que caracterizan los movimientos migratorios constituyentes del *Borro*, así como de otros emplazamientos de la periferia montevideana, y es similar en muchos aspectos a la experimentada en otras ciudades de la región en América Latina y en otros contextos planetarios de una fuerte dicotomía entre universos rurales desfavorables y gran concentración urbana.

> *Juan*: Todo criados desparramados, porque yo era huérfano de padre y madre. A los cinco años murió mi madre, que fue la última. ¡Qué me decís vos! ¡Y me crié solo!, dado, a los doce años ya alquilaba casa, yo y mi hermano, ¿y si no qué hacía? [...] Trabajé en el hotel Concordia, en Salto, de

mandadero... así andaba ¿viste? Y la madre de los dueños me quería mucho, enseguida andaba por allí y «¿A dónde está el chiquilín?», «Fue a hacer un mandado», «No tiene que hacer ningún mandado, él está conmigo». Y venía para Montevideo y llamaba por teléfono, hablaba, hablaba, y tenía que hablar yo a ver si estaba ahí. Y ahí pasaba: tenía comida, ganaba unos pesitos, las propinas y todo en el hotel, y así me fui criando [...] ¿Escuela? Hice un año y unos meses. Pero algo me revuelvo, ¿eh? Aprendí de la vida. No sabía ni poner mi nombre, pero bueno. [De los hermanos] el último que quedé soy yo. Pero todos fuimos criados desparramados [...].

En el Borro [me quedé] en 1949-1950. Vine de Mercedes. Salteño, fui a pie hasta Mercedes, en agosto. Salí como todo gurí ahí [con diecinueve años], agarré una bolsa de arpillera, un calzoncillo y una camisilla de esas. Lo entré en una bolsa, envolví todo y salí, caminando. Sábado de noche salí. Había baile en el Club Uruguay y por eso siempre me acuerdo: «La puñalada», lo último que sentí, miré, y caminé, caminé, caminé hasta Paysandú. En Paysandú tenía un hambre que te podés imaginar... Entro a una panadería: «Señor, mire...», me dio un bizcochito y me dijo: «Mire que acá no se viene a pedir, ¿eh? Hay que trabajar». ¡Pah, era una vergüenza, ¿sabés?! Y agarré el bizcochito, si tenía un hambre que... Y seguí y había un milico que se estaba paseando y me dieron allí comida, en el cuartel: ¿cómo no?, «Quedate acá que ya va a salir la comida». Me quedé en la comisaría. Y pidió el informe mío a su vez a mi pueblo. Y de ahí seguí.

Me quedé de noche en la comisaría... En aquellos tiempos era otra clase de gente. Me levanté y seguí. Llovía... ¡Hacía un frío en agosto, hermano! Y allá a varios kilómetros paró un auto, habló: «¿Para dónde va, amigo?». Le digo «Voy para Montevideo». ¡Yo qué sabía dónde quedaba Montevideo! A la vuelta de la esquina... seguro. «Subí», dice. Y era el gerente de la Ford de Paysandú [...]. Me dice, «¿No querés volver para atrás?». «No, no». «Te doy una pieza, te doy un sueldo y sos empleado de la Ford a partir de este momento». Le digo «No, no. Le agradezco muchísimo». Me dejó en Mercedes mismo porque venía a buscar a la familia. Siempre lloviendo. Seguí de largo para arriba, ¿y a dónde fui? Al cuartel. ¡Y qué iba a hacer! Allí todo el mundo me recibió, ¿sabés cómo...? Estuve en el cuartel diecisiete años. Después vine para acá en comisión una vuelta que iba a venir, creo que era Stroessner [dictador en Paraguay entre 1954 y 1989], a hacerle un recibimiento ahí, y nos quedamos dos, tres años y después el que quisiera se podía ir. Yo no era de Mercedes... Me quedé. Pero hasta vinieron a visitarme compañeros de allá, grandes amigos. [Entré al Ejército] en 1948, y en 1950 fue que vino este presidente del Paraguay. Vine en comisión, una compañía de ochenta y pico... para recibir, y a los dos años vino la orden de que teníamos que integrarnos. [Era] acá en frente, en el [Batallón n.º] 13. Me quedé, por supuesto, yo no era de Mercedes. Te digo, Mercedes lo adoro...

Entre la mitología generada a partir del triunfo en el Mundial de Fútbol de 1950 y las narrativas de este tipo, se encuentran las grandes distancias que parecen anularse desde lo instituido en forma hegemónica: no tuvieron cabida en el relato identitario producido por las instituciones. La «Suiza de América» precedente no parece corresponderse con estas realidades existentes dentro de sus fronteras, por debajo del manto de las idealizaciones más representativas (Álvarez Pedrosian, 2008b). Juan se lanzó al camino en la búsqueda de un Montevideo imaginario, a diez, cien o mil kilómetros de distancia, como tironeado por las fuerzas objetivas que se disponían en el contexto de su existencia. Su relato se muestra con un alto grado de elaboración; síntesis donde los temas están fuertemente anclados y articulan el argumento. No es de extrañar que no recuerde con exactitud por cuál mandatario visitante fue movilizado por fin hacia la capital —a uno de sus cuarteles—, ya que entre 1948 y 1949 el Paraguay tuvo cinco presidentes, en un contexto de convulsiones políticas de alcance regional.

Su situación de partida es similar a la de la gran mayoría de los vecinos pertenecientes a su generación o a las inmediatamente anteriores y posteriores: provenientes de localidades cercanas a las fronteras nacionales —«los bordes»—, grupos de numerosos hermanos que por una u otra razón se encontraban en familias acéfalas, o integrando otro tipo de familias y en las cuales las relaciones de filiación horizontal no tenían la misma presencia que las verticales, se sentían forzados a desplazarse en busca de un futuro posible. Los hermanos, en sus propios términos, se van «desparramando», recomenzando nuevas vidas por doquier. Esto último no implica que necesariamente se pierdan, en todos los casos, los vínculos de parentesco con las familias de procedencia, pero sí la diversificación de relaciones a partir de diferentes medios de comunicación, intensidad y expresividad en los vínculos. Los reencuentros que se suscitan después de varias décadas, las llamadas telefónicas para las fiestas anuales constituyen rituales de una práctica vinculante, que si bien parecen secundarios en relación con una vida cotidiana compartida, resultan en muchos aspectos más intensos y profundos en sus huellas.

En este caso, Juan tuvo suerte al encontrar en la figura de la señora propietaria del hotel salteño, donde había llegado al ser «dado» por su madre, no una sustitución sino una nueva figura protectora, lo que le permitió contar con el mínimo cobijo para su crianza, la esfera subjetiva necesaria para que sea posible un devenir vital (Sloterdijk, 2003). Pero parece haberse sentido como un adolescente librado a su suerte, con la necesidad y la oportunidad de salir a echarse a andar en la construcción de sí mismo. Para una mujer, en lo que respecta al modelo de género más o menos hegemónico por entonces, las posibilidades eran mucho más restringidas, como sigue sucediendo actualmente, pero en otros sentidos derivados de ello. Es muy importante no perder de vista que la supuesta apertura radical del largarse a la ruta, del salir a lo inesperado en la búsqueda de un futuro posible se termina encausando en

escenarios y destinos justamente condicionados por las fuerzas existentes en los campos de experiencia, locales y transversales. No es casual que Juan se haya aproximado una y otra vez a la policía y al ejército, hasta que se integrara a este último por un largo tiempo para después pasar otra vez, pero adulto, a encausarse en nuevos desplazamientos.

El batallón militar se encontraba, y sigue estando, en los bordes de la zona —más bien es uno de los elementos que la separan del resto—, y a mediados del siglo pasado Jardines del Borro estaba atravesando el cambio de una tipología espacial de quintas a otra, de chacras y quintillas, transformándose el paisaje considerablemente. Juan cobrará una presencia relevante en la zona una vez que se hiciera cargo de una de las cantinas más emblemáticas, también por varias décadas, en vínculos ahora signados por la localidad: formación de instituciones deportivas y otro tipo de actividades que caracterizan la construcción del colectivo previo a la pauperización del lugar fruto de la expansión de los límites de lo urbano. Por otro lado, María, su esposa, quince años más joven que él, experimentaba su propia migración hasta que se encontraran en aquel *Borro* de 1968, año en que el gobierno decreta las llamadas medidas prontas de seguridad y con ello se abría un proceso de «autotransformación del Estado de derecho en Estado de policía» (Rico, 2004, p. 228).

> *María*: Yo cuando vine de Rivera, vine directamente al Borro... del campo, a la ciudad de Rivera, luego al Borro. Éramos diez [...]. Madre, padre falleció cuando éramos chiquitas, qué sé yo. Entonces mi madre agarró pareja y me dio. Yo me crié con una señora y uno de mis hermanos, afuera. Y bueno, todos dados también, una historia parecida [a él].
>
> El 28 de noviembre, hace cuarenta años [1968] que llegué a Montevideo. Mi hermano ya estaba acá, era coracero de la Republicana. Y ellos fueron de visita, y como yo estaba con una pobreza extrema, nos trajo [con el primer marido]. Ingresó a la Republicana mi exmarido y después fue todo para atrás, todo mal, todo mal [...]. Nos conocimos con él, en el 1968 [un año después nace Miguel], el primer hijo de él fue. Nos conocimos, todo iba mal, para atrás con mi otro esposo, porque tomaba, era mujeriego, no me traía la plata. Tenía seis pibes yo [...]. Nos conocimos con él, vi que había otro horizonte, nos entendíamos, nos queríamos y bueno, porque ya mi vida era un martirio con el tipo, no me daba ni para la comida de los niños, nada. Con ellos vine en el tren, yo adoro el tren, con un colchón de dos plazas y dos frazadas. Vendí todo lo poquito que tenía para pagar el pasaje para venirme [...]. Él [su marido] vivía a la vuelta, que tenía una cantina. Nos vichábamos por el fondo [risas]. Después me casé, cuando estaba por nacer la nena, que tiene veintiuno [tuvieron cuatro juntos, se casaron cuando nació la última, la única niña]. Nos fuimos a vivir a la casa de él. Estuvimos en la Ciudad Vieja, Zabala y Buenos Aires [única vez afuera del barrio, pocos

meses]. Después me arregló allá y vine para [allí], y después él arregló en la cantina y me vine para el fondo ahí.

¿Cuál es la imagen del Estado de esta *ciudadana* y la carga afectiva depositada en ella, y más en general, la forma de concebir lo instituido (el *estado* con minúsculas), desde las ventanas de este tren, atravesando el Uruguay de una punta a otra en el explosivo final de la década del sesenta, con un colchón, una frazadas y un grupo de niños hambrientos? El ejército: la única esperanza, o más bien, el horizonte que torna inteligible el presente y el porvenir. Y nuevamente la localización de las instalaciones militares determinó la futura residencia del grupo de desplazados, alimentando el crecimiento poblacional de la periferia contemporánea. Esta vez, a través de un hermano, María encontraba el lazo para dar el salto y emigrar desde la frontera seca del norte hacia la capital. Ya madre, con un grupo de hijos, en situación precaria, lograba escapar de la reproducción del modelo en lo que hubiera sido el tener que entregarlos a otros adultos, algo que ya no era deseado por ella y marcaba un cambio de valoración respecto a su madre biológica. Igualmente, esta elección tenía que vérselas con los marcos de posibilidades existentes, condicionamientos objetivos que seguían determinando por aquí y por allá, conduciéndola a través de duras situaciones y enfrentándola a fuertes tomas de decisión, jugadas serias en la partida de la vida. La alianza con Juan significó una transformación radical para ella y su prole, así como para los que luego vendrían, frutos de esa unión. «Agarré a la gallina con todos los pollitos» nos decía Juan, mientras tomábamos mate en el patio delantero del actual predio familiar.

9

Por los caminos de la región

Como planteábamos, la movilidad es una dimensión que corresponde a la temporalización de los procesos de subjetivación, de construcción de sí mismos y de otras formas de existencia. Existen fuertes cambios de escenarios, situaciones de riesgo, de juego profundo, de encuentros y desencuentros con otredades y bajo condiciones diferentes. Pero también la persistencia de la tendencia a la emigración, que junto con la correspondiente a la concentración urbana han caracterizado históricamente a los modelos y a configuraciones existentes, hace que en los casavallenses el cruce de fronteras nacionales sea algo realmente posible. Podemos decir que existe una región que concentra los desplazamientos presentes, y es la heredera principal de la tradición de las comarcas históricamente previas a la conformación de tales límites estatales. La región platense está definida por la condición de estuario, en el cual, sobre la orilla occidental, nos encontramos con una de las metrópolis más importantes del planeta, Buenos Aires, la ex capital virreinal. El Gran Buenos Aires está plagado de procesos de fragmentación territorial y otros semejantes a los que caracterizan a la periferia montevideana. Y más en general, los escenarios de la ciudad consolidada también permiten diferentes opciones para insertarse en ellos. Por la condición de orilla oriental, marca imperial hispánica, tenemos que tener en cuenta siempre la región colindante a través de una tierra continua, sobre la que se componen diferentes hibridaciones entre el castellano y el portugués. Algunos de los uruguayos se encuentran más vinculados a la región riograndense y al Brasil en general, principalmente por proceder de allí o estar vinculados por lazos de parentesco y de afinidad cultural, obviamente más allá de la residencia propiamente dicha.

Además de una extensión determinada, o diagrama de posibles recorridos más o menos diferenciales según las tradiciones y con vínculos que se tenga con cada una de las regiones y con sus habitantes, los procesos de movilidad están caracterizados por una variedad de temporalidades con sus respectivas intensidades, duraciones. Existen ritmos, discontinuidades, una suerte de composición musical de los desplazamientos, con sus armonías y disonancias, haciéndose sentir en las identidades. Comparativamente, algunas migraciones son más abruptas y aceleradas, otras más larvadas y de largos períodos, unas más solitarias y enfrentadas a los límites de las posibilidades, y otras más colectivas y soportadas en redes que propician una rápida inserción en los escenarios de arribo.

Quizás entre las distinciones más importantes que podemos hacer se encuentre la de dos perfiles migratorios que de alguna manera nos permiten expresar, en sus relaciones, distancias, solapamientos y atravesamientos, ciertos horizontes que definen universos existenciales propios de las identidades presentes. Por un lado, nos encontramos con procesos de ida y vuelta desde el lugar en un período de varios años, donde las proyecciones apuntan a mantener la residencia hasta nuevo aviso. Por otro lado, nos encontramos con dinámicas más extendidas en tiempo y espacio, así como con las redes presentes en los diferentes escenarios, de partida y de arribo, al punto de traducirse en los propios lazos familiares, con lo cual se consigue una estabilidad para flujos de movimiento regional de varias generaciones.

> *Margot*: [...] Llegamos por mi hermano, que se fue primero. Él se fue con diecisiete años, él tenía a la mujer, que tenía a sus hermanos allá en Argentina, en el tiempo en que ya salía la dictadura [1984-1985]. Ellos se fueron [...] porque la cosa estaba difícil y [...] hace como veinticinco años que mi hermano está en Argentina [...].
> Te voy a decir algo con respecto a cuando nosotros llegamos a Argentina. Mi vieja, obviamente toda la vida laburó acá, yo en Argentina casi ni trabajé [...]. A mi vieja, en Argentina, las mujeres que nunca en la vida la habían visto: «Sírvase la llave», «No...», mi mamá. Cuando yo estaba trabajando para esta gente, obviamente tenían sus cosas, y yo no me callo nada. Yo a los argentinos no los soporto, porque son de lo más *fanfa* tipo deporte, baboso, pero como patrones son mucho mejores que nosotros, los uruguayos. Y tienen más, ellos tienen más. Por decirte, a mi vieja le regalaron una heladera con *freezer*, ¡con *freezer*!: «Usted consiga el flete, que yo se lo pago, y se lleva la heladera» [...]. Te digo, mi vieja tiene una patrona que le da una bolsita «así» [pequeñita], que yo me mato de la risa y mi vieja se mata de la risa: con un pedacito de zanahoria, una hojita de puerro, una hojita de... «para que se haga una sopita» para ella... Yo le digo a mi madre: «Ay, mamá, ¿cómo vas a venir cargando con ese surtido?» [risas]. Nosotros estuvimos en Argentina cinco años, fueron los mejores cinco años. Ellos saben que nosotros somos gente laburadora, que vamos y laburamos... Las argentinas te dicen: «No, yo no plancho». Nosotros vamos, hacemos todo: vos lavás, vos planchás, vos fregás... Ellas no. Entonces ellos te valoran como trabajador, más allá de que vos no tenés aportes, no cobrás aguinaldo, [en eso] no tiene diferencia ninguna. Allá te valoran el laburo. Mi vieja te lo dice «Los mejores años de laburo fueron en Argentina». Hora y media en el ómnibus y tenía que tomar dos. Nosotros estábamos en provincia y mi vieja trabajaba en capital. Donde tuvimos la casa —nosotros nunca habíamos tenido, nosotros tuvimos muchas carencias— con un juego de comedor, donde tuvimos una heladera con *freezer*, donde nos regalaron una tele a color y después nos regalaron otra. ¡Acá nada! [...]

> Mamá se vino porque mi hermana estaba muy enferma, «y yo soy muy de mi mamá» [...]. Con esa hermana somos criadas aparte. Ella es hija del primer matrimonio y no nos criamos juntas y ta [...]. Yo no me arrepiento de nada, pero mi marido me lo reprocha. Él se radicó. Tenemos tres hijos de allá...

Con cuarenta años de edad, Margot vive en la actualidad junto con su marido y tres de los cinco hijos de la pareja, uno de ellos a su vez con su compañera y su pequeño hijo. El último retorno al barrio, en 1993, significó la obtención («con llaves en mano del propietario anterior») de la «casa originaria», la de la familia de la madrina de uno y de todos los hermanos por extensión. Recordemos que su padre los había hecho vivir en varias viviendas de la Unidad Casavalle 1, en un nomadismo interno en el complejo en gestación. Probará suerte con su hermano ya radicado en Argentina, y por cinco años vivirá en el Gran Buenos Aires, en la localidad de San Sebastián, «donde también era un cante, un barrio».[16] El contexto social argentino de entonces es el asociado generalmente con los efectos de la primera etapa de las políticas del gobierno de Carlos Saúl Menem (1989-1999). En plena proliferación de asentamientos en el contexto de las políticas neoliberales retorna a *Las Sendas*, encontrándose con muchos vecinos nuevos, en especial los integrantes de las nuevas generaciones. Había retornado en momentos de fuerte precarización y de alto crecimiento demográfico en barrios como Casavalle, anunciándose la llegada de una crisis similar a la que se gestaba por entonces desde las ingenierías del sistema. Pero para el momento del retorno, aún los efectos devastadores de las políticas neoliberales aún no distorsionaban las propias bases de la lógica de su funcionamiento. A diferencia del Estado argentino, el uruguayo de entonces no pudo hacerse con la privatización de todos los servicios públicos, aunque no cesara de intentarlo, a costa de plebiscitos y movilizaciones de masas. Pero mientras tanto, las periferias no cesaban de crecer, como el deterioro general de las condiciones estructurales de vida, lo que iba posicionando a los sectores más desfavorecidos y vulnerables en un escenario de dimensiones y efectos no antes experimentados. Este proceso que sacudió a toda la región tuvo su forma particular en nuestro territorio.

16 «... partimos de la siguiente hipótesis: existen en los asentamientos del Gran Buenos Aires una contradicción entre instancias colectivas de reivindicación del derecho a la tierra y procesos individuales de autoconstrucción [...] a grandes rasgos se parte de un primer momento (la conformación del asentamiento) de alta movilización de los vecinos y alto grado de organización (que incluía representantes por manzana y por asentamiento) que se visualizaba, inclusive en organizaciones de segundo grado. Luego, se pasa por diferentes situaciones heterogéneas en el tiempo y en cada caso, que desembocan en un momento actual, donde se observan una movilización baja, una organización desarticulada y organizaciones de segundo grado de alcance relativo» (Cravino, 1997). La investigación se desarrolló entre 1993 y 1996 y se enfocó en (el ya mencionado) San Sebastián (Bernal Oeste, Quilmes), Latinoamérica (Laferrere, La Matanza) y 2 de Abril (Hurlingham).

Lo importante en este aspecto es retener el carácter de los contextos en los cuales se movían nuestros vecinos casavallenses, y cómo ello ha sido y sigue siendo un componente de los procesos identitarios, de las formas de concebirse a sí mismos en tanto sujetos.

Es evidente que existen diferentes posibilidades migratorias en relación con las condiciones sociales y económicas. Pero en el discurso público parece no reconocerse el hecho de que entre los habitantes de las zonas segregadas de las periferias de las grandes ciudades regionales también existe una gran movilidad más allá de las fronteras nacionales. Que sea «también en un cante», es decir, en otro espacio precarizado bajo otra bandera, parece ser lo más coherente si seguimos una homología de estructuras de las clases sociales de los diferentes Estados, pero la cuestión es mucho más compleja. Y esto lo vemos en cómo Margot recuerda y da sentido a las vivencias de ella y su madre en relación con las condiciones de vida, en especial en el campo del trabajo, en la relación entre la segunda y sus patrones, y comparándolo con la situación actual en este lado del Río de la Plata. Hay, por tanto, un aprendizaje que es producto directo de las migraciones, en nuestro caso extendidas regionalmente, además de los desplazamientos de escala nacional ya tratados. Ante la pregunta del por qué emprendió el último de los retornos, Margot nos asegura que «así somos los uruguayos», en general movedizos, y que además llegó a una conclusión: «Estoy convencida de que no serviría para ser rica, andaría con la misma ropa... Además soy muy boca sucia».

Existe una variedad de procesos migratorios en relación con los tipos de desplazamiento en tiempo y espacio, así como con las cualidades de los contextos subjetivos vinculados al desplazamiento, como escenarios de partida y llegada, de cotidianidades más o menos intensas en la profundización de las redes sociales presentes. Como planteábamos, algunos casos, como el de la familia Saldanha, constituyen ejemplos paradigmáticos que explicitan la extensión y la intensidad de los universos posibles para algunos casavallenses. En primer lugar, es posible tener habilitada también la otra dirección, el Brasil. Los lazos hereditarios los vinculan desde sus antepasados, pero la existencia de núcleos familiares en la frontera y en varias ciudades de diferentes estados brasileros, con los cuales mantienen comunicación, abre el abanico de posibilidades. Los contactos son «hasta por teléfono». Según Nazareno, Gerardo «nunca se fue de Brasil», viaja todos los años: carnaval, semana de turismo (como se denomina oficialmente en Uruguay tras el batllismo, correspondiente a la semana santa cristiana) y antes de fin de año. Martín afirma que a veces pueden viajar dos de ellos al año. A Nazareno se le despertó la curiosidad por unirse más, iba cada diez, ocho, o cinco años, cuando lo invitaban los demás miembros de la familia. Pero ahora de grande, de abuelo nos dice «Empecé a querer: nos entró un interés a todos, me comunico por teléfono, mando mensaje por celular, él también llama. Yo empecé a interesarme fuerte... y ahora todos estamos comunicados. Ahora sabemos cómo está el tío

fulano, mengana... La familia es incontable: en Porto Alegre también, en Río [de Janeiro]...». La familia extensa siempre estuvo allí. Pero será, nuevamente, Buenos Aires, donde los hermanos encontraron espacios para desarrollar sus vidas por largos períodos.

Nazareno: El primero fui yo. De los que estamos acá adentro, el primero fui yo. Siguiendo los pasos de la madre de mis hijos para no contradecirla. Lo que me llevó a conocer otros lugares y a conocer la soledad de nuevo.
Martín: Sí, 1981, sí, yo fui en 1984.
Fernando: Cuando nosotros ingresamos al Cuartel, vos estabas en Argentina.
Nazareno: Y aparte... Fui mucho a la Argentina. Una vuelta fui, pero cuando tenía quince años [1972] [...]. Argentina para mí siempre fue un monstruo, un monstruo. Siempre me colmó, me saturaba la manera de ver todo ese bullicio de gente yendo y viniendo. Y aparte la gente siempre haciéndote usar la cabeza, porque tenés que estar siempre alerta, si no querés que te arrastren, claro. Entonces no me gusta eso: tener la mente más rápido de lo que yo puedo dar no me gusta. Entonces me quedo acá... [Se fue también Martín: me llevó él a mí]. Lo que pasa que en un tiempo, cuando él ya estaba más mocito, más tirando a grande, andaba jodiendo por ahí, tomando un vinito y dos vinitos y... tocando una guitarra que no sabía ni cómo se tocaba, si con los codos o... [risas]. Entonces mi vieja se quería matar: «¿Qué hago con esto?». Entonces una vuelta me dijo: «Este chiquilín me tiene loca, sale por ahí, se mete en la casa de una Curruca [risas] —había una muchacha que le decían «la Curruca»—, y ahí que se meten, van, no sé...» [En Peñarol, iban caminando hasta allí]. Dice «Y andan ahí, con la guitarrita y creo que alguna loca por ahí debe de haber, y mirá cómo está quedando, piel y hueso» [risas]. Pero, ¡así estaba [de flaco]! Aparte, arrancaba tipo cinco de la tarde y aparecía de madrugada [...]. «Si querés lo llevo para Buenos Aires». «Ah, sí, llevátelo, llevátelo, porque acá así me va a volver loca». Entonces, digo «Bueno, vamos a ver lo que podemos hacer». Juntamos plata con él y todo, y lo iba a llevar yo. Cuando lo podía llevar, justo...
Martín: Se enfermó la Mabel.
Nazareno: [...] se enfermó la Mabel, ¿no? [risas] [...]. Es la esposa de él, entonces él necesitaba algo para los remedios, entonces él tenía la plata...
Martín: Tenía el pasaje yo. Entonces cuando vi que se enfermó la esposa de él, digo «¡Fa! Ahí está, ¡qué mejor oportunidad para devolver el pasaje!» [risas]. «Tomá», le digo, «para que te puedas defender», y devolví el pasaje y me libré de viajar [risas].
Nazareno: Después conseguimos plata de vuelta... [risas]. Entonces me lo llevé de las botas; él, medio enojado, pero me lo llevé.
Martín: Pero el día antes de irme, viene un muchacho a buscar a uno de mis hermanos, un compañero de cuartel y digo «Ah, sí, yo sé dónde está. Vamos

para allá, para Peñarol». Lo llevé y ya me quedé hasta el otro día tomando. Y mamado, ¡no sabés cómo estaba...!
Nazareno: Y era el día que había que irse. Era aprovechar...
Martín: Y yo lavando la ropa mía, ¿viste? Planchando, sin decir nada y estos tomaban caipiriña y yo no podía ni tomar [risas] [...]. Y pensaba «Me voy a quedar tres meses, ¿no? Dos meses, no, un mes». Y bueno, me quedé diecinueve años. Ahí hice mi familia...
Nazareno: Yo le mostré un poco cómo era la canción y cómo tratar a los argentinos porque también son personas muy especiales. Y le expliqué: «Mirá que esto es así, esto es asá; no te confíes de más. Tenés que escucharlo. Y si él te dice que es el mejor, vos decile que sí, aunque sepas que es mentira [...] nunca lo contradigas si querés andar mejor que él». Porque es así.
Martín: Yo me sentí como en casa. Aparte soy una persona que cuando me meto en un lugar, soy del lugar.

Martín llegó a instalarse en el barrio de Almagro, también en el Once, donde tuvo una verdulería. Pero las primeras experiencias estuvieron enmarcadas en tareas junto a su hermano mayor, quien lo estimuló a emigrar y lo acogió a pedido de la madre de ambos. Del trabajo como pintores de obra pasaron a ser un equipo de cuidadores de obra en un edificio en construcción donde les fue posible además vivir. Después tuvieron que salir a conseguir otro lugar donde residir, pagando por el alquiler de alguna pieza de las tantas pensiones de la ciudad. Nazareno se fue a otro edificio, también en obra, en Almagro, pleno corazón de la metrópolis rioplatense. Estuvo trabajando como pintor y tenía como cliente a un productor de televisión de relativo peso. Pero más allá de esos contactos con sujetos de altos estratos sociales, lo importante de Buenos Aires parece haber sido («después, cuando tuvimos confianza un poquito») la apertura a todo un universo cultural, de expresiones artísticas y relaciones ricas en novedades, que pudieron experimentar como no lo habían encontrado en Montevideo. Los encuentros en el Parque Centenario con artesanos, músicos callejeros y artistas del ámbito del folclore regional los hizo ser más que simples espectadores. Se sintieron efectivamente integrados, con todo lo complejo que ese término quiere significar. La gran ciudad les ofreció posibilidades de desarrollarse en esferas de actividades hasta entonces no presentes en sus vidas, y si bien ya tenían un capital social importante por el hecho de no haberse quedado nunca inscritos en los límites de la zona en Montevideo, ahora lo multiplicaban exponencialmente al relacionarse en espacios céntricos de la ciudad consolidada, en medio de los circuitos culturales, incluidos en sus flujos. Los momentos de incertidumbre no faltaron, como siempre que uno se aventura a establecer vínculos en nuevos escenarios. «Un día de tantos», al finalizar la jornada en el parque, comenzó a llover copiosamente:

Martín: Y dijimos «¿Vamos para casa?», porque se venía la tormenta [...] «¿A dónde nos llevarán estos negros?», decían ellos. Y nosotros: este andaba con un *Fitito* todo quemado [y sin asientos traseros]...

Nazareno: Ellos tenían miedo de nosotros y nosotros también ...

Martín: Llegamos al edificio [...], teníamos unos muebles que habíamos *requechiado* y todo el resto vacío. Y ahí había dos maestras, unos bolivianos, unos chilenos [...].

Nazareno: Pasaron los tiempos [...]. No nos venían a pagar y el hombre era gerente del Banco de Boston [...]. Entramos [a la sede en el Microcentro de Buenos Aires] de *chancletita*, pantalón vaquero [tejanos] y musculosa [...]. Y todo el mundo nos miraba, no entendían nada... Y cuando nos vio se quería matar... Ahí nunca más faltó la plata [...]. Con mucha diplomacia...

Cuando Nazareno retornó al Uruguay, Martín se quedó en Buenos Aires, prometiendo entregar el edificio en obra «en perfectas condiciones y que no pasara nada». Y así lo consiguió, retirando a cada uno de aquellos nuevos amigos y conocidos que habían encontrado un sitio en aquella obra en construcción, para tenerla vacía y en condiciones en los plazos establecidos. «Y ahí venía la cobardía: o me quedo o me voy». Allí entabló amistad con los muchachos trabajadores de la estación de servicio vecina y pasó a desempeñarse como limpia vidrios, lo que le permitió sostenerse por un tiempo. Después, el que vendía café le ofreció ayuda para pagar el hotel (pensión), lo cual él rechazó ya que le alcanzaba con su jornal. Otro día, estando en la estación, uno de los almaceneros vecinos se acercó y le dijo: «Che, en el [hotel] Sheraton andan precisando negros... en serio, mirá», y le alcanzó el periódico donde salía publicado el anuncio.

Martín: Andaban precisando gente de color, con rasgos europeos, no sé cuánto, y... bueno, yo voy allá. Me compro un traje, en una compra y venta —me salió el traje dos pesos, ¿viste? [risas y aplausos], y lo llevé a la lavandería y me salió 2,50 [risas] [...].
Cuando Facundo Cabral volvió del exilio se hizo una pasarela de candombe. Y ahí trabajé con Pedrito Ferreira, el hijo del escobero. Con él estuvimos en una película y él me dice «Che, Martín, ¿vos sabés tocar el tambor?», «No», «¿Sabés bailar?», «No», «¿Qué hacés?», «Nada». «Pero tenemos para trabajar en esta pasarela de candombe, ¿qué vamos a hacer?», dice. Y eran quince australes, ese día, ese rato. Y yo pensaba en los quince australes y bailaba hasta el arroz con leche [risas]. Después, como éramos muy caraduras y eso, teníamos un Centro Cultural donde vino [...] *Chango* Farías Gómez... los del Trío Vitale-Baraj-González [...]. Yo me hacía el Nat *King*

> Cole, estaba de anfitrión, tenía que generar un clima como para mover. Y dice uno: «Negro, ¿sabés quién te acompañó?», «No», «¡El *Chango* Farías Gómez!». Me dice el pibe: «El que nace para pito nunca llega a trompeta» [...]. «Vení —le digo—, yo te voy a explicar una cosa: yo no me emociono de la misma forma que vos, es porque no lo conozco, si lo hubiera conocido antes, también estaría como vos, es posible. Yo soy uno de los que hace posible este evento, si lo hubiera conocido estaría contento como vos»...
> Después un día, hicieron un evento a beneficio de un asentamiento de Morón, 2 de Abril creo, y ahí fueron... [una larga lista de artistas], yo los tenía que presentar. Teníamos todo lo que era el sonido del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Y decías «hola» y salía... ¡ay, por amor de Dios! Te dabas el lujo de hablar así, despacito. Digo... [con voz suave y sensual]: «Tengan ustedes muy buenas noches. Como ustedes saben, este festival está hecho en beneficio de la sala de primeros auxilios de acá, del distrito de Morón...». Y en una de esas digo «Bueno, como les había dicho antes, ahora viene, para deleitarlos en la música, un grande. Y se los digo en el oído, es el Chango, el Chango Farías Gómez». ¡Y sonaba eso! [risas y gritos de alegría].

Enamorado de una ciudadana sueca, Martín pensó en emigrar hacia Escandinavia y para ello se inscribió en un curso de inglés en el colegio del hijo de uno de sus amigos. Allí se conocieron con Rosa, su pareja desde entonces. Ella es oriunda de Cochabamba, Bolivia. Vivían en la misma manzana sin saberlo, y ya llevan diecisiete años juntos. Se unieron formalmente en matrimonio hace poco más de un año y viven con sus hijos en una de las viviendas de la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)*, a pocos metros de la casa de dos de sus hermanos y de sus respectivas familias nucleares, donde se criaron de niños.

Luego nos dedicaremos en detalle a lo que significa el carácter afrodescendiente en el concierto de los procesos de subjetivación presentes en Casavalle. Lo relevante en este punto es la caracterización de estos procesos en lo que atañe a la movilidad y a los desplazamientos, que constituyen las temporalidades y los imaginarios en lo relativo a la extensión y a la singularidad de escenarios de vida posibles. Pero es justamente en la articulación de los procesos que estamos distinguiendo donde se encuentra el potencial de una cartografía. En tal sentido, es relevante plantearse preguntas acerca de las diferencias de inserción en las sociedades montevideana y bonaerense de las décadas pasadas aquí suscitadas, y las formas en que el carácter afrodescendiente operó como variable en tales circunstancias. Creemos que escapa a los objetivos de esta investigación obtener materiales para dilucidar esa problemática, pero parece claro que en una megaciudad, diez veces más grande que Montevideo (si consideramos a todo el aglomerado del llamado Gran Buenos Aires) y donde existe una fuerte migración histórica —en estas últimas décadas focalizada en las regiones del corazón sudamericano y de las

sociedades andinas—, los afrouruguayos han construido una identidad propia que se muestra más afirmativa, con más espacios de creación y expansión que los que tradicionalmente los constriñen en este lado del río ancho como mar. Puede tratarse, en definitiva, de un racismo más sofisticado, pero el hecho de que en Buenos Aires la cultura del candombe, la presencia de la música de figuras tan emblemáticas como la de Rubén Rada —incorporada al panteón del rock nacional— es, para una cultura tan cercana pero donde no quedaran casi huellas de sus «negros porteños», objeto de deseo y fascinación.

Algunos procesos culturales contemporáneos lo evidencian: la aparición de estilos musicales, expresiones corporales y más aún, la integración de ello a formas identitarias en su ritualística y hasta en procesos terapéuticos y políticos. Existen dinámicas de producción de subjetividad en la Buenos Aires de estas últimas décadas que se asocian por tanto de forma directa a los atributos de la cultura afrouruguaya, y de manera positiva, es decir, para generar nuevas formas identitarias y subjetividades. Recordemos, por último, que en un contexto inmediato al tratado, el proceso se amplía a la cultura carnavalera, donde el candombe integra un conjunto con la murga. Si seguimos un poco más el razonamiento, pero ya más extendidos en tiempo y espacio, el tango está allí como sustrato elemental de un área cultural transfronteriza sostenida, a su vez, por las tradiciones criollas de herencia hispánica y variablemente indígena, pero esto principalmente en los medios rurales, aunque no por ello ausente en las grandes figuras de las identidades sociales y colectivas, en un constante flujo hacia las ciudades.

Parece estar sucediendo algo en estos últimos años, como para que todos aquellos entrevistados y la mayoría de sus seres más cercanos se encuentren habitando en la zona, en Casavalle, dentro de la periferia montevideana. En términos genéricos, las últimas transformaciones sociales y económicas están dando señales de un drástico cambio en el flujo de emigración, siempre por encima del de inmigración en el Uruguay desde 1973, año del último golpe de Estado civil-militar. Aunque los empleadores «acá te miran por arriba», a diferencia de lo que sucede en Buenos Aires, donde además «te valoran el laburo», y por tanto se hace problemática la diferencia de estrato y clase social, Margot decide quedarse en Casavalle después de que en 2006 su marido intentara una avanzada para volver a movilizar a la familia hacia la otra orilla. «A mí me costó establecerme», nos dice, y con ello pone en tela de juicio todos los puntos de vista desde los cuales se plantea que en nuestra zona, y en tantas de las periferias urbanas contemporáneas, no existe ningún rasgo de construcción de subjetividad genuino, afirmativo en su dinámica de creación de formas de vida, donde tan solo nos encontráramos con reacciones a la estigmatización, la anomia y la fragmentación individual.

Efectivamente, existe un sentimiento de arraigo en Casavalle, quizás concentrado en los representantes de las generaciones nacidas en los tiempos de la inauguración y la primera década de la unidad habitacional

originaria. Y también es cierto que esta afirmatividad no es de tipo romántico, como solemos concebir a las identidades nacionales y folclóricas, justamente surgidas en contextos donde se pensaba y sentía de esa manera. Puede ser por la pura casualidad de que es allí donde se nació y se cree tener un sustento básico acumulado a lo largo de la vida, un determinismo radical y un adaptacionismo elemental. Pero igualmente, por ser efectivamente lo que hay y es, se lo termina valorando en sus propios términos, eso sí, a veces en forma conflictiva.

> *Margot*: Yo ya estoy grande, otra vez empezar de nada, ¡no, no, no! Nos quedamos. Entonces él [su marido] se vino [después de seis meses]. Yo me entusiasmé ¿viste? Digo, los *gurises,* que son argentinos, trabajan, estos se hacen la radicación porque tienen hermanos argentinos.
> «Vámonos, vámonos», después dije «no». A mí me costó mucho hacer lo que tengo, que si querés decir «lo material va y viene», pero a mí me costó. A mí me costó establecerme [...].
> «Vos si querés, quedate» le dije. Él se vino. Le di para pagar la libreta de chofer y consiguió *laburo* [de taxista].
> *María*: Él se fue de sinvergüenza no más, a conocer nuevas experiencias.
> *Miguel*: Me mandé cualquiera. La que me acomodó la personalidad mía fue la Cristina [su compañera] después, pero yo era bravo. Era muy bohemio. Yo, después que me fui pasaba de... Lo que me encantaba a mí: cumpleaños de casas y una esquina con un vino. Ah, no me sacaban de ahí... Amor y paz, ¿viste? Allá no me mandé nada nuevo. ¿Que si volvería atrás...? Lo hecho, hecho está [...]. Salí a robar allá... estos no sabían nada, yo decía que trabajaba en un puesto. Estuve un año, nueve meses. En Buenos Aires mismo, al lado del cementerio de la Chacarita. Además me sirvió, amén de que decís que estás a dos brazadas y estás ahí al otro lado del arroyo, no me voy nunca más del Uruguay. Me parece que no respiras el mismo aire, no ves las mismas estrellas... Tenés que adaptarte o... A mí no me gustó, irme de acá no me gustó. Esto que estamos al lado. Yo, pienso que si me dicen «vení que tenés todas comodidades», no me voy más.

La identidad la pensamos como el producto de un proceso: pasamos de buscar un ser a analizar prácticas, entre las que se inscriben las de un hacer(-se) sujeto. Buscamos analizar los procesos de subjetivación desde las prácticas cotidianas, y en especial las asociadas al trabajo, como determinantes primordiales del conjunto de relaciones que atraviesan al sujeto, como aquí, por las condiciones básicas insatisfechas y la exclusión en general. Se trata de algo más general que la distinción entre trabajo, oficio o empleo: es el hacer donde nos jugamos la existencia, siempre en una combinación determinada de grados más o menos conscientes de alienación. Entre el hacerlo para sobrevivir y porque nos gusta, entre el determinismo y la libertad, los sujetos elaboramos

estrategias para transitar en nuestras vidas inmersas en los procesos de las economías sistémicas locales y transnacionales. Las actividades no pueden realizarse de cualquier manera, en cualquier lugar, momento y circunstancia, pues están socialmente localizadas, estipuladas y normalizadas. Hasta en aquellos espacios de transgresión, los cuales también se encuentran regulados por códigos en algunos sentidos hasta más rígidos, a pesar de su condición de borde o intersticio desde el sistema. En estas prácticas, desarrolladas en condiciones específicas, compartidas transversalmente por quienes habitan el barrio podemos encontrar elementos para comprender más en profundidad qué caracteriza a las subjetividades que lo constituyen.

Otros haceres son igualmente relevantes, pero hemos querido esbozar la cartografía tomando aquellos que se sintetizan en tipos de oficios, en el sentido de ser transformadores de lo real en tanto dominio que los trasciende, y además, en lo que hace a la venta de la fuerza de trabajo a cambio de lo necesario para vivir. Allí creemos que se ubica el campo problemático de producción y reproducción de las condiciones existentes, las que pautan y determinan el estado de la situación, la coyuntura, así como los horizontes de posibilidades y los franqueamientos posibles de todo ello. De todos estos complejos de haceres situados, que son algo así como los talleres de producción del sujeto, en lo más cotidiano y necesario, tomamos a su vez los más relevantes para caracterizar holísticamente a una totalidad que bien lo sabemos, nunca deja de estar abierta y de ser múltiple. Estos vectores de subjetivación incluyen a otros más circunscritos, y son cruzados a su vez por otros más generales. Pues existen algunos, por ejemplo la prostitución o los estudios universitarios, que si bien están presentes no hacen a la singularidad de estos fenómenos, el complejo de cualidades que los hacen particulares. Lo mismo sucede con el oficio de manejar vehículos, sea como taxista o como camionero transportando mercancías o residuos, que se encuentra incluido en algunos de los tipos seleccionados junto a otras prácticas específicas. Es una cuestión cuantitativa, pero como todas depende de las cualidades que en su encuentro generan una síntesis, abierta y en devenir, pero no por ello inespecífica.

En esa búsqueda, es importante también dar cuenta de la existencia e intentar trazar los procesos transversales de mayor relevancia que se relacionan diferencialmente con cada uno de los vectores de subjetivación caracterizados por los haceres productivos y sus condiciones sociales. Se trata de la afrodescendencia como carácter etnicorracial que impregna todo el conjunto. También están los mecanismos de estigmatización que se reproducen internamente y que se amplifican terriblemente a través de los medios masivos de comunicación, en especial por la televisión. Y por último la pasta base, que más allá de ser un sistema de distribución y consumo alrededor de una sustancia tóxica e ilegal, es el emergente del proceso de reproducción de la exclusión en general, donde se expresa la retroalimentación del sistema, se entretejen las redes autodestructivas.

10

Sosteniendo otros hogares

Comencemos con uno de los enunciados de nuestros entrevistados: «¿Y de dónde son esas mujeres que hacen comer a los niños de Punta Gorda y Carrasco?». Efectivamente, como planteaba Martín, por debajo del manto de estigma socialmente existente en torno a los casavallenses, existe un importante sentimiento de respeto y afecto por aquellas mujeres que han sido y siguen siendo empleadas en algún hogar de clase media-alta y alta en las zonas consolidadas de la ciudad, en especial en las ubicadas en la franja costera. Existe todo un ejército de sostenedoras de hogares oriundo de la periferia, y en particular de nuestra zona. Alcanza con observar la dinámica del transporte urbano: día a día, en las mañanas, se saturan los ómnibus desde la zona hacia los barrios más acomodados. Lo mismo sucede en el viaje de retorno, invirtiéndose los desplazamientos cuando cae el sol. Esto también tiene como efecto que se generen diferencias en los públicos que hacen uso de los medios de transporte, cualificando los recorridos, sus sentidos y momentos.

Las tareas que desarrollan las mujeres empleadas en diversos hogares conforman un abanico bastante extenso y múltiple: desde la limpieza y el cuidado en general del espacio y la vestimenta, a encargarse de la puerta de la vivienda frente al exterior (una portera) y el cuidado y la crianza de los niños y adolescentes, así como de los más ancianos de las familias. Además de los hogares, existe el amplio campo de la limpieza de espacios de actividades públicas y privadas, hasta ahora organizado en empresas que contratan en muy precarias condiciones laborales los servicios de las trabajadoras. Dadas estas circunstancias, lo más deseado ha sido obtener un puesto en algún hogar de altos ingresos, antes de tener que enfrentarse constantemente a la búsqueda de jornales diarios en la incertidumbre de trabajos esporádicos. Igualmente, en muchos sentidos, algunas han encontrado mejores estrategias en estas situaciones transitorias que permiten cierta flexibilidad de horarios y actividades.

Pero volvamos a las configuraciones que son matrices del presente, a las experiencias y la producción de subjetividad que estas conllevan, en una mediana y larga duración de la historia social del lugar. Uno de los formatos más tradicionales, presente desde las generaciones mayores y de a poco entrando en desuso, es el de la llamada «sirvienta con cama». Se trata de un modelo tradicional, ligado directamente a las formas culturales de medios rurales, en la confrontación de la ciudad frente al resto del territorio, y tiene una presencia significativa en los imaginarios y los procesos identitarios tanto de

quienes se encuentran de un lado como del otro, de quienes ponen su fuerza de trabajo como de quienes se sirven de esta. Los propios términos con que se define esta tarea en la jerga cotidiana son una expresión de las herencias actualizadas por la figura relacional. Evidentemente está asociada al contrato feudal de servidumbre, de la relación amo-esclavo conceptualizada por Hegel y tan presente en el pensamiento filosófico del siglo XIX, más ligado al análisis crítico en las ciencias humanas y sociales posteriores.

Este carácter de servidumbre se encuentra expuesto en las experiencias de aquellas mujeres migrantes que llegaran al lugar desde mediados a la década del sesenta del siglo pasado. Ante todo sobresale el imperativo de las condiciones de existencia, que determinaban de una manera muy poderosa las escasísimas posibilidades que se le presentaban a estas mujeres, en contextos y escenarios donde reinaba la vulnerabilidad y la fragilidad subjetiva. Escapando del hambre, de los golpes, de una sumisión primaria en formas familiares y sociales jerárquicas y autoritarias, lo más parecido a una línea de fuga lo constituyó la migración desde cualquier sitio hacia la ciudad capital para trabajar en el seno de una familia montevideana o asentada allí, de estratos medios-altos y altos, preferentemente habitando en el lugar. La expresión «con cama», refiere a un espacio pequeño donde entra una cama, un mueble más y donde se puede o no contar con un pequeño baño a disposición.

Cuando dialogábamos y pensábamos juntos sobre estas cuestiones con Sandra, Margot, Silvia, María, Lucía y tantas otras vecinas, históricamente dedicadas a estos menesteres, recordábamos a aquellas mujeres conocidas en los hogares de muchos amigos y conocidos, colegas y vecinos. Es como un paso hacia el otro lado del escenario, un giro copernicano que nos permite comprender la realidad de estos fenómenos desde los dos tipos de participantes principales. Como nos recordaban estas vecinas que vivieron durante largo tiempo en las casas de sus patrones acomodados, tuvieron la experiencia de conocer a través de la convivencia otras formas de vida consideradas de mayor estatus social que las propias. Similar al etnógrafo, en este punto, compartimos la experiencia del extrañamiento, de la mirada paradójica que toma distancia adentrándose, una exposición a otras formas de subjetivación que nos atraviesan a la vez que no dejan de ser diferentes a las consideradas como propias. En la mayoría de los casos de quienes hoy son las abuelas y bisabuelas en Casavalle, la alianza matrimonial significó la posibilidad de liberarse del encierro o de la dependencia más en general, que en gran manera era sentida con frustración y desesperanza. Los lazos que podían existir con las familias de procedencia se encontraban fuertemente afectados por la distancia física y social. Alguna carta en el caso de que se supiera leer y escribir, alguna llamada telefónica más tarde.

María: Cuando me vine para acá, trabajaba de doméstica, para traer algo para mis hijos. Y después cuando me separé de él [primer marido], no, porque, como vendía carne y trabajaba en la cantina yo lo ayudaba a él [Juan, su marido] [...]. Había seis gurises para dar de comer. Él, como quien dice, agarró la gallina con todos los pollos [...]. En casa de familia, 8 de Octubre, Asilo y Comercio, por ahí [...]. Divino, aparte allá afuera yo me crié trabajando de doméstica. Yo tenía nueve años y me subía a un banco para fregar la cocina de mi patrona [...]. Por eso tengo todas las manos reventadas. Y después de criar esa cantidad de gurises, criar míos y después ayudar a criar los nietos, como esta [...]. Común, tengo cuatro nietos, y después de los otros tengo una porretada de gurises, tengo bisnietos, cuatro ya. [...].
[Estando con él no trabajó más de doméstica] Incluso comía todos los días: yo era más flaca, él tiene la culpa de que esté obesa (*risas*), porque me enseñó a comer todos los días. [Llegan a la casa actual] El 8 de Octubre, me acuerdo como si fuera hoy porque fue la gran colecta que se hizo para el [hospital de] Clínicas, que equiparon, que nos vinimos para acá, fue en 1978, hace treinta años.

Una cosa es ser «sirvienta con cama» y otra muy distinta trabajar «en casa de familia». Cuando narraron grupalmente sus historias de vida, María ya nos decía lo similar que le resultaba su trayectoria y la de su marido, con más de una década de diferencia. También había crecido en un contexto donde el conjunto consanguíneo de hermanos había sido desperdigado, y algunos pasaron a vivir bajo la autoridad de algún propietario rural. En estas circunstancias, los niños y las niñas se configuran trabajando, es decir, viviendo en la constante entrega de sus fuerzas en prácticas solicitadas y exigidas por una autoridad, la cual se distingue de la familiar por su ajenidad de parentesco y su imposición física y simbólica sostenida en la distinción de clases sociales. María valora como muy positiva la experiencia en la ciudad capital, una vez migrara. Se había «criado trabajando de doméstica» y fue ganando en autonomía a lo largo de un proceso que le permitió desprenderse de las ataduras de un contrato cuasi feudal. Igualmente la situación no era para nada sencilla, con seis niños a cuestas y cerrando la relación con el que hasta entonces era su pareja. Pero es entonces cuando se une con Juan, en el Jardines del Borro de principios de los años setenta, cuando alcanza niveles de seguridad para todo el núcleo familiar, el cual a su vez será ampliando profusamente. A diferencia de otras situaciones, y a su vez bajo otras condiciones, la posibilidad de trabajar en hogares de clases medias-altas y altas aparece como un hacer productivo y tendiente a la autonomía. Hacerse cargo de una cantina-almacén local, donde se nucleaban los vecinos y las organizaciones de entonces, tampoco era tarea fácil, quizás el esfuerzo físico fue mayor, pero la satisfacción también. «Aprender a comer todos días», como nos dice, es un proceso que reconfigura

toda la subjetividad y este tipo de fenómenos hacen a los procesos de subjetivación presentes en las identidades del lugar.

La trayectoria de vida de Lucía nos pone ante un caso muy significativo en lo relativo a las circunstancias, las decisiones y sus efectos en el contexto que nos ocupa. Nace en 1951 en la aún hoy pequeña localidad de Reboledo, cercana a Casupá (departamento de Florida), esta última una típica villa de principios de siglo xx fundada por dos emigrantes catalanes sobre tierras que antiguamente pertenecían a la familia de Artigas y que habían habitado poblaciones minuanas de la macro-etnia charrúa, en el corazón del posterior territorio nacional. Su madre, afrodescendiente del medio rural, «una negra maravillosa, pero que solo se dedicaba a trabajar y trabajar, y nada más», residía en una estancia, en la cual solo le era permitido mantener a los hijos varones y se le exigía desprenderse de las mujeres «porque no servían para el campo». Nunca fue reconocida legalmente por su padre, el mismo de todos sus hermanos. Es así que sus primeros años de vida los pasó en un orfanato del entonces Consejo del Niño, antecesor del actual INAU, ubicado en Montevideo. A los tres años de edad fue trasladada a un colegio de monjas, retornando a Casupá, donde vivió como pupila hasta los ocho.

Según lo recuerda, le mostraron a su padre por las calles del poblado, y por salir una vez a estar con él y desobedecer los campanazos que las monjas hicieron sonar para llamarla, fue expulsada. En ese momento apareció un matrimonio que la tomó bajo su custodia, en esa mezcla de empleada doméstica e hija adoptiva que la signaría de allí hasta la adolescencia: «Para la limpieza y todo eso». A los doce años le surge el deseo y la necesidad de emigrar hacia Montevideo en busca de otros horizontes, y lo hizo bajo la misma condición, llegando al acomodado barrio del Prado. En un «raro» suceso, es acusada de haber robado un reloj, por lo que es librada a su suerte y captada otra vez por las instituciones del Estado. Ella misma se apersonó en la seccional policial más cercana, y de allí la derivaron a un nuevo hogar, esta vez para adolescentes trabajadoras, ubicado en el mismo barrio del Prado. Desde allí concurría a clases de «labores», como peluquería, corte y confección, hasta el otro extremo de la ciudad, en Punta Carretas. Después «la sacó» un matrimonio de altos ingresos, y pasó a ser nuevamente una combinación de empleada doméstica e hija adoptiva. Esta vez quedó ubicada en un hogar de sectores altos, de personas muy bien acomodadas en la sociedad de entonces: el hombre, un ejecutivo que presidía una institución bancaria estatal y con muchos contactos en el gobierno tanto democrático como dictatorial después. Viviendo en la zona de la rambla costera del barrio de Pocitos, algo no le cerraba.

«Me faltaba conocer la otra parte, de las necesidades»

> *Lucía*: No me faltaba nada, me falta sarna para rascarme. Pero el problema era que yo quería ver la otra cara, cómo se lucha para tener algo. Porque yo decía «ah» y lo tenía, gracias a la Virgen y Dios lo tenía. De ver realmente las necesidades, cómo hacés para luchar, para tener algo. Porque fijate que yo estaba en pleno Pocitos, me iba a Punta del Este [...], nadadora en el océano, en La Paloma [...] Después vine y le dije a mi madrina «Mirá, madrina, yo me voy a casar», «Pero, m'hija, ¡vos no sabés lo que es!». «No, no sé lo que es, pero quiero conocer la otra parte». El sacrificio, lo que es luchar [...] Una parte estaba como empleada de servicio, y como hija, como las dos cosas, porque los viejos no tenían a nadie [...]. Estaba viviendo bien, como rica. Me faltaba conocer la otra parte, de las necesidades [...]. Yo quería conocer el punto de sacrificio, hasta dónde te da la plata, de tu lomo. Por ejemplo, el gas, pasar necesidades, ir a la feria y tener tu plata y decir por ejemplo «hasta acá llegó». Y yo ahí tenía plata, no era mía, pero sí tenía. Que incluso yo tenía plata en el banco... como una empleada que estaba depositando... que nunca pregunté nada, eso ya se habría muerto todo, ¿te das cuenta? Eso era la parte de la necesidad, de salir a lucharla [...]. Porque yo sabía que todo eso no era mío, no era mi familia. Y si pasaba algo, ¿qué hacía yo?

Efectivamente, la ambivalencia de la situación la llevó a salir en busca de su destino. La presunta seguridad con la que era arropada tenía un grado de incertidumbre muy grande y nuevamente la opción parecía ser el matrimonio. Pero esta vez las cosas no salieron como en los otros casos y el cambio de contexto fue abrupto. A los dieciocho años se casó con un muchacho que conoció en el barrio, empleado de una zapatería y se fue de aquel apartamento de gran confort luego de diez años de residir allí, en la etapa de la vida que la llevó de la niñez a la adolescencia. Pasaron a vivir por menos de un año en una pensión cercana. La hija llegó rápidamente y encontraron vivienda en Piedras Blancas, barrio vecino de Casavalle. Allí quedó sola con su pequeña, pues su marido mantuvo una relación con otra mujer, lo que lo llevó a ausentarse cada vez más. «Mi madrina me lo había dicho»: el matrimonio que la había cobijado por una década se mantuvo allí, dispuesto a ayudarla en lo que fuera necesario, pero ella no pasó más allá de hacer algunos trabajos para ellos, como pintarles el apartamento. Tuvo que dejar la casa que alquilaba allí y quedó en situación de precariedad, pero con la convicción de que aún menos que antes podía volver a la situación de dependencia en la que había estado de soltera.

Es así que las autoridades ya dictatoriales le asignan una vivienda precaria en la zona este de la periferia montevideana, lo que recuerda como el peor momento de su vida. Le habían ofrecido eso como transición hasta que

pudieran derivarla a la Unidad Misiones *(Los Palomares)*, a donde llega por fin a instalarse y donde sigue viviendo hasta nuestros días. Nunca más ejerció como empleada doméstica, pero mantuvo vínculos en Pocitos que le permitieron desempeñar trabajos más o menos estables por unos años, como el de cocinera en una empresa familiar de conservas de tomates. Posteriormente, en *Los Palomares*, termina de cortar definitivamente la relación con su marido y conoce a su nueva pareja la cual la acompañará por más de tres décadas, hasta su fallecimiento con la que tendrá dos hijos más, y será recordado con mucho afecto por parte de su primera hija y los vecinos del lugar. Con él se lanzará a trabajar puerta a puerta, vendiendo varios tipos de productos, lo que desarrollaremos en capítulos siguientes. Lo que corresponde tener presente en este momento, es la lucha que tuvo que llevar a cabo para mantener la custodia de su primera hija en el contexto de su llegada al barrio y el cambio de pareja, en una situación muy desigual y en clara inferioridad de condiciones ante el padre de la criatura, más el contexto dictatorial de fines de los años setenta del siglo pasado. De ser una muchacha que vivía para sostener otro hogar, el cual sentía como propio y ajeno, pasó a un gran combate por crear el suyo propio. La vulnerabilidad en la que se encontraba parecía definir la situación a favor del padre de la niña, quien mantenía los rasgos sociales y culturales de la típica clase media de entonces, pero que no se hacía cargo para nada de la manutención de la pequeña y la acusaba de mantener una relación con otro hombre. El juez terminó por darle la razón a ella, al cerciorarse de la atención brindada a su hija, del cuidado por mantenerla en la escuela, y todo ello con enormes sacrificios.

La situación de las generaciones más recientes tiene aspectos diferenciales. El contraste con las formas de vida en el hogar y en el trabajo se radicalizan, por la sencilla razón de que ya no estamos ante una configuración donde las mujeres comienzan a trabajar de domésticas desde la infancia, al punto de diluirse la familia de origen. Por el contrario, cuando hay que salir a trabajar siendo adolescente, el choque puede ser muy duro. Además, las diferencias generacionales van a la par de los cambios sociales y políticos que afectan la cultura. Si bien los sectores de procedencia siguen siendo los considerados como los excluidos, más desfavorecidos y precarios, las mujeres nacidas a finales de los años sesenta en la propia zona llevan incorporadas otras pautas culturales, entre las cuales la servidumbre no representa lo mismo que antes. Igualmente, el trabajo doméstico sigue siendo una de las alternativas laborales más importantes, pero las formas del contrato, la significación y el ejercicio de la práctica son sensiblemente diferentes a los experimentados por sus madres y sus abuelas.

«... lo que uno piensa es eso: comer bien»

> *Margot*: Trece años tenía cuando mi madre me dijo: «¿No querés ir a la escuela, querés andar en la calle? Para que andes de novia por ahí, ¡no señor! A trabajar». [Y empecé] en casa de familia, en el Parque Rodó, me acuerdo como si fuera hoy. Con una familia de judíos; ¡no sabés lo que padecí! Fue un golpazo. Porque vos venís de muchas carencias, o sea tenés muchas carencias, en esos momentos, y vas a un lugar donde ves grandes cosas que son una maravilla, y decís: «Acá vas a comer». Porque, digo, desgraciadamente, lo que uno piensa es eso: comer bien. Y comés horrible y seguís teniendo las mismas limitaciones... Fue mucho para mí con 13 años. Y siempre le cuento eso a mis hijos, siempre fui medio transgresora, nunca me callé la boca. Entonces la gurisa de la casa —rubia, de ojos celeste, ¿viste?—, toda bien... y mirame a mí: yo, negra, no porque me tiro abajo... más vestida, con su casa... yo vengo, trece años, nada, flaquita, me miraba, se reía...: «¡Andá a cagar, andá a cagar, nena! ¿Sabes? Yo me voy» [...]. En el momento no lo pienso. Ahora último me pasó algo parecido: el tipo andaba con otra mina, yo lo vi, y el tipo se sintió amenazado por mí, porque yo tengo relación con la mujer de él... me viene a reclamar a mí porque andan diciendo [...]. Yo trabajaba en un boliche, en Gonzalo Ramírez, ahí frente al Parque Rodó. Y ya te digo, son conocidos míos. El tipo me ofreció el trabajo, sí, no me servía el sueldo, pero bueno, ta, mientras tanto... Y ya te digo, lo descubrí a él con otra mina, y entonces el tipo se sintió amenazado y me quería correr. No sé lo que quería. Porque en definitiva yo no saqué nada en blanco [...]. Como que me quiso amenazar. «No me metas nada porque no me cabe nada» (ya me salió el cantegril) [...], «solo le tengo miedo a Dios, tomá la llave».

Es evidente que la experiencia inicial para Margot fue frustrante: ella pensaba que iba a poder comer, es decir, asegurar una de las necesidades básicas que siempre fueron difíciles de satisfacer en su núcleo familiar. Pero efectivamente, el acceso a una condición un poco más digna no le estaba permitido. Conjuntamente con esta dura realidad, más para una adolescente, se encontró con un escenario donde se sentía constantemente estigmatizada nada más ni nada menos que por la figura correspondiente a su misma generación, del tipo «niña rica». ¿Cómo aceptar, en el marco de interacciones cotidianas en un mismo campo de experiencias, que alguien tan cercano desde el punto de vista generacional y de género sea tan distante desde el económico y la condición de clase? Como se desprende de su discurso, también podemos observar la presencia de factores asociados a los rasgos étnico-raciales que son puestos en juego: la hija de la señora del hogar como rubia y blanca, y ella como morocha, negra y delgada. Quizás en otras configuraciones subjetivas, como las de las generaciones anteriores, o en contextos donde es más

evidente la desigualdad social asociada a la procedencia étnica, lingüística y demás, esto no pueda ser comprendido, pero en la sociedad uruguaya de entonces operaba una especie de dinámica contradictoria en los mecanismos de exclusión-inclusión, estos últimos principalmente asociados a la educación con la tradición laica y pública. Se hace por tanto muy difícil sostener una condición de este tipo, donde en unos sentidos se es semejante y en otros se es subordinado. Efectivamente, toda condición de exclusión guarda algún núcleo de contradicción, y más aún, de perversión, cuando se es incluido a través de la exclusión (Sawaia, 2009).

Para muchas, y focalizado en las generaciones anteriores, donde todavía el modelo de trabajo era el estable, en un mismo sitio y demás, culminar con el contrato de hecho era y es una tarea muy difícil. No son pocos los relatos sobre las idas y venidas entre patrones y oficinas públicas, acuerdos y desacuerdos sobre el pago de los despidos o los aportes jubilatorios. Las normativas al respecto han sido modificadas recientemente en 2008 y se sabe lo difícil que es llevar esto a la práctica, fiscalizar que no existan irregularidades en el empleo doméstico. Se trata, como con el peón rural, de las situaciones históricamente paradigmáticas de la exploración local y regional.

En algunos casos, como el de Margot, se resignan los aportes para cobrar el despido, cuando la edad todavía permite seguir buscando y desarrollando otras actividades. Pero próximos a la edad de jubilación, las cosas son más críticas. Luego de décadas de estar sosteniendo un hogar ajeno, una mujer puede quedar desamparada. En medio de los vaivenes burocráticos y penales, si se llega a esas instancias, hay que seguir sobreviviendo como sea.

«Te limitan a reclamar lo tuyo, porque vos necesitás»

> *Margot*: Cobré un despido en el trabajo este que yo tenía, me fueron cortando días, después horas [donde cuidaba a los niños]. Fui al Ministerio de Trabajo [y Seguridad Social] y le vine con la cuenta [por despido]. Me quería pagar diez mil y era mucho más. Yo tenía siete años de trabajo, era mucho más. Se lo cobré, obviamente, pero yo sabía que tenía que salir [al ministerio]. Yo sé que otro trabajo así no voy a conseguir pero... Fui al ministerio, le vine con la cuenta y bueno, el tipo puso el grito en el cielo... Además de que nunca había tenido aportes. Entonces, como a uno, a veces, te limitan a reclamar lo tuyo, porque vos necesitás... «Vamos a hacer de cuenta de que usted me pagó el BPS. Págueme el despido». Fue una amenaza suave, con diplomacia: «Y no fui al BPS», ahí me tiene que dar la vida de él.

Parece profundamente dificultoso poder escapar de las duras condiciones que limitan la vida en estos sectores y subcampos informales de trabajo. Las alternativas para una mujer casavallense son pocas, y se requieren mucha

constancia y perseverancia para intentar salir adelante a partir de otras prácticas laborales, otros haceres más en general donde sea posible avizorar nuevos horizontes de autonomía y mejoras en la calidad de vida. En los momentos en los que hicimos nuestro trabajo de campo e intervención, muchas eran las vecinas y los vecinos que se encontraban desocupados. Margot misma por ejemplo, luego de haber hecho la maniobra descrita intentando anticiparse a los acontecimientos que se le venían encima, había experimentado recientemente otro episodio conflictivo en otro ámbito laboral, pero asociado igualmente a la limpieza. En su discurso, estos episodios y los de su inicio como empleada doméstica aparecen juntos, ligados por el sentido que le otorga a ambos. Igualmente no puede quedarse con los brazos cruzados: «Si no consigo, invento algo en casa».

Es también con las manos y ahora en su propia casa, desde la elaboración de alimentos a la despensa de garrafas de gas, como logra encontrar estrategias ante un mercado que la excluye sistemáticamente. Como ella misma plantea, esta exclusión también lo es de diferentes tipos de capitales sociales y simbólicos, fruto de las interacciones con otros sujetos en diferentes ámbitos de la sociedad (Bourdieu, 2000), y principalmente cuando de ello depende no quedar encerrado en la lógica de aislamiento y repliegue sobre sí que ya opera poderosamente en cada fragmento de los territorios de la zona. Trabajar en otros lugares, en los espacios cargados de desigualdad y relaciones de poder, en la diversidad de subjetividades presentes, habilita la proliferación de redes en tanto nuevas posibilidades de desarrollo.

Como vemos, estos modelos laborales, y los procesos de subjetivación más en general, se encuentran absolutamente pautados por la condición de género, y se extienden en una variedad de campos de experiencia: desde las actividades más íntimas en el seno de hogares económicamente opuestos a los de procedencia hasta la limpieza en cuadrillas nocturnas en espacios de servicios públicos y privados como la hostelería, la banca, etc.. Generación tras generación se puede detectar una progresiva distorsión, una conflictividad en aumento, pues el modelo, aunque vaya transformándose desde la *sirvienta con cama* a la empleada *en casa de familia* o *doméstica*, no encuentra fácil reproducción. Igualmente, se estima que existen algo así como cien mil mujeres ocupadas en este tipo de prácticas en todo el país, el segundo contingente de trabajadores después de los funcionarios públicos, tan significativamente importantes para la construcción de los imaginarios nacionales. De todas ellas tan solo la mitad ha logrado regularizar su situación. Mientras tanto, las autoridades ministeriales y principalmente el sindicato que las organiza no cesan en sus acciones por sumar a las miles de desconocidas que día a día se encuentran sosteniendo otros hogares, así como para dignificar las condiciones generales en las que se encuentran. A finales de 2006 se aprobó la ley que busca regular sus condiciones laborales y al año siguiente se llevó a cabo el primer consejo de salarios del rubro. A pesar de ello, para 2010 se estimaba

que la informalidad seguía siendo de un 57 %. La visibilidad de estas prácticas y el reconocimiento de su valor, es una problemática que pone claramente en evidencia las profundas desigualdades existentes y la construcción que simbólicamente se hace de ello.[17]

Para las jóvenes, las nietas y las bisnietas de aquellas primeras trabajadoras, el contexto parece ofrecerles otras alternativas, pero, al mismo tiempo, no logran efectivizarse. Uno de los emprendimientos que se han concretado en la zona es el de las experiencias de trabajo con jóvenes durante un lapso de tiempo aprenden un oficio y trabajan en las calles de la ciudad en la recolección de residuos. Ya lo hemos visto, es uno de los proyectos de la organización no gubernamental más antigua que opera en la zona. Margot y muchas madres ven que sus hijos no logran superar ciertas limitaciones al pasar por este proceso, pues el mercado laboral es un combate para ellos también, a quienes se les pide experiencia cuando están recién comenzando. Además, el hecho de que se trate de la recolección de basura, aunque sea en otro formato, desde donde se quiere generar un proceso de aprendizaje más en general, no deja de reproducir las condiciones de precariedad y de exclusión.

La limpieza en las calles no sirve como referencia para limpiar dentro de los hogares, hasta es contraproducente por el estigma que conlleva la calle en sí misma y la asociación que gestiona la tarea. Es como si los patrones sintieran que se trae consigo la calle a cuestas, la mugre y la violencia, a pesar de estar frente a frente y demostrar un buen desempeño en las tareas. El estigma social, amplificado y potenciado por los medios masivos, en especial la televisión local, no deja de estar presente en relaciones laborales tan especiales como estas, donde se ingresa al seno del hogar de los empleadores y se tiene a cargo el tesoro más valioso, los hijos de la familia. Por tanto, se tiene que ocultar la residencia, no mencionar la experiencia laboral ofrecida como incentivo para la integración social por las instituciones e insertarse en un contexto radicalmente antagónico al cotidiano. Una situación de las más esquizofrénicas, donde se da una tensión entre un mundo de más o menos confort asegurado, el de los servidos, y otro de carencias sustanciales, el propio y

17 Un estudio reciente que analiza el período 2005-2009 arrojó los siguientes datos principales: «[las empleadas domésticas constituyeron] el 15,8 % del total de las mujeres ocupadas; es una ocupación feminizada en extremo (99 %); dentro de la categoría 74,7 % se dedica mayormente a las tareas genéricas, 15,2 % al cuidado de niños y 10,1 % al cuidado de enfermos; el nivel educativo para los tres perfiles del sector es bajo (primaria completa 47,2 %, cuando en los trabajadores de todo el país ello refiere al 27,8 %); más del tercio son jefas de hogar; la mayor parte reside en el Área Metropolitana de Montevideo y Canelones, en concordancia con la distribución demográfica en términos generales; casi la mitad del total desarrollan jornadas reducidas menores a las veinte horas semanales, lo que constituye una de las fuentes principales de precariedad laboral; la cobertura de la seguridad social es la mitad que en el total de sectores de trabajadores; existe un aumento de trabajadoras formales de un 8 % anual que acompaña el crecimiento económico general, y también un aumento en el salario por hora» (MTSS, 2011, pp. 2-3).

el de los prójimos. El ocultamiento de la residencia se encuentra fuertemente asociado al ingreso laboral en la intimidad de los hogares empleadores, en el intento por evitar algo que tarde o temprano es sabido, a veces en las situaciones más críticas que impiden el desplazamiento desde el lugar al trabajo. Pero no parece haber más opciones: «No podés entrar a una casa de rico y decir "yo vivo en Unidad Casavalle"».

«Ser pobre no es ser sucio», nos reiteraba Sandra en variadas ocasiones. Esta vecina septuagenaria, que se desempeñó como doméstica desde que emigrara de la frontera norte hasta su casamiento con un hombre del lugar, experimenta como tantas otras mujeres que históricamente han sostenido otros hogares, aquellos de mayor capital acumulado en la sociedad, una contradicción permanente entre sus deseos y la realidad del espacio urbano en el que habita. Más que una doble actitud ante una misma cuestión, más que la existencia de dos modelos diferentes sobre lo que se entiende por lo limpio y lo sucio (Douglas, 1973), nos encontramos ante un choque de subjetivaciones en el cual se sale perdiendo una y otra vez. De allí la sensación de fuerte crítica y escepticismo ante las posibilidades de cambiar la situación del barrio, la frustración fruto de décadas de intentos por detener y hasta hacer desaparecer la mancha voraz de basura que se cuela por cada intersticio mientras no desaparece y seguramente no deja de crecer. Esta misma suerte de disociación y confrontación entre lo que se hace en los campos laborales y lo que se hace en el ámbito doméstico y barrial podemos encontrarla en otro conjunto de haceres predominantemente masculino, el de los relacionados al ejercicio de la fuerza socialmente controlada por los cuerpos policiales y del ejército.

En los cuarteles y comisarías, en Haití o el Congo[18]

Total integrantes	16.300
Total subalternos	14.800
Subalternos bajo línea de pobreza	60 % (20 % todo el país)
Subalternos bajo línea de indigencia	5 % (2 % todo el país)
Subalternos jefes de hogar	97 %
Niños bajo jefes de hogar subalternos	20.000

Tabla 3. Datos demográficos sobre militares subalternos en 2010

Fuentes: MDN y FFAA (I-Red Presidencia, 5 de marzo de 2010).

Los militares subalternos son tres veces más pobres que el total de la población uruguaya. Efectivamente, residen en su mayor medida en la periferia de las ciudades y en especial en nuestra zona, la cuenca Casavalle, en barrios tradicionales, complejos habitacionales y asentamientos irregulares. Como hemos planteado, la existencia de unidades del ejército como cuarteles y batallones, así como por las posibilidades de ocupación o de bajos gastos en vivienda hacen a los factores por los que se explica la fuerte presencia de la milicia en la vida de todos los involucrados en esta investigación. Estas cualidades se ven aún más extendidas y profundamente determinantes cuando tomamos en cuenta, además, al cuerpo policial. Los sueldos policiales son casi el doble que el de los militares subalternos, lo que genera un movimiento migratorio de un cuerpo hacia el otro, aunque esta situación está siendo alterada en la actualidad por efecto de las nuevas políticas sociales, desde las cuales estos sectores de la población han sido detectados como muy problemáticos.

A diferencia de los universos de experiencia antes analizados, como los tradicionalmente correspondientes a los haceres femeninos (como trabajadoras en la infraestructura de los hogares acomodados de las clases medias-altas y altas), ahora nos encontramos frente a fenómenos marcados por procesos institucionales precisos. Existe un aparato y una historia de su funcionamiento.

18 Presentado como: Álvarez Pedrosian, E. «"Los milicos de los boliches del Cerrito": búsquedas de ciudadanía y memorias de las resistencias a la marginalidad en trayectorias de vida subalternas», *Jornadas de estudio sobre religión, memoria, política y ciudadanía en el Río de la Plata*, Programa de Investigación en Antropología Visual, de la Imagen y las Creencias (PIAVIC) del Instituto de Antropología Social, FHCE, Udelar-Instituto Universitario Claeh, 16 y 17 de diciembre de 2010, Montevideo.

En tal sentido, el ejército uruguayo posee una genealogía muy intensa y un pasado reciente que hasta ahora le sigue cobrando por los errores del pasado. Existe una fuerte desconfianza hacia la institución castrense, asociada aún a lo que significó la última dictadura civil-militar (1973-1984). Pero la fuerte jerarquización interna de la institución, la gran desigualdad entre una cúspide mandataria y una multitud subalterna sumida en la pobreza e indigencia, no había aparecido tematizada en los medios masivos de comunicación locales hasta muy recientemente. Nuevamente nos encontramos con un mecanismo propio de los procesos de segregación urbana en las sociedades occidentales modernas y contemporáneas: aquellos que la padecen cargan con el signo de sus propios victimarios.

El ejército y la policía fueron constituyéndose en amplias redes de contención nutridas por los flujos migratorios en el último siglo, principalmente del campo hacia la periferia de la ciudad capital. Temporalidades de la memoria, fragmentaciones y composiciones de bloques espaciotemporales son, a su vez, inscritos en diversos formatos y soportes, dando lugar a narrativas singulares y singularizantes en sus contenidos y sus expresiones inextricables (Guigou, 2009). La religión es una de las principales tecnologías mnemotécnicas (Lévy, 1999), pero también lo es la «ideomitología» del Estado, en este caso el de bienestar batllista (Trigo, 1997) con su «religión civil» (Guigou, 2003), que vuelca en las instituciones modernas las cargas afectivas y los dispositivos de creación de sentido para los contingentes migratorios de entonces, no sin la presencia de otras configuraciones de creencias, pero sí hegemonizando los procesos. Y en esta dimensión de creación de imaginarios y procesos de subjetivación signada por lo instituido, el ejército es identificado de múltiples formas en una polifonía difícil de no ser escuchada en las periferias urbanas. Una diferenciación se establece entre el adentro y el afuera de aquella configuración identitaria, entre los migrantes directamente provenientes de las tierras transatlánticas y los de aquel «lejano norte» del mismo «interior», a una vez territorio y límite, híbrido y mestizo (Achugar, 1994). Para estos últimos, el ejército ha sido escuela, fábrica, familia.

La actual situación compleja en la que se encuentra la institución ministerial, en lo relativo al desproporcionado gasto en salarios presente en su presupuesto (González, Gonnet y Ramírez, 2005), puede ser visualizada como el crecimiento de la riqueza de la pequeña cúpula y la expansión de una base desplegada para captar a posibles miembros en los sectores populares y desfavorecidos por las sucesivas políticas modernas del último siglo. En la búsqueda de mejores condiciones de existencia, desplazándose por los caminos de la región hacia las ciudades tan solo con lo puesto, o con la familia nuclear, muchos hombres encontraron en el ejército un sitio donde instalarse en un sistema social excluyente por toda otra vía. Como hemos visto, Juan y muchos otros vecinos de las más antiguas generaciones presentes en la zona (en especial en el barrio Jardines del Borro) han sido casi captados,

podríamos decir, por las fuerzas del orden. Recordemos la narración de los acontecimientos que fueron llevando a Juan en su periplo por la ruta desde su Salto natal, una y otra vez a destacamentos policiales o del ejército, hasta que finalmente se incorpora a este por casi dos décadas. La ubicación de las instalaciones donde se encontraba reclutado fue decisiva para que pasara posteriormente a convertirse en uno más de los pobladores, en el proceso que iba convirtiendo a las chacras en quintillas gracias a los fraccionamientos, cuando los bordes urbanos alcanzaban la zona en su expansión.

Esta red de contención, desde el punto de vista de los sujetos constituidos y constituyentes de estos fenómenos, ha significado la base para el sustento de hogares, el desarrollo de las capacidades subjetivas, los horizontes de posibilidades para intentar salir adelante y forjarse un destino, es decir, la malla de relaciones en las que se inscriben acontecimientos y prácticas donadoras de sentido y significación. Evidentemente, los vaivenes de la institución marcan diferentes ritmos y tipos de vinculación que diferencian momentos y circunstancias. Quizás podamos apreciar la diversidad de relacionamientos en la experiencia del colectivo de hermanos varones de la familia Saldanha. De los nueve, siete son hombres, de los cuales cuatro han estado o siguen dentro del ejército.

> *Martín*: La corrupción empezó cuando los milicos empezaron a *coimear* a los jóvenes, pero creo que eso fue mucho antes de 1986, de que me fuera, porque tenía oídas de que los milicos negociaban con los *gurises* que salían a robar. Ahí va, llegó a mis oídos que había corrupción, que ya existiría. Y a partir de la corrupción viene la falta de respeto. «¿Cómo te voy a decir que no, si soy el que alimento tus sinvergüenzadas?» Después, otro *clic* que me hizo: yo venía de paso al Uruguay, una muchacha paró un patrullero y le dijo: «No te metas con mi hijo que ustedes comen de mi mano y si voy a hablar con el comisario, ¿sabés cómo quedas preso vos?» Lo puteó de arriba a abajo al tipo... no podían decir [ni] «a». Se ve que esta mujer le pagaba a ellos o a su familia, entonces, ¡cuidado! Entonces, ¿cómo podés pretender que haya respeto? De ninguna manera, no tienen potestad para decir: «No hagas». Y así se va pudriendo todo [...].
>
> *Fernando*: Yo ingresé el 1.º de agosto de 1982 y me jubilé en 1985, tuve un accidente dentro del servicio.
>
> *Martín*: Entré en 1983, pero todo fue a raíz de la falta de respecto de la policía con la gente de la zona.
>
> *Fernando*: Claro... En el tiempo de las razias y todo eso, nos llevaban. A mí me llevaron como dos, tres veces. Y me agarraron a palo y todo allí en Jefatura y todo eso. Y después le digo a mi hermano Gerardo: «Voy a hacer una cosa, porque estoy cansado de que traigan y te lleven, te *judean*, después te largan, después te llevan de nuevo... Yo voy a conseguir [plata] para sacarnos el carné de salud [y en Jefatura el certificado de buena conducta]

y vamos a entrar en el Ejército, que yo tengo un conocido allí, el capitán Araujo, que nos puede hacer entrar». Y fue así. Al otro día saqué el carné de buena conducta, fuimos a Comunicaciones 1 [donde trabajó, en el cercano barrio Peñarol] y ahí nos hicieron ingresar, con fecha 1 de agosto del 1982, y ahí ingresamos los dos. Y el 16 de noviembre del 1982 tuve el accidente. Se le escapó a un oficial un tiro y me entró debajo del corazón, a 5 cm, una 9 mm [y ahí sigue instalada]. Y allí en 1987 me jubilaron, como cabo de segunda, con 36 años de servicio [...].
Martín: No, yo no duré nada, yo era muy rebelde.
Fernando: Sigue mi hermano, que está para el Congo ahora.
Martín: Yo podía aceptar ser subordinado, pero no que me tomaran el pelo. Si hay algo en que tengo la razón y vos no, discúlpame pero no te la puedo dar.

No resulta casual el hecho de que se trate de una de las familias extensas afrodescendientes más identificadas con la zona. En esta cartografía de subalternidades, además de encontrarnos con quienes fueron niños y niñas rurales, se nos aparecen otros tipos, como el definido por la distinción étnico-racial. Se dan combinaciones, así como cada rasgo constituye un vector de subjetivación en sí mismo. Vale la pena anotar que el porcentaje de hombres afrodescendientes que se encuentran activos en la policía y el ejército duplica al que se encuentra entre los considerados a sí mismos como blancos (Cabella y Bucheli, 2006). Más adelante nos detendremos en lo relativo a los procesos de subjetivación transversales que se asocian a la procedencia étnico-racial y que constituyen uno de los componentes de nuestra cartografía de las subjetividades del Casavalle contemporáneo. Aquí vale tomar nota de cómo, en el seno de una de las familias más extensas y tradicionalmente pobladora de la zona (en particular de la Unidad Casavalle 1, *Las Sendas* por extensión), los haceres relacionados a los cuerpos policial y militar han estado significativamente presentes desde hace cuatro décadas, comenzando, no por casualidad, en el transcurso de la segunda parte de la última dictadura civil-militar. En aquellos primeros años de la década del ochenta del siglo pasado, el Ejército ofrecía tanto la posibilidad de acceder a escasos alimentos (pues además de los salarios, se distribuía carne y otros víveres) como a una categoría de *ciudadano* diferente a la que imperaba en el *statu quo* del régimen de facto, basado en una sospecha casi absoluta sobre cualquiera que no estuviera directamente relacionado a sus estructuras.

Estos mismos dos bienes, materiales y simbólicos, siguieron determinando las características que convertían a las instituciones castrenses en la solución frente a la condición de precariedad existente. A ello, en la última década, se le han ido sumando otros factores que hacen a una seguridad aún más plena desde el punto de vista social y económico, pero como hemos visto, la situación dista mucho de ser satisfactoria. No debe pensarse el relacionamiento de los sujetos con estas instituciones responsables de la seguridad

interna y externa del Estado como irreversible y totalizante; más bien todo lo contrario. La masa subalterna se mueve, en ella fluyen sujetos que entran y salen, eso sí, no con muchas posibilidades de volver a ingresar una vez que se han retirado. Constituye por tanto una estrategia de las posibles, pero una de alto costo. Claramente se advierten algunos de los posibles inconvenientes: una herida que deja secuelas crónicas o una experiencia que roza lo que puede ser evaluado por el sujeto como violencia y degradación.

Por eso mismo, ya fuera de contextos extremos como los de un ejército involucrado en el ejercicio de un gobierno dictatorial, arrastrando igualmente las determinantes históricas en una transición mucho más lenta que la acontecida en otros ámbitos sociales, la situación de quienes se encuentran inscritos en estos espacios y estos campos de experiencia ha ido cobrando nuevas características.[19] De los hermanos Saldanha, dos siguen en el Ejército, pero en situaciones diametralmente opuestas: Gonzalo, en el formato más tradicional —que acompaña su desempeño con otros trabajos relacionados al mantenimiento de casas y jardines en las zonas más acaudaladas de la ciudad— y Luis, quien es partícipe de la nueva etapa y de la resignificación que esta conlleva, al ser miembro de las llamadas misiones de paz de las Naciones Unidas en territorios de alta conflictividad, en este caso en la República Democrática del Congo (ex Zaire). Las partidas y llegadas de esposos, hijos, vecinos y conocidos a diferentes zonas de conflicto internacional han contribuido al ensanchamiento del horizonte antropológico de los habitantes de la zona. El mencionado Congo ex Zaire (y ex Belga, si nos remontamos más en el tiempo) y Haití se han convertido en referencias cercanas para los casavallenses, aunque sea nominalmente.[20]

19 Desde la década del noventa, una vez concluidos los procesos transicionales posdictatoriales en América Latina y caído el modelo bipolar con la desintegración de la Unión Soviética y su bloque: «[la] situación lleva a las fuerzas de la región a una "crisis existencial". Al cerrarse las posibilidades de tener una fuerza armada que, eventualmente, tenga que enfrentarse a un combate clásico, quedando como actividades principales la acción contrainsurgente u otras derivadas, la preparación para ese tipo de combate tradicional asume un carácter ritualístico. La institución en su conjunto mantiene fines trascendentes en los aspectos políticos, dado su autodefinición de organización fundadora de la Nación, garante de su orden institucional y social, pero no puede mantener una organización de combate similar a la de los países avanzados de Occidente» (Rial, 1991, p. 71).

20 «Desde los inicios de la década del noventa la participación en misiones de paz —sean o no de ONU— se ha convertido en una de las *tareas accesorias* para las que las FFAA movilizan más recursos y materiales [cita: [en 2005] son más de 2600 los militares uruguayos que participan [...] es el país que realiza el mayor aporte de militares a misiones de la ONU en relación con su población] [...] las motivaciones principales que explican el desproporcionado volumen alcanzado por esta *tarea accesoria* parece ser el complemento de las retribuciones del personal, la posibilidad de modernizar equipamiento y de entrenar al personal [...] ONU realiza importantes pagos por concepto de salarios los cuales son transferidos íntegramente [...] lo que representa para ellos ingresos muy relevantes [cita: Debe agregarse que [...] continúan recibiendo sus retribuciones normales, a las que se suman algunas otras mejoras salariales, además de ciertas ventajas en el cómputo de los tiempos

Una nueva lógica en lo relativo al llamado *orden mundial*, que incluye el despliegue de organismos internacionales en diferentes focos bélicos en latencia de mayor o menor intensidad, ha generado una alternativa para la institución militar nacional y más profundamente, en las subjetividades involucradas en sus filas que, como hemos visto, se nutren principalmente de habitantes de las periferias urbanas locales. Podemos decir que se establecen ciertas diferencias de clase entre los hogares que cuentan con ingresos procedentes de estas prácticas internacionales y los que. Para quienes, además, ya cuentan con cierta tradición familiar de relación con el cuerpo castrense, la nueva situación fomenta la reproducción con la incorporación de las nuevas generaciones. Algunas familias están integradas, como hemos visto, por varios hombres y también recientemente por mujeres involucradas al ejército y a la policía. La familia de Marta, por ejemplo, de fuerte presencia en *Las Sendas* en tanto vecinos históricamente asentados en el barrio, se sostiene en gran medida por este tipo de ejercicios llevados a cabo por su marido, lo que ha motivado que sus hijos fueran ingresando de a uno al cuerpo militar. La situación de uno de ellos es sintomática, constituyendo su propio núcleo familiar con la llegada de un nuevo niño:

> *Marta*: [...] recién están haciendo esa casita, porque nos falta un [lugar] [...] y él recién ingresó en el cuartel. Viste que él estaba tres meses en un lado, tres meses en otro... Nació el niño chico, y bueno, dijo «tengo que buscar la seguridad». Y el sueldo no es mucho, pero ta, con las ventajas y posibilidades de que él pueda... la ventaja del milico. Tengo otro que hace dos años que está. En dos años los préstamos del [Banco] República y le dan cincuenta *palos* [mil pesos uruguayos]. Entonces, con eso terminás tu casita. O sea, al Estado lo tenés que usar, antes que él te use a vos [risas].

Las «ventajas del milico» son difíciles de igualar: acceso a sueldos internacionales, a préstamos, etc. Se trata de nuevas formas de alcance global de algo que viene de lejos: la migración campo-ciudad, los contextos de pobreza rural y esta red de contención principalmente masculina desde la cual logran sostenerse muchísimos hogares de la periferia. Es muy interesante el efecto de extrañamiento que se genera cuando contrastamos el panorama de tantos vecinos directamente involucrados en estos fenómenos, atravesados por estos procesos, y el concerniente al manejo de los sesenta millones de dólares americanos anuales que ingresan a las Fuerzas como pago de

necesarios para acceder al derecho de retiro. Por otra parte, la participación en misiones de paz constituye un mérito a la hora de los ascensos, etc.] [...] ONU ha incurrido en recurrentes atrasos de meses en las partidas [...] las tareas [...] son básicamente de patrullaje, supervisión de actividades y desarme de grupos irregulares y —de hecho— apoyo comunitario y *control social*, ya que operan típicamente en *áreas sin Estado*» (González, Gonnet y Ramírez, 2005, pp. 19-20).

las prestaciones por parte de la ONU. En estos momentos, en los cuales se debate en torno a las condiciones de vida de los sectores vulnerables de la sociedad desde el rosto de los miles de militares subalternos, se develan una serie de fraudes y malos manejos de los fondos que desde 1992 comenzaron a ingresar a la institución. Es importante anotar que la institución castrense recién fue objeto de auditorías por parte del Estado en estos últimos años, en el contexto de grandes cambios.

En la caracterización de este vector de determinación y generación de procesos identitarios, desde una mirada extrañada (lo más próxima y lejana a la vez), se hace necesario problematizar la realidad desde el núcleo de sus contradicciones, ambivalencias y paradojas. La pregunta —que de obvia parece nunca formularse— sería: ¿cómo es posible que la zona sea, al mismo tiempo, una de las consideradas como de mayor delincuencia y una de las de mayor concentración residencial de militares y policías? Estos trabajan en toda la ciudad, en todo el país, y hasta en el extranjero en el caso de quienes pasan a ser contratados como cascos azules en las misiones de paz de la ONU. Pero su propio barrio aparece ante la opinión pública —amasada principalmente por la televisión y muy presente hasta en sus propios habitantes— como la *zona roja* por excelencia.

Cuando nos informamos sobre cuáles son aquellas tareas que no son de combate y que de hecho desempeñan quienes participan en misiones militares en el África ecuatorial o en el Caribe —apoyo comunitario—, quedamos consternados ante una realidad disociada y hasta opuesta entre lo que se hace afuera y lo que se hace allí, en casa. No se trata de que los propios sujetos que son miembros de los cuerpos militares y policiales tengan que tomar por sus manos el impulso por el desarrollo de la localidad. Tampoco sirve explicar la situación sobre la base de teorías conspiratorias y utilitarismos donde todo se reduce al interés individual. Lo que antropológicamente es relevante es la existencia de estos mundos, campos de experiencia, planos de inmanencia, que operan según esta disociación y contradicción, y cómo ello se relaciona con las formas de ser, las identidades y las subjetividades que conforman y son conformadas en y por esas realidades.

> *El hecho de que haya tantos vecinos de la policía y el ejército, ¿no hace que la ley esté más presente? ¿Cómo conviven ambas cosas?*
> *Silvia*: Mirá, claro. Primero, el que es milico del cuartel es milico del cuartel, vive en su casa. Porque aparte viste, siempre tiene eso de que es: «Acá mando yo y yo vine», como dice mi hermano: nacen uniformados y mueren uniformados. El coronel es coronel hasta que se muere, en cambio el de la policía, después que se jubila, pasó a ser un *pichi*. El de la policía, en lo posible, no se mete porque, no tanto los que se drogan, pero los que roban, con los de la policía, no va. Ni te digo los de la [Guardia] Republicana o los de la Metro[politana]... a [los pastabaseros] no los dejan vivir [...].

El único milico que vive en el barrio, que se da con todo el barrio, que no tiene problema nunca, jamás, es mi hermano. Mi hermano, desde el año 1958 también se mudó acá. Y él toda la vida fue milico hasta que se jubiló [recién]. Jamás mi hermano tuvo problema, porque él siempre trató de ayudar. Siempre trató de ayudar a todo el mundo. Dentro de lo que él pudo, como persona y como conocía, siempre ayudó a todo el mundo. Sin arriesgar, porque... obvio. Pero, por ejemplo, hay un muchacho que una vez lo agarraron mal y lo metieron preso. Lo tuvieron a palo, a palo y a palo. Y dice «Una noche me llevan al baño, me dicen "lavate la cara", voy a la celda, tenía comida: me habían llevado chivito. Estaba muerto de hambre, pero no sabía si comer o no: "¿Qué es, la última cena? Después de esto me matan"», dice, «porque me dieron dos días palo y ahora.... Me preguntaron: "¿estás bien?". Cuando sentí la voz de tu hermano.... "¿Qué te pasó?"». Ta, no sé cómo lo arreglaron ahí, fue preso, pero... Como él dice «Yo reconozco, yo perdí bien, y ta voy a ir preso, pero no veo por qué me tienen que pegar» [...]. Siempre tuvo tipos de reacciones así.

Pero vos ves que en lo general...
Silvia: En lo general, nadie se mete. Es para peor. Aparte, si no sabés hacerle frente a la situación, ta, te tenés que mudar porque...

Está claro que el problema radica en los límites de esta tensión, en lo soportable que pueda llegar a ser,[21] en la terrible aporía de la violencia como generadora de realidad, y por tanto de existencia (Taussig, 2003). En este sentido, *estar armado*[22] tiene una significación muy relevante, asigna una

21 «Pobreza dentro de un contexto de violencia parece ser el mecanismo estándar de integración de los marginalizados urbanos. Segmentos considerables de la población de América Latina sobreviven en la economía y sociedad informal, donde se comparte la pobreza y la violencia diariamente [...] Es paradójico que varios gobiernos latinoamericanos, como los líderes populares y las autoridades religiosas en su contexto local, han aceptado una coexistencia pacífica de facto con los actores no estatales de la violencia, mientras que ellos públicamente no constituyen una amenaza para las autoridades políticas de nivel nacional. La pregunta clave es, por supuesto, cuánto tiempo más la estabilidad del orden económico, social y político en América Latina puede ser garantizada en este precario equilibrio entre los niveles "aceptables" de exclusión y los niveles "aceptables" de la violencia» (Kruijt, 2008, pp. 67-68).

22 «Los policías se caracterizan por encontrarse en condición de *armados*. Por un lado, se puede decir que se encuentran literalmente *armados*. Portan un arma, la cual se convierte en un signo y en un instrumento de autoridad en el mundo policial. Posee una imagen de fuerza, tiene la capacidad para inspirar temor ante los otros y se le considera sinónimo de seguridad personal [...]. Sin embargo, en un sentido figurado, también se puede señalar que los policías están *armados*. Es decir, los policías, al pertenecer a la institución, van reconociendo el conjunto de conductas de rol apropiados, desarrollan habilidades y destrezas laborales, y se van ajustando a las normas y valores del grupo y de la institución misma» (Suárez de Garay, 2005, p. 94).

identidad asociada a la autoridad, pero de un tipo particular: exige tener una suerte de *armadura* en el vecindario, en los espacios cotidianos de relacionamiento, en la cercanía de otros militares subalternos o policías; de ahora, de antes o del futuro próximo. Es evidente el carácter fragmentario de esta lógica de producción de subjetividad, lo que se traduce en narrativas discontinuas y memorias más o menos inconmensurables.

Por 1970, el poeta y cantante Alfredo Zitarrosa capturaba esta realidad antropológica en su *Chamarrita de los milicos*, situando la escena en los bares o *boliches* del barrio del Cerrito de la Victoria (toponímico de evocación bélica), la zona de ciudad consolidada más próxima a la cuenca Casavalle. En el contexto de las medidas prontas de seguridad adoptadas un par de años antes (Rico, 2004), cuando los acontecimientos se desencadenaban trágicamente hacia el golpe de Estado de 1973, la mirada aguda y comprensiva del poeta nos ponía en contacto con esas gentes y esos mundos, haciendo evidente la necesidad de superar las contradicciones propias de las víctimas en posición de victimarios. No se trataba de un otro exótico, más bien de uno bien cercano, para muchos profundamente desconocido, aunque presente, fantasmal. Cuarenta años después aún nos seguimos encontrando ante la necesidad de exorcizar también estos demonios, en el conjunto de los efectos traumáticos generados por el terrorismo de Estado primero y por el neoliberalismo después.

«Los boliches del Cerrito
no son para los ricos;
si alguno llega a entrar,
difícil que haya lugar.
Allí cerca hay un cuartel
con cañón y coronel.
Chamarrita cuartelera,
no te olvides que hay gente afuera.
La otra noche en una farra,
un milico con guitarra,
mirándolo al patrón
le cantaba esta canción:
«aunque salga a hacer mandados,
un milico es un soldado».
Chamarrita de los milicos,
no te olvides que no son ricos.
Los boliches del Cerrito
están llenos de milicos
con ropa militar
y otros de particular:
una cosa es una cosa
y otra cosa es otra cosa.
Chamarrita del miliciano,
los milicos son tus hermanos.
Si se forma algún merengue,
el cuartel de los Blandengues

se queda donde está
—cada cosa en su lugar—;
los milicos no son bobos,
aunque sirvan para todo.
Chamarrita de los milicos,
no te olvides que no son ricos.
Los boliches del Cerrito
están llenos de milicos,
y el milico cantor
les entona esta canción:
"Cuando pasa el presidente,
los milicos ya no son gente".
Chamarrita cuartelera,
no te olvides que hay gente afuera,
cuando cantes pa los milicos,
no te olvides que no son ricos,
y el orgullo que no te sobre,
no te olvides que hay otros pobres.»

Chamarrita de los milicos
Alfredo Zitarrosa
Versión original, cara A del simple homónimo
(Orfeo, Montevideo, 1970).

12

Recolectando y clasificando basura

Como planteáramos antes, la recolección y la clasificación de la basura resulta ser un tipo de actividad emprendida en diferentes situaciones y significada desde diversos puntos de vista. Lo que es innegable es su presencia en el barrio, su permanencia y su reproducción. Por un lado, resulta ser una estrategia de las más extendidas cuando los recursos escasean, algo a lo que poder echar mano en última instancia. Por el otro, para amplios sectores —principalmente localizados en los asentamientos y sus adyacencias— es lo que define su identidad como rasgo principal, un enclasamiento que los ubica en el entramado social por su constancia y reproducción.

Es significativo el movimiento colectivo alrededor de los hurgadores en los últimos años. Efecto de las recientes políticas de desarrollo, así como de una mayor movilización política de los vecinos, han surgido organizaciones para la formalización de la actividad. Las primeras apariciones de estos colectivos estuvieron impulsadas por la necesidad de enfrentarse a las autoridades municipales en sus intentos por regular la calidad y la cantidad de carros tirados por caballos, incluyendo un capítulo sobre los derechos animales de los caballos utilizados para la tarea, tan castigados en general. De allí han surgido diferentes agrupaciones, algunas de las cuales buscan una profesionalización del reciclaje de la basura, definiendo al caballo como un componente central de los medios de producción, una herramienta de trabajo, como suelen decir. También se ha puesto en tela de juicio el rol de las empresas de reciclado (los *depósitos*) a donde van a parar las recolecciones de los carros y se ha incentivado a la vez la aparición de cooperativas de trabajo, las cuales se encuentra en estos momentos en plena gestación. En medio de estos fenómenos en transformación, lo que persiste con todas sus fuerzas es el conjunto de prácticas, con sus hábitos y sus costumbres, que han venido caracterizando a quienes sobreviven de la recolección o la clasificación de basura, sea gracias a carros tirados por caballos, a bicicletas o directamente a pie, con las diferencias en volumen de recolección que ello implica y en el tipo de material seleccionado.[23]

23 «El vehículo predominante al principio era un pequeño carro de dos ruedas de madera o metal tirado por un equino inspirado en el "charret" o "sulky" que todavía se emplea [...] en el medio rural, construido en forma artesanal con el agregado de una caja trasera capaz de contener una carga total de unos cien kilos. A principios de los setenta, la dictadura [civil-] militar declaró ilegal la actividad, obligando a quienes vivían de [ella] [...] a buscar clandestinamente los residuos exclusivamente en las calles de la ciudad. A comienzos

2º MARCHA DE CARROS

DE LOS CLASIFICADORES DE RESIDUOS

Bajaron el número de carros levantados, pero SIGUEN LAS REQUISAS

La Intendencia en dos oportunidades últimas: 6 y 11 de marzo ha maniobrado con la complicidad de parte de la prensa diaria acerca de que la **UCRUS** quería negociar bajándose de sus reclamos primarios: ***"Compromiso firmado de que no habrá requisa de carros en un período piloto de 60 días".***

La **UCRUS** no rechaza las inspecciones respetuosas de los funcionarios municipales, pero denuncia y rechaza la patota prepotente a las órdenes de Campal, Director del Dpto. de Desarrollo y de Eduardo Pereira, Director de Limpieza.

Ellos ya saben que se viene la nueva **MARCHA DE CARROS** del viernes 28 de marzo, y eso les muestra a la población su verdadero perfil de represores, cuando adelantadamente, ya empezaron la carrera electoral. En el momento en que existen muchos gremios en lucha como los Maestros y todos los sindicatos de la enseñanza, los municipales en contra de las privatizaciones, que nos favorece para dar la pelea ahora.

Hay que pegarles donde les duele. El clasificador organizado mostró a todos los compañeros que conoce el camino: **GANAR CONFIANZA MOSTRANDO QUE SABEMOS UNIRNOS**, y que **UNIDOS DERROTAREMOS A LOS QUE QUIEREN SACARNOS DE LA CALLE.**

- CONTRA LA REQUISA DE CARROS POR LA INTENDENCIA Y DE CABALLOS POR LA POLICIA

- POR UNA NUEVA LEY DE ENVASES QUE BENEFICIE A TODOS LOS CLASIFICADORES Y NO A UN PUÑADO

- CONTRA LA PRIVATIZACIÓN DE FELIPE CARDOZO (enterradero de basura) QUE SOLO TOMARA A 50 O 100 TRABAJADORES

Esta es la primera etapa, la desmunicipalización de Felipe Cardozo, para ir después a la privatización de la recolección como ya debe estar ocurriendo en Bogotá (Colombia), o en Argentina, donde suprimieron el "Tren Blanco" que recogía en Buenos Aires a los carritos.

- HAY UN PLAN UNICO PARA SACAR A LOS CLASIFICADORES DE LAS CALLES DE AMERICA LATINA!!!

VIVA LA LUCHA. VENCEREMOS!

VIERNES 28 DE MARZO
DESDE EL OBELISCO
HACIA LA IMM

CONCENTRAMOS
12.30 HORAS EN:
- **8 de Octubre y 20 de Feb.**
- **Gral. Flores y Propios**
- **Viaducto / Prado**

UNIÓN DE CLASIFICADORES DE RESIDUOS URBANOS SÓLIDOS - UCRUS - PIT-CNT

Imagen 5. Volante de convocatoria a la Segunda Marcha de Carros, 2008.

El contexto de lucha expresado en el volante precedente estuvo signado por el último censo que las autoridades municipales relevaron con la intención de promover la regularización de la actividad y el mejoramiento de las condiciones generales de existencia. Evidentemente, todo estudio de corte cuantitativo debe partir de definiciones de tipo cualitativo donde quedan pautadas las entidades a medir, en este caso, qué se entiende por aquel que se dedica a las actividades de recolección y clasificación de residuos. En tal sentido, los estudios realizados permitieron estimar que para todo el departamento capitalino existían unos 20.612 sujetos pertenecientes a hogares sostenidos exclusiva o mayoritariamente por estas prácticas. De los censados, el 22 % utilizaba carro con bicicleta, el 28 %, de tracción humana y el 44 %, carros de tracción

de los ochenta [...] se realizó un decomiso masivo de carros y caballos (se calcula que unos 2000), pero la represión no pudo impedir la continuidad de la actividad, pues los clasificadores reemplazaron sus carros de tracción animal en forma rápida y económica empleando bicicletas con un pequeño remolque [...] o, simplemente, carretillas de tracción humana. Con el retorno [de la democracia] en 1985, reaparecieron de inmediato los carros tirados por caballos, pero esta vez surgió espontáneamente una especie de "modelo estándar" que se caracteriza por el sistema de rodamiento compuesto por el tren trasero completo de un automóvil de desecho, es decir, el eje (sin el cardán), las ruedas provistas de neumáticos e incluso las ballestas de la suspensión (y en algunos casos hasta los propios amortiguadores) [...] la recolección en bicicleta y remolque no desapareció, sino que dio lugar a una [...] jerarquización en la que el clasificador con "carrito" se ubica en el nivel superior al "bicicletero" y al que tira de una carretilla [...]» (Inforvial, 2006, pp. 2-3).

animal, cargando en promedio 73, 90 y 300 kg, según la modalidad de transporte. Otros datos significativos nos indican que el 65 % de los considerados entonces como clasificadores montevideanos estaban en pareja y que el 99 % tenía un promedio de seis años de educación. Otro indicador de gran valor para la comprensión de los procesos de subjetivación involucrados refiere a los momentos en que se llevaban a cabo las tareas de recolección: un 56 % manifestaba realizarlas en la mañana, y el promedio general de días trabajados era de seis a la semana (Villalba, 2009, p. 5). A partir de estudios anteriores, tanto obligatorios como informales, se ha podido estimar que en 1991 existían unos 3008 recolectores, en la crisis de 2002 unos 6638, en 2004, unos 8550 y en 2006 alrededor de 10.000 (Inforvial, 2006, p. 4).

> *Victoria*: Lo llevan para la casa, pero clasifican en la casa, tiran la basura, todo prolijo. Porque el que trabaja de eso —si es consciente— tiene una organización. Clasifican todo adentro en la casa, separa la basura, lo que va a vender al depósito lo lleva y la basura la tira donde la tirás, todavía está. Por ejemplo... mi exsuegra, que es hurgadora, tira la basura, pero lleva en el carro la basura y no la tira ahí en la esquina tampoco, la lleva no sé a qué lugar que hay donde pasa el recolector fijo, una volqueta, no sé qué es, y la tira toda. Esa es la organización que tiene.
> *Raquel*: Claro, ya es su trabajo.

Planteábamos también antes, el carácter marcadamente solitario de esta actividad y su alcance familiar, como modo de producción doméstico, incluyendo a niños y adolescentes, quienes se forman en tal contexto. Pero los efectos de estas prácticas desbordan a quienes se dedican específicamente a ellas e impregnan de identidad a toda la zona, como sucede en muchas otras que conforman la periferia urbana. Los efectos de este proceso de subjetivación se inscribe en la presencia física de la basura, que como hemos visto se constituye como una mancha voraz que tiende a ocupar todo intersticio vacío y a solaparse con toda materia existente, a lo que progresivamente fue acoplándose todo un universo en su entorno, alrededor de su presencia. La basura orgánica, generada por los desperdicios alimenticios de amplias zonas de la ciudad trasladados hacia allí, y la inorgánica, principalmente en forma de bolsas y envases de plástico, son sin dudas lo más voluminoso, a lo que recientemente se suman los pañales desechables (con su particular carga orgánica, no lo olvidemos). Pero también es importante un sinnúmero de objetos que sirven y han servido para el equipamiento existencial de varias generaciones (alimento, vestimenta, instrumentos del hogar, insumos para el trabajo, etc.). Como estrategia más o menos profesionalizada, se encuentra presente en la historia de vida de numerosos vecinos que quizás nunca se dedicaron directamente a la recolección. «Comíamos y nos vestíamos de lo que el padrino traía», recuerda Margot sobre los años finales de la década del sesenta en la

joven Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)* de entonces. Una familia nuclear, que a su vez se hacía cargo de tres nuevas bocas para alimentar, se sostenía exclusivamente en esta actividad, como sigue sucediendo en la actualidad, principalmente en los asentamientos.

Una importante distinción en la forma en que los sujetos se vinculan con las prácticas centradas en los desechos es la que existe entre recolectar y clasificar. En muchas ocasiones ambas actividades vienen juntas, pero la disociación constituye todo un marcador social. Podemos ver el carácter tradicional de estas prácticas y la presencia de esta distinción desde las trayectorias de vida de los habitantes más antiguos. Ahora trasladándonos hacia el barrio Jardines del Borro, nos encontramos con familias conformadas por algunos de los más antiguos pobladores. En El Borro, en los mismos tiempos en que Margot se criaba a unos cientos de metros más al sur, Juan tenía como costumbre dejar que alguien tomara una porción de su terreno para construirse una *casita* y dedicarse a la recolección de basura. Él nunca la practicó directamente, pero sí la clasificación, y esta, en una segunda fase, que podríamos a su vez caracterizar como reciclado. De la *jardinera* tomaba alimento para los animales de su pequeña granja, así como objetos de vestimenta para él, su mujer María y el importante grupo de niños a su cargo.

Hay un gran respeto por aquellos que se dedican específicamente a la recolección, una tarea considerada como *sacrificada*. Si bien la mayoría de quienes no la practican como labor cotidiana y modo de sobrevivencia se lamentan por la presencia de la basura generada por parte de quienes así lo hacen, hacen justamente esta nueva distinción entre los que se toman la actividad como un *trabajo* y los que no. No se trata tan solo de vivir de ello, sino de hacerlo de una forma responsable para sí mismos y la vecindad. Así lo plantean quienes conviven con aquellos que se dedican directamente a la recolección y la clasificación. No existe, bajo ningún punto de vista de los presentes en el lugar, una situación de conflicto, ni latente ni manifiesto, entre unos y otros. Muy por el contrario, una suerte de heroísmo inviste a aquellos que más profesionalización pueden desarrollar a lo largo de décadas de tarea si a su vez conlleva el mayor cuidado posible con los residuos de segunda fase que se generan luego de culminar el proceso clasificatorio. Frente a aquellos que no lo hacen así o que, como hemos visto, hacen jugar a la basura como un arma en la microfísica del poder local, las valoraciones son las opuestas. Efectivamente, los que son reconocidos como trabajadores de la basura lo son porque se expresan como tales, ponen en evidencia de forma más o menos explícita el cuidado en los efectos de su tarea en aquellas elementales esferas de vecindad o en mayores redes de comunicación en el barrio y en la zona.

Pasemos a tratar todas estas cualidades en un caso específico. Más sencillo sería comprender cómo operan las condiciones y cómo se instauran las determinaciones en aquellas familias donde estas prácticas vienen heredándose

a través de las generaciones, pero más complejas resultan aquellas situaciones ubicadas a medio camino entre esa reproducción ya consolidada y la más intermitente estrategia generalizada de hurgar transitoriamente. Y es allí, en esa interface, donde se puede llegar a dilucidar cómo opera el mecanismo y cuáles pueden ser las posibles intervenciones para ofrecer alternativas concretas. Raúl nació en 1961 en la ciudad litoral de Paysandú y como tantos otros emigró junto a toda su familia, como hemos visto, por los caminos de la región, hacia las ciudades. En su caso, recalaron en Las Piedras, localidad histórica que fue adoptando el rol de ser la principal *ciudad dormitorio* de la capital durante el siglo xx. De allí en pocos años —alrededor de 1968-1969— volvieron a desplazarse hasta llegar a un asentamiento irregular en plena gestación, el ya por entonces conocido como Simón del Pino, llamado así por la calle lateral que lo limita. El asentamiento sigue existiendo hasta nuestros días, colindando con la Unidad Misiones al otro lado de la avenida San Martín, en la macromanzana del extremo occidental del primer fraccionamiento de la zona llevado a cabo por Francisco Piria, el barrio Plácido Ellauri.

Aún recuerda el paisaje del lugar durante su niñez, recién arribado a este conjunto de ranchitos que era aquel asentamiento, uno de los más antiguos de la zona. Lo que hoy es la Unidad Misiones *(Los Palomares)*, donde habita, era un gran desnivel del terreno y la visual podía alcanzar la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)*, a la que pertenecía como zona verde en el proyecto original. Siendo un niño de diez años, vio alzarse el nuevo complejo habitacional delante de sus narices. Vivieron por un corto lapso de tiempo en otro asentamiento cercano, y luego volvieron allí. Quedó huérfano con sus siete hermanos siendo aún un joven adolescente y junto a los mayores quedó a cargo del hogar. Comenzó trabajando en la construcción, en las *changas* que salieron en la zona, entre las que se destacó la sanitaria. Después comenzó su periplo en solitario, viviendo por más de seis años en la Ciudad Vieja, más precisamente en el Guruyú, en las inmediaciones del hospital Maciel. También experimentó la migración de alcance internacional que, como hemos visto, caracteriza a los casavallenses dentro del complejo de procesos de subjetivación analizados. Primero el Gran Buenos Aires (Moreno), luego San Pablo y otras localidades del Brasil más allá de la región. Ya de vuelta en Montevideo, otras vez en el Guruyú, llevó una movilidad de seminomadismo, como tantos otros vecinos de la zona, en el contexto de los últimos grandes desalojos de fines del siglo pasado (Romero Gorski, 2003). Viviendo entre grupos de amigos, según consiguiera oportunidades de trabajos transitorios, una noche en el emblemático baile del Palacio Salvo se encontró con viejos conocidos del barrio de procedencia, más en concreto de la Unidad Misiones. Iba y venía, amaneciendo donde fuera y una vez llegó con la idea de irse el domingo siguiente, pero no lo hizo hasta ahora. Un amigo *puntero* rescató sus documentos un año y medio después, cuando fue hasta la Ciudad Vieja por negocios. Se conocían de vista con Valeria, por las amistades en común, en

el contexto de las barras de amigos, la vida nocturna y la fiesta. En el 2000 formaron pareja, casándose luego para residir por fin en *Los Palomares*, en la vivienda que había sido entregada a la madre de Valeria décadas atrás, como ya ha sido planteado. Jamás dejó de tener contacto con muchos de los habitantes de su misma edad, a los que siempre consideró como cercanos y su vuelta al barrio fue muy bien asimilada por todos, un lugar en el mundo que para él siempre fue muy familiar. La relación matrimonial conllevó el acercamiento a la religión, el abandono del mundo nocturno, las drogas y la vida en las calles; el nuevo hogar encontró como sustento principal su trabajo en la recolección y la clasificación de residuos, así como en la posible venta en las ferias vecinales, sin excluir en absoluto posibles oportunidades como peón en la construcción.

«Si quiero salir salgo y si no quiero no salgo»

> *Raúl*: No hay mucho espacio, pero igual la gente se mueve. Hoy por hoy, como tienen los fondos las casas y todo eso...
> *Valeria*: Nosotros, por ejemplo, clasificamos en el fondo.
> *Raúl*: Arranco [a las 3.00 o 4,00 AM, antes de que pase el basurero] en bicicleta. Y ando la mayoría por la parte del Centro, subo a Punta Carretas y Pocitos, como para traer algo para la feria, ¿no? Restaurar algo para llevar a la feria y eso. Claro, hago eso y la feria, por ahora. Y si dos por tres sale alguna *changa* en la construcción o lo que sea también [...]. Hace tiempo. Incluso por la edad he ido a muchos trabajos pero... Y sé porque, mirá, fui con dos muchachos jóvenes, de veintiuno y veinticinco. Dejamos los formularios, llamaron a los otros dos y ninguno fueron [sic]...
> *Valeria*: Además te pagan una miseria. Viste que uno ya está acostumbrado todo al día a día. Él sale y ya trae la platita para el depósito, todos los días. El otro día agarró una *changuita* y le digo «Papo, no tenemos para comprar esto...», ¡porque estaba faltando, porque no había plata [dinero en efectivo]! Esto ligás, mirá, la comida para los perros: diez gatos y doce perros, sacá la cuenta, más nosotros...
> *Raúl*: Hoy por hoy, conozco mucha gente con oficio y todo que anda como yo, con oficios buenos. Y hay gente que ha salido de los trabajos para hacer lo que hago yo, porque le da mejor resultado.
> *Valeria*: Claro. Y uno que sabe ser pobre, que desarmamos los buzos, mirá las madejas... Aparte no estás atado a un trabajo que tenés que cumplir horario. Y aparte los descuentos que te hacen, que ahora con el IRPF y toda esa *jodita*... querés hacer horas extra y te descuentan más; querés hacer más y más te descuentan, ¿viste? Entonces se te van las ganas de trabajar. [Se necesita un sueldo de] dieciséis palos por lo menos para poder vivir, pero en negro te estoy diciendo.

Raúl: Para poder moverte, un buen sueldo hoy, digo, ocho, nueve mil pesos, para llevarla bien ahí. Y nosotros, que somos dos, para vivir más o menos. Para decir, llega fin de mes y decir «no debo». Porque el almacén y eso, hay que tocarlo el almacén, los fiados... Cuando cobraste, cuatro, cinco mil pesos... [En la zona se usa mucho] el fiado, y «dame diez pesos de lentejas». Acá está lleno de almacenes. Acá en *Los Palomares* la cosa de negocios siempre caminó.
Valeria: Los vecinos que hacen bizcochos, milanesas...

Por ahora te conviene seguir con la recolección y clasificación de basura
Raúl: Por ahora sí, y [si] mañana consigo trabajo en la construcción y... porque tiene buen sueldo y buenos aguinaldos... pero en otro trabajo, como me han ofrecido, no. Porque me han ofrecido: «Mirá, ¿cuánto ganás?» Tres, cuatro mil pesos. No, no quiero. Me han dicho, un muchacho para una fábrica, y aparte digo eso yo si me pongo las pilas y lo saco en una o dos semanas, y no tengo patrón, y si quiero salir salgo y si no quiero no salgo.

Una primera cualidad que caracteriza este complejo de procesos de subjetivación centrados en las prácticas de recolección o clasificación de desechos, es el relativo a las condiciones que circunscriben las actividades en tanto que trabajo. Raúl y Valeria lo expresan con toda contundencia: el tiempo y las jornadas, en duración e intensidad, pasan por una decisión directa, sin mediación por parte de aquellos que compran la fuerza de trabajo. Sería muy impreciso plantearse que el trabajo de hurgador es más libre que el de un asalariado; los términos implicados son polisémicos y dichos sentidos varían en relación con cuestiones muy complejas, en primer término los sistemas de significación de los cuales se les otorga esos sentidos. Pero volvamos a centrar nuestra mirada en las prácticas, los haceres a partir de los cuales se le da existencia a las configuraciones, esquemas, estructuras o como quiera que le llamemos a lo que se convierte en a priori y modela la experiencia, sin dejar de ser ello uno de sus productos. Desde esas prácticas que han generado formas de ser, subjetividades en tanto maneras de existencia —salir o no salir a las calles desde la vivienda particular con los medios a disposición (sea un carro de caballos, una bicicleta, o una simple carretilla con dos ruedas a tracción humana), volver a la vivienda cuando se considere oportuno, estar condicionado solo por aquellas necesidades definidas por sí mismo o a lo sumo por la pareja o la familia más en general— se establece un tipo de vivencia asociada a la libertad de elección. Ello se ha constituido como uno de los elementos centrales para que muchísimos habitantes de las periferias opten por vivir de los residuos.

Otro de los aspectos a tomar en cuenta está asociado directamente al dinero, a su vivencia y a la representación además de a su cuantía, es decir, a su fenomenología (Hopenhayn, 1989). Se lo vive de una forma muy

diferente a como lo hacen los empleados que vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario, con sus ritmos y frecuencias mensuales o hasta quincenales. No parecen tenerse en cuenta los beneficios que se suman a la regularidad de un empleo fijo, oficialmente reconocido por las autoridades estatales. Pero es que resulta más interesante y necesario contar con bienes que puedan convertirse directamente en dinero y, quizás, las progresivas mejoras en los sistemas de cobertura sanitaria por ejemplo, hacen más innecesario encontrar en la forma del empleo asalariado algún incentivo extra. Las pensiones o las jubilaciones no se encuentran en el horizonte de expectativas, son cuestiones de un futuro muy lejano, no por falta de planificación en todos los casos, sino por las urgencias de un presente continuo que demanda una constante actualización.

Igualmente no debemos menospreciar la variable cuantitativa de los ingresos que resultan de las actividades a comparar. Como claramente lo plantean estos y muchos otros entrevistados que habitan la zona y que se dedican en forma más o menos continua a estas actividades, el balance general sigue siendo positivo para el lado de las tareas con la basura, pues los sueldos que se ofrecen, conjugados con las cualidades en torno a las formas de relacionarse con la temporalidad y la sensación de autonomía en relación con las condicionantes laborales, hacen que la balanza se incline decididamente hacia el trabajo antes mencionado. Nos hemos encontrado, por ejemplo, con casos de policías que hasta el momento combinaban ambas actividades, llegando a casa y dejando colgado el uniforme para salir a la búsqueda de los objetos para reciclar, vender o directamente utilizar con otras finalidades. Quizás en la actualidad, con las mejoras que han afectado los ingresos en general, se encuentren reevaluado la situación. Ni el universo fabril, no tan extendido últimamente como es sabido, ni el de los emprendimientos independientes de prestación de servicios, como el de los comercios de procesamiento y la venta de alimentos —acostumbrados a operar con créditos de palabra, el tradicional fiado y vendiendo fraccionado lo que viene envasado— a los que otros vecinos están habituados a dedicarse, seducen a quienes ya se encuentran instalados en esta estrategia de sobrevivencia, adaptados a una dinámica difícil de modificar. Parece que puede obtenerse dinero fresco, y —quién lo puede asegurar— la fortuna y el azar están allí, en cada contenedor, en cada bolsa depositada.

Por último, y enlazándolo con la temática que desarrollaremos inmediatamente en el próximo capítulo, el hecho de cubrir el proceso económico hasta el último eslabón, la venta u otras formas de intercambio, convence a muchos de que esta es una de las actividades más sensatas que existen. Se recolecta y se clasifica tanto en el mismo momento como en la posterior selección que se desarrolla en el espacio doméstico, y después se ponen en circulación los objetos acabados o se ponen en uso los materiales para la mejora o la confección de otros (como la lana de vestimenta que puede deshacerse para tejer nuevas prendas). Además de ello, siempre está presente la ganancia derivada de los

residuos alimenticios, que pueden ser utilizados para los animales, tanto los de trabajo (caballos en general, pero también burros), de producción doméstica y posible comercialización posterior (gallinas productoras de huevos, cerdos tan preciados en los tiempos de las festividades anuales), como las mascotas (perros y gatos). Si «se sabe ser pobre», se cuenta con los conocimientos y las aptitudes para transformar los elementos recolectados en materias primas para producir, y las ferias vecinales y las principales a escala de toda la ciudad permiten colocar muchos de los productos derivados del proceso.

13

Haciendo feria o por donde sea

En el *«termómetro»*

> *Miguel*: [...] hoy hago feria: ropa usada, cualquier cosa, lo que sea vendible [...] hago el Cerrito, acá en el Borro, y Carreras Nacionales y General Flores, las tres que hago, da para sobrevivir. Ahí la que te traés un mango y otro día te venís «cero km», para atrás. Depende de cómo está todo. En la feria es mentira que hacés plata [...]. Yo digo que vos te das cuenta de cómo está la situación económica, porque cuando hay cobro, se gasta, como todo. Pero vos ya ves a la gente ahora que compra más alimento y menos ropa usada. Y hay una competencia, una batalla es a quién vende menos una prenda vista. Es así [...]. Te das cuenta, te das cuenta del ánimo de la gente, así, clarito, clarito, todo [...]. El termómetro para medir cómo está la situación económica es la feria, el ánimo de la gente, no los aumentos [...].

En las tradicionales ferias es donde podemos encontrar la más amplia gama de relaciones económicas. Y esta diversidad no solo cubre las posibilidades dentro de las relaciones capitalistas, sino que principalmente se abre a formas alternativas, y en la conjunción con todo tipo de intercambios, relaciones y formas transversales más en general, que escapan al puro interés. Efectivamente, una perspectiva antropológica —en la senda de Mauss, Polanyi y muchos otros— va más allá de la visión estrictamente evolucionista y utilitaria, y no puede más que concebir estas prácticas de intercambio en un marco holístico donde lo relacional es la característica distintiva de estos fenómenos (Ros, 2002). Del trueque a la venta comercial, un sinfín de objetos son puestos en exhibición y circulación en jornadas que ritualmente se reeditan una y otra vez en las mismas calles, cruces y espacios libres: ropa usada, medicamentos y otros fármacos, objetos domésticos, artículos electrónicos, y muchos otros, además de comestibles, frescos y secos.

Para los habitantes del Casavalle contemporáneo, «hacer feria» es una posibilidad que se encuentra al mismo nivel, en lo relativo a estrategias, que la recolección y la clasificación de residuos. Todo depende de dónde estén planteados los límites entre lo sucio y lo limpio, lo inútil y lo útil, también según los capitales simbólico y social que tenga cada sujeto. Pues las posibilidades a su vez abiertas por la participación en la experiencia de las ferias vecinales, es comparativamente abismal frente a la recolección y la clasificación de basura.

Es claro que cada cual se va a relacionar más o menos en cualquier contexto, pero están claras también las determinaciones y las condiciones que hacen más factible o no la emergencia de tal o cual producción de subjetividad. La clasificación de basura tiende más al aislamiento, a la soledad del hurgador, a lo sumo acompañado por miembros de su familia arriba del carro de caballos. La basura, desechada generalmente en el entorno próximo de las viviendas, las grandes distancias a recorrer todos los días, la dureza del trabajo físico que todo ello conlleva y sus repercusiones en la totalidad de la vida son características de estos procesos de subjetivación. Otra cosa es el encuentro popular semanalmente llevado a cabo en un espacio cargado de significación, en gran parte por este mismo hecho de tratarse de un espacio-tiempo de encuentro, de comunicación.

Es frecuente encontrarse con vecinos que desarrollan intermitentemente ambas actividades, que recolectan y tratan de colocar los objetos que sea posible en el gran escaparate de la feria y sus alrededores. Existen tipos de feriantes y para nuestro caso no se trata de aquel que comercia alimentos frescos (el típico verdulero o fiambrero), sino más bien del que pone sobre un paño ropa reciclada, juguetes usados, revistas y libros de ediciones pasadas de los temas más variados (mecánica, cocina, viajes...), piezas de aparatos de toda índole, etc. Se trata de un caleidoscopio, de un conjunto abierto de series, en tipo y género de objetos, una colección de productos culturales con ciertas tendencias y especializaciones en algunos casos (solo o más que nada revistas, de tal o cual género o elementos sanitarios y de cocina, tapas de rueda de automóviles...). Igualmente, como en el caso de las prácticas asociadas a los residuos, existe una vía de profesionalización, de una sistematicidad y una dedicación que termina por convertir a alguien en feriante, a veces por períodos largos y otras por períodos más cortos de una trayectoria de vida, pero siempre integrándose a configuraciones y modelos de un campo de actividades claramente instituido, lo cual a su vez constituye y genera un proceso de identificación en los contextos de socialización barrial y de otros tipos.[24]

Miguel, hijo de Juan y María, nacido en el Borro en 1969, convive con su esposa y sus dos hijos en el predio familiar, junto con uno de sus hermanos, que habita en una tercera vivienda. Llegando a los cuarenta años de edad, la

24 Desde un punto de vista económico, las modalidades de la denominada *informalidad urbana* han sido y siguen siendo un tema de discusión. Las macroeconomías en crecimiento o en recesión se relacionan con formas microeconómicas diferenciales donde la informalidad cobra diferentes formas, sea por el «efecto goteo» por aumento de demanda donde hay crecimiento o como el «refugio» en las condiciones de escasez (Filgueira y Gelber, 2003, p. 6). Las ferias constituyen escenarios de socialización donde podemos encontrar ambos movimientos, pues es posible hacer intercambios gracias a la existencia de una demanda y la falta de ofertas formales que las satisfagan, así como tener alguna posibilidad de llevar alguna a cabo, aunque sea mínima, cuando todos los demás ámbitos están vedados. Forma de mercadeo espontáneo y polifónico por excelencia, se resiste a la formalización total por su naturaleza flexible y heterogénea.

feria le permite encontrar algunos ingresos. Sus aspiraciones de estudiar oficios en la universidad técnica (cocina en concreto) se vieron frustradas desde que se sintió presionado para formarse en electricidad. Un año de clases a ser repetido y un viaje esporádico a Buenos Aires que terminara en problemas con la ley nos hablan de una etapa muy conflictiva de una difícil adolescencia en el contexto de proliferación de asentamientos y precarización general de los años noventa del siglo pasado. Ha tenido variados tipos de changas, trabajos esporádicos y zafrales, principalmente en el rubro de la construcción y en «todos lados». Como hemos visto, se dedica principalmente a la venta de ropa usada, a lo que se incluyen variados objetos de vestimenta y uso en el hogar. Podemos decir que es un feriante del barrio, pues su circuito semanal incluye la feria del propio lugar y dos cercanas, una en el barrio de la ciudad consolidada que se encuentra inmediatamente próximo (el Cerrito, tras el cementerio), y otra hacia el este, pero en el mismo anillo periférico.[25]

Siendo oriundo de la zona, fue criado en el contexto de la cantina que su padre poseía y que operaba como foco de relaciones sociales por entonces. Juan ya era una figura reconocida en la localidad, principalmente por su papel en ese espacio de encuentro y generación de vínculos en torno al ocio, el deporte y las actividades de interés común entre los vecinos de las quintillas de Jardines del Borro. La feria para Miguel no implica solamente la posibilidad de encontrar ingresos económicos, por la venta o el trueque, sino de estar actualizando el capital social y simbólico que ha heredado. Como la cantina de sus años de niñez, las ferias son el «termómetro» del Estado de la situación a escala vecinal, y en una extensión mucho mayor, de la coexistencia de los variados barrios y fragmentos que caracterizan a la zona. Gracias a participar en la feria, Miguel se siente incluido en las realidades de su lugar de origen y residencia, cuestión que él mismo pone en juego y valora.

25 Oficialmente existen 131 *ferias vecinales* en todo el departamento de Montevideo: cinco en el Zonal 11, correspondiente a nuestra área específica de investigación (Portal *Webcinos*, Unidad de Participación y Coordinación, IM, 2010). Se trata de un fenómeno que caracteriza a la ciudad toda frente a otras situadas en diversas latitudes. Además de estas ferias oficiales, existen muchas otras, en especial en los barrios de la periferia urbana, donde se nota una baja importante de las identificadas por la municipalidad, como la que atraviesa los barrios Bonomi y Jardines del Borro los días viernes. Esta feria vecinal es la más relevante para nuestro caso, y su existencia se encuentra avalada por todos quienes viven y transitan por el lugar. Debido a su instalación, el transporte urbano cambia su ruta habitual, dando a entender cierto tipo de institucionalización, a pesar de no ser considerada como tal por las autoridades municipales, y antes que nada por las dependencias de comercio y en particular por el Área de Defensa del Consumidor del Ministerio de Economía y Finanzas (antigua Subsistencias) centrada en los alimentos. Igualmente, las 247 inscripciones de pedidos de ampliación de metraje, nuevas localizaciones y adjudicación de permisos para nuevos puestos nos dan un indicio de la dinámica existente en este campo (Área de Defensa del Consumidor, Ministerio de Economía y Finanzas, 2010).

Dentro de la misma órbita de medios de intercambio, flujos de cosas y prácticas asociadas a ello, venta y trueque en variadas combinaciones, además de las ferias —emplazadas espacio-temporalmente— se puede transitar entre los espacios: ser uno el que se desplaza. Si bien hacer feria implica un tipo de desplazamiento, se trata de un circuito de puntos de referencia, en lo común reemprendido semanalmente. En el caso del moverse puerta a puerta para vender lo que sea —ropa o electrodomésticos, juegos para niños, etc.— el circuito de desplazamientos más que referir a puntos específicos se organiza según áreas a cubrir, también con cierta periodicidad y con recorridos más o menos establecidos. Además, se puede optar por distintos tipos de clientes, pues se visitan diversos campos de experiencia, con lo cual a su vez se potencian las redes y los vínculos sociales, aumentando su capital. Además de viviendas individuales y edificios, las zonas céntricas ofrecen oficinas y empresas. Los bares se encuentran desperdigados en diferentes núcleos y vectores urbanos, ciertas zonas comerciales, algunas avenidas y cruces importantes más o menos cercanos al barrio. Se despliega todo un nomadismo urbano con diferentes tipos de circuitos y movilidades más en general. Estas prácticas también poseen sus fuentes genealógicas de larga data, y pueden rastrearse en las estrategias de otro tipo de espacialidades, antaño relacionadas a los caminos rurales y al trille por los parajes más recónditos, como era el caso de los «mercachifles», un «tipo humano del camino» (Vidart, 1969, pp. 22-23).

El salir a vender puerta a puerta fue lo que salvó a muchos vecinos en situaciones extremas, y una vez desarrollada la práctica y adquiridos los hábitos se convirtió en todo un oficio. Como planteábamos, en este punto existe una semejanza con la recolección o clasificación de basura, pero también una divergencia para aquellos que se consideran no aptos para esto último. En tal caso, parece ser la última opción, pues, ¿qué hacer cuando ya no hay nada más a que recurrir y tampoco se puede ni se quiere dedicar a los residuos? Mejor es salir a las calles, con algo entre manos para ofrecer que quedarse sentado a ver cómo los problemas se vienen encima. Cuando Lucía se estableció definitivamente en la Unidad Misiones *(Los Palomares)*, alrededor de 1977, con su pequeña hija y su nueva pareja, y dejó el hogar acomodado de clase media-alta donde era una mezcla de empleada doméstica e hijastra, le resultó muy difícil. Ni siquiera le alcanzó el trabajo informal en una procesadora artesanal de conservas de tomate, y su nuevo compañero se encontraba desocupado. Frente a ello, y para no perder la custodia de su hija ante las demandas de quien aún seguía siendo legalmente su marido, la mejor alternativa que se le presentó fue la de salir puerta a puerta en los horarios que coincidieron con la educación de la pequeña.

> Cuando tuve esa desgracia, tuve que traer ropa, la vendía, y me administraba [...]. Ya no trabajaba más porque no tenía con quién dejarla, no la iba a dejar con una persona desconocida... Las leyes eran más seguras. Yo salía

> a la calle a buscar ropa mientras mi hija estaba en la escuela. Cuando ella salía yo tenía que estar en la puerta. Y de tarde nos íbamos a vender la ropa con ella y mi compañero.

Y así comenzó, pidiendo que le donaran ropa, arreglando lo que estuviera al alcance de sus posibilidades, y luego de nuevo a las calles a venderla, también puerta a puerta o en ferias vecinales. Luego pasaron a vender por concesión, en particular acolchados y ropa de cama. Un día se percataron de que le estaban «haciendo la plata al patrón». Fueron a los locales de venta al por mayor ubicados en Villa Muñoz, conocido popularmente como «el barrio de los judíos», donde hasta hoy en día siguen concentrándose locales de ese tipo y con el último dinero disponible comenzaron a negociar por cuenta propia. Los objetos escogidos pasaron a ser palillos para colgar la ropa, champú, canastas de agujas e hilos de cocer, cepillos y pastas de dientes, es decir, artículos domésticos de aseo personal y familiar. «Salimos con fe a la calle, golpeando las puertas y salimos e hicimos». El paso siguiente fue pensar en generar un pequeño capital, y se le ocurrió pasar a los artículos de uso escolar, como lápices y cuadernos, y venderlos en la escuela del propio barrio. Posteriormente fueron helados para los niños, y así sucesivamente.

Después de más de tres décadas, Lucía sigue dedicándose a prácticas similares, en especial a la venta de golosinas y artículos para niños que concurren a las escuelas locales, lo que combina con ropa y otros objetos de uso personal en ferias vecinales, y desde hace algunos años, en la más grande de Montevideo y de renombre internacional, la feria de Tristán Narvaja. Esta feria se extiende a lo largo de toda la calle de donde ha tomado su nombre y se desborda por todas sus laterales. Ubicada en el barrio céntrico del Cordón y desplegada todos los domingos desde 1909, es la heredera del antiguo mercado callejero dominical de los tiempos coloniales, siendo la versión local del *mercado de pulgas*, donde se pueden encontrar los más heterogéneos objetos, algunos valorados por su carga histórica, otros por sus precios económicos, todo ello en un escenario de gran bullicio generado por intensas interacciones sociales donde se hacen presentes los habitantes de toda la ciudad, del país y los turistas extranjeros. Una de nuestras salidas de campo consistió en ir a visitar a Lucía a esa feria dominical, y la encontramos tal como ella nos lo había narrado, rodeada de colegas y disfrutando de una jornada no solo de trabajo, sino de fructíferos intercambios afectivos y sociales que la conectaban más allá de los límites y la fragmentación de la zona periférica, con subjetividades de las más variadas procedencias.

Desplazarse para ir hacia el trabajo habilita un campo de posibilidades mayor, pero para lo cual también hay que estar preparado, con ganas y actitudes hacia lo inesperado («encarar»), con un conjunto más o menos relevante de saberes y herramientas para afrontar las labores y lo azaroso de las circunstancias. Pues no se está limitado a ofrecer productos, como en la feria,

sino que se puede poner a disposición la propia fuerza de trabajo, como un producto más, sea en la forma de un oficio, que es un servicio (por ejemplo el lustrabotas), o en la de un puro servicio, como en el caso del cadete o el mandadero, donde el trabajo consiste en llevar y traer cosas. La fuerte relación entre movilidad y capital social es claramente percibida en las historias de vida de los hermanos Saldanha. La ciudad toda se convierte en un escenario de posibles oportunidades, una gran feria donde se ofrecen y demandan bienes y servicios, y con ello el propio barrio se resignifica.

> *Nazareno*: [Nuestro padre] nos crió a nosotros con la lustrada de zapatos... Laburó casi por veinte años en la esquina de 8 de Octubre y 20 de Febrero [...] Paraba en el Copacabana, en el bar Los Tres Vasquitos, bar Corrales y bar Belén.
> *Martín*: Ahora una cosa: papá no quería que ninguno de nosotros lustráramos zapatos. Una vez vio a un primo nuestro que estaba lustrando zapato, y como somos todos medio parecidos, lo vio de atrás y le iba a llamar la atención: «¿Cómo vas a estar haciendo esto?». Y era un primo [...]. La idea de él era que no fuéramos lo que él era, que fuéramos mejores que él.
> *Nazareno*: Que lo superáramos a él, como todo padre quiere [...]. Por lo general trataba de conseguirte algún trabajo, para insertarte en lo laboral... Yo en ese sentido salí medio rebelde, nunca me gustó, o sea... que me consiguiera trabajo porque no quería [risas]... porque soy manso, pero medio rebelde en alguna cosa: [...] que no tenga que aceptar muchas cosas de los demás porque me trajiste vos. Entonces vos me presentás, me conseguís el trabajo —yo no tenía trabajo— entonces después, si quiere me basurea y no puedo decir nada porque «dejo mal al flaco» y... aparte, si sería la rebeldía, pero rebeldía buena, buena, que fui el único lustrador y el viejo lo sabía [risas].
> *Martín*: Papá lo sabía eso [risas]. Lo hacía a escondidas.
> *Nazareno*: Y lustré zapato unos años en la cantina Santuchi, José L. Terra y Blandengues. ¡Conocí mucha gente! Conocía mucha gente, del hampa y de todo tipo y... Y también vi cómo se unen los distintos tipos de personas de una clase social media-alta y *ainda mais*. Aparte, llegó... milicos con ladrones, contrabandistas y abogados y [...] los vi de verdad, los viví [...]. Y si se unen en un punto, ese punto es el lugar donde se sienten dignos de ellos mismos, y sienten que en algo tienen que ver entre ellos, a pesar de que hacen distintas actividades: uno es dueño de una empresa, otro abogado, otro jefe de Policía, grandes contrabandistas, alguna prostituta [...]. Vi, sabía que era algo que no me correspondía, pero vi algo que jalaban... yo tenía como once años [*circa* 1968]. Que todavía tengo gente hasta ahora que me reconoce, voy a la casa de ellos, o familias del barrio Goes y aparte yo soy Pepe para ese lado. Paraba en el club Goes también. Estuve con Roque Santuchi, íbamos al Sud América y todo [...]. Mucha gente, conocía mucha

gente. Hice una vida que mucha gente pensaba que yo, de ahí no iba a salir nada bueno. Y... bueno, y acá estoy, acá estamos.

En el contexto de lo que implica empezar a «ganarse la vida» por su propia cuenta, Nazareno reconoce cierta herencia de una configuración cultural y de valores que son considerados capitales al respecto, a la vez que nos pone frente a los conflictos y dramas que esto implica. Pues la transmisión nunca es lineal, directa, transparente; retomando pero produciendo una versión propia, se hace necesario salir más allá y construir un camino propio. Los campos de experiencia, que son de socialización y las actividades a desarrollar en estos, es lo considerado como dado, lo que se toma como un rico patrimonio (los ámbitos de bares, negocios, las calles), y la disposición y *performance* en relación con esas prácticas, un *habitus* en su dimensión holística (Bourdieu, 2000), tanto respecto al oficio y sus capacidades como a las necesarias para desenvolverse en las redes sociales donde tienen lugar. Un objeto guardado como auténtica reliquia, el viejo banco de lustrabotas de su padre, lleva inscritas las huellas de tantos años de trabajo, «lo manoteaba y remaba». Lo que también se valora de la herencia cultural, en este caso, es la motivación presente por un futuro mejor para quienes son sus depositarios. Este impulso hacia adelante optimiza la identificación, que a su vez, se presenta como un proceso de autonomización. Lo que se hereda por tanto es un tipo de movilidad, una configuración subjetiva según la cual es posible salir en busca de las oportunidades más allá de los límites de los fragmentos espaciales de la periferia urbana y de las fuerzas centrípetas que los caracterizan.

Escabulléndose de la mirada paterna, comienza lustrando zapatos, con aquello más cercano, pero contrariamente vedado, en el ansia de mejores condiciones desde esa perspectiva. Y efectivamente, con posterioridad, el abanico de haceres será multiplicado y el oficio paterno quedará en la memoria como aquel que sostuvo a toda la familia y del que emanaron valores mucho más amplios en extensión y profundos en intensidad. Aquella sensación de estar en la *cosa caliente* que experimentaba Miguel en la cantina de su padre y en la actualidad en las ferias de la zona, y que otros vecinos la extienden a las principales de toda la ciudad, en estos casos se asocia aún más a la diversidad y a la intensidad de los vínculos. Participando desde la infancia en campos de experiencia mucho más vastos, donde sus actividades eran un ingrediente más de la escena (lustrando los zapatos de algún comensal en un bar de fuerte concurrencia), Nazareno se presenta como testigo de acontecimientos donde se involucraban sujetos de diferentes procedencias en circunstancias de las más disímiles. En estos ámbitos de relacionamiento social, donde se puede comer, beber y dialogar entre amigos en la intimidad de una mesa o hacer negocios entre extraños, donde además se genera una red de clientes habituales que se extiende en todas direcciones, muchos niños y jóvenes encuentran la *escuela de la vida*. A esto debemos sumarle los

espacios de tránsito propios de las instalaciones públicas, desde los grandes halles de importantes sedes de gobierno a las paradas de taxímetros o de las líneas de ómnibus de pasajeros. Es significativa la pluralidad de subjetividades allí suscitadas: en términos de género, ideología, enclasamiento social y configuración cultural. Y como nos recuerda Nazareno tantos años después, al igual que los hermanos que lo siguieron en la aventura, esto mismo implica muchos peligros, a veces tentaciones y otras situaciones sin posibilidad de elección.

«Me gustaba relacionarme»

Martín: Nosotros teníamos mucha afinidad con él, porque me gustaba mucho relacionarme en los lugares donde iba a trabajar. Yo vendía caramelos en la calle. Y me gustaba relacionarme. Fuimos una vez a la intendencia, a trabajar, a vender caramelo, entonces me fui familiarizando ahí, ¿no? Fui vendiendo, así fui metiéndome en las oficinas y justo con él nos parecíamos mucho: en la calle comí con los dueños de San Francisco, me quisieron llevar a Punta del Este los dueños de una jeanería, Chiaro Jeans, que estaban frente a la sala 18 de Mayo [...]. Yo le dije «le tenés que pedir a mi mamá». Entonces ellos vinieron al barrio y le pidieron a mamá. Y me llevaron. Y a él también, ¡lo vinieron a buscar en Impala!

Nazareno: No, pero fue otra vuelta... Era más chico todavía [con diez u once años edad, a fines de los años sesenta cuando llegaron a *Las Sendas*] y vendía caramelo en los ómnibus también, y paraba en la patronal de taxímetros. Ahí me decían *Coquito*, y yo era, según ellos, una clase de chiquilín muy especial, para ser un chiquilín, como se dice *de la calle*, ¿no? Era muy especial porque tenía conducta, una conducta buena [...]: la forma de expresarme, de dirigirme a las personas mayores y todo, y menores también. Entonces una vez, cuando fue el Día del Niño, habían hecho una colecta —yo no sabía nada, hicieron una colecta y me llevaron a una tienda que ¡por favor!... la zona de los niños. Todavía me acuerdo otra cosa que... «Queremos ropa, vestirlo de pies a cabeza». Yo me había bañado [...]. Aparte, bañarse acá en casa que... ¿Te acordás de aquel duchero que teníamos? [risas generales]. Bueno, entonces fuimos: «Ah, mire, sí. Tenemos una ropita que está en cuenta y está muy bien». Dice «En cuenta, no. Queremos ropa, ropa linda». Y la mujer quedó de cara de sol, media... No sé, porque pensó «el negrito», ¿viste? Aparte, «los señores le van a comprar, no van a gastar mucho», ¿me entendés? Porque es así también. Porque siempre... Y le dijeron los taximetristas —porque no fue uno ni tres a comprarme ropa— [...]. Me compraron un traje, ¡no sabés lo que era! ¡Me acuerdo, hasta ahora me acuerdo! Y unos zapatos que combinaban muy bien y eran color guinda, esfumados. Y te voy a decir, la marca era Erro de Caballo. Y

> una camisa rosa-negra. Corbatita, pañuelito... todo, todo. Pero yo la hacía cortita, porque papá se iba temprano a trabajar y yo [chiflido]. Después de que salía de la escuela y con permiso de mi madre, ojo, eh [...]. Pero fui compinche porque ella me tenía cierta confianza... Ahí quedé impecable. Me vine en el coche del jefe de taxímetros, del presidente, V. Panosian. Y venía en un Chevrolet Impala rojo con blanco. Y a su vez —no es mentira— un taxi, y atrás otro taxi. Y esto [el barrio] no era esto. No había casi nada, ni muros, las calles eran de esa piedra que encontrás en las vías del tren, y por arriba con alquitrán: una piedra pegada. Ni árbol había. De acá veías para el Cerro como nada. Y la gente salía para afuera, a ver qué había pasado y decían: «¡Doña Rosa, allá viene su hijo, en un auto...!». Mamá salió en chancletas a ver qué me había pasado, de verdad. Y salió hasta la esquina y allá digo «Ella es mi mamá», «Ah, ¿usted es la mamá de Coquito?», «Sí, ¿qué pasó?», decía mamá, «No, le hicimos un regalo por el Día del Niño... y lo trajimos y queríamos felicitarla por el hijo ejemplar que tiene». Y aparte le dieron lo que sobró de la colecta. Y bueno, ese día quedó...

Acontecimientos como los aquí narrados, y la misma interpretación al transmitirlos, constituyen el tipo de elementos que componen las diversas identidades y las diferencian entre sí tanto por lo evocado como por la forma de rescatar y hacer algo con ello. En lo que respecta a la comprensión y al cartografiado de los procesos de subjetivación que nos incumben, el efecto de este tipo de haceres llega al punto de abrir brechas allí donde las barreras se siguen presentando hasta la actualidad como insondables. No solo se sale del barrio sino que además se lleva el mundo hacia él. Como veremos más adelante, el estigma general y los existentes entre los fragmentos que recubren a los casavallenses hasta nuestros días (a veces bajo la voz de *El Borro* por añadidura) se condice con la fragmentación espacial que deja a la zona aislada del resto de la ciudad, como tantas otras de la periferia. Es decir, frente al aislamiento simbólico y real, estas estrategias orientadas a la práctica de todo tipo de oficios y servicios en los espacios de tránsito y ebullición social de la ciudad, no solo logran conectar a los vecinos más allá del fragmento en el que residen gracias a su participación en ellos, sino que también pueden suscitar una conexión en ambas direcciones, trayendo sujetos, bienes y procesos que involucren a la zona en las redes de las que es excluida una y otra vez. Podemos considerar al relato de estos episodios como algo solo relevante desde el punto de vista de quienes entonces eran unos niños agasajados por ciertos personajes de las calles y los bares de entonces. Pero eso mismo es lo relevante: una formación subjetiva en ese contexto y la existencia de estas redes sociales inter y transclasistas que encuentran en los espacios públicos una dimensión de enriquecimiento muy valioso para generar salidas a la exclusión que condiciona las coordenadas vitales si nos ha tocado nacer o criarnos en un depósito espacial. No es difícil imaginarse

lo significativo de la llegada de unos niños en automóviles considerados de lujo en aquella Unidad Casavalle de entonces.

Esta misma diversificación dada por la conectividad en escenarios sociales ricos en actores y circunstancias la podemos apreciar en la multiplicación de nombres propios asignados a un mismo sujeto, mostrando formas identitarias semejantes a las existentes en otras configuraciones diferentes a las modernas y resultantes de la expansión del capitalismo en tanto lógica de intereses y su consecuente racionalidad instrumental, reduciendo unidimensionalmente la identidad bajo la figura del *individuo* aislable y solitario. Tener varios nombres, a partir de la experiencia compartida en diversos campos y escenarios, nos refiere a una pluralidad identitaria que se alimenta transversalmente de las diferencias sociales y culturales de todo tipo (Guattari, 1996). Existen casos, evidentemente, de familias extensas que a partir de estas prácticas llevadas a cabo por sus miembros más pequeños tienden a la disolución. Se trata de los *niños de la calle*, de quienes comienzan a transitar por todo tipo de espacios para satisfacer las necesidades básicas y son repelidos de hogares frágiles, por lo general bajo una figura materna desbordada. Pero este no es el caso de Nazareno y tampoco el de tantos otros para los cuales la estructura familiar se manifiesta con un grado de consistencia como para mantener los vínculos en el tiempo y hacerlos extensivos a través de las nuevas generaciones.

En un amplio abanico de posibilidades, estos procesos de subjetivación van de uno a otro de los tipos extremos. A nosotros nos interesa en particular el caso de quienes se construyen según estos procesos manteniendo una identidad afirmativa asociada al lugar. No se trata por tanto de la práctica de una errancia por las calles y los espacios de relacionamiento social en diferentes ámbitos de la ciudad, sino de una estrategia nómade de búsqueda y exploración continua a partir de la asunción de la necesidad de colaborar lo antes posible con el mantenimiento de los recursos para el hogar, donde se conserva una residencia fija, unos lazos primarios vivos y alimentados por estas mismas experiencias, de forma de «no tener cómo perderse». Más que negar la identidad de procedencia, se la enriquece en su afirmación gracias a la transversalidad de trayectos entre espacios y circunstancias socialmente significativos. Como lo manifestaban los mismos hermanos Saldanha, existe una suerte de pérdida de estas posibilidades para las nuevas generaciones, donde los niveles y los tipos de exclusión se reproducen teniendo como soporte la espacialidad y como hemos visto hacen del lugar un depósito espacial en la lógica de fragmentación de la llamada «marginalidad avanzada» (Wacquant, 2007).

> *Martín*: Íbamos, recorríamos los comedores. ¿Viste? Como hacen los guriises que salen de la escuela, «y bueno vamos a comer a tal comedor, vamos aquí, vamos allá».

Fernando: Íbamos a Carlos Roxlo y pedíamos cuando los coches paraban ahí. Y después, íbamos a Casa Soler también, teníamos conocidos, allí también nos ayudaban mucho... En Ta-ta Cordón también. Allí íbamos también mucho. A Mosca Hnos. Y bueno, nos hicimos querer allí con gente. Fuimos a Adria, con el gerente, nos ayudaron con fideos y... era una manera nuestra de poder ayudar a la casa, ¿no? Como a veces nos íbamos de túnica, al Mercado Modelo, nos traíamos la verdura para la casa [...]. No nos mandaban a buscar las cosas, íbamos nosotros. Porque queríamos ayudarlos a ellos también [...]. Acompañábamos a los cobradores, cuando venían a cobrar. Por ejemplo cuando venía el cobrador de la luz, nosotros lo acompañábamos a todos lados. Él iba, cobraba con su bolso, allí no más, como cuidándolo, ¿no? [...] No había problema de que nadie le sacara, no. [Algo que ya no hacen] Heber también, que nos ayudaba mucho, vendedor a crédito. Venía en la moto él y allá lo llamábamos nosotros... nos subía en la moto y lo acompañábamos a cobrar por donde fuera, por todo el barrio igual.

14

Usando las manos: de la madera al *hardware*

Saber usar las manos para la creación de algún producto da la mayor de las libertades. Así como la feria o el llamado *puerta a puerta* refieren más que nada a la distribución, el uso de las manos desde el saber y la práctica de un oficio aseguran la producción. Esta última, la distribución y el consumo, no son esferas separadas, están más que relacionadas, están implicadas unas en las otras: existe una producción de un tipo de distribución, la distribución de un tipo de producción, o de consumo, etc. (Deleuze y Guattari, 1998). Hacer feria es hacer algo que también se realiza como oficio manual, y montar una pizzería en la casa es la forma de crear un tipo de consumo y de distribución específica. Igualmente, estas tres esferas, la producción, la distribución y el consumo, poseen una cierta autonomía. La órbita de la producción concentra en sí misma la actividad transformadora, implica la existencia de materias primas o primeras más en general, un conjunto de herramientas y técnicas para la elaboración, y un tipo de resultado, lo cual se aplica a su vez sobre la distribución y el consumo.

En la zona, las prácticas relacionadas a la producción de bienes y servicios tienen una existencia muy variada y se inscriben en genealogías para nada recientes. El «sieteoficios» del antaño medio rural, «el ganapán del área ganadera» (Vidart, 1969, p. 28), y todo tipo de hacedor de utensilios cotidianos utilizados por la comunidad —es decir, artesanos— son las figuras o los tipos humanos más significativos. Pero, claro está, no se trata de la transmisión lisa y llana de una tradición, sino de un proceso de reconversión donde las configuraciones culturales son modificadas, en particular, en lo que respecta a la industrialización de todo proceso productivo, y para el caso de la sociedad uruguaya, en ciertas fases características: una fuerte estatización hasta la primera mitad del siglo xx, y un deterioro progresivo de la misma en adelante.[26]

26 Ya para finales de los años sesenta del siglo pasado, a una década de la inauguración de la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)*, Vidart planteaba las transmutaciones que estaban operando en estos sujetos habilidosos en múltiples tareas (alambrador, esquilador, ladrillero, estaquero, domador, sembrador, constructor, y mucho más, según la semblanza que retoma de Morosoli): «A este empeñoso buscavidas la ideología terrateniente, infiltrada en las clases medias urbanas, lo moteja de holgazán, de inconstante, de marrullero. Su ademán rebelde de supervivencia al final sucumbe: se sume en un rancherío, se engancha de soldado, cae como un aerolito en un planeta suburbano para revolver en los basurales y tripular un *yoyó* descangayado. Este ya es el último chapaleo. El tipo prístino ha fermentado y decaído. Sin reservas de voluntad y paciencia, atenaceado por las enfermedades y

El trabajo manual en la cultura occidental, ha sido menospreciado desde ciertos puntos de vista y alzado en otros. Lo que es un hecho constatable es la diferenciación social que hasta la actualidad podemos encontrar en cualquier sociedad a partir de tal distinción. Frente a las imágenes estigmatizadoras que muestran a los casavallenses y a tantos otros identificados como pobladores de las periferias urbanas contemporáneas como carentes de lo que sería una cultura del trabajo, en los hechos, nos encontramos con la existencia de toda una dimensión de procesos de producción de subjetividad fuertemente anclados en prácticas y saberes centrados en la transformación de materias primas, así como de servicios que incluyen variadas modalidades de la tarea. Más aún, si buscamos rasgos desde donde sea posible una identificación afirmativa por parte de los vecinos, la existencia de valoraciones sobre sí mismos más allá de los estigmas, nos encontraremos con grandes contingentes de hacedores que se consideran carpinteros, herreros, constructores, panaderos, cocineros, mecánicos de automóviles y motocicletas... y la lista resulta interminable, llegando a incorporarse las nuevas tareas como las relacionadas a los soportes de las tecnologías de la información y la comunicación. Esta cultura, configurada por valores en torno a los oficios manuales, sigue direccionando muchos proyectos en las nuevas generaciones, a veces como la única salida posible a las duras condiciones existentes.

Hasta ahora nos hemos concentrado, más que nada, en la producción de servicios, desde lo que implican diferentes haceres relacionados a la distribución de bienes y la producción, en segundo lugar o como valor agregado, en una multiplicidad de tareas. Entre oficios y servicios se tejen muchas relaciones: existen algunos que identifican ambos aspectos (por ejemplo, chofer o taxista), y oficios que, como planteáramos, se hallan inscritos en ciertos servicios (el trabajo doméstico es el paradigmático), llegándose a casos donde se trabaja cocinando, lavando, planchando y hasta reparando vestimenta, limpiando diferentes espacios según los usos, hasta cuidando y educando niños y adolescentes.

El poder hacer cosas con las manos e intercambiarlas o vender la fuerza de trabajo que ello conlleva se manifiesta por tanto como una de las mejores condiciones en las que se puede estar, pues implica una serie de estrategias muy aptas en los duros momentos de desocupación, así como más en general para enfrentar las limitaciones propias de un contexto de exclusión social imperante. La versatilidad y la plasticidad que requiere para muchos la podemos apreciar con claridad en casos como los de Margot y su compañero. Para ella, la oportunidad de poder trabajar por fuera de la estructura de dependencia es algo invalorable. «Me gusta trabajar sola», nos dice, y por eso nunca se acercó a las empresas de limpieza, con sus mandos medios y la competencia a veces

loco de hastío, de soledad, se allega a las colmenas de los arrabales para terminar sus días entre las moscas, el hueserío y los olores agrios del *cantegril*» (Vidart, 1969, p. 29).

agresiva que se despliega entre las compañeras en condiciones laborales tan precarias. Por eso mismo tampoco optó por ingresar a alguna fábrica como operaria, oportunidad también presente a lo largo de su vida. Como hemos visto, además de desempeñarse como empleada doméstica, y en esporádicos empleos de limpieza y atención en bares o restoranes, se ha dedicado a la producción de alimentos y a su distribución de su casa, en la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)*. hacia todo el barrio: «He hecho ojitos. Yo tenía la receta, mi marido era el que los elaboraba. Hemos hecho hamburguesas y milanesas de pollo para vender acá en casa. Te digo, he vendido todo lo que he hecho».

Durante un período de tiempo instalaron una pizzería, luego un almacén, un puesto de recarga de gas, y el último emprendimiento fue un cíber, pero no funcionó como esperaban. El procesamiento de alimentos y su distribución en el lugar parece haber sido la mejor forma de generarse un trabajo por su propia cuenta. Y para ello se involucró tanto al núcleo familiar como a algunos miembros de la familia más extensa, como su madre y uno de sus hermanos. Mientras tanto, su marido no paraba de desarrollar otras actividades para generar recursos. Con una amplia experiencia como conductor de vehículos, tanto para plantas de procesamiento de botellas en Buenos Aires como en Montevideo, también incursionó en la construcción de obras edilicias, como peón. Después de mucho tiempo desocupado, con Margot optaron por el procesamiento de alimentos en el hogar, pero a la vez seguía buscando otras alternativas. Es así que volvió a manejar, esta vez como taxista, convirtiéndose su trabajo en la principal actividad con que se sostiene el hogar en la actualidad.

Otro gran abanico de oficios, donde el uso de las manos, gracias a habilidades adquiridas, constituye un bien invalorable, lo vemos claramente evidenciado en la historia familiar de los Saldanha. Hemos visto cómo, durante la segunda parte del siglo pasado, la gran familia extensa logró sobrevivir por el trabajo del jefe de familia, principalmente gracias al lustrado de zapatos, oficio practicado a lo largo de circuitos de bares tradicionales de la zona y en las principales vías de la región este de la ciudad, así como en ciertos puntos céntricos. Pero antes de ello, cuando los hermanos eran pequeños y el reducido núcleo de entonces habitaba en el todavía existente asentamiento *La Chacarita*, el trabajo principal del padre de familia era en una barraca, donde se comercializan artículos de construcción. Es significativo el hecho de que los hermanos recuerden que su padre no quería verlos como lustrabotas a ellos también, a tal punto de que el mayor de ellos se ocultaba ante la posibilidad de que el patriarca lo viera practicando el oficio, pues para ellos quería algo mejor, es decir, dignidad en las relaciones y una mayor seguridad económica.

Buenos Aires fue el sitio donde desplegaron la mayor variedad de trabajos manuales, para los casos de Nazareno y Martín; este último por menos tiempo y bajo la tutela del primero, su hermano mayor. En aquella ciudad

«monstruosa», donde hay que «estar siempre alerta, si no querés que te arrastren, claro», el oficio de pintor fue el ancla principal. De allí, pasaron a cuidar los edificios en construcción donde trabajaban. Los contactos fueron haciendo que la cartera de clientes aumentara y las pinturas pasaron a ser a particulares, como ciertos personajes del mundo mediático. En las casonas de estos empresarios de los medios masivos de comunicación, a Nazareno se le presentó la posibilidad de pintar muebles de hierro y cocinas de estilo rural, y así lo hizo. Observó que su hermano «tenía potencial» y lo invitó a trabajar con él, siendo un joven con fama de descarriado, quien —en sus propias palabras— «no sabía ni quién era». Al quedar solo y luego de tener que abandonar el edificio en construcción una vez concluidas las obras, Martín limpió parabrisas en una estación de servicio céntrica, y como hemos visto, tuvo la oportunidad de involucrarse en emprendimientos de industrias culturales como el cine, dados sus rasgos afrodescendientes y sus aptitudes para el baile y los espectáculos públicos. Después de pasar por el cuartel como militar de bajo rango, buscó desenvolverse como pudo, haciendo feria y demás. En la actualidad se dedica a la joyería. Pero de todos los hermanos, Gerardo, el mayor, es quien se identifica claramente con su oficio, el de carpintero.

> *Ángel*: Yo creo que el trabajo uno lo tiene que hacer con gusto. Vos hacés tu trabajo porque te gusta. Esto no lo hago porque me gusta, llegué a esto por casualidad. A mí me gusta andar sucio de mezcla. Soy albañil y me gusta ser albañil. Cuando agarro una cuchara me transformo... y quedó lindo, y... Cuando lo termino realmente y decís: «Quedó pronto, ¡epa, esto lo hice yo!». Cuando hacés algo que te gusta, no te importa si te llevó cuarenta horas, cincuenta horas, venís muerto a tu casa, es así. Pero si vos no le das trabajo a la gente... Hay mucha gente muy capacitada, ¡pero muy capacitada! Acá hay gente que, si tuviera un capital, se pone una empresa. Carpinteros, mecánicos, torneros... hay gente que decís: «No puede ser que gente tan capacitada así esté juntando con un carro en la calle» [...]. ¿Vos viste a un hurgador mandar a cagar alguna vez a una «cliente»? Mientras, en una empresa te dicen: «no, vení otro día, estamos llenos» [con tono grosero]; un señor de traje muy elegante. ¿Te das cuenta? Son cosas que no pueden ser [...]. No puede ser que los grandes capitalistas del Uruguay tengan a la gente así... La política es mierda.

Mucho se debate en estos momentos acerca de la presencia o la ausencia de una cultura del trabajo en las poblaciones a las que se orientan las políticas de inclusión social. Efectivamente, en muchos sentidos las mayores dificultades se revelan una vez que se disponen ciertas mejoras en términos estrictamente macroeconómicos, y no se perciben transformaciones a nivel subjetivo tal como se las esperaba. Pero la situación no es para nada homogénea. Ni siquiera podemos establecer un corte de tipo generacional, como

comúnmente suele plantearse, donde los jóvenes actuales serían los más ajenos a los hábitos y a las costumbres asociados al trabajo. En nuestra zona coexisten una multiplicidad de formas de subjetivación, dentro de las cuales existe una fuerte presencia de valores y prácticas asociadas a los oficios tradicionales, más de lo que puede creerse a simple vista. Esto es visible rápidamente al recorrer sus calles, sus sendas y sus pasajes, y encontrarse con todo tipo de talleres y establecimientos característicos. Esto se amplía significativamente cuando se conoce el tipo de empleos de aquellos que están insertos en el mercado del trabajo. Como manifiesta Ángel, el deseo por aquello que se produce por obra de la transformación de materiales, la puesta en práctica de saberes y destrezas, anima el interés y las motivaciones como ningún otro incentivo.

Evidentemente, si ello se traduce en condiciones de vida dignas y habilitadoras de nuevos horizontes de desarrollo, se consigue el objetivo que tan distante parece desde la percepción de las instituciones involucradas en ello. La fuerza de las necesidades ha volcado a muchos a tener que desarrollar otras tareas para las cuales no se sienten ni se consideran capacitados, o más aún, identificados con ellas. En el caso de Ángel, aquel oficio que le da tanto placer, y que pone en práctica para su propia vida cotidiana al modificar las construcciones que tiene bajo su dominio, no logra ofrecerle el mismo tipo de beneficios, ni en calidad ni en cantidad, que lo tiene ocupado en los últimos años. Las vicisitudes de la vida lo llevan a instalar un *ciber*, de los pocos y más importantes de la zona. Todo un universo de nuevos conocimientos se abrió ante él, para lo cual ha dedicado largas noches para ponerse a tono. No se trata tan solo de alquilar temporalmente el uso de ordenadores con acceso a internet, imprimir, copiar discos compactos, entre otros. Ha tenido que autoformarse en aspectos relativos al *software*, investigar sobre diferentes tipos de contenidos (aplicaciones de programas, productos culturales multimediáticos, sobre todo para el uso de teléfonos móviles, como tonos y demás dispositivos).

De a poco fue notando que sus servicios eran mucho más que los de un simple dispensador de acceso a los insumos tecnológicos de información y comunicación. Como pudimos presenciar en varias ocasiones, se ha convertido en un asesor integral de herramientas para quienes se acercan a su local. La confección de currículum para la búsqueda de empleo, las destrezas comunicativas relativas al uso de chats, principalmente por parte de los jóvenes, la gestión de diversas redes sociales, la manipulación de imágenes y audios en los más variados soportes, fueron sumándose en su quehacer cotidiano. A todo ello se le incorporó el hardware, una vez que comenzó a abrir aquellos dispositivos electrónicos y se vio ante la necesidad de «meter la mano» en ellos. Como signo de los tiempos que corren, el albañil de vocación pasó a convertirse en un técnico informático y, podríamos decir, en un gestor cultural. Igualmente vemos que sus deseos siguen pasando por los cauces habituales, y necesita identificar el producto de sus energías y esfuerzos en

una obra materializada, hacedora de nuevos espacios físicos y soporte de formas de habitar. Pero el proceso parece irreversible, dada la conveniencia y el paulatino involucramiento que lo ha ido llevando más y más adentro en la adquisición de habilidades en telecomunicaciones, así como en soportes y contenidos de «culturas mediáticas» (Rincón, 2006). Todo ello se vio fortalecido una vez que fue incluido en nuestro equipo de intervención y puso en juego una nueva dimensión hasta entonces solamente insinuada: la enseñanza. Ángel se convirtió en el profesor de informática de nuestro equipo y su trabajo fue todo un éxito para los involucrados.

Es importante también detenernos en el carácter social de este tipo de establecimientos, donde las tareas y las prácticas llevadas a cabo desbordan ampliamente lo que puede ser considerado comúnmente como un local comercial. Y es que para los vecinos, el cíber se ha convertido en un nodo de interacción, donde es posible adquirir información y conocimientos en un clima de aprendizaje y en el despliegue de vínculos afirmativos, es decir, potenciadores de las diferentes subjetividades involucradas. No son pocas las situaciones donde hay que hacer frente a las problemáticas que afectan al barrio, para lo cual es necesario demostrar una actitud profundamente comprensiva y flexible para no chocar y terminar inmerso sin remedio. El perfil de jóvenes, considerados como inestables y peligrosos por las instituciones oficiales, por lo general desafiliados del sistema educativo y ajenos al mercado laboral (los famosos *ninis*), y que han demostrado en variadas circunstancias recurrir a la violencia como forma de comunicación en la dinámica barrial, pueden verse chateando, navegando en la web, accediendo a contenidos culturales e interactuando en las redes sociales virtuales, en uno de los pocos espacios donde aceptan una convivencia con otros sin las tensiones y la agresión que parece acompañarlos en las demás circunstancias. Ello se debe tanto a las particularidades de Ángel, de su familia, a la posición de ellos en el contexto local, así como a las tareas llevadas adelante. Como vemos, este hacer que ha llevado a un trabajador a usar sus manos más allá de los oficios tradicionales y a aventurarse en las nuevas tecnologías de la información y la comunicación abre nuevos horizontes para la gestión social y cultural que afecta directamente a toda la comunidad.

15

La presencia afrodescendiente y su transversalidad

> «El toque del candombe por los descendientes negro-africanos en Uruguay constituye el principal y mayor aspecto sonoro de la diáspora africana en su extremo sur, una alteridad cultural en la dominante representación eurocéntrica de la nación. Las llamadas de tambores, un desfile local, es una práctica cultural multirracial establecida en Montevideo que se ha ido diseminando siguiendo la migración de los afrouruguayos hacia muchos otros escenarios urbanos, tales como Buenos Aires, Londres, París, Sídney y Nueva Jersey en las últimas décadas. Él había adoptado, antes, en la década de los cincuenta, patrones musicales similares a la clave afrocubana, que había viajado alrededor de todo el Atlántico. De esta manera, el toque del candombe pertenece a los flujos rizomórficos y los circuitos definitorios del "Atlántico Negro"...».
>
> Ferreira (2007, traducción propia)

La cultura del candombe es en sí misma uno de los medios de comunicación existentes en el barrio, o más bien, una de las formas de «mediación» (Martín-Barbero, 1987); sus expresiones son de las pocas que logran reunir vecinos de diferentes fragmentos y transversalizarlos. El toque de los tambores del candombe, se realiza por lo general por parte de una batea, un grupo donde deben distribuirse los tres tipos de tambores: chicos (rango alto), repiques (rango tenor) y pianos (rango bajo), que forman la polirritmia. La ejecución musical debe hacerse en marcha, en procesión. Los músicos son rodeados y seguidos por un séquito de bailarines, oyentes y mirones, que palmean, tiran pasos y dialogan entre sí; grupos de familiares, amigos y vecinos que se suman a la celebración. Otros observan desde las puertas de sus viviendas, pero la música lo invade todo, es imposible sustraerse al sonido y muy difícil no sentir en el cuerpo el impulso de bailar.[27]

27 «¿Qué "hacen pasar" los jóvenes montevideanos al juntarse con sus amigos a tocar candombe en más de treinta barrios de Montevideo semana tras semana? Dentro del horizonte posible en una sociedad implícitamente racista, desvalorizadora de la cultura y de la espiritualidad de los negros, el candombe se desplegó a lo largo de toda su historia

Raquel: [...] En la Unidad Misiones *(Los Palomares)* hicieron su desfile de carnaval, con sus cabezudos y todo eso. Yo lo vi de arriba del ómnibus, dije «Mirá» [...].
Marta: ¿El de *Los Palomares*?... No, pero, vamos a entendernos: todo el desfile de carnaval era nuestro. Lo hizo *Cococho*, lo hizo la gente de nuestro barrio... y pasaron todos por El Palomar. Porque los tambores, cuando salen los Primero de Mayo... Los sábados salen tambores de acá [Unidad Casavalle *(Las Sendas)*], que hacen todo nuestro barrio, pero entran al *Palomar* también. Ellos sí se integran.

Los tambores, como comúnmente se designa a todo el acontecimiento, son la expresión más auténtica de los rituales y las ceremonias colectivas de la sociedad uruguaya. Por supuesto que no cubren todos los estratos y niveles, pero la expansión del candombe, en especial de cuerdas de tambores o bateas y los grupos cercanos que las acompañan, es un fenómeno que ha venido dándose desde las últimas décadas, así como su alcance transnacional en las rutas migratorias contemporáneas.

Los esclavos africanos comenzaron a llegar a la Colonia a partir de 1750, a menos de tres décadas de la fundación de la ciudad. Un 71 % de origen bantú, tanto angoleño como mozambiqueño y un 29 % proveniente del dinámico golfo de Guinea. Mayoritariamente han llegado a través de otras sociedades: brasilera en gran parte, y desde barcos provenientes de los Estados Unidos en menor medida. Bantúes y guineanos constituyen centenares de etnias diferentes, con subdivisiones lingüísticas muy complejas. Las *naciones* serán congregaciones, según las procedencias antes mencionadas, que persistirán hasta finales del siglo XIX. Luego, con el paso del tiempo, los lazos étnicos se disolverán en la dimensión general de *lo afro*, y se pasará de las *naciones* a otro tipo de institucionalización estructurada por los lazos de parentesco concentrados en las familias extensas y en la vecindad de los diferentes barrios montevideanos (Ferreira, 2002). Como lo demuestran las crónicas de los viajeros y criollos, durante el primer siglo de vida de los llamados *orientales*, la población negra es la única que trabaja, propiamente hablando. A pesar de ello sufren la esclavitud como en todo el planeta. Pero mientras en Buenos Aires son exterminados, y en Brasil conformarán la base mestiza de la sociedad, en Uruguay se mantienen en gran proporción, pero a la vez en forma casi aislada.

---

con una gran fuerza instituyente afirmando lo urbano como lugar público, recuperando la espiritualidad, lo lúdico y lo festivo como universo de valores en las relaciones interpersonales a través de la danza y del ritmo. Entendido por parte de la juventud como forma alternativa a la producción de subjetividad uniformizante, el candombe se ha transformado, a través de las llamadas barriales, en una resistencia a las relaciones de vecindad afectadas por el temor, la indiferencia y el rechazo del otro... el candombe se ha instituido en los barrios de Montevideo como un ejemplo rizomático y una práctica de multiplicidad.» (Gonçalvez Boggio, 2007, pp. 57-58).

La asimilación no fue puramente pacífica como se la piensa, el 3 de febrero de 1803 ocurre una rebelión de los esclavos montevideanos que es reprimida rápidamente, con algunos ahorcados en la plaza del Cabildo. En 1834 se celebra la Ley de Libertad de Vientres, y el 28 de octubre de 1846 la abolición de la esclavitud, aunque se hará efectiva después de 1851, cuando se desmovilicen los ejércitos de la Guerra Grande, donde los afrodescendientes estaban condenados a participar en masa por su condición étnico-racial.

En el Montevideo aburrido, pequeño, sucio y hambriento, la música y las formas expresivas de los negros, que desplegaban su magia los domingos por las tardes, fueron desde el comienzo uno de los polos de atracción más significativos de los casi inexistentes. Son prohibidas, luego aceptadas, y poco a poco asimiladas. Nacen en los *bajos* montevideanos, Barrio Sur y Palermo, aledaños a la muralla. *Candombe* pasó a significar danza de los negros, sus rituales por extensión, y más en general aún y peyorativamente, todo sitio de reuniones de alta carga pasional para los cánones del *statu quo*. Los rituales africanos son insertados en la tradición cristiana, las naciones tienen permiso de realizar sus rituales bajo esta condición, tanto en las *salas* como en los *sitios* al aire libre, y mostrarse en las procesiones callejeras que recreaban las ofrendas y toda la parafernalia ritual. Estas *naciones* constan de una organización a la medida del blanco, con presidente conocido, así como las juntas de Morenos. Es así que se celebraban tres fiestas religiosas como propias, resignificando las fuentes: la del que pasó a ser su patrono, San Benito, «el moro de piel oscura»: los candombes del Día de los Reyes, donde se representa la jerarquía y el orden social propio de la cultura de origen (por el rey negro Baltasar) y la de la virgen del Rosario, que a fines del siglo XIX caería en desuso. Las clases dirigentes que conforman el Uruguay durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX tratan de asimilar al negro así como a todos los emigrantes recién llegados de Europa y Medio Oriente. Pero las raíces negras son mucho más ancestrales que la etérea orientalidad, y la experiencia de la esclavitud genera un colectivo unido por la argamasa de la piel y la tierra perdida, que clama desde el fondo a sus hijos.

Toda aquella masa liberta tuvo que reacomodarse a una situación que en lo concreto no había sido modificada. Tras la ampliación de la ciudad y la incorporación de la zona sur, se van conformando los barrios donde se concentrará por entonces la mayoría de la comunidad africana, Barrio Sur y Palermo. Hasta la actualidad, allí residen las referencias primordiales para las memorias colectivas, los escenarios de los recuerdos fundantes de una tradición que se gesta primero en las mencionadas salas, lugares de reunión donde siempre se culminaba con un candombe. Posteriormente se conformarán los conventillos, complejos habitacionales comunales alrededor de un patio central, donde se gestará definitivamente la idiosincrasia candombera. A lo largo

del proceso, los afrodescendientes son aculturizados, pero su cultura seduce al conquistador primero, al uruguayo medio después.[28]

Como planteábamos, en los barrios Sur y Palermo, en la otrora zona del arrabal de la ciudad consolidada, se fue gestando la cultura del candombe, la cual luego se expandió hacia todas direcciones. La llegada de esclavos libertos y las migraciones regionales hicieron que la población negra no quedara reducida al ámbito montevideano, y podemos encontrar en la actualidad ciertos sectores del territorio uruguayo donde su presencia es también mayor a la media en toda su extensión, tanto sobre los departamentos fronterizos con Brasil (Artigas, Rivera, Cerro Largo y Rocha principalmente) como en el de mayor superficie del Estado nación, Tacuarembó. No es casual por tanto que, cuando se logra la apertura democrática y proliferan las manifestaciones contraculturales (1985-1989), el candombe como complejo cultural haya sido un foco de inspiración fundamental.

En la música, en el ritual de las llamadas, en la congregación de la gente, hasta entonces prohibida, el negro aporta nuevamente sin que casi nadie se lo reconozca, mientras sigue siendo discriminado socialmente, atado a condiciones de vida siempre precarias. Uno de los actos más simbólicos de la última dictadura civil-militar fue la demolición en 1978 del emblemático conventillo denominado Medio Mundo, de 52 habitaciones (Benton, 1986; Trigo, 1997). Los dictadores consideraban un foco de subversión a ese núcleo de población afrodescendiente. Hasta la actualidad, pasados ya 33 años, el predio ocupado por el Medio Mundo sigue siendo un conjunto de viviendas en obra, aunque aparentemente de pronta inauguración. El otro polo significativo, el Barrio Reus al Sur dentro de Palermo, Ansina, como se lo conoce por la corta calle local que además recuerda al mítico acompañante negro de Artigas —el prócer nacional—, al este del sur capitalino, hasta hace unos meses seguía siendo un baldío, una ruina que se erguía para recordar una de las últimas amputaciones que tuvo que sufrir esta comunidad. En la actualidad, estos terrenos serán ocupados por una cooperativa de vivienda de ayuda mutua, con integrantes provenientes de diversas zonas de la ciudad y un grupo de vecinos.

El área periférica de Montevideo y metropolitana más en extenso, en su proceso de expansión a la par del despoblamiento de las zonas consolidadas de la ciudad, alberga a una población negra considerablemente mayor que la

28 «La tensión entre el pasado africano y el presente y futuro de los modelos uruguayos heredados de Europa es claramente visible en los primeros conjuntos carnavaleros afrouruguayos, establecidos en la década de 1860. La lucha de los afrouruguayos por ser aceptados en la sociedad [...] se expresaba con humor (como todo en el Carnaval) en el nombre de uno de los grupos más conocidos, Los Pobres Negros Orientales (creado en 1869). El nombre admitía la pobreza y el precario estatus social de los afrouruguayos, en tanto insistía en su categoría de uruguayos de arraigo por nacimiento» (Reid Andrews, 2007, pp. 89-90).

del resto del territorio. Las vías de llegada a Casavalle son las mismas que el común de los habitantes: directamente de las zonas consolidadas de la ciudad, directamente de zonas rural-urbanas de los departamentos en general más alejados de Montevideo, e indirectamente haciendo escala en las zonas céntricas para luego salir expulsados hacia la periferia. Las zonas consolidadas de la ciudad donde se concretaron los desalojos intensificados en la década del noventa son justamente las históricamente habitadas por la comunidad afrodescendiente, barrios Sur y Palermo, Centro y Ciudad Vieja. Y lo mismo en lo que respecta a los departamentos de procedencia de los contingentes migratorios desplazados hacia la capital, que históricamente han sido habitados por los afrodescendientes llegados desde Brasil y movilizados desde la ciudad capital hacia allí por obligación y elección, expandiéndose por todo el «lejano norte» de entonces.

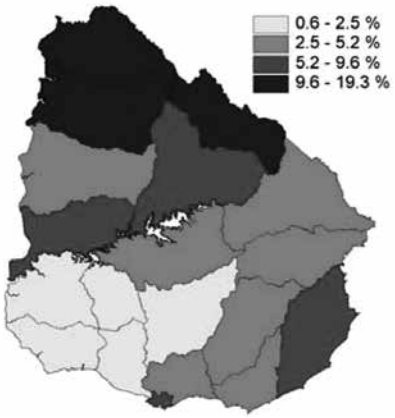


Imagen 6. Porcentaje de población de ascendencia afro o negra según departamento de residencia

Fuente: Cabella y Bucheli (2006, p. 19).

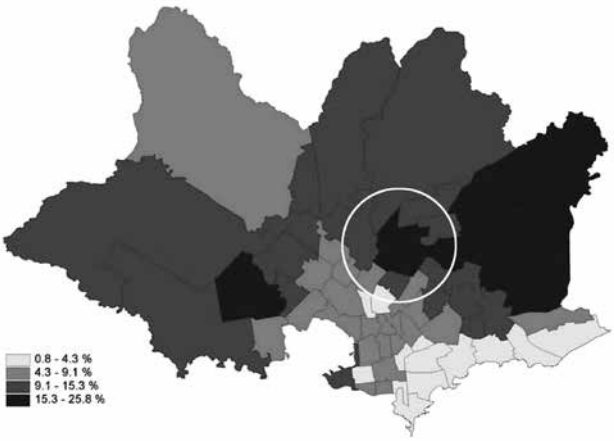


Imagen 7. Proporción de población de ascendencia afro o negra en el departamento de Montevideo

La circunferencia resalta el área aproximada a Casavalle.

Fuente: Cabella y Bucheli (2006, p. 23).

Como claramente puede apreciarse, los departamentos de Artigas al norte, y Rivera siguiendo la frontera con Brasil, son los que poseen entre 15 y 25,7 % de población afro o negra. Los siguen los departamentos de Cerro Largo, en la misma dirección, y Rocha, al sureste, con entre 8,3 y 15 %. La situación en Montevideo es patente. Podemos apreciar cómo aún queda cierta población de relevancia en las zonas consolidadas de donde fueron desalojados, siendo la península de la Ciudad Vieja donde constituyen aún entre 9,1 y 15,3 % de la población. Barrio Sur y Palermo, donde históricamente se concentrara la cultura afrouruguaya, se encuentra en un rango inferior al anterior, el que corresponde al tramo que va entre 4,3 y 9,1 %. Salta a la vista Casavalle, en el corazón del departamento, en el tramo más alto, entre 15,3 y 25,8 %. Las otras zonas que comparten su misma densidad relativa de afrodescendientes son hacia el oeste La Paloma-Tomkinson (que incluye al barrio llamado Cerro Norte), y hacia el este y de forma contigua a él, Jardines del Hipódromo, Punta de Rieles-Bella Italia, Villa García-Manga Rural y Bañados de Carrasco. También puede verse cómo Casavalle se encuentra en el centro geométrico de la densidad y la distribución general en el territorio departamental.

Para todo el territorio uruguayo, la población que se declaró afro o negra alcanza el 9,1 % (Cabella y Bucheli, 2006, p. 14), por tanto en Casavalle la proporción se multiplica por una vez y media por lo menos, y por casi tres veces como máximo. Y ello se constata paseando en sus calles, sendas y pasajes. Hay que considerar que al ser posible adscribirse a varios grupos a la vez, a nivel de todo el país quienes se declararon blancos alcanzaron el 96,9 %, lo que nos habla de una importante identificación con diferentes tipos de mestizaje, más o menos conflictivos, al ser tan numeroso el grupo de quienes

dicen ser blancos y negros a la vez. Esa relatividad o ampliación del espectro dado desde la percepción de los sujetos en todo el territorio nacional se ve tajantemente estratificada cuando tomamos en cuenta los ingresos medios de los hogares. Desde allí, las diferencias son fuertes, y corresponden a una exclusión social localizada. Mientras quienes poseen ascendencia blanca se encuentran en los niveles medios en casi un 60 %, solo un 19,6 % de los afrodescendientes se encuentra en el sector medio-alto y 33,9 %, en el medio-bajo, siendo un 39,7 % el porcentaje de quienes integran el estrato bajo, frente a un 21,3 % del total (Cabella y Bucheli, 2006, p. 23). Es decir, que casi cuatro de cada diez afrouruguayos se encuentran en el nivel más bajo de ingresos y satisfacción de las condiciones básicas. Igualmente, como ya hemos planteando, y ahora se visualiza también en los aspectos demográficos, no se llegan a constituir guetos. El índice de disimilitud de Duncan, que mide la relación entre los diferentes tipos en un espacio, alcanza el 0,28 %, donde cero significa que la proporción de diversidad es pareja y uno es la segregación extrema (Cabella y Bucheli, 2006, p. 26).[29] Es decir que nos encontramos casi a un tercio de lo que sería una situación extrema de segregación espacializada, un gueto propiamente dicho.

Los tipos de hogares también muestran diferencias relevantes para comprender los procesos de subjetivación diferenciales y sus relaciones. Mientras que el 45,1 % de los hogares de afrodescendientes están constituidos por parejas con hijos, entre quienes se declararon blancos bajan al 33,5 %. Y mientras los hogares de los primeros están constituidos por 3,6 sujetos en promedio, en los segundos son de 2,9, cerca del 3,0 del total (Cabella y Bucheli, 2006, p. 38). Es decir que se trata de hogares más numerosos e integrados por varias generaciones. Y donde más evidente se hace la diferenciación excluyente es en el acceso a la educación y al trabajo, donde los jóvenes de 18 a 24 años que asisten al sistema escolar entre los afrodescendientes es de un 22,3 % mientras que entre los considerados blancos alcanza al 40,7 %, otra vez muy cerca del promedio general que es de un 38,9 % (Cabella y Bucheli, 2006, p. 43). Casi una quinta parte tan solo de los jóvenes afrodescendientes, se encuentra inserta en el sistema educativo. Los empleos corresponden a los del sector del mercado informal, y los miembros del ejército son un 2 %, lo que significa el doble del promedio general. Lo mismo sucede con el empleo doméstico, que constituye el 14,4 %, duplicándose la presencia de esta actividad entre las mujeres que se consideran a sí mismas como afrodescendientes en relación con el total de la población (MTSS, 2011, p. 12).

El perfil más claro lo es, sin dudas, el de empleadas domésticas afrodescendientes, las cuales constituyen el 37 % de las trabajadoras de su grupo étnico-racial (Cabella y Bucheli, 2006, p. 61). En síntesis: «la tasa de pobreza

29 Las autoras comparan la situación —para apreciar la diferencia— con Chicago y Nueva York, donde la segregación de la población afro o negra alcanza el 0,88 y 0,81 % respectivamente, según estimaciones.

de la población afrodescendiente duplica la de la población blanca: el 50 % de los afrodescendientes están bajo la línea de pobreza y el 5 % son indigentes, mientras que estos valores alcanzan respectivamente 24 % y 1,6 % entre las personas de ascendencia blanca» (Cabella y Bucheli, 2006, p. 53). ¿Es sencillamente fortuito que quienes encarnan aún una cultura local minoritaria —la afrouruguaya—, que ha sido absorbida y reinsertada en la cultura general de la sociedad uruguaya como una transcultura, una mediación comunicacional que tiene el poder hasta de atravesar la más dura de las fragmentaciones, se encuentren a principios del siglo xxi evidentemente en una situación de exclusión y precariedad estructural? Esto dificulta aún más las cosas, pues la experiencia de la discriminación no es para nada homogénea. Podemos hablar de una *discriminación estructural*, que si bien hegemónicamente no se manifiesta a través del racismo anclado en valores sustancialistas asociados al color de la piel y en prejuicios morales derivados de estos, existe como resultante de relaciones de fuerza tradicionalmente reproducidas de tal forma que se sigue segregando a las poblaciones de procedencia africana.

«El país no discrimina directamente al negro»

> *Nazareno*: La parte que me toca a mí, el país no discrimina directamente al negro, nos discriminamos de ciertas formas. Quizás unos no toleren mucho a los negros, no sé por qué, pero es algo que pasó en el mundo. Es que distintas razas han sido discriminadas siempre. Pero después se discrimina también al gordo, al chueco, al rengo, al pobre, al peludo, al que toma, al que fuma: se discrimina a todo el mundo. Ahora debe ser uno de los lugares del mundo donde se está más parejo.
> *Fernando*: Yo, por ejemplo, no me siento discriminado. Y he tratado gente y trato. Para nada.
> *Nazareno*: No nos sentimos directamente discriminados como negros, quizás hay otra discriminación.
> *Fernando*: Sí, ahí está, como negro no.
> *Martín*: Un amigo moreno que se sentía discriminado en Buenos Aires me decía, y yo estaba del otro lado y decía «Hay que ver cómo se da a conocer él, porque vos te sentís discriminado, pero, ¿vos qué haces para no ser discriminado?» Yo caminaba por todo... Cuando llegué a Buenos Aires era uno más del montón, y después me sentí que era parte de la ciudad, y digo «Esto me lo gané por lo que uno hace, porque uno se hace conocer».
> *Gonzalo*: Hablé con un moreno que me encontré cuando fui a buscar un préstamo, sobre el desfile [de Llamadas], y me dijo que era todo «cara pálida», y me enojé, por la discriminación en contra. Y el loco seguía metiendo bronca y «a ver este negro de mierda»...

Nazareno: No nos gusta que hablen de «cara pálida» de los otros: ¿Qué «cara pálida»? ¿Cómo «cara pálida»? ¿Qué? ¿Somos los mejores nosotros?
Fernando: Ya nos enojamos nosotros...

«... es común acá que te digan cosas, en general. Y después si sos de color»

Daniel: Igual se meten, que eso antes no pasaba [...]. Un ejemplo, si vos vas bien vestido, alguna grosería te van a decir. Vos te la tomas bien, o te la tomas mal. Porque también está lo otro, lo racial.

¿Está también eso?
Raquel: Sí... Eso es una cosa que me llama mucho la atención.
Daniel: Pero qué pasa: mucha gente de color —que hay, había más, ahora son menos, ahora hay mucha mezcla acá—, como a vos te ven de color, «saben» que la gente de color tiene que ser o pobre o humilde, entonces no pueden vestir bien. Y si te ven bien vestido: ¿por qué este negro tiene que andar de *championes*...? Como a mi hija que le dicen «la picuda», porque mi hija es muy seria, pero no se mete con nadie, y eso les pica, les pica [...].
Raquel: Sí, es algo común, pero es común acá que te digan cosas, en general. Y después si sos de color. Y aquí es lo que me extraña, porque yo siempre digo «si estamos en Casavalle es porque estamos todos igual. Dejate de diferencias, porque los que estamos acá somos todos iguales». Si no, estaríamos en otro lado [...]. Totalmente, «con los negros no te juntes, con los negros no vayas, con los negros no...». Ahora, si sos del ambiente de ellos, o sea, si sos *chorro* o si sos borracho, está bien, contigo no hay discriminación [...]. Y en el Centro pasa también. Lo que pasa que en el Centro la gente tiene otro grado de cultura, no te relaja, no te dice nada, te hace una mirada despreciativa, o si no directamente te ignora, o vas a hacer un trámite y te trata así no más.
Daniel: Una vez me pasó en la plaza Cagancha [en puesto de artesanías], se fue la dueña, era un pequeño empleado, y yo quedé a cargo del local, y viene una media picuda, que era una turista argentina, me miró así, y miraba para los costados buscando a alguien. Yo dije «Está buscando a alguien, una mujer blanca, un hombre blanco...», [y me dijo] «Sí, señor, busco a la dueña». Y para hacerme más agrandado le dije «Yo soy el dueño». [Se sorprendió] Entonces te das cuenta. También pasa con los argentinos. Ojo, el racismo siempre existió, eso ya lo sabemos. El problema que en Uruguay, más barrial, ¡eso es lo que más calienta!
Raquel: Llama más la atención en un lugar como acá.

Daniel: Acá hay gente de color que es muy agrandada. Y también está el otro negro, que es más humilde. Eso siempre pasó también. El racismo también está entre los propios negros [...].

¿Hasta dónde llega el racismo?
Daniel: Hemos tenido enfrentamiento con los vecinos por el tema racial, por mi hija o por mi señora. Es obvio. Porque eso, si vos sos o no de color lo sabemos, hay varias formas de decirlo. Pero también hay una cosa: cuando nosotros nos íbamos a mudar del barrio era obvio que nos iban a tirar con todo. Entonces vos tenés que hacerte respetar y ser duro. Nosotros no nos metemos con nadie. Pero la gente va a buscar. A veces la indiferencia es lo mejor que hay. Yo a veces se lo digo a mis hijos [...]. Mi hija me recomienda la moto para trabajar y sé que cuando la tenga la gente va a decir: «Mirá este, el negro se compró una moto, y ¿cómo se compró una moto?».

Si bien *de color* y *moreno* son utilizados con frecuencia para autodesignarse, no son categorías muy bien valoradas por los afrodescendientes. Responden más a un uso tradicional originado en los tiempos coloniales y quizás, son puestas en uso justamente frente a nosotros, asociados, a pesar de nuestra actividad comprensiva, a los *blancos*. Igualmente nos informan del uso que sigue teniendo en la vida cotidiana del lugar, a pesar de estar a favor o en contra de ello, y lo conflictivo que sigue resultando la designación por parte de sí mismos y de los otros de los rasgos raciales, la incomodidad y las perplejidades que aún se generan a partir de tal distinción. Para algunos este es un punto importante, para otros parece valer lo mismo el calificativo empleado, ya que se reconoce el estigma en cualquiera de las variaciones utilizadas. Vemos también la denuncia del racismo en la otra dirección, en sentido inverso, contra los de piel clara: los *carapálida*, término utilizado por los pueblos originarios americanos y popularizado por la cinematografía clásica producida en Hollywood. Las reflexiones de Raquel y Daniel nos acercan aún más a la complejidad de este fenómeno. Al tipo de discriminación de corte estructural, como hemos planteado, se le suma el hecho de que sí es experimentable en forma directa, vivencial por parte de los sujetos en cuestión. Pero esa segregación se da, una vez más, en forma secundaria, es decir, como un elemento de estigmatización más y siempre posterior a otros definidos en primera instancia por las diferencias de clase y estatus, traducido en las expresiones de las diferentes disposiciones y *habitus* (Bourdieu, 2000) comunicables a través de las costumbres y los usos cotidianos.

Tampoco es una novedad la constatación de la existencia de una discriminación entre quienes se consideran a sí mismos de determinada manera. Como veremos en el capítulo siguiente, en lo referente a las dinámicas de estigmatización en general, la desvalorización opera tanto desde el exterior como desde la interna de quienes son agrupados bajo una misma categoría.

Esto no deja de generar asombro y estupefacción de muchos, como en este caso, donde resulta insólito constatar cómo los aparentemente semejantes pueden hacer uso del rasgo compartido para intentar herir la integridad del otro. Se trata de las mismas lógicas de fragmentación y aislamiento que hemos visto operar desde el punto de vista de la espacialidad: la desconexión con lo contiguo y la búsqueda de identificaciones con lo externo. Este tipo de fenómenos se han visto claramente establecidos justamente desde los aspectos de tipo étnico-racial, a lo largo y ancho del planeta, y en especial en el Nuevo Mundo, dado su grado de mestizaje y heterogeneidad, por la presenciad de culturas originarias y otras de procedencia africana, en un crisol de culturas riquísimo en su diversidad.

La presencia afrodescendiente en los fenómenos que estamos analizando se encuentra en su raíz, y es en la figura de Alba Roballo (1908-1996), «La Negra Roballo», donde pueden sintetizarse. La fundación de la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)* contó con su presencia, como no podía ser de otra manera, ya que ella fue una de las principales promotoras de la construcción de la unidad. Entonces presidía el llamado Consejo Departamental de Montevideo y había sido electa senadora por vez primera, y se encontraba haciendo una recorrida por varios lugares de América Latina para conocer experiencias de desarrollo. Luchadora social incansable hasta sus últimos días, su propia historia de vida es un ejemplo de la trayectoria y el destino de quienes habitaron y habitan las zonas más desfavorecidas del territorio nacional. Oriunda de una pequeña localidad (Baltasar Brum, anteriormente Isla Cabellos) del fronterizo departamento de Artigas, siempre se identificó con sus orígenes mestizos y su militancia política estuvo signada por sus cualidades culturales. Parte del folclore popular del Uruguay la recuerda siempre acompañada por cuerdas de tambores tocando candombe en cada uno de sus actos públicos. La inauguración de *Las Sendas* en 1958 no fue la excepción. Algunos de los pobladores presentes ese día lo evocan claramente y mantienen asociado a ese acontecimiento a la música, la danza y la particular carga afectiva producida por la cultura de procedencia africana.

Igualmente, es significativo el hecho de que la figura de esta poeta, profesora, abogada y activista por los derechos humanos no se encuentre aún más asociada con las reivindicaciones de corte étnico-racial, aunque sí con las de género (una de sus publicaciones periodísticas se llamaba *Mujer Batllista*, iniciada en 1964), al ser considerada como una de las primeras mujeres en ocupar cargos políticos de relevancia. No integra lo que podría ser el panteón del imaginario afrouruguayo, como sí otras figuras públicas, siempre relacionadas a las expresiones culturales, el carnaval y demás, aunque fue ella una de las principales promotoras de la institucionalización de las Llamadas. A pesar de ello, cuando hurgamos en la historia, nos encontramos una y otra vez con su tendencia a identificarse positivamente con su procedencia fronteriza y mestiza. La agrupación político-partidaria —o mejor aún, el *movimiento*— con

que emigrara del tradicional Partido Colorado (al que la comunidad afro se mantuvo asociado clásicamente por su raíz urbana) a la gestación de la coalición de izquierdas, Frente Amplio, en 1971, se denominó Pregón, nombre que ya utilizaba para uno de los semanarios dirigidos por ella. Este término se refiere al acto de emitir una discurso en voz alta, en el espacio público, claramente «performativo» (Austin, 1982). Son palabras que hacen, que cambian el mundo. El sentido del levantar la voz y hacer oír a los que nadie escucha ha acompañado su prédica de mujer y negra, como hemos visto, hasta hoy en día una de las condiciones más duras en las que se puede estar y que es profundamente característica del Casavalle contemporáneo.

> Debo recordar, sin embargo, que si yo hubiera sido una amable señora de la oligarquía y de la llamada «clase política», me hubieran tratado con más benevolencia y se habrían admirado de mi estatura de intelectual, en cuanto fui una escritora y una académica. Pero elegí a los más pobres, a los más desvalidos, y me precié de ser no la política sino el político que llegó a los barrios más miserables, y pagué con una caricatura horrenda que mis compatriotas vendían en sus diarios y con una propaganda calumniosa que soporté heroicamente sin derramar una lágrima: yo era la negra que le gustaba el vino, la que tenía costumbres difíciles y se juntaba con los negros del Barrio Sur.[30]

> A los tamborileros les tengo profundo agradecimiento porque nunca me cobraron cuando tocaban, y venían y lo hacían en forma de aplauso, respetuosamente. Entraban en la alegría popular de un mitin dándole un clima maravilloso [...].

> Soy mujer. Me acuerdo que a los doce años lloraba a muerte porque era negra y el moño de la escuela no me quedaba bien... Después siempre traté de ser agradable. No le podemos imponer a la convivencia política y social mujeres desagradables. Tenemos el deber, ¿no es cierto?, de estar presentable. Yo no sé si lo consigo. De repente soy un arbolito de Navidad: clips, collares... uso colores no apropiados. No puedo vivir sin mis caravanas. Y me maquillo. Tengo que aprender a ser discreta. Me estoy resignando con el negro, el azul, el gris, el marrón. Me cuesta horrores, por una razón de origen fronterizo, brasilero, donde las mujeres se visten de todos los colores. Y esa costumbre no se saca.[31]

30 Roballo, A. Entrevista citada por Payssé, D., en Cámara de Representantes, Acta de la sesión del 3-11-2005.

31 Roballo, A. en Sapriza (1988, pp. 223-224).

A partir de 2008 se ha visto un creciente interés por parte de las instituciones municipales y nacionales, junto con movimientos de la sociedad civil como Mundo Afro, y bajo el auspicio de organismos internacionales, por la problemática de la vivienda y el medioambiente asociada a ese colectivo (MVOTMA, 2008b). Para tales fines, se han comenzado a desarrollar políticas específicas que intentan repoblar las zonas consolidadas de la ciudad que otrora eran característicamente habitadas por los afrodescendientes, en especial los barrios Sur y Palermo. Para ello se toman en cuenta las familias que han sido desalojadas de allí desde 1978, año de la demolición del Medio Mundo. El movimiento cooperativo uruguayo, tan relevante en la historia social local, también se ha involucrado, y se han destinado ciertas cuotas de viviendas para esta población en los complejos edilicios en construcción en esos barrios, haciendo hincapié, además, en aquellos hogares a cargo de mujeres. El proceso recién ha comenzado, y como hemos visto, las diferencias residenciales se encuentran por demás polarizadas, lo que implicará grandes esfuerzos para superar un tipo de discriminación aparentemente inexistente, pero profunda en su perseverancia.

16

Estigmatizaciones

«te pone una mala onda tremenda encima»

Raquel: Siempre hay que tener conocimiento de cómo arrancó la cosa. Y también tener conocimiento de cómo la gente nos ve, los demás cómo nos ven. Porque vos decís «Casavalle» y ya todo el mundo te pone una mala onda tremenda encima.
Rosario: Tenemos mala fama por la gente que no es del barrio.
Marta: Pero no es así. Es decir, la gente de mi barrio no es mala, es solidaria...
Rosario: Porque yo he visto gente que: cruzan con los autos a todo lo que da, andan robando. Entran los milicos, están robando, es la casa de fulano —vos sabés que es la casa de fulano—, están robando a ese fulano. Pero viene un auto robado a todo lo que da, lo apagan, le sacan las ruedas, lo prender fuego... Y no son gente del barrio, porque vos conoces a los *gurises* del barrio, sabes quiénes son. Pero te digo, hay cosas que vos estás mirando y tenés que callarte la boca, no decís nada. «Viste que...», «no, mentira», porque no era ese fulano, no era el de acá.
Marta: También te digo que el barrio nuestro está dividido en dos, te voy a decir.

Eso les iba a decir: ¿cuál es el barrio? Cuando ustedes hablan de barrio*, ¿a qué se refieren?*
Marta: El barrio nuestro arranca acá arriba [avenida Gustavo Volpe y calle Dr. José Martirené, frente al muro oeste de las escuelas públicas] y termina donde está la cabaña [Mi capricho, en el cruce de bulevar Aparicio Saravia y avenida San Martín].

Un juego de identidades múltiples confrontadas ¿Casavalle es un barrio o una suma de barrios?

> *Raquel:* Toda esa zona tan extensa son como cien barrios chiquitos. Y cada uno quiere tener su personalidad, o su forma de vivir distinta, o destacarse por algo...
>
> *Su identidad.*
> *Raquel*: ... su identidad, vamos a decir. Entonces los del [barrio] Bonomi no quieren saber nada. Bonomi es allí arriba, no quieren saber nada con los de acá... No se aíslan... nos ven con lástima. Aquellos [de Unidad Misiones *(Los Palomares)*] nos ven con bronca... [risas colectivas]
> *Rosario*: Ay, no...
> *Raquel*: Son distintos sentimientos... Pero todos compartimos la zona.
> *Marta*: ¿Y Casavalle, cómo mira a los otros?
> *Raquel*: Y nosotros los miramos con un ojo crítico. Porque nosotros decimos: «somos Casavalle, somos los fundadores de este barrio. Aquellos son *Los Palomares,* que nos robaron, usurparon, nos trajeron la mala fama. Los del Bonomi son los que se creen que están mejor, porque están arriba, en lo alto. Y los del Borro son los mugrientos que nos traen la fama de chorros». Entonces esos son... [risas]. Y nadie quiere ser calificado con todos esos calificativos.

Quienes se identifican con la voz *Casavalle* remiten a la Unidad Casavalle, en general a la I, por su mayor tamaño, pero incluyendo siempre a la 11 erigida unos años después. Creen ser vistos con recelo por quienes se identifican con la Unidad Misiones *(Los Palomares)*, a quienes se los responsabiliza por los altos niveles de violencia y deterioro:

> «Tierra de nadie» le decíamos [...], hay un pasaje que se llama Shanghái... le decimos Shanghái... si vos miras para adentro ves pedazos de cortinas... parece una favela... y cayendo el agua, las cloacas todas desbordadas y nadie se encarga de destaparlas. Entonces uno se encarga de ponerle el nombre [...].

Por otro lado, creen ser vistos por los vecinos del noreste, del barrio Bonomi, como pobres perdedores, al haber compartido una misma historia de poblamiento y haber sido tan contrastante el porvenir de ambos.

Abrazado por el barrio Jardines del Borro por el oeste y el norte, el Barrio Bonomi surge de un emprendimiento fallido de creación de un balneario turístico. Parte de su identidad reside en el Chalet Bonomi, construcción que sigue en pie y que para muchos esconde extrañas entidades, sobrenaturales. El asesinato de dos de los arquitectos-constructores en pleno proceso de

construcción hizo que el proyecto desembocara en un fraccionamiento más. El barrio se pobló junto con la Unidad Casavalle I *(Las Sendas)* hacia el sur y en la actualidad es considerado como el barrio con mejor calidad de vida de entre todos. Para algunos vecinos de la Unidad Casavalle I *(Las Sendas)*, el barrio Bonomi es un testimonio de cómo se puede construir un barrio digno, comenzando en la misma situación de pobreza que ellos, accediendo a unos terrenos un poco más caros, pero pudiendo adoptar una actitud constructiva. Pero también es cierto que desde otro punto de vista, se le adjudica la fuente de la imagen violenta generalizada para toda la zona. Cuando asesinaron a los arquitectos-constructores:

> Ahí empezó la fama. Porque no te estoy diciendo que la agarramos nosotros. La fama ya estaba hecha: «No vayas para aquel lado que te matan». ¡Y era solo el Chalet Bonomi! [En] el Borro había muy pocas casas, el carnicero... es la historia que sabemos, de la escuela y de todo.

El más antiguo de todos los barrios de esta subzona, el barrio Jardines del Borro, es visto despectivamente como el de los sucios y mugrientos. Quienes se identifican con este barrio se consideran los pobladores originarios del lugar, y si bien toleraron la creación de la Unidad Casavalle I y II *(Las Sendas)*, ven en la Unidad Misiones *(Los Palomares)* la fuente de la mayoría de los males. Los asentamientos en todo caso, son vistos como poblaciones necesitadas, aunque son ubicados en lo más bajo de la jerarquía. Nuevamente en la cúspide se encontraría el barrio Bonomi, aunque no deje de ser «el mismo barrio», siendo la diferencia «la personalidad de la gente». Una vecina identificaba sus primeros pobladores como de origen gallego o de ciertas regiones de la península itálica, mientras ellos mismos, en *El Borro*, serían de procedencia criolla de medios rurales, de «gente de afuera: Artigas, Salto, Tacuarembó, más de la zona de la frontera», lugares que en su imaginario siguen estando «divinos». Igualmente, tanto para unos como para otros, la creación de *Los Palomares* marcó un antes y un después en sus vidas. Este es, a grandes rasgos, el juego de las identidades múltiples confrontadas en el lugar. Las construcciones del otro hacia todas las direcciones están pautadas por la desigualdad, en una jerarquización de inspiración evolucionista.

Solamente en una instancia de diálogo comprometido en una comprensión crítica se pueden llegar a enunciar como aquí los elementos más reaccionarios inherentes a la construcción de identidades en este contexto (Álvarez Pedrosian, 2004). Entre risas, reconociendo nuestras limitaciones, tratando de tomar distancia y reflexionar sobre nuestros propios supuestos básicos, podemos expresar, repensar y transformar esos prejuicios. Comprensivamente hay que reconocer, como hemos visto en esta investigación, la imperiosa determinación de las condiciones *a priori* en la conformación de la zona como depósito espacial. Por la arquitectura generada, en tanto *arqué* tectónica,

disposición inicial de la espacialización, en conjugación con las condiciones que hacían llegar a los diferentes contingentes poblacionales, se generó una espacialidad fragmentaria, junto con procesos de subjetivación más vastos de las mismas características, condicionados cada vez más por esa espacialidad, por el lugar de residencia y lo que allí sucede.

Ahora, cuando podemos poner en crisis nuestras propias identidades, preguntarnos cómo es que se han construido, cómo podrán ser, cómo deseamos que sean, podemos al menos explicitar los valores y los principios que fundamentan una imagen, que constituyen el criterio de selección para construirla. Todos los puntos de vista se encuentran en algún punto confrontados entre sí. Como todo proceso situacional de creación y recreación de identidad, la mitopraxis (Sahlins, 1988) se desarrolla a partir de acontecimientos y ritualizaciones que buscan establecer sentidos en la experiencia inmediata allí donde no los hay. ¿Y cuáles podrían haber sido los materiales tomados, las interpretaciones de acontecimientos como los que aquí se sucedieron? Cada nueva construcción de una unidad espacial es significada por los pobladores anteriores como una usurpación, pues se ha hecho sobre terrenos ya consignados real y simbólicamente a estos, además de que fueron alzados como soluciones transitorias, precarias desde su gestación. Luego se construye una imagen que encuentra en lo cotidiano su reafirmación, seleccionando lo que se le asemeje. Y como el proceso es hacia todas direcciones, una dinámica colectiva hace que se refuercen cada una de las posiciones, aislándose entre sí por reacción.

Además de este endoestigma —el que funciona al interior de la zona—, nos encontramos con el exoestigma, que afecta a todos más allá y gracias a las diferencias, que son excluyentes. Este aspecto se hace patente en las prácticas laborales, en las relaciones sociales que se establecen indefectiblemente por la necesidad de conseguir medios de subsistencia algo más dignos y de mejor calidad que las formas de por sí desvalorizadas, como la recolección y la clasificación de basura, y cuando los intentos por autogestionar la economía al margen del mercado no se hacen viables. Y cuando frente a los enormes esfuerzos por sostener un proceso educativo, dan frutos, los jóvenes siguen enfrentándose ante una barrera insalvable, la misma que sus padres, quienes no pierden las esperanzas, pero saben que desmotiva a cualquiera: «Espero que no te patinen el currículo por vivir acá». Uno de los momentos más duros es, quizás, cuando se hace imposible no revelar la auténtica residencia.

«cada uno vive donde puede, no donde quiere»

> *Margot*: Uno cuando va a trabajar... No había dicho dónde vivía... [dije] otro lugar. Entonces, ¿qué pasa? Porque como corre más el rengo que el mentiroso... Una vez, un chiquilín mató a un taximetrista, los ómnibus pararon, no tenía con qué ir a trabajar. Ah... [risas]. Entonces llamé, se dio justo que había paro en todos lados, no entra nadie y bueno... «¿cómo que no?» [había dicho que vivía en Villa Española]. Al otro día, yo trabajaba con dos chiquilines chicos que se quedaban conmigo, «nosotros tuvimos que parar de trabajar, fulana no fue...», empezó a rezongarme [el padre de ellos]. «Sabe, yo le voy a decir la verdad, ¿sabe dónde vivo yo? En El Borro. ¿Vio donde mataron al taximetrista ayer? Los ómnibus no entraron». El tipo quedó... le dije «Cada uno vive donde puede, no donde quiere. Yo quiero vivir en una casa en Punta Gorda, que tenga piscina pero no puedo» [risas generales]. La cara del tipo era como diciendo: «Pero entonces, ¿¡quién sos vos!?». Era una cosa así, ¿viste? La relación nunca cambió, pero en ese momento como que les chocó. Entonces, vos no podés entrar a una casa de rico y decir: «Yo vivo en Unidad Casavalle», no podés [...]. ¿Querés dramatizarlo? Hasta perdés tu identidad. «¿Tenés teléfono?», «No», porque si le doy mi número va a saber que no es de tal lado. «¡Ah, pero usted no nos había dicho eso!» [...] Quedó ahí, a los días ella me dijo: «Mirá, tenés razón». Yo le dije «Es obvio que en mi barrio sale gente a robar. Pero los ómnibus vienen llenos para Pocitos, Malvín y Punta Gorda, todos de ahí, ¿de dónde? De acá no van llenos para allá. La gente sale a trabajar, la gran mayoría» [...]
> Como nos dicen a nosotros [los que roban]: «giles laburantes».
> Te hacen la fama: No hacen el corte [entre] los barrios. Cuando mataron al chofer este año, o el año pasado creo que fue, en [avenida] San Martín y [bulevar] Aparicio Saravia, eso es en *Los Palomares*, dicen «en *El Borro*». Y vos decís, «no, yo vivo en Unidad Casavalle dentro del Borro». Nada que ver, porque El Borro es un barrio retranquilo, nada que ver. No tiene nada que ver. No hay ranchos, o sea, puede haber mínimo, la gente sale a laburar, no hay mugre en las calles como hay acá, y todos te lo generalizan en El Borro. Como que la gente pone la mano [en signo de pare] [...]. La gente está totalmente equivocada [...]. El Borro es un buen barrio donde podés vivir, donde podés salir a tomar mate y dejar a los chiquilines en la calle. Porque digo, yo que conozco, nunca sentí: «Ah, en El Borro se tirotearon. ¿Vos sabés que en la calle hubo un relajo...?» Sin embargo, acá /*Las Sendas*/ sí. En *Los Palomares* sí... Generalizan.

Este tipo de experiencias no se limita a la situación entre una mujer empleada en un hogar acomodado y sus empleadores, sino que puede darse entre compañeros de trabajo procedentes de los barrios más cercanos, pero considerados parte de la ciudad:

María: Yo que tuve que trabajar de doméstica, no podías. «Ah, vivís en El Borro, bueno después te llamo». Jamás, no te llamaban más.
Miguel: Yo estuve con obreros de una sanitaria, casi toda gente del Cerrito. Y, «¿de dónde sos?», «Yo soy del Borro», «Ah... los malandros del Borro, eh, vos sos *malandro*, cuidado que ahí viene el malandro del Borro». Yo me lo tomaba como... Llegó un momento que me lo tomé...
María: Claro, porque te cansas...
Miguel: ... Me tomé unas aspirinas y [risas]... ta, me calmé viste hasta que la confianza de ellos... Eso fue en 1984, cuando entró Sanguinetti, que daba una hora para mirar el fútbol de la selección. Loco, se reunían todos ahí, y cortaban para comer y yo seguía picando arriba, y no me avisaban si habían parado, no me avisaban el horario de salida —yo no tenía ni reloj—: «No, porque el malandro del Borro, que pim, que pam». ¡Estuvo como dos, tres meses así, loco!, laburando en una sanitaria. Hasta que después vinieron a ver... el trato, el vestuario, conversando, casi todos veteranos. ¡Y eran de acá! Cruzas y es para el otro lado. Yo no sabía ni dónde era, ¿viste?

El estigma es un «deterioro de la identidad», un producto «vástago de la estereotipia» (Goffman, 2006, p. 67). Indudablemente, el proceso de creación de generalizaciones a partir de rasgos más o menor asignables a un sujeto, en principio extraño, sea individual o colectivamente —pero siempre en la proyección de lo intersubjetivo—, es una mecanismo consustancial a la producción de subjetividad. Ese recorte de las expectativas normativas en lo relativo a las conductas y a las actitudes opera como forma de construcción de la realidad. Ahora bien, cuando el contacto y la interacción, en vez de dar paso a la reconfiguración identitaria lo que hacen es reforzar la infravaloración, nos encontramos ante el deterioro. Como claramente lo analizara Goffman, el estigma comienza por una caracterización esencialista, donde se asocian ciertos rasgos a atributos, según experiencias previas y los sistemas de valores por los que se efectúa la significación. De ese virtualidad a lo real se pasa cuando se cree encontrar indicios y marcas concretas que ofician como demostración de ello. Se dan efectivamente dos situaciones: la desacreditación fáctica —producida por la certeza de que los rasgos que se ostentan son perceptibles por uno mismo y por los demás— y la potencial desacreditación —como el temor que hemos visto en tantos vecinos que los lleva a esconder su verdadera residencia en los ámbitos de interacción fuera de la zona. El pasaje de una situación a la otra es violento y refuerza las circunstancias que sustentan la descalificación.

«No soy Pepita la pistolera» nos dice Margot, recordando aquel personaje que tanto impactara en el imaginario social gracias a uno de los filmes más emblemáticos del cine nacional (Flores Silva, 1993). Basada en el caso real de una mujer que se vio llevada a concretar diez asaltos a casas de cambio entre febrero y junio de 1988, mostrando un método amigable ante sus

víctimas —simulando un arma con el mango de un paraguas asomando de un bolso— y logrando la complicidad de algunas de ellas, la película logró transmitir los conflictos ante los que se vio enfrentada la clase media en decadencia del Uruguay posdictadura. Los medios escritos y televisivos de entonces dedicaron muchos titulares y notas al respecto, ya que a la policía no le fue sencillo dar con ella, y más que nada, por tratarse de una mujer movida por la necesidad de sostener a su familia. La imagen de una joven mujer ladrona bautizada con ese apodo se repitió en otros contextos, como en Argentina. Margot recurría a ella mientras nos narraba la situación conflictiva a la que tuvo que enfrentarse una vez que no pudo esconder su residencia frente a sus empleadores cuando trabajaba en el servicio doméstico.

Ciertamente, el estigma opera a partir de rasgos y atributos (físicos, de carácter y comportamiento, o de características socioculturales como la religión, la nación o la residencia), que concentran las miradas de los otros y anulan otras cualidades presentes. Enceguecidos o deslumbrados, todo lo demás queda sin ser reconocido y los pocos elementos significativos se apoderan de la atención por completo. Como plantea Goffman, y siguiendo una larga tradición de pensamiento, el estigma es sostenido en creencias en el fondo compartidas tanto por unos como por otros. De allí derivan las disputas entre quienes son identificados como semejantes, y ello explica la lógica de fragmentación propia de quienes se reconocen como portadores de los mismos rasgos esencializados en las interacciones sociales. En general, quien se siente estigmatizado posee dos formas de tratar de corregir la situación: una directa, cambiando de entorno social donde sufre ese ataque a su identidad y otra indirecta, agregando nuevas actividades y contextos de interacción que sean bien vistos por los estigmatizadores. En los casos extremos, ante la mirada de quienes son considerados como los normales, quien padece el estigma e intenta ser aceptado aparece como exagerado o disminuido, fuera de foco podríamos decir. Debe luchar constantemente por ser asimilado, llevando adelante una «carrera moral» (Goffman, 2006, pp. 45-55).

«... porque me daba orgullo: "del barrio Borro soy"»

Gerardo: Por eso te digo que no es que nunca hubo droga, siempre hubo de todo, pero ves más cantidad de jóvenes que... Vos me hablás, por ejemplo de droga: no se veía tanto. Había una pastilla, me acuerdo, que era la más... y eran contados. Quedaban como locos, ¿viste? Pero no eran muchos. Aparte no andaban haciendo alarde: «Yo me drogo». Eran señores, incluso hasta los que robaban. Incluso, tu mamá, tu señora podían salir a tomar el ómnibus, que nadie se metía. Tu papá podía venir borracho, hecho bolsa y nadie te iba a decir... al contrario: «Buenos días», «buenas tardes, vecino, ¿cómo le va?». Y tu papá podía venir tranquilamente hasta tu casa y salir a hacer los mandados y no había ninguna falta de respeto.

Martín: Una vez, cuando fuimos a buscar el 222 para el liceo de los nenes, el 41, en la Seccional 12, mientras el comisario se despachaba diciendo disparates de cómo se podía tratar a las personas de estos barrios, yo lo dejé hablar y le dije «Permítame... Yo soy del barrio Unidad Casavalle, me crié ahí, nací y estuve diecinueve años fuera de él, y volví con una familia, sí. ¿Por qué? Porque creo que hay cosas rescatables en mi barrio. Es un árbol, que el que tiene frío, quiere sacar leña de él y saca cuando quiere. Por eso muchas veces, a ese árbol caído se lo usa así: vienen a hablar de nuestro barrio a propósito, porque les queda bien. Pero hoy por hoy, no hay barrio equis, ¡epa! Porque hoy sabemos que en todos lados hay de todo». Y nosotros siempre defendimos esa postura: caminando y moviéndonos como nos movimos. Como yo le decía al comisario: «Con la misma carta de referencia que caminé acá, caminé en otro país y me fue muy bien. La carta de referencia del barrio Borro» [...]. Hay niños que se han enfermado porque dice «Si no viene Mary —o como se llame—, la mujer que me cría del barrio Borro, yo no como, no voy a la escuela». Eso ha sido en Pocitos, en... «Yo no como», ¿eh?, ¿y de dónde viene fulana? Del Borro. Saquemos todas esas cosas también a la luz, ¿verdad? [...]

«Adoptado del Contencioso Judicial», vendía en la IMM, era mi casa la intendencia [...], todos nosotros hemos caminando por lugares hermosos que son para sacarte el sombrero. ¿Y quiénes son? Son gente del Borro, [...] sacaron lo malo, para apuntar con el dedo... Salía de acá, cuando era gurí, me iba a la Intendencia a vender caramelo, a las seis de la tarde me iba a La Pasiva, le buscaba cambio en el Banco Hipotecario al cajero, dejaba mi tabla de caramelos, que no valía lo que yo llevaba en la mano y le buscaba cambio para que pudiera trabajar en la caja tranquilamente. Y después me comía unos panchos. El orgullo más grande era aquel que me preguntara (dice «este negro se va con la plata»): «¿De dónde sos?» «Del barrio Borro», le decía con esta voz [fuerte y firme], porque me daba orgullo: «Del barrio Borro soy».

El trato real y la disposición virtual que se encarna al actualizarse en interacciones y encuentros específicos, al concentrarse en aquellos rasgos definitorios de la espacialidad, hacen que nuestros vecinos se sientan y piensen como extranjeros cuando salen de la zona, y en muchos sentidos estando en ella. Si bien existe una aglomeración de rasgos físicos, comportamentales y denotativos de creencias, valores y costumbres, se genera una amalgama en torno a la residencia. Cualquiera de estos otros aspectos pueden presentarse por separado —color de piel, vestimenta, uso de dialectos o vocabulario diferencial—, pero cuando se pone en juego el lugar de residencia todos ellos coagulan en el estereotipo desvalorizante, el estigma de ser de alguno de estos barrios. Desde una perspectiva comunicacional, las interacciones se comprenden como expresiones y transmisiones; pero no se trata de una simple información emitida y recibida, sino de un proceso que involucra la actualización y la modificación de los códigos y los medios en cuestión. Las mediaciones, más que los medios como entidad aislable, son la clave (Martín-Barbero, 1987). Al tratarse de fuertes estereotipos instituidos, los signos en cuestión son específicamente símbolos, es decir, configuraciones cargadas de significados en el entramado de sistemas holísticos donde lo que más pesa es lo socialmente atribuido, mucho más vasto y cristalizado que lo que un indicio y un ícono pueden dejarnos inferir. Más aun, «Un símbolo [...] no puede indicar ninguna cosa particular; denota una clase de cosa. No solo eso, sino que él mismo es una clase y no una cosa singular» (Peirce, 1999, § 8). Estos símbolos en lo relativo a las estigmatizaciones pueden ser de tres tipos: estigmas propiamente dichos, de prestigio, y des-identificadores (Goffman, 2006, pp. 58-59).

Una vez que los nombres propios que identifican a la zona fueron cargados de estereotipos peyorativos, sus habitantes no pudieron hacer mucho en términos individuales. Lo que tiene de violenta la vivencia de la estigmatización es, además del significado atribuido, el carácter de ser un aplastamiento, un *investimento* descalificador que se siente como la bajada de interminables denotaciones sociales sobre la singularidad de un sujeto específico. Toda la carga imaginaria cae con un peso imposible de evadir. Por ello lo difícil de revertir, de transformar en otra cosa sin que la opción sea renegar la propia identidad, cambiar el nombre del lugar, esconderlo. A esto hay que sumarle el proceso de deterioro que efectivamente fue sufriendo toda la periferia en general, con el retiro del Estado y las instituciones experimentado en estas últimas décadas (Wacquant, 2007), lo que profundiza e instituye aún más el estigma establecido.

Miguel: Como que... capaz que estoy equivocado y son mis pensamientos: son guetos para aquel lado. «Ta, ¿a dónde podemos mandar a las familias de tal zona?», «Pa'l lado del Borro, ahí hay unos terrenos baldíos...»: zona gueto, te ponen guetos. Que la gente no se da cuenta, porque a vos te dan una vivienda, un buen techo y vos no te das cuenta a dónde te están mandando a vos. Y si vos te pones a pensar, a vos te están sacando de los límites de ciudad establecida mismo [...]. Hoy vos caminás, tenés ómnibus para todos lados, hasta ciertas horas, después estás en una isla acá. Llega una hora... si vos querés verificarlo: parate seis y media de la tarde en [avenida] Burgues y Larrañaga [Luis Alberto de Herrera] que viene el 158, que ya empiezan a cortar para el Cementerio del Norte. Que antes, nunca en la vida. A esa hora, terminan el turno ahí. ¿Vos sabés dónde estaba antes la terminal del 158?: acá en la Plaza de Palos. Vos salías a cualquier hora de la madrugada y veías un ómnibus parado siempre ahí, siempre. Algo para salir tenías del barrio.
María: Ahora acá es ya una cosa que de noche no podés salir porque no tenés para volver. Yo me acuerdo que antes, en los Carnavales, me encantaba, yo iba a los tablados, Teatro de Verano con los gurises, todo. Y hace años que no puedo ir... pero antes tenías vida cuando estaba el ómnibus.
Miguel: No solo debe ser acá. En todo barrio periférico. Es como todo, cuando tenés utilidad, tenés utilidad, pero cuando te estamparon «zona roja» —que no es solo mi barrio, hablo por muchos barrios que están pasando la misma situación—, ya ahí cuando estás con ese sello, no servís. Pero cuando tiene que pasar algo extraordinario, que tenga... esencia humana, sí, ahí están: ah, barrio fulano, barrio mengano, se donó esto, se donó...
Juan: El ómnibus, se hizo la solicitud a través del Club Uruguay-Borro. El finado Nepomuceno de..., el coronel Lauré, que debe vivir. Y la feria. También se solicitó y se trajo la feria, allá en Martirené, venía un puesto de Subsistencias y un puesto de verduras. Ahí empezó la feria.

Se movilizaba el club para el barrio.
Juan: Pa... no sabés lo que eran esos bailes.
María: Sí, para el barrio.

¿Ya no hay club o grupo de vecinos así?
María: Sí, la feria, nos pasaron por arriba.
Miguel: La cambiaron para el Bonomi. Supuestamente es Bonomi... son, más cajetillas son, supuestamente. Yo tengo trato.
Juan: Si hay algún acontecimiento, algún algo, es el barrio Bonomi. Pero cuando pasa algo raro, ahí, el Bonomi no existe. Escuchá el informativo policial es «el barrio Borro», allá en San Martín y Antillas por ejemplo.

> Han llegado a decir que por Santa Rita, «robaron en el Borro». Y, criate fama y échate a dormir.

Es innegable que este proceso de estigmatización ha sufrido una potenciación una vez que las mediaciones alcanzaron la proyección y la amplificación propia de los medios masivos de comunicación. Dentro del abanico de géneros televisivos, los informativos han desempeñado un rol fundamental. El tipo de narraciones construidas por estos implica un tipo de generalización propicia para la proliferación de estereotipos: la pretensión de describir la realidad en sí misma a partir de coberturas fugaces sobre acontecimientos y fenómenos complejos en el momento en que suscitan la atención de las audiencias (la noticia), en tiempos cada vez más breves y en la yuxtaposición de temáticas tan variadas como el deporte, los asesinatos y la agenda política, al estilo de un *zapping*. Es claro que los efectos en las audiencias de imágenes violentas presuntamente realistas son heterogéneos, yendo de la indignación al miedo, el terror o la indiferencia (Fernández, Revilla y Domínguez, 2011). De los titulares de los periódicos locales, que comenzaron a hacer alusión a la zona bajo la denominación de El Borro a principios de la década del ochenta del siglo pasado, a la presencia de la televisión y su clímax en los años de la crisis de 2002, se constata un afianzamiento de los estigmas y una lucha cada vez mayor por parte de los vecinos frente al aplastante manto de denigración y prejuicios. Algunos de nuestros entrevistados nos han narrado cómo han llegado a comunicarse telefónicamente con los canales de televisión para que rectifiquen sus informaciones y jamás han conseguido nada.

Lamentablemente, aún la producción audiovisual y televisiva en particular en el contexto uruguayo, se encuentra bajo formatos y narrativas conservadoras, aunque la accesibilidad a Internet y los nuevos programas de desarrollo de las llamadas industrias culturales y creativas pueden ser un indicador de los cambios por venir. Hasta el presente, y según sigue vigente en la televisión privada abierta, las «narrativas mediáticas» (Rincón, 2006) asociadas al género informativo se basan en la espectacularización a partir de estereotipos que construyen pseudootredades sin voz propia, o a lo sumo, sumidas en un proceso de «barbarización» característico de las sociedades modernas, tal como lo sucedido durante los esporádicos saqueos que tuvieron lugar en la crisis de 2002 (Campodónico y Bolón, 2003), y en las inagotables alusiones a la violencia cotidiana que aún persisten y que recaen sistemáticamente en los estereotipos de los habitantes de la periferia urbana. Se va pasando de lo espectacular a lo especular, es decir, a un juego de espejos donde se hace uso de rasgos cada vez más impresos y alejados de aquellos *otros* cosificados (Imbert, 2003). Un interesante estudio de 2008 sobre la producción mediática de los principales informativos centrales de la televisión uruguaya ponía en evidencia el rol ocupado por la violencia y la forma de construir la noticia poniéndola como base: el 42,4 % de las referidas a seguridad ciudadana

se ubicaron en los titulares. Lo más importante con relación al proceso de conformación de los estigmas es que en los hechos se des-informa al crear un mensaje donde nada se dice acerca de los por qué ni los cómo, sino que tan solo se escenifica un acto dando a conocer el dónde, el qué y el cuándo; ni qué decir de cualquier elemento que sirva para contextualizar aún más la situación de los protagonistas (Perroni y González Arias, 2008). Lo único que puede identificarse son los rasgos de los adolescentes «planchas», los paisajes de los barrios periféricos y las alusiones permanentes a los nombres comunes con los que se confunden permanentemente las locaciones, en especial el uso de *Casavalle* y *Borro*.

La ignorancia de los periodistas

> *Margot*: «En la conflictiva zona de Unidad Casavalle un vecino baleó a otro... ¿Qué pasa? ¿Se pasan a los tiros todos los días?». Creo que ha sido más el tema de no saber, el propio periodista que no sabe y manda todo para la misma bolsa y no tiene nada que ver [...] En 1995-1996 en adelante, donde —¿viste?— ya empiezan a pasar cosas más grosas. Lo que hablamos hoy, sobre el respeto a los vecinos. Los *gurises* se animan, los padres ayudan, apoyan, «sí, si sos menor, hacelo». Esa cosa es la que hace que se generalice, que se empiece el tema del descontrol adentro del mismo barrio [...]. Y no es que es todos los días y a cada rato. Mi madre vive en el Municipal, y tiene unas dos cuadras de calle y luz, acá no hay calle. Y vive en unas casitas que las hicieron ellos, los vecinos, no cooperativa de vivienda porque cada cual se hizo su casa individual. Y mi vieja tiene miedo de bajarse [del ómnibus] allá en el Municipal e ir a la casa. Sin embargo se baja acá [en Unidad Casavalle] y no tiene ningún problema [...]. Si ella llega a las nueve de la noche allá en la casa de ella llama por teléfono para que mi hijo la vaya a esperar [...]. Más que nada es desconocimiento...
>
> *Miguel*: Por eso yo digo y es mi visión: cuando es algo mal, «Borro», por toda la zona humilde. Los periodistas no tienen nada que ver, porque de repente vienen con una información, la leen, la procesan y la largan a conocimiento público, pero se olvidan que están usando un poder. Eso es un poder. Que vos llegás y machacás, machacás, machacás... [golpeando con el puño cerrado], cuando querés acordar, tal zona: «no entrés». Acá mismo, hay gente que de acá mismo, así, nacido y criado en el Borro: «No, yo vivo en Gruta de Lourdes». Hacen como el apóstol que entregó a Jesús. Porque si no tenés vergüenza de que tu compañero de repente —que vos hace años que estás laburando— «te cachee».

Como puede desprenderse de las reflexiones anteriores, los vecinos que sufren la estigmatización mediática buscan comprender el proceso que la

hace efectiva. Los periodistas son vistos como trabajadores, que como tales se encuentran tensionados por las necesidades que dicta el sistema en que se encuentran inmersos. Igualmente, existe una oscilación entre lo que tradicionalmente en ética se conoce como faltas por desconocimiento y a conciencia. ¿No es, acaso, una responsabilidad profesional informarse e investigar lo necesario para cumplir lo mejor posible con la tarea que no corresponde? Los vecinos buscan comprender cómo los demás no los comprenden; cómo son objeto de un sistema abstracto de producción estandarizada de lo real a través de los estereotipos de la industria informativa. Hemos tenido la suerte de observar directamente la construcción de una noticia en el barrio o por lo menos la fase de captura de las imágenes en el lugar. Por lo general, somos parte de la audiencia, mirando la noticia desde casa, pero en una de las tantas jornadas de caminata y estancia en la zona, nos encontramos con un equipo del sistema informativo de uno de los canales privados de aire. La noticia que los llevaba hacia allí era el robo de varias garrafas de gas y otros objetos en la cocina de las escuelas ubicadas en la macromanzana ubicada entre las unidades Casavalle 1, 11 y Misiones.

Muy rápidamente, un periodista bastante conocido en el medio televisivo local bajó de la camioneta junto a un compañero que tenía una cámara. No pudimos saber con certeza si fueron llamados por los vecinos o llegaron por la denuncia policial, aunque lo primero es un hábito bastante corriente en el medio. De inmediato aparecieron un conjunto de niños y varias de sus madres, y ningún funcionario escolar se hizo presente. Es muy difícil discriminar cuáles aspectos pueden ser considerados como conscientes, deliberados y planeados, y cuáles no. Pero lo cierto es que se desplegó la producción de una nueva imagen estigmatizadora de forma naturalizada. De todos los encuadres posibles, de los paisajes factibles de ser puestos frente al lente de la cámara y de las acciones a plantear a los protagonistas allí presentes, se generó una de esas escenas que estereotipadamente son identificadas como propias de los habitantes de la periferia urbana. En un instante, como si fuera un efecto natural, unas mujeres que se presentaban como madres de escolares manifestaban con ira su indignación frente al asalto de la cocina, mientras una decena de niños y niñas saltaban, gritaban, bailaban y corrían por delante y por detrás. De fondo, el gran muro que bordea la construcción pública, el pasto crecido, y la basura —principalmente bolsas de plástico— esparcida por doquier. Mientras tanto, en pleno proceso, se atraviesa un carro de hurgadores tirado por un caballo... toda una postal. La filmación duró un par de minutos, no más. El periodista no formuló pregunta alguna, tan solo colocó el micrófono delante de esas mujeres y niños, y el camarógrafo hizo lo suyo.

La nota salió editada esa misma noche en el informativo central, casi sin montaje. Los gritos de fondo, la ira y el enfado de esas mujeres, delante de un paisaje asociado con los símbolos de pobreza y delincuencia, expresándose con sus gestos y palabras de forma ostensiblemente diferente

a como lo hacen los sectores medios de la sociedad, eran un plato servido para aquellos cazadores-recolectores de imágenes. Nada se dijo ni se mostró del contexto de lo sucedido, ni se brindaron reflexiones e interpretaciones, tan solo la bronca desatada de las mujeres en medio de un enjambre de niños, elementos para reeditar imágenes estigmatizadoras: pues tienen muchos hijos sin empacho, ni se hacen cargo de ellos, pues se ve en lo descuidado de sus ropas, sus dientes en mal estado, la falta de respeto por los mayores que se encuentran hablando, etc. Así como llegaron se fueron y los vecinos presentes se dispersaron. De las garrafas robadas, la situación de la escuela, lo que sucedió en definitiva, no se supo nada. El canal consiguió casi un minuto más para alimentar la «iconofagia» a la que cree simplemente responder (Baitello Junior, 2008), sin aceptar jamás que es una pieza fundamental en su generación, haciendo uso, entre otras técnicas, de la producción y reproducción de estereotipos cada vez más vacíos y perdidos en un juego de referencialidades fantasmales.

17

Pasta base: donde el círculo se cierra

> *Margot*: No le vendas droga, porque es tu vecino al que vos saludás todos los días, que ves que el tipo se está rompiendo el lomo laburando o que se rompió el alma para criar a ese hijo. No jodas: no le vendas droga. Andá a vender afuera. ¿Querés joder? Andá a joder afuera, no jodas acá adentro del barrio, a la gente de acá adentro. Porque cada uno es dueño de comprar lo que quiera. Pero no acá adentro del barrio.

Uno de los cuatro hijos de Sonia se encuentra, como ella dice, «en el sistema de la droga». Es significativo el hecho de que tanto ella como muchísimos vecinos reconozcan la problemática, pero no encuentren acceso a verdaderas soluciones. Parece ser que el mundo de la droga, hegemonizado en los últimos años por la pasta base (producto intermedio en la elaboración de la cocaína, fruto del procesamiento de la hoja de coca generalmente con queroseno, ácido sulfúrico y amoníaco), desplazando principalmente a la marihuana, se ha conformado como un sistema; mientras que la atención y los recursos estatales y del tercer sector se muestran incapaces de afrontarlo, por encontrarse dispersos y en tal sentido, no forman sistema. Desde la llegada a la zona, su comercialización, su consumo y sus efectos, todo se encuentra estructuralmente conformado, sin fisuras aparentes, más aún, dando la impresión de ser una máquina bien aceitada e imparable. Mientras tanto, los estragos de la pasta base en adolescentes y adultos siguen incontrolables.

El círculo vicioso del consumo de pasta base, «la serpiente que muerde su propia cola» (Folgar, 2001), requiere una coordinación de las múltiples actividades concernientes al sujeto. En la dinámica de reflexión colectiva generada en nuestros espacios de investigación e intervención se estableció con claridad que la circularidad solo puede ser rota si primero se insiste en el proceso de desintoxicación para luego dar lugar al deseo de querer salir, sin el cual ninguna otra acción es viable. No son pocos los casos dramáticos, como el de jóvenes parejas con niños pequeños, adictos ambos a la pasta base; una familia que sobrevive de lo que recolecta y selecciona de la basura del propio barrio, tarea que además se emprende sin ningún miramiento por la calidad ambiental del lugar, rompiendo las bolsas y dejando que se esparza la basura por doquier. Los efectos psicológicos en el organismo desencadenan acciones que inmediatamente repercuten en la red intersubjetiva del entorno, donde la ceguera predomina y la fisura por la obtención de la sustancia determina la actitud. La red de comercialización también genera fuertes choques entre los

vecinos, algunos conocidos desde hace décadas, otros no, pero que se enfrentan a los vendedores sin obtener respuestas. Y es que el dinero ganado por la venta de la sustancia sobrepasa por varias veces el de cualquier otro negocio y su alcance internacional implica ganancias difíciles de renunciar. Existe toda una estratificación que se corresponde con la distribución de las ganancias. Una *boca* de pasta base, que atiende clientes individualmente, puede llegar a contabilizar en sus arcas hasta mil dólares mensuales, y quizás más.

Las dosis se esfuman rápidamente, y en los momentos críticos, de mayor consumo, se puede estar todo el día *de transa*: entre idas y vueltas, comprando, fumando y volviendo a la búsqueda de otra dosis, y así hasta que el cuerpo no soporte más. Una especie de impermeabilización sobre la piel, ejerce un aislamiento sensorial y perceptivo con el entorno. El sudor acumulado y concentrado junto con el polvo y la tierra van cerrando los poros. Es común —además de una baja abrupta de peso— un abandono de todo hábito de limpieza, principalmente la del propio cuerpo. En una huida hacia la abstracción pura de la realidad puesta en juego, el cuerpo es abandonado a su suerte, soporte de un sujeto que se siente objeto de todo lo que le rodea, inclusive para sí mismo. En una aparente paradoja, se muestran indestructibles soportando duros inviernos casi a la intemperie y en situaciones extremas de falta de alimentación e higiene, y, como afirmaba una entrevistada: «cuando caen, caen con todo».

Esta evasión alienante conlleva la esclavización del sujeto por quien le suministra la sustancia. Esto llega a tal punto que en algunas ocasiones los propietarios de una boca de distribución se han hecho cargo de poner en libertad a los jóvenes clientes caídos en desgracia por haber sido capturados efectuando algún robo u otro delito, pues como nos dijo una vecina: «Les sirve más el chiquilín afuera que preso». Estos jóvenes se constituyen como agentes de todo un sistema clandestino de intercambio y comercio de los más variados bienes. Gracias a ellos circulan todo tipo de prendas de vestir —en especial las zapatillas deportivas, tan valoradas—, como electrodomésticos, y potencialmente cualquier cosa, y a muy bajo precio, a veces unas pocas monedas. Este subsistema, que se alimenta del robo y el saqueo de los propios hogares y vecinos, se sostiene porque existe una demanda de parte de los vecinos y más por fuera y en menor medida, porque encuentra una salida más general en las ferias de diversas zonas de la ciudad. Con muy poco dinero se puede acceder a objetos de consumo que en las tiendas valen diez o más veces su precio. Este tipo de mercado paralelo sostiene desde las bases toda la estructura del sistema mayor. Los proveedores también ofrecen entretenimiento y espacios de socialización. En estos locales, que pueden ser habitaciones, con música y tragos, pueden darse violentos enfrentamientos que han terminado en muertes y heridos en varias oportunidades. Y es que la estructura misma, aunque es implacable en su persistencia, no se sostiene en una administración y planificación al estilo de la *pax romana* de las mafias

tradicionales. Aquí las relaciones de dependencia se ponen a juego permanentemente y las posiciones pueden cambiar en un instante.

Esta especie de cacicazgo ha generado ciertas concentraciones relativas de poder en el corazón del barrio. Los efectos de este enriquecimiento están a la vista de todos, desde la ostentación de los bienes obtenidos por los comerciantes —grandes viviendas y camionetas todo terreno por ejemplo— hasta el deterioro y la destrucción de los jóvenes y sus familias. Y no son pocos los casos en los que se dan ambas situaciones a un mismo tiempo, cuando quienes se enriquecen sufren directamente los estragos del consumo en sus propios hijos.

Un sistema incontenible

> *Sonia*: Yo hoy por hoy tengo un adolescente en el sistema de la droga, que delinquió y todo eso. Y hoy, en el momento actual él precisa un tipo de contención. Desde que largó la escuela hasta el momento actual, nunca se logró que tuviera el equipo de contención para que él no hiciera equis cosa y no se pudo lograr. No es que no golpeáramos puertas... Entonces en el momento actual, en el barrio lo que haría falta es un centro de rehabilitación para los adolescentes adictos a la pasta base. Es lo que faltaría en la zona, no solamente en mi caso, adolescentes, que han salido delinquiendo y los padres no quieren que vuelvan a lo mismo, están en la etapa de que buscan trabajo y no se les brinda...
> *Raquel*: Sabes qué pasa: si no estás haciendo la rehabilitación, ¿qué estás haciendo? Estás siguiendo, estás aumentando la adicción y estás molestando a los vecinos.
> *Sonia*: Hoy vas al INAU mismo y no tienen los equipos necesarios para brindar el apoyo a los adolescentes como él [su hijo], que está en etapa de procesal. Esa es la parte que pasa, que principalmente son los adolescentes, que cuenten con un equipo de apoyo, de contención... El mío va a Tacurú, está estudiando y ahora por intermedio del INAU está la posibilidad de conseguir trabajo, pero hay que estar pinchando al personal, porque él está en la etapa procesal... pero hay que trabajar todos en conjunto [...].
> *Victoria*: En esa etapa en que están recontradrogados, recontrapasados, no se dejan ayudar. Primero tendrían que ir a rehabilitación y querer salir. La cuestión es querer salir. Si no quieren salir... Por más que les brindes trabajo, les brindes todo, prefieren vivir así.

El consumo de esta sustancia, así como cualquier tipo de hábito generalizado, debemos verlo en relación con los procesos que atraviesan a los sujetos, a pesar de que las prácticas puedan ser llevadas a cabo en soledad. El fenómeno es social, sin dudas. Como un virus, el consumo de la pasta base

parece brotar en las unidades familiares, generalmente a partir de los jóvenes nacidos en la década de implantación de las políticas neoliberales y crecidos en los años de la crisis producida por estas, cuando la exclusión social alcanza sus mayores índices. Aunque su consumo no se limita a las zonas periféricas, en ellas se concentran las bocas de venta, su intercambio y su circulación como mercancía. Este hecho que trae aparejado una mayor presencia de la sustancia en múltiples formas, inserta esta droga en lo cotidiano mucho más allá de quienes la consumen directamente. Pasa a ser, por tanto, un elemento integrado a la cultura local, manifestado en hábitos y costumbres, a favor y en contra de su presencia. Con bastante ironía, Miguel, quien no se encuentra tan alejado generacionalmente de los actuales adolescentes, nos narraba una de sus prácticas como vecino en Jardines del Borro, que ve a plena luz del día cómo su entorno inmediato está directamente afectado:

> ¡Acá pegó con una fuerza...! Te digo más: todas las tardes, es matemático: me apronto el mate, hay una esquina ahí, había un horario que estábamos con otro compañero y le decía «¿Pasaste la lista?» Porque los veías pasar. "Este va a comprar acá". Por si había faltado alguno, ¿viste? [...] Ahora hacen unos viajecitos, pero no tanto como antes. Y así mismo, se están llevando los portones. Los venden armados así.

También es cierto que su percepción, y la de otros familiares y vecinos en general, es que en estos últimos años se ha sentido una leve recuperación, una disminución de la presencia de la sustancia, pero ello no quita el lugar que ha ocupado en el entramado de significaciones y prácticas de los habitantes de la zona hasta el momento.

En un sentido directo, se forman grupos de socialización en torno al consumo de pasta base. Vínculos estrictamente pautados por la obtención y el consumo de la sustancia no se soportan más allá de esta finalidad.[32] Es así que en los complejos habitacionales nos encontramos con viviendas habitadas por grupos de jóvenes que comparten lo que podríamos llamar una cultura de la pasta base. Estas viviendas, por lo general, no cuentan con ningún

32 «En estos contextos, las formas de sociabilidad juvenil están pautadas por una distinción clara entre *amigos* y *compañeros*. A su vez, la intensidad de estas relaciones se muestra estrechamente ligada a las "separaciones" encontradas [...] Las trayectorias en los distintos ámbitos no dejan amigos, no hay amigos de la escuela salvo excepciones; de las breves experiencias laborales, no quedan amigos... Otro tema que resulta distinguible según las zonas de referencia de los jóvenes [...] Los varones que consumen drogas como pasta base dicen no tener amigos. Lo quieran o no, son "separados". *Compañeros hay muchos, pero por esta porquería, por la pasta se dan vuelta; por una quemadita te dan una puñalada por la espalda, no sabés lo que es... Entonces no tengo* [amigos] [...] Por otra parte, quienes han tenido relaciones problemáticas con el consumo de drogas cuidan sus relaciones. Así, Mateo relata que ahora no encuentra nadie con quien hablar en el barrio [...] (Espíndola, 2007, p. 145).

equipamiento ni contienen objetos de importancia, pues todo ha sido vendido o intercambiado por pasta base, salvo que se pueda —en la mejor de las condiciones— contar con música, ropa y algo de comida. Espacio que tiende al vacío, a la nulidad, tan solo posee señales de la sustancia y de los rituales y los hábitos que conlleva: tapas de bebidas refrescantes utilizadas para quemar y fumar desperdigadas por el piso, algunos rincones con ropas que denotan el uso habitual de alguno de sus habitantes, bolsas de basura y objetos apartados en su recolección, y poca cosa más. La vida de estas comunidades efímeras y precarias se caracteriza por todos aquellos aspectos comunes con otros fenómenos similares en otras sociedades contemporáneas similares en otras sociedades contemporáneas sobre la base del consumo de sustancias del mismo tipo. Esta es una de las cualidades adscritas a las zonas catalogadas como *rojas*, *peligrosas* y *violentas*, sean guetos, antiguetos (Wacquant, 2007) o las combinaciones y nuevas configuraciones existentes en depósitos espaciales de exclusión según diferentes tipos de factores (etnia, enclasamiento, generación, credos, etcétera).

Pero la sustancia, si bien es la razón para el vínculo, no es lo único en común. Se comparte una misma condición general, y a niveles más que significativos, el barrio y la edad. Se trata de hijos, nietos, sobrinos de tal o cual vecino, desbordado por no saber qué hacer con él. Las familias van desgajando a los miembros de una subcomunidad nómada, de jóvenes de varias generaciones cercanas, por lo general conocidos entre sí por haber nacido y crecido en el lugar; los familiares de cada uno de ellos son más o menos próximos entre sí. No eran pocos los vecinos que sufrían directamente esta especie de sangrado interno. Silvia ejemplifica con toda contundencia esta situación. Una de las primeras vecinas en poblar la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)* junto con su familia, transcurridos cincuenta años en el mismo lugar, ahora es testigo de la situación de otras jóvenes en casos similares y no sabe qué hacer con su hija de veintisiete años y su pequeña nieta de cinco, a su cargo, así como es testigo de la situación de otras jóvenes en situaciones similares.

> *Silvia*: Yo creo que ellos están mal, no sé hasta qué punto, porque una pobrecita... No sé, debe medir 2,85 m, porque es alta y fácil, fácil ,debe pesar 20 kg, no creo que pese más. ¡Y tiene unos nenes! Yo no sé qué... No sé, no sé. Yo, a veces, hasta me siento mal por no denunciarla o por no hacer algo, porque yo no sé cómo puede... Ella tuvo una época con otro latero que andaba juntando con ella y tiene un hermano que también, pero... Yo qué sé: a los bebés yo no los he visto tan sucios, los he visto como que están comidos, pero ella es... no sé. Es algo espantoso... cómo anda en la calle, revolviendo las bolsas de la basura... Lo más probable [es] que un día no se puedan levantar y, no sé, que queden dos, tres días ahí, no sé qué puede pasar con esas criaturas, dos mellizos.

La mirada de Silvia frente a ese *otro*, que es su hija y tantos jóvenes del barrio con los que ella se identifica, es la de alguien azorada, testigo de cosas que le resultan insoportables, por el carácter autodestructivo de seres que le son queridos. Sin saber qué más poder hacer, sin herramientas propias para hacer frente a un sistema funcionalmente implacable de acceso y consumo de pasta base, trata en lo posible de mitigar sus efectos. Pero lo anterior no niega el hecho de que se reconocen pautas y conductas que denotan un nivel de adaptación en estos jóvenes: muchos saben a dónde dirigirse, cómo refugiarse, incluso cómo hacerse cargo de unos recién nacidos, lo que llama la atención de Silvia y la hace presuponer la existencia de otros sujetos por detrás, haciéndose cargo aunque sea mínimamente de la situación.

Como presos en su propia casa

> *Silvia*: Tenés que tener los cuartos con llave. Además se crea un problema en la familia, porque mi hijo, no sé, creo que en el cuarto le puse diez candados porque... Tenía que calcular que cuando él llegaba, [debía] tener la puerta abierta, porque si él venía, la abría, pero de una patada [...] Porque él no quería vivir como en una cárcel en su casa. Entonces, yo tenía miedo de que ella [la hermana] le llevara algo de él. De repente, él aguantaba que ella estuviera en la casa, que le diera de comer, que le robara las cosas —que él lo sabía—, que le pegara... aparte era el único que le ponía límites. Si él estaba, ella no hacía nada.

Familias que por lo general son monoparentales y con una mujer a la cabeza son desmembradas por un movimiento de desterritorialización que arrastra a todos.[33] Una red de consumidores, proveedores, y otras derivaciones periféricas atraviesa los hogares. Los espacios internos de las viviendas

33 «Katzman señala como variable fuertemente relacionada con conductas desviadas a futuro por parte de los jóvenes, el hecho de ser hijo de adolescentes no convivientes. Particularmente entre quienes protagonizan actos delictivos, la mitad han nacido fuera del matrimonio, y una cuarta parte de ellos no conviven con ambos padres biológicos. (Katzman, 1999 [«El vecindario también importa», en R. Katzman (Coord.), *Activos y estructuras de oportunidades: un estudio sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay*. Montevideo: PNUD-CEPAL]). No es el caso de la mayor parte de los jóvenes entrevistados en este trabajo, para quienes los problemas de relacionamiento familiar se hallan más claramente vinculados a la convivencia con muchos hermanos y otros parientes, en una suerte de "casa abierta" que no tiene una clara delimitación de los roles [...] Es generalmente con la madre con quien permanecen viviendo los jóvenes, pero habitualmente se incorporan nuevos integrantes al hogar (parejas, hermanos que van y vuelven [...]). De todos modos, la figura materna aparece como centro del núcleo familiar para todos, independientemente de la calidad del vínculo. Por su parte, la figura paterna aparece sumamente borrosa, entre ausencias y conflictos que en algunos casos traducen situaciones de violencia en el ámbito doméstico. Aun en aquellos jóvenes que viven con

sufren la fragmentación, que ya no se detiene en el perímetro de la vivienda. Como hemos visto, las espacialidades de la Unidad Casavalle y sus vecinos se caracterizan por la atomización y el aislamiento de elementos cada vez más pequeños. Por lo general, cuando no está presente el consumo de pasta base, la puerta de la vivienda y sus paredes constituyen la última frontera con un espacio exterior que se presenta como nocivo o peligroso (Lindón, 2006), por lo menos en algunas horas del día. En este caso la barrera es perforada y la vivienda misma se fragmenta: se aíslan sus habitaciones y se controlan los ingresos y las salidas. Pero este fenómeno no se da sin más, pues se abre un campo de estrategia y adaptación donde pueden existir diferentes respuestas ante el mismo problema en el seno de una misma familia. Estas respuestas adaptativas —más o menos conscientes— pueden además oponerse o más sutilmente aumentar y profundizar el problema, y el deterioro de la situación. ¿Qué hacer, poner candados y llaves en las puertas, adaptarse a vivir así? Más en general aún, el problema puede enunciarse así: ¿cómo convivir?

Algunos vecinos, luego de haber recurrido a todos los servicios existentes hasta el presente y no haber obtenido una respuesta satisfactoria, han tratado de hacerse cargo directamente de una posible desintoxicación de sus hijos. Han llegado a atarlos contra su voluntad, incluso con el permiso de las autoridades sanitarias, las cuales concurrían al ser llamadas por ellos mismos para ofrecerles una alternativa digna ante esta situación insostenible. Frente a este dilema sufrido por todos, se instaura una dinámica de seminomadismo para el joven *enganchado* en la pasta base —que lo puede llevar temporalmente hacia otros barrios, incluso a aquellas zonas consolidadas de la ciudad inscritas en el circuito de comercialización de la sustancia—, siendo la casa familiar un refugio y un cobijo proveedor de recursos. Comparte la vivienda con su familia nuclear en ciertos períodos, en estancias cortas, donde puede *achicar*, es decir alimentarse, bajar las dosis y descansar, y una vez que se fortalece, vuelve a desaparecer paulatinamente para vivir una vez más con quienes comparte una existencia centralizada en el consumo de la pasta base.

Este corte radical es principalmente generacional, pero no solamente, y cada día lo es en menor medida. Los jóvenes de un mismo núcleo familiar también se diferencian entre sí por estas prácticas, y esta distinción llega a ser la de mayor confrontación en situaciones que el adulto no puede sostener. Además, el fenómeno es mucho más extenso que el referido a una sustancia en particular que reina en determinado momento, en este caso la pasta base. El alcohol, la cocaína, también tienen sus respectivas historias y presentes. Pero está claro que aquí nos referimos a un tipo humano, en el sentido de la formación de un personaje característico que se condensa entre las variaciones y las probabilidades en la forma de un sujeto en un tiempo y espacio

padre y madre se verifican situaciones problemáticas y distantes en el relacionamiento entre los jóvenes y su padre» (Espíndola, 2007, pp. 120-124).

determinados (Vidart, 1969). Quizás la pasta base sea actualmente tan aterradora, por lo visible, acelerado e irreversible del deterioro que genera y los *pastabaseros*, y por extensión los *planchas*, se hayan constituido en tipos tan definidos en todo el campo social por esta razón, con todas las cargas de estigmas consiguientes. Según lo estiman los propios vecinos, uno de cada tres jóvenes de entre dieciocho y veinte años cae bajo la categoría de *pastabasero*. La llamada *violencia doméstica* —sufrida tradicionalmente por mujeres y niños— se ha asociado fundamentalmente al consumo abusivo de alcohol, pero para las personas mayores a treinta años hay un cambio radical frente a lo que la pasta base generaría: hoy —comparándolo con lo tradicional— «ya no hay códigos», suelen decir.

Inmediatamente cabe preguntarse: pero entonces, ¿hay códigos en la tradicional violencia doméstica? ¿Qué es un código para las subjetividades involucradas en estos procesos? Existe ya un cambio de identidad, una forma de construir el sí mismo y de narrarse que es diferente. Y no podemos pasar por alto el proceso que genealógicamente viene determinando las características de una subjetividad anclada en la autodestrucción, por lo general asociado al consumo de sustancias tóxicas. Se trata de que la diferencia es lo que marca la relación: hoy en día los pastabaseros llegan a vender la ropa de sus hermanos pequeños, los aparatos y electrodomésticos, y cualquier cosa que pueda ser intercambiada por la sustancia, porque son herederos de quienes por el alcohol o la cocaína eran capaces de golpear a toda la familia, desaparecer, etc. Si lo miramos con perspectiva, se trata de una nueva generación que surge sobre la condición previa, en una potenciación del proceso. Más abstractos y analíticos, más concentrados en el objetivo de conseguir ese único elemento en el que se reúnen el deseo y la identidad; son, principalmente ante los ojos de las generaciones mayores, representantes de una forma de ser sin código alguno.

> *¿Cómo está ahora ella? ¿Cuánto tiempo hace que está en esta historia?*
> *Silvia*: Yo creo que lleva unos tres años y pico [...], creo que la nena tenía un año y medio... Ya no quiero ni pensar, hace cuatro años que vengo pensando y que vengo pensando: «¿Qué es lo que pasó? ¿Qué te pasó?». Porque si me dijera, no sé, vivía en una casa, no tenía plata, no tenía las primeras necesidades. Pero ella tenía un buen trabajo, ella trabajaba en un cuartel, ella tenía gente a su cargo.
>
> *Mirá vos. ¿Qué era lo que ella hacía?*
> *Silvia*: Ella trabajaba en la panadería militar. En el momento en que ella empezó, ya estaba ganado 7.800 pesos...
>
> *Para hace cuatro años atrás, ya era muy buen suelo.*
> *Silvia*: Por eso te digo, aparte el sueldo era todo de ella, vivía en mi casa, yo le daba de comer... se vestían ella y la hija. Las cosas de adentro de la casa,

de ella, se las compraba yo, heladera, cocina... Yo a veces pienso que capaz que fue eso, quedarse con tanta plata, no sé. Pero los otros dos [hijos, de treinta y veintiún años] también trabajan. La grande trabaja, es administrativa en el Hospital Militar [...]. Generó problema en toda la familia. Él [su hijo] tenía novia, y como que se encerró en la sobrina, la cuidaba... yo quería que él hiciera su vida, aparte yo no le quería crear responsabilidades sobre la chiquilina. Pero él me decía «Sí, pero ella, ¿qué va a hacer?, ¿cómo se va a criar?» [...]. Él dice. «¿Cómo ella va a vivir sin madre?», porque él no puede vivir sin madre... [La última vez, luego de una dolencia] ella estuvo en casa de principios de noviembre al 24 de diciembre, viviendo en casa perfectamente bien. Pero bien. No era que dijeras: «Está nerviosa, está desesperada; se quiere ir, que está descontrolada». No: estaba bien. Ella atendía a la hija, fue a la fiesta de la escuelita de la niña. La peinaba, la llevaba a la placita; estaba con ella, estaba lo más bien.

¿Y qué pasó al final? Se recuperó y se fue de vuelta...
Silvia: Se recuperó, se vistió, se calzó; porque la vestí, la calcé, le compré todo [...], me dijo que se quería ir, que no quería quedarse más. Ya del 24 al 3 [de enero] ya empezó a abrirse, a salir, andaba y venía. Yo le dije que se fuera, porque ya habían empezado a faltar cosas. Entonces está así [...]. Yo ayer fui a llevarle a la nena, y no entré a la casa, me quedé en una esquina. Creo que estuve veinte minutos, y fácil deben haber pasado dieciocho *lateros*, sí. Y creo que hay una sola que sobrepasaba los treinta años [...]. Ella está en una casa donde el que está se droga, entonces él presta la casa, entonces ahí entran todos [...]. Ahí él roba, compra, «fumamos todos», entonces después salís vos, «y fumamos todos ahí»...

Es lo que está pasando en muchas partes del mundo...
Silvia: Es como dicen, es la droga más cara.

Desde las primeras investigaciones de la Escuela de Chicago, a principios del siglo xx, se plantea la existencia de bandas urbanas juveniles nucleadas a partir del consumo de sustancias y actividades ilegales en contextos de pobreza y exclusión. La combinación de este consumo con la delincuencia y la deserción escolar, en ese contexto, constituye una situación que ha hecho emerger una cultura transnacional que asimila las periferias del planeta. La sistematicidad que posee su presencia, según los propios sujetos que conviven con ella, la inserción poderosamente compacta que tiene en las redes económicas locales hacen de este fenómeno un producto directo de la lógica, también sistémica, del capitalismo contemporáneo. Tienen la misma consistencia, pues una es parte de la otra, un engranaje del sistema mayor. Estos jóvenes que habitan una vivienda en grupos de cinco u ocho, que viven en la noche y duermen hasta pasado el mediodía, que han abandonado los estudios

y los hogares de procedencia, son un emergente de las tendencias y los factores objetivos presentes en toda la sociedad. Como claramente plantea Le Breton (2003), las llamadas «conductas de riesgo» de estos jóvenes —como practicarse cortes en el cuerpo, ponerse a prueba frente a la muerte en forma recurrente, errar por los espacios urbanos—, más que actitudes suicidas, son búsquedas de sentido, una actividad de caza y recolección de valores y por tanto, una reafirmación de la vida.[34]

Encarnan, en definitiva, uno de los resultados más trágicos del individualismo y las patologías asociadas a la construcción del yo, a las dependencias. Desde el punto de vista psíquico, se ha constatado una fuerte relación entre figuras parentales que no logran transmitir límites precisos y jóvenes con conductas adictivas y autodestructivas en general. Estas dificultades para construir una identidad subjetiva, para establecer límites, proyectarse según objetivos, enfocar el deseo y sostener-se en una creencia son las que deben atravesar para salir adelante. No deja de hacerse presente un deseo de transformación, la búsqueda desesperada de una salida. Ciertos valores son afirmativos y una identidad emerge de estos contextos de exclusión. La música villera, el llamado estilo *plancha* de actuar, vestir y hablar, así como su expansión en movimientos de masas más vastos en un campo social transnacional, corresponden a esta constitución de una identidad de masas surgida de los márgenes paraestatales más o menos reincorporada por las sociedades que no le dieron cabida en un principio.[35]

El mayor desafío es, quizás, el que asumen los movimientos sociales que combaten la existencia de la pasta base y otro tipo de sustancias de gran toxicidad, sin negar la totalidad de actitudes y costumbres de quienes la consumen en lo relativo a sus estilos de vida, sino reafirmándose en ellos y encontrando allí mismo la salida y superación frente al flagelo inscrito en su interior —por estigmas de adentro y de afuera—: se trata de una autosuperación. Pero para hacer eso, hay que pasar por un proceso duro y

34 «Las conductas de riesgo [...] derivan del sufrimiento y de la desvinculación social; son intentos por simbolizar su lugar dentro de lo colectivo, por insertarse en el mundo. Cada uno, por un camino desviado y peligroso, va así en busca de una legitimidad personal [...]. Adoptan formas variadas y obedecen, por ejemplo, a motivaciones inconscientes cuando el derrumbamiento del sentido vivido por el joven, el sentimiento de la inutilidad de su vida, de que no puede esperar más nada de los demás, etc., se resuelve en un accionar que descarga la tensión proveniente de la imposibilidad de pensar el hecho [...]. Reacciona con una conducta inmediata que se asemeja a un grito...» (Le Breton, 2003, pp. 30-31).

35 «La violencia se transforma, en esta contemporaneidad compleja, en una de las formas transversales de contacto, relación, mediación y vínculo, pero, paradójicamente, es la destrucción de todo ello [...], las favelas, las cárceles, las villas miseria, los psiquiátricos, las selvas, los "*cantegriles*", las poblaciones, se llenan de voces y lanzan un grito liberador en forma de rap, hip-hop, funky o videoclip. Así, carnavalizan la creación estética y asumen su dionisíaco poder [...]. Desde los márgenes de-construyen la cultura y atraviesan, como *desclasificados*, el encrucijado camino de la diferencia contracultural» (Silva Echeto, 2009, p. 139).

difícil, una nueva iniciación. El término utilizado por los propios jóvenes, y extendido, para designar este momento es más que significativo: el *rescate*. Hay que rescatarse, dejar de depositar en la sustancia lo que no se encuentra por otro lado, dejar de buscar permanentemente enfrentamientos con la muerte para salir potenciado del peligro, dejar de consumirse a sí mismo y a sus seres queridos.

¿Pero cómo *rescatarse* en la actualidad; es posible hacerlo? En términos generales, tomando en cuenta holísticamente a la subjetividad, los jóvenes tienen a su alcance la posibilidad de trabajar un año en los proyectos sociales como recolectores o barrenderos de basura, en su barrio y en otros de la ciudad, y en su forma más paradigmática, comprarse la motocicleta y constituir un núcleo familiar con un niño en camino. No hay muchas más opciones: ni otros trabajos (salvo el empleo doméstico, donde también lo central es la limpieza), ni apoyos para concluir los estudios secundarios, y menos para comenzar o sostener los universitarios. A lo sumo se puede contar con instituciones que facilitan el acceso a formaciones técnicas, sean artesanales o mecánicas. Polarizando los futuros posibles, se puede caer en la tentación del consumo de la pasta base y dejarse arrollar por su mortífera dinámica de deterioro y aniquilación, o se puede quedar subsumido por la reproducción del modelo que más o menos se encuentra presente en medio de la fragmentación: formar un nuevo núcleo familiar de muy escasos recursos y seguir luchando por un nuevo horizonte. La tensión que se experimenta entre un camino y otro pone a los jóvenes en una situación de ansiedad debido a la incertidumbre de una elección de este tipo, así como en depresión frente a las permanentes constataciones de que la realidad se empeña en negarles, una y otra vez, otras oportunidades mejores.

Como hemos visto, una estrategia recurrente ha sido la de levantar nuevas construcciones en los predios familiares, lo que también ha incentivado el aumento desmedido de la densidad, el hacinamiento, así como la compartimentación de unidades yuxtapuestas, y con ello, la fragmentación. Los trabajos del tipo pasantía, que pueden llevar a cabo en las organizaciones presentes en el barrio, ofrece la oportunidad de contar con dinero en un período breve de tiempo, uno o dos años. Luego, los jóvenes deben salir a los codazos en un medio social que exige habilidades y capacidades que ellos no pudieron adquirir, y que además, los estigmatiza. El ejército o la policía pueden ser las mejores alternativas. Ahora podemos comprender lo difícil y abismal que se hace la experiencia de construcción de identidad desde las nuevas generaciones del barrio, la trágica situación en la que se encuentra ubicado el joven. En este escenario, la salida rápida y autodestructiva está siempre presente. Esto pudo haber comenzado concentrándose en las primeras capas etarias, pero el fenómeno se ha extendido a edades muy superiores.

«... el cementerio, la cárcel, o el hospital» Algo andan buscando...

Silvia: Yo he hablado con mi hija y ella me dijo que lo que andaba buscando era la falta de responsabilidad. Ella no quiere tener responsabilidades: «¿A vos te gusta levantarte temprano, trabajar, cuidar tus hijos? A mí no me gusta y no lo quiero hacer» [...]. Aparte, como me decía la persona que vende, no es que sea esta o este chiquilín, son personas mayores, personas que trabajan, que no te voy a decir... pero vos no te las podrías imaginar tampoco. Después de la una, dos y media de mañana parate en la esquina y vas a ver las personas que vienen a comprar. Personas que no te las podés imaginar nunca jamás en tu vida. Personas que conocés de toda la vida, que pasaron los cuarenta años hace rato, que trabajan... ¿Qué pasa? Estas personas fuman [pasta base] de noche, los fines de semana... Lo mantiene un año, dos, tres, pero llega un momento que va a caer porque eso te pide más y más. Y donde te llegue un problema, cae más rápido [...] Con el porro... no era tanto así, porque todos tenían una responsabilidad: una casa, una familia, un trabajo. Pero ahora están perdidos, perdidos [...]. No sé lo que puede pasar en el futuro, porque yo nunca me imaginé... estaba preparada para cualquier cosa de mis hijos, menos para esto, que nunca me imaginé [...]. Es como el cáncer, no hay nadie que no tenga algún conocido, esto es lo mismo. Pero no me consuela, que me haya pasado. Fueron cosas que yo siempre les hablé [...]. Ellos lo saben, siempre te dicen que ya «se la jugaron», que tienen tres posibilidades: el cementerio, la cárcel, o el hospital [...]. El otro día fui a hacer un mandado y vi a un muchacho que tenía la pipa y el encendedor. Entonces me miraba y le digo «No, yo no te voy a hacer nada, voy a ver qué efectos produce». Entonces él se quedó sentado ahí y me dice «Ta, doña, ta todo bien». Entonces empezó a prender y a fumar. Y fumaba. Cuando terminó ni me vio. Agarró una bolsa que tenía y empezó a revolver los tachos de basura. Después agarró y fue para otro lado y empezó a revolver entre la mugre. Yo lo seguí desde la calle del medio de *Los Palomares* [Unidad Misiones] hasta [el bulevar] Aparicio Saravia. A cada rinconcito que iba, revolvía, pero revolvía sin ver, sin noción... No es como una persona que junta con un carrito en la calle, él no, revolvía [compulsivamente] y revolvía... Cuando lo encontré [de vuelta], al final, que habían pasado unos veinte minutos, se ve que ya se le había pasado el efecto. Porque él andaba con la bolsa, pero ya las montañas de basura que había acá arriba ya las pateaba, ya no tenía la euforia aquella de revolver sin sentido. Entonces era la desesperación de lo que había encontrado, para vender y conseguir... No creo que haya llegado a la media hora.

La trama de relaciones puramente interesadas, articuladas en torno al consumo y distribución de pasta base, sobrecodifica los otros sistemas de relaciones, principalmente el vecinal. Los vínculos intersubjetivos —como hemos analizado en detalle— solo sobreviven a la fragmentación hegemónica en aquellos contextos donde se constituyen, por un lado, unidades espaciales que se expresan en el cuidado del espacio público y el combate contra la basura, y por el otro, redes de afinidad a partir de experiencias compartidas en torno a situaciones comunes, pautadas más que nada por entornos institucionales, como la escolarización de los niños, la participación en proyectos de promoción social, la concurrencia a los variados centros religiosos, a los centros de la salud pública, etc. Se puede estar en situación de adicto, de madre o familiar directo, de víctima del robo de los primeros, de comprador de uno de estos objetos, de vendedor de la sustancia, y cada una implica un alto grado de violencia: la autodestrucción, la desesperación, la frustración, la culpa; todos sentimientos que socavan cualquier identidad.

Rescatarse, como hemos visto, implica una verdadera autosuperación que jamás llegaremos a vivir quienes no hayamos pasado por el proceso de nacer, crecer y vivir donde imperen este tipo de sistemas circulares de autodestrucción. No son pocos los que, a pesar de las pocas alternativas, han logrado establecer una existencia más allá de esta trama, pero su omnipresencia implica una lucha sostenida y una resistencia sin igual.

IV

Tras las huellas de los procesos

Construyendo en la intemperie

18

1908. Quintas y barrios jardín

Francisco Piria, promotor sin igual en la urbanización del Uruguay en la bisagra de los siglos XIX y XX, puso el ojo también en la cuenca Casavalle. El primero en lotearse será el barrio bautizado como Plácido Ellauri, en 1908. Le seguirá el barrio Jardines del Borro en 1926, por iniciativa del entonces Banco Popular del Uruguay. Como hemos visto, su planificación respondió a los requerimientos del modelo de ciudad jardín,[36] promoviendo la construcción de casas quintas y de viviendas de tipo urbano, en menor medida.

En la década de cincuenta, la vida aún tenía mucho de zona rural. Sus pobladores mantenían los rasgos culturales más sobresalientes de formas de vida asociadas al aire libre, los campos abiertos y los pequeños núcleos de relacionamiento social.

> *Juan*: Ya me vine pa'l Borro. Tenía piezas por todos lados por ahí, en aquel entonces [...] Había algunas casas, pero era buena gente. Era un barrio como un asentamiento, ibas a pasar por ahí y puro barro; Oficial 1 donde pasa el ómnibus hoy, si llovía tenías que llevar algunas tablas, algunas piedras para poner las canaletas. Oficial 1 hoy es Orsini Bertani. E íbamos pa'l monte, que había monte en aquel entonces... a chupar, comer, hacer asado, que todavía en aquel entonces se podía hacer asado. Fines de semana, estábamos allá abajo. Después yo tuve una cantina ahí, ponía un carrito, llenaba de cerveza, bebidas, de todo, hielo; con los viejos de entonces íbamos abajo y pasábamos el día. ¿Sabés lo que era aquello...? Sí, todos amigos.

36 «La propuesta de la ciudad jardín está estrechamente vinculada al nombre de Ebenezer Howard [...]. El cinturón verde se convertiría en el borde de restricción del crecimiento urbano. La participación del elemento vegetal como protagonista principal en el entramado urbano, garantizaría además [...] la baja densidad edilicia, el mantenimiento de una trama vial, en las que las alamedas y parques públicos se convertirían en los elementos estructurales del trazado de circulación [...]. En términos generales, como movimiento [...] ha tratado de ser el reflejo de una forma de civilización que [...] logra ciudades de calidad estética y sanitaria. Resulta importante destacar que estos indicadores no eran vistos como un fin en sí mismo, sino tan solo como factores a considerar para el desempeño de la comunidad [...] hacia otros logros más trascendentes como la posibilidad de alcanzar la vida individual plena [...]. Esta visión del individuo en el marco orgánico de un espacio estructurado respetando los criterios de la naturaleza, ha conducido a calificar la propuesta de la ciudad-jardín como parte de la ecología organicista» (De Lisio, 2007, pp. 167-169).

Es muy importante no confundir los procesos contemporáneos de pauperización con las dinámicas propias del antaño medio rural, algo cada vez más difícil encontrar dada la gran hegemonía de los modelos urbanos y la desfiguración de todo aquello que escape a estos. Pues ciertas costumbres, hábitos y formas de vida en general, estigmatizadas como propias de la miseria y el descuido, de la falta de interés y el abandono, lo son desde la perspectiva de los tradicionales urbícolas, cuestión que desde la propia definición de la entonces ciudad jardín no correspondía con ello. Evidentemente, cuando nos referimos al medio rural tampoco podemos homogeneizar tras ese rótulo las diferencias existentes, en especial las asociadas a las desigualdades, pues no es para nada similar la vida en un casco de estancia o en una pequeña chacra, ni entre los patrones y los peones en el caso de la primera. Las formas de corte más rural, presentes en barrios como Jardines del Borro antes de la llegada de los límites de lo urbano en su expansión, y de la proliferación de asentamientos irregulares a su alrededor y en sus intersticios, correspondían con las más humildes de entonces. Pero esa condición dista mucho de ser la que posteriormente veremos como la más extendida en la zona y en la periferia en general, de los trasteros y las espaldas de las grandes urbes, fruto de los desechos y de todo aquello que quiere ser expulsado y es producto del mismo funcionamiento (Lynch y Southworth, 2005). El proceso, que para quienes hemos vivido siempre en la ciudad puede ser visto como una simple degradación, posee otras connotaciones desde estos otros puntos de vista:

> *Juan*: Yo nunca me moví del Borro. A pesar de que he sentido fama, estando en la UTE he tenido atracones con varios. ¿Sabes lo que les decía yo? Yo estuve acá enfrente también, en la UTE, pasaban estos pobres con los carritos, che, y decían: «Mirá, los pichis del Borro», para cargarme a mí. «Los *pichis* del Borro, vas a un rancho de esos, y es cierto, vas a la heladera y no le falta nada para comer y para chupar, y vos, estás esperando para ir a la Cooperativa a buscar algo para llevar a tus hijos». Y es cierto, ¿eh? [...] este *pichi* mata un pollo, una gallina. Ahora vas a cualquier rancho de esos asentamientos, abrís la heladera y capaz que alguno tiene una botellita de whisky también para tomar. Pero mirá que son las dos de la mañana, está lloviendo y vos ves al pichi loco de frío que va en el carrito. Las dos de la mañana va, no le pone asco a nada. Y las horas que tiene que dedicarle. Mirá, yo tuve chancho ahí abajo, veinte chanchos, tenía jardinera, caballos, ¿para qué?, yo nunca anduve a caballo... Los muchachos tenían un cajón grande, ahí había zapatos, ropa, de lo que buscaras, busca los pares lógico... [Cuando la gente tiraba] yo traía de todo, yo. Porque me juntaban, siempre había uno que juntaba, uno que vivía ahí que había una casita que habíamos hecho ahí. Todavía tengo las maderas allí en el cerco que ves, eran paredes. Y pato... de cincuenta para arriba, cantidad. ¿Vos te pensás que yo compré un kilo de maíz? Venían a la jardinera, así todo comida. Te levantabas de mañana y era aquello de gallinas y patos...

en la jardinera comiendo. Y los gurises grandes sacando cosas: lápiz de labios, zapatos, cosas que venían ahí adentro. Se podía, ¿eh? Ahora que salgan a la calle: los puede parar un policía o algo...

«Esto era un pueblito», recuerda Miguel, hijo de Juan. Y no solo toma en cuenta a Jardines del Borro, sino que integra a la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)* en sus consideraciones, pues su infancia y su adolescencia transcurrieron desde la década del sesenta en adelante. Para él, el cambio de situación vital coincide con la creación, en 1972, y posterior consolidación de la Unidad Misiones *(Los Palomares)*. Allí comienza el proceso de pauperización, de creación de *minifronteras*, según sus palabras, proceso que ya hemos analizado en detalle, que se fue dando en forma paulatina aunque acelerada, «como un pulpo que te viene envolviendo» según su madre. Pero nuestro análisis no sería integral si no tuviéramos en cuenta los extremos de un amplio abanico de posibilidades, pues para otros vecinos la experiencia fue distinta. Lo importante de una cartografía de procesos de subjetivación como la que estamos esbozando es tomar en consideración las series y sus tendencias a partir de la singularización de los casos, en una generalización no tan solo extensiva, sino y más que nada intensiva, a partir de sentidos y valores puestos en juego. Con cada particularidad tomada en cuenta debe redefinirse la cartografía en su totalidad. Y es que cada elemento cobra relevancia una vez que podemos articularlo con los demás. No es casual que la experiencia de Sandra, vecina del mismo fragmento, es decir, del barrio Jardines del Borro, sea radicalmente diferente a la de los vecinos citados antes . Ella llegó a la primera vivienda que habitaran con su flamante marido e hija recién nacida en 1968 —recordémoslo, el año de las medidas prontas de seguridad decretadas por el gobierno de entonces y antesala del golpe de Estado civil-militar (Rico, 2004)—, cuando Miguel era un niño pequeño. No se encontró, desde su punto de vista, con un pequeño pueblo conformado por vecinos amigables, en un clima de armonía y confraternidad. Cuando nos narraba su historia de vida, recordaba lo difícil que le había resultado hacer frente a los rumores que pulularon a su alrededor, que derivaban de los rasgos físicos de su pequeña, del tinte rubio de su cabello.

Pues, ¿no es, acaso, parte de la lógica de un pequeño poblado, la existencia de rumores? «Pueblo chico, infierno grande», dice uno de los refranes tradicionales; la comunicación en comunidades de este tipo debe contemplar la existencia de esta forma de mediaciones, para nada despreciables como simples efectos no deseables bajo la denominación de *ruido*, pues son parte consustancial de la dinámica en su complejidad.[37] Se sucede una serie de «co-

37 «Se supone que el "cotilleo", los rumores y el control social por el qué dirán y la vergüenza son más típicos de pueblos pequeños y culturas colectivistas, en donde hay pocos entretenimientos, la vida es dura e incierta económicamente y además, se depende del otro. Los estudios antropológicos [...] muestran que la cortesía pública coincide con

sas raras», según su expresión. Una noche, cuando ya había nacido su segundo hijo y aún ambos eran pequeños, y mientras su marido se encontraba trabajando en el ejército o en la seccional de policía cercana (a donde rápidamente hace el cambio), una mujer y su hijo, armado este con un cuchillo, le golpearon la puerta. Decían estar buscando a la mujer con quien supuestamente el padre de este engañaba a su madre. El joven muchacho reconoció haberse equivocado de mujer una vez que vio a Sandra salir en la oscuridad. Igualmente, ella se sigue preguntando, aún hoy: «¿Qué hacía esa mujer?». Este clima colectivo, para ella, nunca ha cambiado. Ya por 1978-1979 adquieren por intermedio de una inmobiliaria el terreno y la vivienda en la primera línea de calle donde aún habitan, y donde luego construirían las restantes viviendas para sus descendientes. Entonces habían considerado la posibilidad de mudarse a la Unidad Misiones *(Los Palomares)*, pues ya habían pasado los años que debía haber durado desde su alzamiento como solución transitoria, y aún no se había convertido en blanco de todos los males de la zona.

Para entonces, aquel barrio jardín, que nació siendo más bien una villa rural en el área metropolitana, constituía un espacio social tensionado por los viejos y los nuevos residentes, paulatinamente rodeado de nuevas piezas urbanas y fragmentado en su interior en terrenos cada vez más pequeños y poblados. El aire pueblerino, podríamos decir, no desapareció sin más y en ciertos sentidos sigue existiendo hasta la actualidad, en conflicto con las dinámicas de pauperización propias de la expansión desordenada de asentamientos irregulares y el empeoramiento de las condiciones generales de vida sufridas en las últimas décadas. Para quienes tuvieron alguna experiencia ligada a cierta forma de institucionalización de la vida comunitaria de entonces, la construcción de la memoria es otra, máxime si se ha vivido un proceso que se remonta a los tiempos previos a la presencia de las nuevas configuraciones territoriales. Las narraciones de la familia de Juan y María son un buen ejemplo al respecto: como vimos, Juan se instaló en la zona desde antes del declive generalizado que comenzara en 1968, tuvo hijos que nacieron y se criaron acompañando ese proceso, y todo ello pudo experimentarlo a partir de una importante actividad a nivel social, siendo el responsable de la cantina más emblemática de la zona. A través de las narraciones de este núcleo familiar podemos acceder a una serie de versiones entrecruzadas que barren todo el período:

---

una visión desconfiada de los vecinos y con la expresión indirecta privada a través del cotilleo [...]. Así, en las sociedades tradicionales predominaría un síndrome cultural de vergüenza, centrado más en el manejo de impresiones ante otros y en la defensa de una buena imagen pública que en la culpabilidad internalizada. De hecho, en las culturas colectivistas prevalece tanto la desconfianza ante los otros como el miedo al qué dirán [...], más frecuente en los lugares pequeños [...] así como en localidades donde coexiste un mayor tradicionalismo de roles de género [...]» (Campos y Fernández, 2004, p. 110). Es importante, además, retener las herencias culturales mediterráneas y pirenaicas en las procedencias de las formas de la uruguayidad, lo que hace aún más pertinente el conjunto de consideraciones precedentes.

Juan: Esto [su terreno] lo compró el Club Deportivo Uruguay-Borro, cuando se remató, había quintas. Pero, el club nunca pagó. Pagué yo, pagué yo, pagué yo y un momento, vine yo para acá, y había que hacer todos los trámites de vuelta, porque no era mío. Yo no soy quién para sacarle la propiedad al club, yo iba y pagaba, entonces tenía al club al día. Y cuando hice los papeles tuve que pagar de nuevo [...]. Por acá entraban y salían, estaba el fondo.
Miguel: Escuela y callejear, como siempre, como todo gurí criado acá, tipo pueblo. Esto era un pueblo. La barra común, criados común, todo.
Juan: Cuando inicié la cantina, la famosa cantina: un casillero de cerveza de tres cuartos, una botella de vermut, una botella de grapa, una de caña, una de vino que conseguí en la bodega, una Coca-Cola ahí, y abrí la cantina [...]. A fin de año de 1965 puse la cantina [...]. La gente era toda buena...
Miguel: Se extraña; yo, que me crié adentro en la cantina, con mi hermano: los veteranos, armonía, gente normal, como que más espontánea, menos tapujada la personalidad. Un pueblito natural [...]. Nunca un lío: cantina llena y nunca había un problema [...]. Borro, esto eran algunas casas, después era todo campo. Y estaba el casco de la Estancia de Borro [...]. Yo me crié ahí. Mi hermano sí que nació ahí, adentro de la cantina [en la casa]. Yo nací en el hospital, pero es un decir. Yo, que no soy muy católico que digamos, pero yo sé que algo hay, todos los 31 de diciembre les prendo una vela a todos los finados que conocí. Voy y prendo una para todos esos viejos: el finado Marcos, Vargas, gente que... estás loco, el finadito *Veneno*. Yo me acuerdo de todos ellos, me acuerdo.

¿De dónde venían?
Juan: Los viejos acá en el barrio son todos de afuera.

¿Y en qué trabajaban en general?
Juan: Y, mirá: en la construcción, había de todo.
María: La mayoría de los veteranos: algunos eran agregados militares, otros eran... de oficio, municipales...
Miguel: Era un crisol: policías...
Juan: El único teléfono era en el cuartel de Instrucciones, había que pedirles.

Cuando se hizo Las Sendas*, ¿hubo algún cambio?*
Juan: No. Lo primero, nos mirábamos ahí, ¿viste? Pero después, todos amigos. Venían de a montones de ahí [a la cantina], nunca ni un problema.

María: Sí... a la cantina todos. La que la inauguró fue Alba Roballo, con los tambores, con todos...

Miguel: Yo casi no me acuerdo. Donde me veían: «Mirá, el hijo del Gallego: andá pa tu casa, ¡bo!»; a decirles venían acá, a decir que yo estaba en una casa metido, no sé por dónde.
María: Tenía una bicicletita roja, sí. Cuatro, cinco años...
Miguel: Para mí era una proeza inmensa: salir de acá era pasar la frontera.
María: ¡Vaya ahora a dejar salir una criatura, salir a la calle! [...]. Es como un pulpo que te viene envolviendo.

19

1958. Las Sendas

A fines de la década del cincuenta del siglo xx, el Uruguay se encontraba nuevamente en un período crítico para sus instituciones. El cambio de gobierno, donde el partido históricamente de Estado debía pasar el poder a su tradicional rival según los resultados de las elecciones nacionales de 1958, implicó un intento de golpe militar rápidamente frustrado. La década comenzaba caracterizándose por el aumento de la efervescencia social y del endurecimiento de los aparatos de represión. Es también en este contexto cuando comienza a implantarse el nuevo modelo de dependencia económica, con la carta de intención entre el gobierno de entonces y el Fondo Monetario Internacional. Nada de todo esto era extraño en América Latina y en los llamados por entonces países en vías de desarrollo. El desarrollismo fue, justamente, una corriente de pensamiento y un modelo de gestión que generó, entre otras cosas, una nueva política habitacional para hacer frente a las masas cada vez mayores de desplazados del medio rural hacia las concentraciones urbanas, y en ellas, de los centros a las periferias. Se trataba de la expresión espacial de un tipo de desigualdad entre ricos y pobres única en el mundo: América Latina no pararía de crecer, proporcionalmente a las desigualdades en su interior. Las inundaciones ocurridas en 1959 constituyen un hito en el imaginario nacional, y colaboraron en gran medida en poner al descubierto tales diferencias entre la población, como toda catástrofe.

Como hemos tratado en detalle, frente a la imperiosa necesidad de hacer algo con estas poblaciones económicamente expulsadas, surge un nuevo Plan de Vivienda, enmarcado en las líneas que el Plan Director había pautado en 1956. En el marco de los lineamientos de la CEPAL de entonces, y en gran medida bajo el impulso de la carismática Alba Roballo, se erige la Unidad Casavalle 1 en 1958, a la que se le adosará la 11 en 1961, del otro lado de la macromanzana para los servicios públicos.[38]

38 «En la Intendencia fue una cosa maravillosa. Creamos el Departamento de Cultura, que se lo dimos a Onetti aunque no hizo nada. Creamos el Departamento de Asistencia Social en el que se hizo mucho, las visitadoras sociales, todas técnicas recibidas, médicos, centros médicos, que del mismo municipio que le pagaban y que solamente daban certificados y la tarjeta para manejar, pero hicimos más de 2500 viviendas del Buceo, todo el Centro Cívico del Cerro, y [...] nada menos que hacer la avenida Propios [hoy bulevar Batlle y Ordóñez] desde General Flores a la rambla, eso está en el mandato del 54 al 59, ya estoy hablando» (Roballo en Sapriza, 1988, p. 222).

Marta: [...] antes que vos llegaras, se reunían las [sendas] 23 y 22. Nosotros todos adornábamos las sendas, y hacíamos la fiesta para el Día del Niño. Entonces cada madre ponía una torta, unas galletitas, y todos poníamos mesa en medio de la senda y los niños bailaban. Albertito ponía la música y todo el mundo bailaba. El 25, el 24 [de diciembre], también se ponía música y se bailaba...
Raquel: Pero esa costumbre la mantiene la senda 19, que dicen que es la más unida, yo sé que en las fiestas bailan. Yo, igual, vivía en la 15 cuando era soltera, así que estas fiestitas más abajo, no las veía.
Marta: Sí. Yo bailaba en todas las sendas [risas]. Yo bailaba en todas, en esta, salía a la 20, iba a la 18 [...]. Se podía andar sola en ese momento.
Rosario: Antes era más linda la zona.
Marta: Claro. En la 24 eran los mejores bailes, porque hasta espuma te largaban, era un color bárbaro eso. Entonces bailábamos. Nadie, no había un tiro. Hoy no me animo, son las 12 [de la noche de una de las fiestas] y «métanse adentro, después que pasen los *cuetes* salimos a saludar a mi madre...»
Rosario: ¡Ah! [risas].
Marta: «[...] porque no estoy para confundirme un cuete con un tiro, y después te dejan [...]». Entonces claro, cambiaron totalmente. Hay cosas muy buenas que se hacen acá.

Los recuerdos de quienes nacieron o se criaron en los momentos de la inauguración del barrio y viven en la actualidad en él, están claramente teñidos por la fuerza de los afectos propios de las experiencias de la infancia y la adolescencia en lo que respecta a la construcción del sí mismo y de la identidad colectiva. Al igual que en otras localidades pero en diferentes situaciones y momentos del proceso (Álvarez Pedrosian, 2008a), se hace presente este tipo de relato histórico, fruto de las experiencias de una generación de colonos y sus hijos, memoria que añora la comunidad perdida. Estos vecinos no son los únicos en tener una visión de este tipo. No son pocas las teorías en ciencias humanas y sociales, así como las reflexiones filosóficas sobre lo social y lo político, que afirman la existencia de un proceso creciente de fragmentación; de hecho lo hacemos nosotros mismos en esta investigación. Esto implica un esfuerzo aún mayor para dialogar con este momento, esta serie de espacio-tiempos que constituye la fundación de la primera de las unidades habitacionales del barrio. Allí llegarán, como hemos visto, familias en busca de seguridad, poblaciones que experimentaban la creciente exclusión social, ya presente en sus antepasados, pero ahora consolidada.

En el esfuerzo comprensivo y crítico del ejercicio de la etnografía, tensando la inmersión y el distanciamiento simultáneos en los fenómenos en cuestión, podemos obtener una mirada más interesante que la simple negación de esta valoración subjetiva que soporta un imaginario presente hasta la actualidad. Debemos comprender, en síntesis, que la llegada y la

colonización, sea de un paraje rural como en el estudio antes referido o de un complejo habitacional de la periferia urbana como en este, constituyó para estas poblaciones una experiencia iniciática, un antes y un después que marca toda posible genealogía. Y esta valoración, sin dudas, radica en lo que implica vivir un salto cualitativo en las condiciones de existencia. Igualmente, como hemos visto en profundidad, los niveles de hogares con necesidades básicas insatisfechas, según la demografía, es de los más altos hasta la actualidad. Pero es que la situación en 1958 ya era crítica, y como siempre sucede, desde algunas tendencias sociales y políticas se generaron acciones concretas, pero la resultante es fruto de su conjugación con las demás fuerzas que interactúan entre sí. A todo esto debemos agregar el acelerado proceso de magnitudes continentales y presente en otras regiones del planeta de profundas convulsiones sociales y políticas.

A veces luego de un largo trayecto en búsqueda de vivienda, otras encontrando una para el establecimiento de un nuevo hogar, la llegada de los primeros pobladores a la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)* significó una transformación radical en sus historias de vida. Efectivamente, en la década del sesenta del siglo xx, el complejo habitacional fue poblándose mientras se conformaban instituciones barriales, se realizaban celebraciones colectivas y existía un conocimiento tácito entre sus habitantes.

> *Marta*: Yo, como vecina, digo... Lo que pasa que a nosotros nos fueron quitando privacidad de lo nuestro. Nos fueron quitando lo nuestro. Nuestro barrio, era, yo digo «lo redondo». Pero qué pasa: la guardería, era nuestro Centro Comunal. Entonces la guardería la piden, como guardería —obviamente— no se la negaron pero, ¿dónde haces un cumpleaños; dónde te reunís? Y ahí hacían competencias de canto, competencias de baile, con modelos... Cuando yo era chica, había un señor que venía del Centro [de la ciudad] —que no lo conozco—, y nos pasaba los sábados de mañana... había que pedir para ir porque había cine, en una pantalla grande. Y el hombre traía diapositivas. Te pasaba del tétanos, dibujitos, películas de *cowboys*. Y nosotros todos ahí. Él nos daba unas galletitas, y un jugo hacían en la puerta. Y vos venías, «hay cine, tal mediodía», y vos el domingo no molestabas en tu casa. Y nosotros veníamos solitos para el cine. Esa primera senda, que es la senda 8, es la comercial nuestra; ahora vive gente. Pero antes, en la primera era el expendio, después venía un almacén, un supermercado, un quiosco... ¡y vos venías a comprar tus cosas acá! ¡Y nos fueron sacando todo y además tenés que caminar hasta allá... para comprar en un supermercado! Entonces te sacaron tu... lo tuyo [...]. A nosotros nos sacaron todo. Entonces, ¿quién me lo sacó? Me lo sacó el del *Palomar*. Porque yo, hasta sexto [año] de escuela, ese salón era un salón entero, ahora, claro, vino *El Palomar,* hubo que dividirlo al medio, entonces hubo que poner dos clases. Hubo que poner esas rejas terribles en el baño, que para mí, es una cárcel...

A las 216 viviendas inauguradas desde 1958 en la primera unidad habitacional, se le sumaron otras y junto a las 120 que a partir de 1961 se alzaron hacia el noreste, lindando con el barrio Bonomi, llegaron a completar unas 368. Antes de la explosión demográfica y el hacinamiento que en términos generales caracteriza a la zona, el barrio no poseía las connotaciones de encierro y aislamiento con las que posteriormente se lo caracterizara. El territorio se encontraba abierto, eso sí, ya rodeado en parte por las estructuras militares y teniendo por supuesto como límite insalvable entre sí y la ciudad a la gran extensión del Cementerio del Norte, la gran necrópolis. Las calles y las sendas eran de piedra y alquitrán, con grandes pozos, como muchos aún recuerdan. Pero a lo largo de la década siguiente fue acelerándose el proceso de autoconstrucción, haciendo de los fondos de las viviendas al interior de las manzanas y de los espacios públicos viales los nuevos espacios habitacionales.

Algunas familias comenzarán una dinámica de circulación al interior de la Unidad, por momentos saliendo hacia otras zonas de la periferia, pero por lo general habitándola a partir de la compra y la venta de viviendas, teniendo como forma del contrato a la palabra dicha, como testigos, a los involucrados, y simbolizando la propiedad las llaves de la puerta. Esta suerte de «nomadismo de circuito corto», similar al desarrollado en otras zonas consolidadas de la ciudad en a la última década del siglo xx, justamente y en particular en el casco antiguo de donde muchos eran expulsados una vez más hacia los márgenes de la ciudad (Romero Gorski, 2003, pp. 22-23), se combinaba ya con el externo, de ciclos más largos, a veces de varias décadas de duración. «Acá nunca se pagó alquiler. Esto es lo más económico, si querés decirlo. Acá no pagás alquiler, no pagás luz, no pagás agua, impuestos, no pagás nada. Si las viviendas son municipales, vivís. Supongo que es por eso», nos decía Margot, quien experimentó estas dinámicas desde su infancia, gracias a que su padre llegara a residir allí en el camino que lo llevó desde su pueblo natal de Cerro Chato (Treinta y Tres). Una vez que se unieran en alianza con su madre a principios de los años sesenta, la cual había llegado del barrio Villa Española, recién inaugurada la Unidad, la familia no dejará de estar vinculada al lugar, alcanzando ya la cuarta generación en la zona.

Si prestamos atención a la forma de narrar y construir identidad de los pobladores, nos encontraremos con que *El Borro* es la divisa predominante, incluidos los habitantes de la Unidad Casavalle. En el contexto previo a la creación de las nuevas unidades habitacionales y la posterior proliferación de asentamientos irregulares, la otra referencia espacial ineludible era la *Gruta de Lourdes*, lugar de peregrinaje religioso y parque de gran valor ambiental. En la actualidad también ha sido fruto de la degradación, a partir de la contaminación del arroyo Miguelete, que media entre esta y la zona, y el alzamiento de varios asentamientos irregulares en todo intersticio posible, incluidas las áreas inundables; incluso uno de ellos lleva el nombre del paraje. El espacio verde que mediaba entre los barrios de antaño, a orillas del arroyo era

un parque propiamente dicho, de carácter agreste, con grandes extensiones de verde, follaje, equipamiento para jornadas de picnic, «coqueto», como lo calificaría uno de los vecinos al recordarlo. Quienes eran niños por entonces, también recuerdan que aprovechaban para ser convidados por los campistas con porciones de tortas y otros alimentos típicos de jornadas de recreación, así como para hurgar en una típica fuente de los deseos para extraer de ella las monedas que los vecinos habían vertido para pedir buena suerte. El uso de estos espacios verdes para la caza —ya presente en los pobladores de Jardines del Borro— también se extendió, y hasta nuestros días podemos encontrar este tipo de prácticas, con los peligros que conlleva dada la densidad y la precariedad actual del entorno.

La presencia de las instituciones religiosas no se reduce al centro de peregrinación. Más aún, es en las actividades de corte educativo donde podemos encontrar sus huellas más sobresalientes. Durante los primeros años de *Las Sendas*, los centros educativos, tanto los públicos (y por tanto laicos para el caso uruguayo) como los religiosos (entonces también gratuitos), no tenían problemas en ofrecer sus servicios por causa de la superpoblación. Se hacían paseos en grupo en *bañadera* hacia otras zonas de la ciudad y prácticas integradoras que fueron haciéndose cada vez más difíciles de sostener. Algunos vecinos que concurrieron a ambos tipos de establecimientos recuerdan con ternura los efectos contradictorios que generó en ellos y en sus hermanos el contraste entre ambos tipos de discursos que por entonces operaban: el laicismo y la formación con base en los cánones católicos:

> ... [yo] tenía miedo, porque hablaban de los que se portaban mal, del infierno y todo eso... [risas]. Eso está jodido [risas]. De eso me acuerdo. Y después, me asombraba cuando tenía que cantar canciones de Dios y todo... [risas]. Y te daba una cosa rara, no me gustaba. Aparte viste que antes lo de Dios y el diablo era algo jodido [risas]. Yo qué sé: si relajaste en silencio, podías ir al infierno y ¡pah!

Posteriormente irá creciendo exponencialmente la presencia de corrientes neopentecostales y otras formas de protestantismo. La proliferación de *terreiros* umbandistas ocurrió en paralelo, desarrollando otro tipo de institucionalidad, pero no escuelas, como hasta en la actualidad. Y es que se trata de diferentes tipos de religiosidades, y se encuentran asociadas a diversas dinámicas sociológicas. Los cultos de procedencia afrobrasilera se desenvuelven en otras esferas de la vida cotidiana y no se corresponden en sus matrices culturales con las formas occidentales del disciplinamiento social, tan tradicionales en las variantes del cristianismo.

Mientras tanto, el complejo habitacional seguía recibiendo nuevos pobladores. Sucesivas crisis económicas y sociales aumentaban los márgenes de la vulnerabilidad y alimentaban un flujo migratorio aún vigente en nuestros

días. El hecho de que se hubiera erigido la Unidad Misiones *(Los Palomares)* a principios de los años setenta no implicó que se enlenteciera la ocupación y la movilidad en general de la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)*. Debemos esperar unas décadas más para que la ocupación alcance cierto nivel de saturación, pero el movimiento es en ambas direcciones, con lo cual, aunque no existe una medición al respecto, es clara la llegada de nuevos pobladores, por lo menos hasta finales de la década siguiente. Aun hoy pueden verse viviendas en venta, traspasos que se concretan en un acto de palabra y entregando *las llaves en mano*, pero el creciente desarrollo de los asentamientos irregulares circundantes puede ser un indicio claro de que en esos momentos se alcanzó un alto nivel de población y sedimentación de la zona, junto a la implosión del complejo, con la explotación de los fondos de las manzanas, haciendo aumentar la densidad exponencialmente. Una nueva crisis estructural, esta vez en pleno proceso dictatorial, iba a alimentar las periferias nuevamente: el crac conocido como *quiebre de La Tablita* ponía fin a un período de régimen tabular (1978-1982) que buscó estabilizar los precios mientras la economía se venía a pique, y significó para el régimen de facto la «crónica de su muerte preanunciada» (Bértola, 2004, p. 204).

«... podés criar a una princesa en un asentamiento»

> *Raquel*: Nos vinimos para acá porque ya era una crisis... no me acuerdo de qué año [*circa* 1982], del país. Papá se quedó sin trabajo y, bueno, ta, la familia no pudo. Y bueno, en ese momento sentí el cambio de barrio, porque de Belvedere a acá es un cambio: de andar entre las casas, las veredas, de plazas, y pasar a vivir a un barrio así, tan sencillo, tan chiquitito, es un cambio. Pero eso es medio un bajón en el ánimo, pero no en lo que se refiere a la persona, cómo es. Porque uno es como es, no va a perder su esencia, eso quiero decir, eso lo conserva en cualquier lugar. Yo siempre tengo un dicho que para mí es muy común: podés criar a una princesa en un asentamiento. Se van a reír ustedes, pero es el caso que yo siento que hago con mi hija [...]. Vinimos las cinco nenas y el varón, con mis padres. Ahora, actualmente estamos tres nenas y el varón, así que se ha mantenido acá, se fueron las dos grandes, que están en Piedras Blancas, están bastante cerca.

Raquel y Daniel, junto con su familia nuclear, vivirán en la ciudad de La Paz, y luego en Toledo Chico, zona semirrural del departamento capitalino, que junto a Manga conforman una de las áreas aproximadas a barrios (INE) colindantes con Casavalle. El contraste entre su contexto de procedencia y el de entonces de su compañera llevó a que Daniel decidiera que su reciente núcleo familiar comenzara a andar en otro sitio. No es la única vez que nos encontramos con procesos de retorno y este caso es paradigmático al

respecto. Después de quince años, las circunstancias los llevaron a volver al barrio. Las coordenadas existenciales, los protagonistas y sus contextos expresan con toda contundencia el entramado de procesos que hemos venido cartografiando en esta investigación:

> *Daniel*: Cuando yo era novio, ya era difícil venir. Yo vivía en La Comercial [...]. La Comercial me la conozco toda, porque yo era militante del Frente Amplio, vendía diarios para *La Hora*. Entonces venía para acá y al principio me asusté. Era bravísimo, para mí era, ¡pa! [...] Llegamos a La Comercial, yo con dieciocho años, antes de casarme. Mis padres son todos de afuera, de Paysandú y Tacuarembó. Pero La Comercial siempre les gustó, pero terminé conociendo a la Raquel, el cambio fue un poquito... Porque, ¿qué pasaba?: acá se trataba el tema de los ladrones [...]. Acá la policía no entraba. No es como ahora; la policía empezó a entrar hace seis años [2002]. ¿Qué pasaba?: había códigos. Estaban los ladrones, que eran «ladrones», pero no robaban acá, robaban afuera, en otros barrios. Y los ladrones te respetaban a vos y vos los respetabas a ellos. Mirabas para el costado, «buen día vecino», «buen día». Yo, porque cuando me iba acá a la feria, en el barrio, cuando yo estaba sin trabajo, conocí a alguno. Y me decían los locos: «parece mentira los ladrones de ahora, no sirven para nada. Estos *chorritos* de mierda, matan, roban. Esto en la época de nosotros no pasaba». Yo le decía a mi madre, «pa, me meto en un baile bravísimo». Pero ta. Uno conoce y «conoce»; uno va conociendo. Y uno era competencia... [...] Yo venía a las diez de la noche y me iba a las once y media. Pero ta, son cosas que han pasado. Como ella explicaba, el barrio era así. Y como después que me casé, vine acá, le dije a mi suegro, más allá de todo, yo quería irme, no aguantaba más el ambiente. Por mis hijos. Ya tenía una nenita de dos años. Pero las vueltas de la vida, me dio la posibilidad de volver de nuevo. Después de diez años. Que no quise venir [de Toledo], pero lamentablemente se dio la posibilidad y bueno [...]. La Paz era precioso. Si pudiera vivir de nuevo: el ambiente, la gente [...]. [Fue por cuestiones] económicas, seguro, yo me fui al seguro [de paro] dos veces, en casi un año y medio y entonces ta. Yo pagaba alquiler diez años, te imaginás. Es doloroso, ¿no? Son experiencias. Acá tenemos el barrio, vinimos acá con la posibilidad de mejorar y tratando de irnos, pero eso se patea a medida que uno va caminando.

¿Cómo hacer para llegar a vivir otra vez en Casavalle?

Raquel: Acá [...] siempre vas a tener un familiar que te dé un pedacito de su terreno. Por eso yo dije al principio «casas modestas pero con patio al frente y al fondo». Bueno, sobre todos los fondos hay como tres casas. Por eso ha perdido mucho espacio también. Incluso se agarra de la senda mismo, ¿viste?
Daniel: Es «tierra de nadie» acá.
Raquel: Por ejemplo acá [su vivienda], mi hermano empezó él [las obras, que continúan].
Daniel: Pero cuesta.
Raquel: Allá [hacia el fondo], de la familia de la mujer de mi hermano, arreglaron la mitad para ellos acá. Cuando mi hermano viajó al Congo vino con otra posibilidad económica y dijo: «No, ahí no, me voy para otro lado». Y se fue para allá arriba, para la [senda] 16. «Construir nada, yo me consigo una que ya esté terminada. Y ustedes que tienen material, pero no pudieron terminar donde iban a hacer, tráiganse el material y termínensela ahí». Entonces en aquel momento ta, vinimos con lo que teníamos: esas puertas, las ventanas, algunas siguen sin vidrio, así...
Daniel: Nosotros nos vinimos para acá siendo todo, estas cuatro paredes no más [hoy el comedor] [...]. Esto [el suelo] era todo pedregullo. Pero la desesperación a veces, de irse de un lugar como Toledo, que nos costó, no pudimos levantar porque yo me fui al seguro [de paro], me quedé ocho meses sin trabajo, ¡ocho meses sin trabajo, para una familia!
Raquel: Justamente por eso [vivir alejados] no lo llamaban de ningún lado, nos tuvimos que ir.
Daniel: Aparte, se le puede pasar ocho meses por la cabeza de un jefe de familia, a una persona... intentás robar, intentás hacer cualquier desesperación. Nunca me pasó por la cabeza. Pero ta, llegó un momento que era mucho: se vivía más con la pensión de mi hijo, discapacitado, ¿no? Y después yo conseguí laburo, cuando vinimos a esta casa, a los tres meses.
Raquel: Sí. Vendíamos ropa usada en la feria [...]. En Toledo era muy poco, era la única feria que había. En Toledo yo ayudaba en un comedor para la gente, yo pelaba la verdura y ayudaba a cocinar y entonces me correspondía tener sustento para mi casa, porque no me daban sueldo. Y a pesar de todo esto bailaba igual.

Ante una situación desesperante, en los momentos más agudos de la última crisis en la región, el desempleo crónico socavó profundamente los hogares de miles de familias. Entre ellos, el de Raquel y Daniel. Como última posibilidad se encontraba el solar familiar, el espacio disponible en el complejo habitacional donde Raquel y su familia de procedencia habían encontrado un lugar digno donde vivir. Por un lado, el relativo ascenso social de

uno de sus hermanos gracias a su trabajo como militar en las misiones de paz de la ONU —en la República Democrática del Congo— le habilitó la disponibilidad de la pequeña vivienda originaria una vez que él decidiera mudarse a una ya ampliada en el mismo barrio, y por otro, la fragmentación de los terrenos y la autoconstrucción propia de la lógica territorial de la zona hizo que ahora se encontrara ante una nueva situación, la densificación y hacinamiento del lugar. Pero como claramente plantea es significativo el hecho de que, efectivamente, junto a Daniel rápidamente pudieran generar una estrategia de sobrevivencia, «haciendo feria». Las conexiones eran mayores, el abanico de posibilidades, más amplio, comparado con la situación de una zona semirrural, y más que nada debido a la vuelta a una localidad donde ella disponía de su capital social heredado (Bourdieu, 2000). Evidentemente, no se vuelve a un mismo lugar, y ya hemos analizado en profundidad en qué sentidos y cómo se experimenta y resignifica el contexto a partir de las transformaciones experimentadas en estas últimas décadas. Daniel lo ejemplifica a partir de sus diálogos en la feria vecinal, aquel «termómetro» al que Miguel, de *El Borro*, hacía referencia. En ella, los intercambios subjetivos son de tal intensidad que pudo encontrarse con aquellos que antiguamente lo hacían sospechar de las condiciones de entonces para que su reciente familia nuclear pudiera tener un futuro, y le manifestaran la consternación ante un nuevo contexto en el cual ni ellos se sienten seguros. Hemos visto como, por lo general, esto se traduce como el ingreso de la pasta base en la zona, y los graves problemas que genera su presencia en las conductas y los hábitos de los jóvenes y los adultos.

1972. Los Palomares

«Cuando estaba nuestro barrio solo, eso no existía»

Marta: Vos lo ves en el sistema de la policlínica no más. Yo soy una persona que de repente, tengo el Hospital Militar y trato de usar la policlínica lo menos posible, porque sé que hay gente que la necesita y es su emergencia, gracias a Dios soy sana. Pero robaron la policlínica, ¡la policlínica era nuestra! Y a mí me parece tanta falta de respeto, desde lo del principio hasta lo último de la policlínica. Primero, el no bañar. El médico no estudió para tocar tu mugre, «bañate y después vas. Llevá la criatura limpia. Vivimos en un barrio pobre, y sé higiénica al menos. El médico no tiene por qué ver eso, porque él estudio para ser médico, no para estar con mugre». Primeramente eso. Y cuando estaba nuestro barrio solo, eso no existía. Por eso ves la diferencia.

¿A qué te referís con «nuestro barrio solo»?
Marta: A solamente estas viviendas [Unidad Casavalle, *Las Sendas*] y las viviendas rojas [CH 88], no existían *Los Palomares* [Unidad Misiones]. Cuando vino *El Palomar*, claro, vos viste, vino la delincuencia... No digo que no había, sí había. No vamos a ser hipócritas, había *chorros* y había todo en nuestro barrio. Claro, la droga no existía en mi tiempo. ¿Qué pasa? No había la mugre que hay hoy; no había la clase de gente que hay hoy. Porque yo entiendo que... Yo, por ejemplo, no estoy en condiciones de pagar [el colegio de] las monjas, pero lo tengo que pagar porque quiero una mejor calidad de vida para mi hija y para el estudio de ella... Andaré de chancletas, no me importa, pero primero está la educación de mi hija. ¿Por qué no la puedo mandar a *mi* escuela? Yo toda la vida fui a la [Escuela] 158 [República de China]... Los hijos no nacen torcidos, los tuerce el grande... Entonces, cómo vas a encarar una escuela donde yo crío a mi hija y... ella vive acá, es su hábitat, y tiene que convivir con todos los vecinos que tenemos. No es separarla. Es enseñarle que ella tiene que vivir con todo esto, pero que no tiene por qué ser igual. Pero vas a la puerta de una escuela —yo me viviría peleando si voy ahí porque mi carácter no me da para eso—, porque una persona que va y le dice a la maestra: «¿Por qué me lo tuvo en penitencia, me lo tuvo cuatro horas?»... Porque vos tenés formas de hablar. Pero ahora es: «¡Bo!, ¡che!» Bueno, los disparates habidos y por haber. *Conchuda* es lo mínimo... «Ahora, cuando salgas afuera, que te cago

a palos, que...». ¿Cuántos *puntazos* hay ahí afuera? ¿Cuántas niñas salieron embarazadas de esa escuela? Pero nada sale, porque la directora dice «No podemos ponerlo en el diario ni en ningún lado, porque más perjudicado sale [el herido]». Está correcto. Pero fueron puñaladas las que se dieron adentro de la escuela. ¿Entonces, dónde estamos? ¿Te tenés que callar la boca si la puñalada se la dieron a tu hijo? ¡Pero muevo toda la prensa y al Uruguay entero, no me interesa!, si lastiman a un hijo mío. Entonces acá te obligan a callarte, no es así...

«Hubo que combatir con el otro»

Marta: Cambiaron mucho los tiempos... Yo ya había salido de sexto de escuela cuando [se levantó la Unidad Misiones, *Los Palomares*], por eso no tengo el vínculo, no tengo amistad ni conozco a nadie de *El Palomar*. En la policlínica: «Buenos días», «buenas tardes». No conozco a nadie, porque no son gente de mi tiempo. Ellos vinieron después. Claro, los trajeron...

¿De dónde vinieron?
Marta: Vinieron de Cerro Norte, de un montón de barrios, de los peores de Montevideo... Del Cerro Norte me acuerdo clarito. Después se hizo... la gente que más o menos está en *El Palomar*, son... ¿Vos viste los que viven al fondo ahora? Bueno, en ese momento, cuando hacen *El Palomar*, les dijeron que la gente no podía hacer las casas para el fondo, entonces... que ellos les iban a dar esa hilera. Todo el que estaba en los fondos viviendo de agregado al del frente, iba a pasar a tener una vivienda en El Palomar. Bueno, y así se hizo. Pero claro, las casitas que quedaron en el fondo, cada familia se quedó con su casita igual. Hubo otro hijo y volvió de nuevo para el fondo y volvieron a ocupar. Pero El Palomar, cuando se entregó, eran todos los del fondo, primeramente —tenían preferencia—; después había gente de Cerro Norte y después no me acuerdo. Sé que fueron de los peores barrios de Montevideo que los pusieron ahí adentro... Primeramente tenía preferencia este tipo de gente... los que ya vivían acá, se conocían, estaba todo bárbaro. Ahora el otro, hubo que combatir con el otro. Hubo que combatir, desde el principio fue difícil.

En 1972 se erigió la Unidad Misiones, conocida rápidamente como *Los Palomares*, o *El Palomar* en su defecto; denotación que desde un comienzo signó a la unidad en la estigmatización dentro y fuera del barrio. En los imaginarios que engloban y se solapan en diferentes conglomerados de vecinos, este es el fragmento, la unidad espacial donde se concentran la mayoría de los males vividos por todos. Para quienes habitaban las Unidades Casavalle 1 y 1 *(Las Sendas)*, y más hacia el norte, para los vecinos del barrio Jardines del Borro,

significó una transformación radical en sus vidas cotidianas de allí en más. Como hemos planteado, la proliferación de nuevas unidades reproduce esta dinámica de fragmentación y confrontación. Pero la Unidad Misiones *(Los Palomares)* fue la última intervención de gran magnitud, se construyeron 540 viviendas («alojamientos transitorios», en un principio), y se utilizó aproximadamente entre un 20 y un 25 % del terreno destinado inicialmente para el proyecto de la Unidad Habitacional Casavalle, abandonado en su primera etapa, también «transitoria» según los lineamientos de entonces.

El miedo de ambas partes

> *Marta*: Pero entonces ellos no lograron integrarse con nosotros, porque nosotros somos vecinos de años, yo era chiquita. Vos podés golpear casa por casa y siempre va a haber una persona mayor. Y siempre va a haber una persona que hace cuarenta y pico [de años viviendo en *Las Sendas*]... Ellos tienen veinte años de hecho ahí. Entonces como que nos tienen un poco de miedo. No sé miedo a qué le tienen, pero...
>
> *¿Les tienen, a su vez, miedo ustedes también; es de ambas partes?*
> *Marta*: Sí, sí... ambas partes. Es de ambas partes. Vos le decís a la gente del *Palomar:* «Che, ¿por qué no vamos para allá?», «¡No! ¿Estás loco? Yo para allá no bajo de noche». Es de ambas partes... ellos también nos tienen miedo a nosotros. La diferencia que tiene *Las Sendas*, es que debido a que los vecinos tienen tantos años, vos abrís la puerta a las dos de la mañana —la abre ella [señalando a otra vecina]—, por ejemplo ella que tiene un hijo enfermo, y siempre uno u otro se entera. «¿Viste que llevaron al hijo de fulana?». *Rosario*: ¡No...! Mi hermano estaba enfermo, pobre, venía a las tres, cuatro de la mañana la ambulancia y estaba esperando... y nadie. Mi hermano murió y la mayoría de la gente ni se enteró.
>
> *¿Cuál hermano, el que vos cuidabas?*
> *Rosario*: Sí...

El período de la última dictadura civil-militar (1973-1984) constituyó, en lo local, uno de los momentos más críticos en lo que respecta a la fragmentación. Por supuesto que no es para nada casual, en realidad se trata de un mismo proceso visto desde diferentes escalas y por tanto desde experiencias cualitativamente singulares. El proceso de represión y el estado general de sitio en el que se llegó a vivir también cubría al barrio. Pero además de estar incluido en esta misma dimensión, también constituye una singularidad donde se entrelazan las fuerzas determinantes, y dan como resultado contextos y situaciones específicas. Como ya hemos planteado, la Unidad Misiones *(Los Palomares)*

se erige como respuesta frente al problema que se les planteara a las autoridades de entonces, quienes al año entregarán el gobierno a las fuerzas civil-militares. El problema consistía en desalojar a poblaciones que ocupaban viviendas en zonas de la ciudad consolidada, en especial en los barrios de Ciudad Vieja, Centro, Barrio Sur y Palermo. A pocos años y en pleno proceso dictatorial, en 1975 —el llamado Año de la Orientalidad por la propaganda neofascista, al cumplirse los 150 años de la Cruzada Libertadora de los 33 Orientales[39]— se libera el precio de los alquileres en el mercado inmobiliario.

Con ello se desata una nueva migración hacia la periferia urbana y entre sus diferentes zonas, con lo cual también llegan a Casavalle familias provenientes de barrios como Cerro Norte (hacia el oeste del departamento de Montevideo), donde ya había comenzado este mismo proceso y también el enfrentamiento con los vecinos históricos de la Villa del Cerro, poblado centenario investido de una identidad emigrante proletaria claramente diferenciada (Romero Gorski, 1995). De esta forma, zonas como Casavalle se convierten en depósitos espaciales donde ubicar estos nuevos conglomerados poblacionales en una situación de contingencia permanente, precariedad y abandono institucional. Mientras tanto, en televisores, cartelería pública, radio y calles, se hacía cualquier cosa en nombre del ser nacional. La vida cotidiana de mediados de los años setenta del siglo pasado en la periferia montevideana no era nada fácil. La situación contrastaba profundamente con la que diera inicio a la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)*, como hemos visto, casi una década y media antes, cuando el emprendimiento político-institucional lo llevó adelante en gran medida Alba Roballo (1908-1996), una de las fundadoras de la coalición de izquierdas Frente Amplio en 1971 y proscripta una vez dado el golpe de Estado en 1973. Los nuevos vecinos, quienes habitarían la Unidad Misiones *(Los Palomares)*, ya venían catalogados con la asignación de un estigma, más aún, fueron identificados según los parámetros que definen la imagen, en general por asociación más que por causalidad. Una entrevistada nos narra:

39 «... este trabajo muestra un año cargado de iniciativas, una preocupación insistente por ocupar la escena pública mediante un gran despliegue centrado en la historia nacional [...]. Las celebraciones estuvieron signadas por la improvisación y la urgencia, por la falta de un diseño global con la antelación necesaria para la dimensión que terminaron adquiriendo [...]. A lo largo del año, se fueron agregando otros motivos [...] Este desorden, que abarcó desde el desfile militar hasta la forestación, se correspondía con un ensamble caótico de temas y miradas del pasado [...] en un discurso referencial unificado bajo el signo del autoritarismo, [...] catolicismo, hispanismo y un nacionalismo místico no habían estado totalmente ausentes de las interpretaciones históricas más importantes [del pasado]. La innovación radicó en el estilo fanático que adquirió Bordaberry y en su asociación con la Doctrina de la Seguridad Nacional, línea predominante en las Fuerzas Armadas [...] el "Año de la Orientalidad" se apoyó en una interpretación historiográfica que, con notorios matices, había fundamentado la parafernalia conmemorativa del Estado desde la segunda mitad del siglo XIX» (Cosse y Markarian, 1996, pp. 114-115).

> Ellos sabían a quién traían a *Los Palomares*, los que no sabíamos éramos nosotros, porque cuando yo tenía familiares en Jefatura [de Policía] en ese momento: ¿sabes cuál era el criterio del jefe de Policía? Amontonar todos juntos a los chorros así los mantenemos... Nosotros no sabíamos.

Junto con la política de la Doctrina de la Seguridad Nacional, se estaba formalizando una política territorial y una producción de subjetividad más en general. Entre los sectores de la clase media de entonces, corrieron varias veces rumores acerca de cómo los nuevos habitantes rápidamente deterioraban las viviendas, vendiendo las puertas y todo tipo de aberturas, los artefactos sanitarios, conviviendo con sus caballos, etcé. Este rumor operó como clausura de lo patente que resultaba ser la peligrosidad de esta nueva intervención del gobierno de facto. La incomunicación, presencial o a distancia, la fragmentación general de la sociedad sumida en el terror favorecieron el desarrollo de estos acontecimientos locales.

De alguna manera, para los propios habitantes, despojados de sus viviendas, errantes desde varias generaciones, la situación de la segunda mitad de los años sesenta era gravísima. Ya el precio de los alquileres se había disparado hacia las nubes, y ya había comenzado el proceso de fraccionamiento de nuevos parajes, así como la generación de asentamientos en la periferia. En realidad, si profundizamos aún más en la búsqueda de las procedencias de este proceso, nos encontramos con que la migración campo-ciudad es constitutiva de la territorialidad de la sociedad uruguaya desde sus comienzos. Pero el proceso de migración campo-ciudad-periferia es posterior. Desde mediados de siglo xx algunos contingentes no llegaban a la ciudad propiamente dicha y se afincaban ya en la periferia. Pero este proceso se vio drásticamente acelerado e intensificado desde mediados de la década del setenta por estas medidas y otras asociadas.

Por todo lo que hemos considerado, vale preguntarse: ¿podrían haberse dado integraciones fluidas, procesos de transversalización más sostenidos, al menos una convivencia estandarizada según los modelos de las zonas consolidadas de la ciudad? Estamos tentados a responder que no, con una contundencia casi no vista, similar a cuando el pensamiento y el conocimiento se enfrentan a la guerra, la explotación o el genocidio. Al analizar los factores objetivos y subjetivos, al desplegar una cartografía de las subjetividades existentes y disponer los escenarios y momentos de los procesos, nos encontramos con que casi no existen elementos para una dialógica en las disposiciones a priori establecidas por las condiciones imperantes. Por el contrario, las políticas de la dictadura civil-militar trataron de ocultar estas masas poblacionales migrantes dentro de su propia sociedad. Lo que se hizo fue crear depósitos espaciales, colocar en espacios precarios y dispuestos para la guetización a los desalojados de las zonas consolidadas de la ciudad, y a aquellos

que seguían emigrando desde las localidades rurales, cortándoles el paso o haciéndolos rebotar hacia la periferia rápidamente.

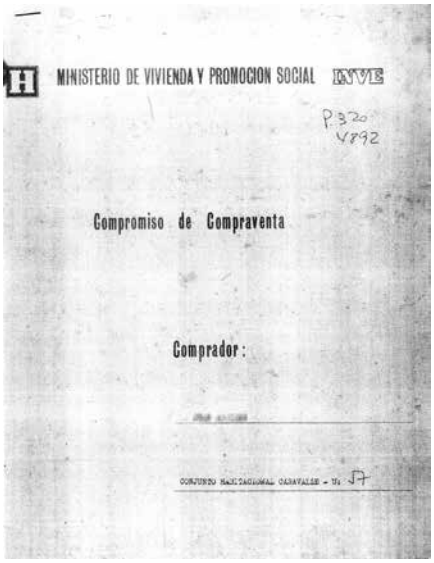
Faltaríamos a la necesaria comprensión crítica de estos fenómenos si no tomáramos en cuenta que, al respecto de los acontecimientos que fueron contemporáneos al establecimiento y posterior poblamiento del complejo habitacional, no son pocos quienes poseen una valoración positiva de lo que consideran una etapa de tranquilidad y orden a manos de las fuerzas golpistas. No es de extrañar que aquellos vecinos de los otros fragmentos barriales directa o indirectamente vinculados desde entonces y antes a las fuerzas armadas y el cuerpo policial compartan un punto de vista optimista frente a la represión y el control social imperante por entonces, y que vean en la apertura democrática llevada a cabo a partir de los años previos a 1985 la causa del aumento de la delincuencia, la violencia y el desamparo de la población: «Era una tranquilidad, en aquel entonces nadie te manoteaba nada... Acá o en cualquier otro lado salías y dejabas todo abierto».

Lo que sí resulta difícil de asimilar es el hecho de que no se encuentre asociado el fenómeno a la misma política que erigiera el entorno considerado como nocivo. «Se vinieron grandes asesinos a la zona», nos dice un vecino de Jardines del Borro refiriéndose a *Los Palomares*. Nuevamente, los propios pobladores que, a pesar de sentirse enfrentados, comparten las condiciones básicas de existencia, un enclasamiento social más o menos común ante el resto de la sociedad, amplifican los efectos de la fragmentación y se reparten entre víctimas y victimarios. Ya en 1973 el acceso a la nueva unidad habitacional no era fácil para el resto de los vecinos de los barrios tradicionales. Según uno de ellos:

> Vos no entrabas ahí como entrás ahora. Yo, de muchachón, siempre en barra, no entraba ahí. No es por discriminar. Por más que yo iba a la escuela con ellos... No me olvido más: una vez un amigo sacó una valija de fotos, entramos a mirar: «este está muerto, este otro muerto...», casi todos por la policía o entre ellos mismos.

Como hemos visto, uno de los aspectos que rápidamente sobresalieron fue la crisis de los servicios existentes y, en algunos casos, su desaparición, como la posibilidad para pensionistas y jubilados de cobrar sus mensualidades en el propio lugar dada la existencia de las viviendas del Banco Hipotecario. También el vandalismo, en especial en la policlínica municipal. Pero el espíritu que reúne las valoraciones de quienes habitaban la zona es el mismo: el desconocimiento de quiénes eran los nuevos habitantes, el miedo ante sus prácticas y la falta absoluta de consideración por parte de las autoridades. Igual que como había ocurrido con el levantamiento de la Unidad Casavalle: «nadie sabía nada, ni para quién era esas viviendas».

Pero esto mismo contaba para los nuevos pobladores del reciente fragmento creado: un conjunto de 27 bloques con 540 viviendas en dos niveles. La indefinición de la nueva espacialidad generada se traduce en los variados nombres propios que vemos utilizados en los diferentes documentos oficiales desde la construcción en 1972 hasta la actualidad, si consideramos facturas y recibos de los servicios corrientes; algo similar a lo ocurrido a gran escala con toda la zona de la cuenca Casavalle. La gestión estuvo a cargo del entonces Ministerio de Vivienda y Promoción Social. Este es un documento de compromiso de compraventa firmado en 1974, a un poco más de un año del golpe de Estado civil-militar. Aquí se hace alusión a un *Conjunto Habitacional Casavalle*, nombre cercano al de *unidad de habitación* propio del Plan Director de 1956, que diera origen a la Unidad Casavalle. Aparentemente se trataría de lo mismo, pero el proceso y su materialización eran radicalmente diferentes. Posteriormente, cuando se crea en 1978 la llamada Sección Reguladora Social Contable, dentro del Departamento de Apoyo a Comunidades del Ministerio de Educación y Cultura, se comunica a los «ocupantes» el cambio de autoridades institucionales ante quienes concretar el pago exigido. Allí se identifica al lugar como Comunidad Misiones. Los pagos correspondientes al período previo se habían hecho ante el Banco Hipotecario del Uruguay, en la órbita del Ministerio de Vivienda y Promoción Social, y en particular del INVE.

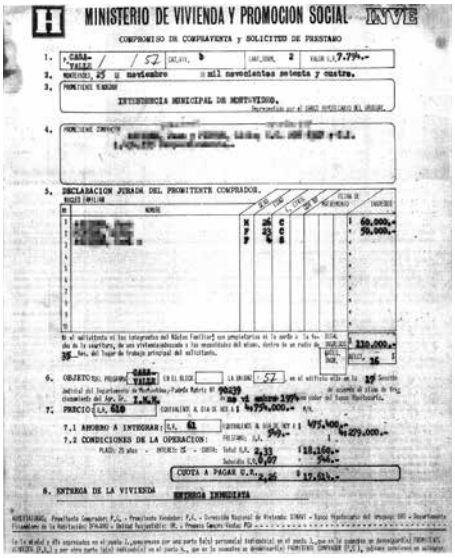

MINISTERIO DE VIVIENDA Y PROMOCION SOCIAL INVE

P320
V892

Compromiso de Compraventa

Comprador:

CONJUNTO HABITACIONAL CASAVALLE - Nº 57


MINISTERIO DE VIVIENDA Y PROMOCION SOCIAL INVE

COMPROMISO DE COMPRAVENTA y SOLICITUD DE PRESTAMO

1. CASA-VALLE / 52
2. MONTEVIDEO, 25 de noviembre de mil novecientos setenta y cuatro.
3. INTENDENCIA MUNICIPAL DE MONTEVIDEO.
4.
5. DECLARACION JURADA DEL PROMITENTE COMPRADOR.
6. OBJETO: CASA-VALLE EN EL BLOCK LA UNIDAD 57
7. PRECIO U.R. 610 $ 775.000.-
7.1 AHORRO A INTEGRAR: U.R. 61 $ 79.-
7.2 CONDICIONES DE LA OPERACION: U.R. 2,33 $ 18.166.-
CUOTA A PAGAR U.R. 2,46 $ 17.934.-
8. ENTREGA DE LA VIVIENDA ENTREGA INMEDIATA

Imagen 8. Contrato de compromiso compraventa de *Los Palomares*

Vigésima Primera:
Reglamento de Uso, Funcionamiento y Administración

I) De los bienes comunes
Se consideran bienes comunes los que por su carácter especial, naturaleza y destino son necesarios para la existencia, conservación y seguridad del edificio y los que permiten a todos y cada uno de los ocupantes el uso y goce de su unidad.

II) Los bienes individuales
Cada ocupante precario tiene el uso y goce exclusivo de la unidad adjudicada y participa en los bienes afectados al uso común. El destino de las diversas unidades será únicamente el de vivienda propia del núcleo familiar del ocupante, salvo las que expresamente tengan otro destino.

III) Limitaciones al derecho de los ocupantes al uso y goce de los apartamentos
De los apartamentos solo se usará en forma ordenada, no pudiendo en consecuencia los ocupantes, cuya obligación es velar por el orden y reputación del edificio, emplear las citadas unidades de modo que ese empleo contraríe la moral y las buenas costumbres y/o produzcan daño al buen concepto de aquel. Tampoco se podrá efectuar acto alguno que perturbe la tranquilidad de los demás ocupantes o comprometa la seguridad, solidez o salubridad del edificio o atente contra la estética del mismo. Queda expresamente prohibido a los ocupantes:

a. Hacer servir las unidades de vivienda a otros objetos que aquellos a que estén destinados naturalmente.
b. Usarlas para almacenar materiales que puedan dañar el edificio y en general, establecer en ellas, taller, fábrica, comercio e industria.
c. Mudar la forma externa de la fachada de cada apartamento.
d. Decorar o pintar las paredes externas o aberturas del edificio con colores o tonalidades diferentes a los empleados en el conjunto del edificio.
e. Exhibir carteles de anuncios, inscripciones y cualquier letrero de publicidad en el exterior del edificio o en las partes de comunicación de los apartamentos con el exterior y con las escaleras; se exceptúan las chapas de profesionales.
f. Extender ropas, colgaduras y otros objetos similares en ventanas o cualquier lugar visible desde el exterior, en razón de que el espacio destinado a tal efecto es la terraza que accede a cada unidad. Sin prejuicio de lo expuesto, los ocupantes en todos los casos solicitando previamente autorización a la Administración, quien podrá

acordarla o no, podrán ponerse de acuerdo para utilizar parte del jardín (bien común) con esa finalidad.

g. Celebrar reuniones públicas o de otra naturaleza que puedan perturbar la tranquilidad de las personas que viven en el edificio; utilizar altoparlantes o tocar instrumentos de música durante las horas que se destinan al descanso (de 23 a 7 horas) de manera que constituyan un obstáculo al mismo durante las horas indicadas. Los moradores del edificio deberán guardar un discreto silencio con objeto de hacer posible la consecución del fin prealudido.
h. Alquilar o ceder los apartamentos en cualquier forma o condición.
i. Arrojar basuras y otros desperdicios en cualquier lugar del edificio, ya sea interior o exterior; los mismos serán depositados en recipientes particulares de cada unidad, los que serán expuestos en las respectivas aceras, una hora antes de la hora fijada por la Intendencia Municipal, para ser recogidos por el recolector municipal de residuos.
j. Tener animales de clase alguna.

IV) Obligaciones de los ocupantes

a. La limpieza del edificio estará a cargo de todos los ocupantes quienes determinarán de qué manera se llevará a cabo la misma, de forma tal que el inmueble se mantenga en todo momento en condiciones decorosas de aseo. En caso de que no fuera posible el acuerdo entre los ocupantes para el aseo de los lugares comunes, la Administración contratará los servicios de personas para realizar dichas tareas.
b. La conservación y mantenimiento de sendas, veredas, calles, jardines, edificios e instalaciones colectivas.
c. No serán permitidos los juegos infantiles en los corredores y escaleras.
d. En caso de enfermedad contagiosa, los ocupantes deberán poner el hecho en conocimiento de la Administración.
e. Toda reclamación de los ocupantes deberá ser formalizada por escrito a la Administración a sus efectos.
f. Con el fin de fiscalizar el estricto cumplimiento de las obligaciones contenidas en este Reglamento, los ocupantes del edificio cualquiera sea su condición, quedan obligados a facilitar a la Administración o al Banco Hipotecario del Uruguay la entrada a los apartamentos.

V) De las expensas

Cada ocupante deberá contribuir, en proporción al área de las viviendas ocupadas, a los gastos comunes de acuerdo con la liquidación que formule la Administración, la que deberá contar con el visto bueno del Banco Hipotecario del Uruguay. Asimismo deberá integrar al ocupar la vivienda un fondo inicial para gastos comunes con el importe que determine la Administración, con el visto bueno del Banco Hipotecario del Uruguay.

El ocupante que aumente los gastos comunes para su beneficio personal o particular, soportará por sí solo el pago del exceso correspondiente. El no cumplimiento regular del pago de las expensas dará lugar a la sanción prevista en el compromiso de compra-venta.

VI) Nuevas obras o modificaciones de los apartamentos
Toda nueva obra o modificación que afecte el inmueble o a un apartamento determinado, no podrá efectuarse sin la conformidad por escrito de la Administración con el visto bueno del Banco Hipotecario del Uruguay.

VII) De la Administración
La Administración se formalizará y actuará de acuerdo con lo dispuesto en el Decreto 416/972. Hasta tanto los ocupantes no designen las Comisiones Administradoras, el propietario podrá nombrarla transitoriamente; si este no lo hiciera, podrá efectuar dicho nombramiento el Departamento Financiero de la Habitación del Banco Hipotecario del Uruguay.

VIII) De la vigencia
Este Reglamento se considerará vigente y válido hasta el otorgamiento del respectivo Reglamento de Copropiedad.

IX) Remisión
En lo que no está previsto en este Reglamento, regirán las leyes 10.751, 13.728, sus concordantes y reglamentaciones, los decretos 416/972 y 755/972, las ordenanzas municipales pertinentes y las normas sobre higiene y salud pública.

En prueba de conformidad se firman dos ejemplares del mismo tenor.

RECIBÍ LAS LLAVES DE LA UNIDAD
Firmas
Banco Hipotecario del Uruguay
Departamento Financiero de la Habitación

Este fragmento del contrato de compraventa refiere directamente a las prácticas y costumbres de los futuros habitantes, son por tanto las normas que más directamente tienen que ver con la producción de subjetividad. El análisis que puede hacerse a partir de las deducciones de los elementos presentes en el texto constituye en sí otra investigación, tan solo retengamos los aspectos fundamentales. En primer lugar, la figura del sujeto modelo al que remite la forma jurídica es la de un hipotecado, es decir, la de alguien que se compromete a pagarle a un banco la vivienda que inmediatamente

pasa a ocupar. Las situaciones hipotéticas allí planteadas (por ejemplo, lo relativo a la posible presencia de profesionales que coloquen sus placas en las fachadas de las viviendas) dan para pensar si los responsables tomaron o no en cuenta la realidad del contexto que se estaba intentando regular. Más allá de la evidente pauperización generada por la exclusión de partida, se suman el hacinamiento y la compartimentación propia de la morfología de esa tipología edilicia; también los aspectos propios de los contingentes humanos que irían a habitar ese complejo habitacional, sus problemáticas heredadas y presentes. A pesar de todo ello, el contrato plantea una situación idílica, donde además el modelo habitacional es el de una propiedad horizontal cualquiera, y donde la versión más reaccionaria del individualismo parece ser la filosofía moral de fondo (Camps, 1999, p. 41) tanto descriptiva como prescriptiva: egoísmo y atomización sin autonomía. No se toma para nada en cuenta o se quiere evitar el hecho de que por las características antes mencionadas esa nueva espacialidad generada no podría operar como cualquier edificio o conjunto de viviendas horizontales ubicado en una zona integrada a la ciudad consolidada, con todos los servicios, con habitantes caracterizados por su inserción en los mercados y las instituciones típicas de los sectores medios. Tan solo en lo referente a los espacios comunes se plantea la figura de una comisión administrativa, órgano más controlador que promotor de la vida compartida.

Y más bien se trataría de todo lo contrario, de la necesidad de gestionar un espacio profundamente comunitario y colectivo desde el comienzo. Pero evidentemente, en el contexto del golpe de Estado civil-militar que por entonces echaba a andar, todo ello resultaba no solo imprudente, sino considerado como un delito. Frente a ello, la realidad del nuevo complejo fue otra. Los primeros pobladores encontraron la forma de organizarse e instituyeron formas sociales propias para hacer la vida lo más digna posible. Sus prácticas cotidianas constituyeron una transgresión, si las contrastamos con los requisitos formulados en el contrato. Grupos de vecinos organizando fiestas y reuniones colectivas en los espacios públicos, y por supuesto la autoconstrucción que rápidamente pasó a modificar las fachadas y las formas para darle la singularidad necesaria para apropiarse e identificarse con aquello tan homogéneo e impersonal. Posteriormente, cuando ya los vecinos que intentaron seguir pagando por aquellas viviendas transitorias no sabían a quién dirigirse, pasando de institución en institución, las unidades fueron vendidas de hecho, traspasadas una y tantas veces, convirtiendo a aquel contrato en una gran parodia.

«La infancia más hermosa que viví fue en El Palomar»

> *Ángel*: Fuimos la segunda familia a la que le dieron las llaves [de la Unidad Misiones]. Me acuerdo que... visto que está Burgues, termina en Saravia y después continúa la calle. Eso no había, calle para arriba. Llegás a Saravia, no contés con la calle, poné que era todo campo, a la derecha había una casa, edificada con bloques, los mismos que tienen las viviendas. Me acuerdo, ¡había una cantidad de gente! Una mañana preciosa. Y de repente salió un tipo... un par de palabras, otro más que había con ellos... Me acuerdo, yo era *gurí*, tenía seis años, me acuerdo clarito. «Que la llave de la casa...», y algo así que escuché ahí. «Fulano de tal»: mi vieja fue la segunda llave que dieron. Me acuerdo clarito, con un cartoncito con una llave de bronce, aquellas comunes. Número tal, pasaje tal. Fuimos al pasaje 302, número 4878, la vivienda de arriba. Era mi viejo, mi vieja, mi hermano que me sigue y yo [...]. Nos fuimos de acá, de la senda 12, porque nosotros vivíamos en el fondo de la casa de mi abuela. Vivíamos en un ranchito, mi viejo había hecho un ranchito, muy lindo el rancho. Yo tenía de mascota un gato y un ratón [risas], la gata no se comía al ratón. Llegamos allá, me acuerdo la vivienda pelada, hablábamos y hacía eco. Yo jugaba con el eco en la casa. Mi vieja y mi viejo abrían todas las canillas y era meta agua para afuera. Y no teníamos luz. La gente que estaba trabajando, estaba poniendo los cables arriba [...]. Y nosotros «dale que es tarde»: meta agua y... Y de ese tiempo, te digo, unos cuantos años más adelante, la infancia más hermosa que viví fue en *El Palomar*. Entrabas a la casa de un vecino, jugabas con los gurises. Y mi vieja pegaba un grito [...] y salía un vecino: «Está en la casa de fulano». A fin de año, todos los vecinos de nuestro pasaje sacaban la mesa para el medio del pasaje y hacíamos la fiesta ahí. Entre todos los vecinos habían comprado un contador común, de la UTE, un contador grandote. Que en la casa de Lalo, un vecino que aún vive, abajo de la escalera está el contador. Y teníamos todo el pasaje alumbrado. Ibas en la tarde a prender la luz y alumbrabas todo el pasaje. Precioso era eso. Los vecinos en aquel tiempo era lo más lindo que hay [...]. Ahí vino gente de todos lados... gente de Manga, gente de Gaboto, de muchos lugares. Después, cerca del ochenta y pico, no sé gente de dónde vino, y dos hijos empezaron con esto, con lo otro, con lo otro... ahí se degeneró. Fue en el tiempo que el diario *Mundo Color* sacaba en primer plano una foto que decía «Barrio Borro: tierra de nadie». Ahí empezó, porque antes era un barrio común.

La familia de Ángel es oriunda de la Unidad Casavalle *(Las Sendas)* y allí retornó él con su propia familia nuclear luego de décadas de vivir primero en *Los Palomares* de soltero y luego en lo que oficialmente se conoce como el asentamiento San Martín-Unidad Misiones, colindante hacia el norte con esta última, una vez se casara. Nacido a finales de la década del sesenta, sus

padres tienen procedencias características de los habitantes de la zona. Su padre emigró de niño con su hermano y sus respectivos padres desde la zona rural del departamento de San José, como efecto directo de las famosas inundaciones de 1959, a la unidad habitacional recién erigida y en los momentos de la entrega paulatina de las viviendas. Cuando llegaron ya estaba instalada allí la que vendría a ser su abuela materna, que por el orden de ocupación se encontraba más cercana a la esquina de la senda. Su madre iría a vivir posteriormente con su familia, pero ya desde antes al ir de visita a lo de su abuela, casa por medio, llegarían a conocerse con su futuro padre: «En esos momentos estaba el campo compartido, salían a tomar mate y estaban los hijos». La línea materna, primero la abuela y luego su madre, llegarían como efecto de la expulsión de las zonas consolidadas de la ciudad. Él mismo vivirá de muy pequeño este fenómeno, pues sus jóvenes padres intentaron volver allí, coincidiendo con el momento de su nacimiento y primeros años de vida, para luego retornar a la periferia todos juntos. Este regreso, a finales de la década del sesenta y comienzos de la del setenta, no fue fácil. Parecería que ya no se contaba con unidades libres. Sus padres tuvieron que erigir un rancho en el fondo del terreno de la vivienda de sus abuelos paternos. Como hemos visto ampliamente, el proceso natural de aumento de la población, junto con la inexistencia de propuestas para las nuevas generaciones, fue desembocando en la ocupación de todo espacio posible y en el constantemente creciente hacinamiento. La autoconstrucción en los fondos de los terrenos se instituyó como una práctica habitual.

Como podemos apreciar, no todos los nuevos vecinos de la unidad recién creada, *El Palomar*, como la llaman muchos, eran absolutos desconocidos, como luego pasó a concebirse en general por quienes residen en los demás barrios y fragmentos aledaños. Como posible solución, siempre precaria e insuficiente, las autoridades de entonces tomaron en cuenta a ciertas familias desprendidas de las que ya habitaban *Las Sendas* de entonces, intentando descongestionar de alguna manera y frenar el proceso de densificación, el cual de todas formas se hizo incontrolable. Recordemos que también otros vecinos, del tradicional barrio Borro por ejemplo, intentaron ser tomado en cuenta para ocupar las nuevas viviendas. Es así que una familia surgida de *Las Sendas* pasa a ser de las primeras pobladoras de *Los Palomares*, algo que en la actualidad parece haber desaparecido del imaginario social hegemónico, en el cual esos barrios se encuentran radicalmente confrontados, fruto de una esencialización del proceso histórico poblacional, con lo cual no quedan casi huellas de un pasado compartido. Igualmente, es un hecho que la nueva unidad fue habitada con pobladores de diversas procedencias y no solo de los que habitaban las zonas contiguas. Quizás estos fueron los menos, no lo podemos saber con certeza. Sí es cierta la importancia de Gaboto, es decir, del conventillo ubicado en esa calle en plena zona céntrica, en el momento de los desalojos que expulsaron a gran cantidad de personas nuevamente hacia las periferias,

así como la llegada de nuevas familias por efecto del aumento primero y de la liberación después de los precios de los alquileres, medida tomada por el régimen de facto y que marcó claramente su política territorial.

Aunque parezca difícil de asimilar, la situación previa de muchos de los vecinos arribados a la nueva unidad habitacional era considerablemente peor:

> *Lucía*: Yo estaba alquilando en Teniente Rinaldi [en el barrio vecino de Piedras Blancas]. Pero me pasaba el agua podrida por la puerta de mi casa, yo le hice una denuncia en el juzgado de la zona a la señora y ahí me dijeron que iba a pagar más el alquiler, pero que sí me tenía que ir cuando me llegara el tercer cedulón [...]. No me hacía ningún timbre, una hoja de papel me hacía [...]. Así que prácticamente no estaba alquilando nada en ningún lado, eso era todo al abandono [...]. Y acá llego cuando me empiezo a mover en Teniente Rinaldi que quedaba en la calle, y me presento en el Centro, en una parte de Vivienda, y entonces le dije «Quedo en la calle y tengo dos criaturas». Me dice «Pero ¿cómo?» [...]. Divino, me atendió una muchacha espectacular: «Mire, vamos a hacer una cosa. La única manera en que la podemos llevar es a Malvín, pero son viviendas "precarias" [acentuando] —me dijo—: no tienen ni puerta ni ventanas». Le digo «no importa»; me dice «Pero de ahí se la va a trasladar a otra vivienda». Bueno, ta. Llegó el momento y me fui para ahí, que, dicho sea de paso, es espantoso... Me encontré que la vivienda era sin puerta, sin piso, sin ventana [...], unos palos de eucaliptus y con eso iban pasando los bloques, como quien iba enhebrando, con los agujeros mismos de los bloques, iban pasando, hasta llegar al término de la casa. Las chapas eran *bombé*, que, dicho sea de paso, tuve que tapar los agujeros la primera noche con papel de diario. Y la mesa la tuve que levantar y ponerla de puerta. Ahí empezamos, conocí lo que eran las chinches... Pasaban las camionetas de las Fuerzas Conjuntas [*circa* 1973] y era una paz absoluta, una paz bárbara.
>
> Después ahí tuve la desgracia de que perdí a [una de sus dos hijas] de bronconeumonía. La había llevado al médico, me dijo lo que tenía, le dije que le estaba haciendo compota de manzana, me dijo que estaba muy bien, porque eso todo le va aflojando. Y estaba revolviendo la compota, cuando una vecina viene —que hoy en día todas las hijas me dicen *tía*—: «¿Te la puedo levantar? ¡A esta niña se le están dando vuelta los ojos!». Salimos como locos y se me vino a quedar en avenida Italia, que en aquel entonces le decían *El falso Cruz*. Ese día se cayó una parte de mi alma que hasta hoy en día te digo que no puedo poner una foto de ella de lo mal que me hace [...]. Y ahí seguí para adelante. Al poco tiempo, me acuerdo que allá yo era una de las últimas en llegar, una tarde llega el cartero: «¡Carta!». «¿Hay una carta para mí, ahora...?», y miro, y era que me daban la vivienda acá, en Aparicio Saravia, que tenía que ir a la Escuela 178 [...].

> Me tocó esta vivienda, vine para acá. Anduve mal, ¿eh? Cuando llegué acá, cuando me tocó entrar a esta casa, la cola llegaba hasta la calle, casi frente a la policlínica porque lo demás eran todos camiones de las mudanzas una atrás del otro, iban haciendo fila en la medida en que íbamos entrando los vecinos. Había tejido, todo un alambrado [...]. A medida que se iba un camión entraba otro. Porque solo estaban habilitados el [pasaje] 322 y el 320. El 318 no estaba terminado todavía. De acá los primeros en entrar ese día, aún quedamos algunos. La entrada fue bien, después te iniciás, te arreglás. Te encontrás con un piso: «¡Hay un piso!», que los otros días hablando con mi hija se acordaba de que yo ponía unos corderos —que antiguamente se usaban, teñidos—, para pisar...

Lucía es de las nuevas vecinas que llegaron desde otras zonas de la ciudad. Como hemos visto, su periplo la llevó desde pequeña a vivir en la situación ambivalente de empleada doméstica (*sirvienta con cama,* al decir de entonces) e hijastra, en un hogar de altos ingresos ubicado en la franja costera de la ciudad capital. Oriunda de un pequeño pueblo de la región centro-sur del país, no pudo vivir con su madre y hermanos varones ya que al ser mujer no era considerada apta para los trabajos en la estancia donde residían. El impulso por buscar un destino propio y salirse de la indefinición de ser y no ser en la que se encontraba de joven, la llevó a casarse y ser madre rápidamente. Por entonces terminó instalada en una situación de emergencia al quedar sola con sus dos pequeñas hijas y no poder establecerse en un lugar con las condiciones mínimas como para poder residir en él. Las autoridades dictatoriales de entonces le asignaron una vivienda precaria en otra de las zonas que por entonces iba convirtiéndose en otro gran depósito espacial, hacia el este.

Es importante retener las características de aquella vivienda, aún más precaria que la que se encontró cuando llegó a la Unidad Misiones, cinco años después, todavía en construcción desde 1972: no existían terminaciones ni aberturas (puertas o ventanas); ni hablar de algún tipo de acondicionamiento natural o artificial para asegurar condiciones mínimas de vida. Allí moriría su hija más pequeña. No es de extrañar que las flamantes unidades de *Los Palomares* hayan sido para ella una salvación. Hasta nuestros días sigue habitando allí y es una de las vecinas de mayor participación en la comunidad, alcanzando a tener relevancia a nivel de las dinámicas políticas de la zona. Su hija y los dos siguientes, que vinieron fruto de su nueva unión con quien entonces era uno de sus nuevos vecinos (que «había venido a pintar y no se fue más»), junto al que pasó hasta su muerte, más de tres décadas felizmente añoradas, son parte de las generaciones de adultos jóvenes que vivieron las transformaciones más importantes de las últimas décadas.

1985. Los años neoliberales y la proliferación de asentamientos[40]

La transitoriedad pautada a priori en las intervenciones que dieron origen a los complejos habitacionales, en especial a la Unidad Misiones *(Los Palomares)*, es una condición que permanece latente a pesar y gracias al paso del tiempo. Si bien los vecinos se acostumbran a vivir en esa condición, por el hecho de generar hábitos y costumbres, así como una acumulación de experiencias ancladas en el lugar, el tópico de la demolición retorna cual fantasma, avivado desde diferentes discursos institucionales, y retomado para ser convertido en rumor y circular por toda la comunidad. Los vecinos nos narran la llegada de «los famosos papeles», donde se establecía que existía un plan para convertir los terrenos en espacios de estacionamiento para vehículos particulares por la contigüidad del estadio de fútbol del club Cerrito (de primera división profesional, identificado con el barrio homónimo que, como hemos planteado, ejerce su influencia desde el sur en lo alto) y para el transporte público, que así contaría con una base zonal. También lo hemos podido constatar en la serie de investigaciones y formulaciones de intervenciones urbanísticas para la zona presentadas hasta el momento a solicitud de instituciones y organismos nacionales e internacionales (Lombardo, 2005).

Mientras tanto, a mediados de los noventa se intensifica la formación de los asentamientos irregulares como resultado de un nuevo movimiento migratorio desde las zonas consolidadas de la ciudad hacia las periferias. Ello tiene lugar gracias a la reedición de la política de desalojo que en forma similar afectara una década antes al mismo perfil de población y a los mismos territorios de la urbe (Benton, 1986), en un proceso de «gentrificación» de mediana y larga duración al estilo anglosajón, pero dando paso cada vez más al europeo orientado al consumo y al ocio (Dos Santos Gaspar, 2010). El que es continuación de la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)* crece limitado en la macromanzana otrora zona verde de una cañada, pero respetando los bordes de la cancha de fútbol del club local Rosario. Llega así a colmar todo el espacio existente, pero su gestación se remonta mucho más atrás, apareciendo en las fotografías aéreas de fines de la década del sesenta y comienzos de la del setenta del siglo pasado (Cecilio, Couriel y Spallanzani, 2003, pp. 89-92). Como hemos desarrollado

40 Este y el próximo capítulo han sido parcialmente publicados en Álvarez Pedrosian, 2011b.

en profundidad, ese asentamiento es asimilado como una continuación de la unidad habitacional, tanto por la procedencia de sus habitantes —sin desmedro de los contingentes venidos de otras zonas de la periferia y de ciertos barrios de la ciudad consolidada— como por la morfología espacial en la que se proyectan algunas de las sendas del complejo. Una vecina de la unidad acota: «Bastaba que uno hiciera un rancho para que siguieran los demás... Ellos dan la dirección "continuación de la senda *X*", o hasta al revés, "senda *X*, continuación"». Incluso existen algunos letreros en los pequeños senderos y el cruce con la calle que sirve de frontera porosa. Pero además de crecer la ocupación en todos los intersticios posibles, los propios complejos habitacionales van entrando en el proceso de descomposición formal, a tal punto que las autoridades los consideran también como asentamientos, por desfiguración.

Si debemos marcar un antes y un después que ponga en evidencia el proceso de deterioro, la gran mayoría de los vecinos concuerdan en ubicarlo en la crisis centrada en 2002, y consideran como el mayor signo de ello la entrada de la pasta base y las transformaciones que ha generado en los procesos de subjetivación, de ningún modo reducido tan solo a los jóvenes. Interesante resulta tomar en consideración los casos de aquellos que habían emigrado incluso hacia fuera de las fronteras nacionales (por ejemplo al Gran Buenos Aires) y que retornaron durante los años neoliberales, la década del noventa, siendo partícipes del proceso de caída que desembocara en la última de las más profundas crisis.

> *Margot*: No es para comer... lo roba y lo vende para drogarse... de esto hace más o menos, ocho, nueve años [1999-2000]. A nosotros nunca nos había tocado y nos tocó, hace más o menos un año y pico atrás [2006]... Me llevaron la balanza del gas, la bicicleta de mi hijo y unas porquerías que había... pero no me había pasado jamás. Yo dejo todavía mi cuerda [de ropa] llena de punta a punta [...]. Sabés quiénes son, sabés, lo que pasa es que la gente no te va a decir quiénes son. En el momento hubo un tremendo lío. Creo que de ahí en más le sirvió de lección a todos... Nunca nos había pasado. No es que seamos gente que «andamos de lío» como se dice. Respetamos y nos gusta que nos respeten, y pasó lo que pasó...
>
> Antes yo, chica, me subía a un árbol, venía el vecino y me bajaba de un brazo y se terminó el problema. Llegaba mi madre y le decía «Mirá, estaba arriba del árbol, te la bajé». Ta, está bien [...]. Hoy en día vos ves un *gurí* arriba de un árbol, lo bajás y se te arma un lío de aquellos. Ahora te dicen: «¿Qué te importa a vos!» [...] En esta senda se conserva bastante.
>
> Y han tenido problemas los grandes, por atrevimientos de repente de los gurises [...]. Lo que pasa últimamente es que tienen un problema y andan armados, y vos ya sabés que se van a tirotear: «Vení para adentro, no andes en la calle». Y decís, te vas a otro lado que nadie te conoce, tenés que pagar derecho de piso. Porque tenés que agarrarte a palos con aquel vecino, discutir con aquella otra, hacerte ver: «Yo estoy acá, esto soy yo», para

establecerte. Entonces decís: «Yo estoy acá, y bueno, ¿qué vas a hacer?» [...] Si vas a otro lado es lo mismo o es peor.

Pero quizás sea necesario remontarse aún más en el tiempo, volver al otro gran mojón, al período inmediatamente previo y posterior al fin de la dictadura civil-militar en 1985. La gran mayoría de los habitantes históricos ubica allí el comienzo de la explosión demográfica y una suerte de caos producto de la retirada de las fuerzas represivas, como hemos visto: «En el primer gobierno de Julio María Sanguinetti (1985-1990), se llenó de cantegriles», manifestaba un vecino de El Borro. También dejó en claro que veía «cosas feas, se les iba la mano a veces [...], la gente se moría de hambre callada. Podían desalojar cualquier asentamiento». Más allá del cambio a nivel político-institucional, la bisagra se explica por el proceso acumulativo que, llegado cierto límite, da un salto cualitativo: la pobreza urbana se reproduce y se convierte en estructural, potenciándose las condiciones mismas de esa reproducción y el automatismo asociado al proceso. Algo avanzamos al respecto con Ángel, quien ya ha habitado en varios de los fragmentos de la zona. La situación puede ser más fácil de comprender: como en un proceso cuasi natural, al generar sectores aislados y excluidos del resto de la sociedad, sin ningún tipo de ofertas de actividades para las nuevas generaciones, en la contradicción propia de un sistema donde la desocupación es crónica al mismo tiempo que se instala la sociedad de consumo, era solo cuestión de tiempo. Ángel lo experimentó con sus propios coetáneos: «El 80 % de los pibes con los que me crié están presos o están muertos». Para él, si en ese contexto no se contaba con una fuerte tradición y los mayores no ejercían las prácticas consecuentes —como en su caso—, las condiciones existentes irremediablemente generarían una nueva subjetividad, para la cual no existe el valor del trabajo y la convivencia. Lo que podía comenzar como un juego de niños y adolescentes fue amplificado por los medios masivos de comunicación, y frente a la imposibilidad de los adultos de hacerse cargo de los numerosos hijos en un espacio sin contención social de ningún tipo, se terminaron por afianzar las conductas autodestructivas. Ángel cita uno de tantos casos, el de un vecino de entonces, militar de bajo rango que trabajaba en uno de los cuarteles de la zona, que llegó a tener diez hijos. Era imposible que él y su mujer pudieran darle la merecida atención a todos esos niños y no contaban con ningún tipo de apoyo institucional más allá de la escuela pública de entonces.

Lo mismo piensan y sienten otros vecinos, esta vez de la Unidad Casavalle *(Las Sendas)*, ubicando el momento de transformación alrededor de 1983-1984. Uno de ellos es Martín Saldanha, quien al visitar el barrio en 1986, cuando residía en Buenos Aires, se sorprendió al encontrar un uso tan generalizado de drogas y un contexto de deterioro familiar en sus amigos de la misma generación, en los momentos en que comenzaban a ser padres y madres, con lo cual se pone en evidencia que no se trata de tal o cual sustancia en sí misma, sino de valores, hábitos y prácticas que se ponen en uso:

> ... porque eso no se veía acá. Se veía gente borracha [...] La droga era para el que tenía un poco de plata. Gente muerta de hambre, drogándose, pero, ¿¡cómo...!? Si nosotros en lo que podíamos desperdiciar la plata era de repente en comprar un vino... ¿Cómo la bancás esa? Entonces, ahí trae robos... Para un vino, vos de repente te parabas en la esquina y mangabas, pero esto lleva a los gurises a robarle a los padres, a los primeros que estén más cerca: a los padres, a los tíos y después a los vecinos.

No todo es negativo, y también se aprecian cambios positivos que hacen a la búsqueda de alternativas y transformaciones posibles. Pero para eso hay que esperar unos años más adelante, a la implementación de las nuevas políticas sociales y al freno puesto a la caída constante de las condiciones de vida que se padecía hasta entonces. En lo que respecta a los años del reinado del neoliberalismo en nuestro contexto:

> A veces yo venía temprano y te daban ganas de agarrar una campana y decir: «¡Levántense!». Yo venía de Buenos Aires, acostumbrado a levantarme a las cinco de la mañana, ver un movimiento de gente donde nadie tiene tiempo, y venías acá y veías todo quieto, te desmoralizaba.

Como es sabido, las décadas de finales del siglo pasado han sido experimentadas a lo largo de Occidente como de una gran degradación de los sistemas de valores, una auténtica «corrosión del carácter» (Sennett, 2000). Esto se dio tanto en forma directa, a través de las nuevas lógicas del mundo del trabajo, como en los crecientes espacios de segregación expresados en las grandes masas de desocupados y olvidados en lo que refiere a la retirada de los Estados y las instituciones modernas en general. Evidentemente, el proceso no es para nada lineal, y las diferenciaciones vuelven a darse en cada campo de inmanencia particular, en tiempo y espacio: surgen nuevas formas de ser a partir de haceres y prácticas siempre renovadas. El proceso entre lo instituido y lo instituyente no cesa de dinamizarse, y como lo hemos constatado en estos últimos años, son viables nuevas configuraciones afirmativas de la vida, no sin combates permanentes frente a la destrucción y la muerte generalizada. Pero no podemos obviar, justamente, que para los vecinos de las periferias urbanas el proceso sea interpretado como un derrumbe, una degradación progresiva en relación con las tradiciones heredadas. No nos compete a nosotros someter a contrastación este hecho, por lo demás imposible de llevarse a cabo. Más bien pretendemos comprender críticamente el conjunto de fenómenos que determinan los procesos de subjetivación en cuestión: cómo es posible que existan estas experiencias humanas y hacia dónde pueden vislumbrarse las alternativas para una transformación positiva

¿Podemos descalificar a un vecino de un barrio tradicional como Jardines del Borro por oponerse y accionar activamente para que no se localice frente

a su vivienda un nuevo asentamiento irregular? Este tipo de situaciones son comunes a partir de los procesos desencadenados en las últimas décadas del siglo pasado. «Pusieron estacas y alambres», nos narra Pedro, quien desplegó todas las estrategias a su alcance para evitar la generación de un nuevo fragmento espacial frente a sus narices. Igualmente, con el paso de los años, ve alzarse un nuevo entorno a unos metros de allí, esta vez en forma oficial, a primera vista diferente de lo que podría haber sido un asentamiento, pero que en poco tiempo ha comenzado a evidenciar el mismo tipo de problemáticas que se arrastran y reproducen una vez más.

Igual de compartidos, aunque resulte contradictorio, son los sentimientos de profunda solidaridad que se presenta a lo largo y ancho de la periferia, a pesar y junto con la fragmentación y del proceso de deterioro en que la inmensa mayoría de los vecinos concuerdan. Como hemos planteado, nada más lejos de un enfrentamiento entre vecinos de los asentamientos por un lado y de los barrios tradicionales y complejos habitacionales por el otro, por el simple hecho de llevarse por una distinción del tipo formalidad versus informalidad. El corte pasa por otro lado, tomando en cuenta otros rasgos, considerando otras variables. Se puede vivir en un rancho de lata en un asentamiento, en una casa de materiales perdurables en el terreno de una antigua chacra o quintilla, y estar más cerca que del vecino contiguo en cada caso. Y esto puede comprenderse claramente cuando se considera el hecho de que gran parte de la población que fue ocupando los territorios intersticiales y levantando en ellos sus viviendas precarias son muchos de los vecinos que no pudieron hacerse con un espacio tradicionalmente establecido, o constituyen parte de las nuevas generaciones, en una sociedad donde terriblemente la pobreza tiene rostro de niño y de joven. Como nos recordaba Miguel, cuando hace falta recurrir a la solidaridad a través de los medios masivos de comunicación es a estas poblaciones a las que más se apela, tensionando los límites y abusando de los sentidos de la solidaridad que constituyen el imaginario social, convirtiéndolos en valores de cambio en el proceso de producción de la mediatización televisiva (Álvarez Pedrosian, 2005).

El carácter de pequeña localidad —de «pueblito», como dicen los vecinos del barrio tradicional— se perdió definitivamente: «No tenías luz, no había alumbrado público... vos veías una silueta y decías: "Pah, ahí viene fulano"». La expansión de la mancha de asentamientos irregulares, junto con la basura que fue aumentando exponencialmente al irse haciendo masivo el recurso de la recolección y clasificación de la misma, puede ubicarse en los años de cambio de milenio. Eran campos, espacios intersticiales que mantenían el carácter rural del paisaje, en otros casos oficiaban de bosques y parques de tipo agreste; en esa lógica se daba lugar a la existencia de establecimientos como bodegas de vino o tambos y a la presencia de animales como los vacunos productores de leche de estos últimos. De los fragmentos espaciales que hacen a nuestro territorio, el barrio Jardines del Borro es el que más se ha visto afectado por esta dinámica.

Evidentemente, se trata de una espacialidad muy vulnerable frente al proceso de expansión de los asentamientos. Rodeado en casi todo su perímetro por espacios verdes, se vio presionado por el levantamiento constante de nuevas unidades irregulares. Miguel aún lo recuerda con nitidez:

> ¡Había vacas, loco...! Vos pasaste el puente y mirás para allá, se pobló todo. Mirás rumbo a la Gruta de Lourdes, también. ¡Y ahí ya hubo crímenes, loco! Mataron a un veterano hace cuatro, cinco años atrás: le rompieron la cabeza para sacarle unas monedas. Y ya hubo un par de crímenes más. Antes estaba el INVE, todo campo, para acá, todo barro, esa subida que hay ahí, unos canaletones... Pero andabas para cualquier lado, de noche... Porque ibas al Municipal... nos encontrábamos los muchachones que salíamos de gira, a la cantina, ahí...
> *Juan*: Pero, pasás por ahí y hay cada casas preciosas, ¿eh?
>
> *Y con esa gente, ¿es igual que con Los Palomares*?
> ¡No...! [los tres al unísono].
> *Juan*: No, ¿tas loco? Ahí hay gente buenísima. Nada que ver.
> *Miguel*: Es por la necesidad.
> *María*: Gente bien, sí. Gente que junta [residuos], pero gente bien, que no molesta a nadie. Hay algunos ranchos en picada, que son un «polvorín» digamos [risa].
> *Juan*: Como todo. Pero... la gente que no paga el agua, la luz por ahí. Yo digo «Porque no pueden». ¿Quién no va a querer estar al día [para] que no vengan a cortarle, ¿no? Y si no puede, ¿con qué va a pagar un alquiler, mantener una familia, hoy como son los sueldos acá? Si gano cinco mil: «¡Oh, gana cinco mil pesos!», dice. ¿Cinco mil pesos? Para el alquiler, pa la luz, para el agua, para comer, para comprarle una zapatilla a un *botija*... ¿Dará? ¿Para tomar el ómnibus? Porque son dos ómnibus cuando no tienen que tomar cuatro, ahora que hay combinaciones y todo eso, para ir a trabajar. El ómnibus se te queda con la mayoría del sueldo. ¿O no?
> *Miguel*: Zona obrera total. Y todavía no nos entran. Vos te ponés, a las cuatro de la mañana, yo el otro día estaba enfrente a la policlínica que fui a sacar fecha para mi hija, entra el primer ómnibus al barrio, escoltado por una [camioneta] Nissan [de la Policía]. Que yo vi. A partir de las cuatro en adelante empiezan a salir, el mismo ómnibus, con la Nissan atrás. Ya después entran a entrar ómnibus vacíos, para cargar a toda la gente. Vos no te hacés la idea, el cargamento de personas que hacen estos ómnibus, tanto de esta zona como de Unidad Misiones. Vamos a decir la verdad, esto es barrio obrero.

«Toda gente obrera», decía Miguel, pero vale hacer la aclaración de que no se trata exactamente de trabajadores del perfil proletario, característico de otras zonas de la ciudad, y donde efectivamente se da una diferenciación

importante en términos de procesos de subjetivación, sistemas de significación y universos de sentido. Si bien también es cierto que existen muchos establecimientos industriales en la zona, y los casavallenses trabajan allí, la zona es mucho más heterogénea e incluye más perfiles de trabajadores, muchos vinculados a los servicios como el empleo doméstico, formas más informales de economía y demás. Se trata, efectivamente, de una gran masa de hacedores, pero diversificada en diferentes tipos de prácticas que hemos tratado de analizar en detalle en los capítulos precedentes en relación con procesos de subjetivación desde los cuales es posible la construcción de identidades afirmativas, más allá de los estigmas. Igualmente, el sentido con que Miguel se refiere a sus vecinos es evidente: los ómnibus salen llenos en las primeras horas de la mañana de la zona hacia los barrios más acomodados, llevando a quienes con sus manos y mentes, sus talentos y esfuerzos, transforman materias y dan servicios indispensables para que los sectores medios y medios-altos de la sociedad puedan existir como tales.

Las configuraciones culturales, en tanto hábitos y sistemas de significación orientados según sentidos y valores, experimentan transformaciones complejas según variadas velocidades y direcciones para nada lineales, y lo que puede ser interpretada como una fuerte disociación socioeconómica puede traducirse de otra manera en el orden de lo simbólico. Por supuesto que ello tiene que ver con los procesos históricos inherentes, las procedencias y los trayectos de vida de quienes son los protagonistas. El fenómeno de proliferación de asentamientos irregulares en Montevideo y su área metropolitana aún muestra las huellas de un pasado reciente asociado a la medianidad característica de la matriz cultural del siglo xx (Achugar y Caetano, 1992; Álvarez Pedrosian, 2008b), aunque el proceso de deslinde y fragmentación puede ir acrecentándose una vez que la pobreza y la pauperización cristalizan en mecanismos de reproducción, dando lugar a nuevas generaciones constituidas en otros universos existenciales potencialmente inconmensurables.[41]

41 «A pesar de constatarse que existe un proceso de polarización social y fragmentación en el ámbito urbano, el contexto cultural que plantean los asentamientos urbanos no puede caracterizarse bajo lo que Oscar Lewis denominó "cultura de la pobreza" [...], expresan el empobrecimiento económico pero aún no tienen consecuencias profundas en el plano cultural. El 50 % de quienes hoy viven en asentamientos en Montevideo señalan que sus padres vivían en un barrio mejor. A la vez, la mitad de la población [...] supera los estudios primarios. El 46 % tiene estudios secundarios y un 4 % ha cursado estudios universitarios. Por otra parte, una cuarta parte declara más de seis mil pesos uruguayos (trescientos dólares americanos aproximadamente) de ingresos [...] por encima de la línea de la pobreza. A vuelo de pájaro estos datos no concuerdan con la imagen que uno puede hacerse inicialmente de los asentamientos...» (Radakovich, 2010, p. 298).

22

2002. La última crisis y las nuevas políticas sociales

«Cuando empezaron a dar comida los bomberos... eso se vio [...]. Fue crudo [el 2002]. Para mí es crudo todavía, porque si no hay laburo... Día a día es bravísimo, ¿me entendés? [...]. El Plan de Emergencia, a nosotros sí. Que ahí la llevamos bien. Con eso y la feria, salíamos bastante bien. Pero era para comer; comida». En la memoria de las sociedades latinoamericanas lo acontecido alrededor de 2002 ha quedado grabado a fuego. La crisis se extendió a lo largo y ancho de los diferentes estratos sociales, no dejando a casi nadie sin ser alcanzado de una u otra forma. Evidentemente, las repercusiones fueron diferenciales, y como siempre suele suceder, los sectores más desfavorecidos fueron los que más se vieron afectados, llegando directamente a estar en peligro la alimentación de amplios sectores de la población y dándose casos concretos de desnutrición crónica, como los acontecidos en la periferia de Bella Unión, la localidad más septentrional del Uruguay. En nuestra zona, los efectos generados por la última crisis terminaron por consolidar tendencias que, como hemos analizado, son de muy larga duración. Diferentes estrategias se desplegaron: desde las ollas populares organizadas por vecinos hasta la distribución de alimentos por parte de las autoridades estatales de entonces, de corte neoliberal y en retirada. Para nuestro caso, el cuartelillo de Bomberos se convirtió en una sede para tales fines. Si los asentamientos irregulares se habían expandido principalmente desde mediados de la década del ochenta del siglo pasado y los complejos habitacionales de bajos costos se habían ido degradando paulatinamente, con este duro golpe a las estructuras económicas y sociales en general la tendencia terminó por consolidarse.[42]

42 «Si la crisis produjo una contracción en principio transitoria del ingreso de buena parte de los hogares montevideanos, contracción que generó movimientos migratorios al interior del territorio de la ciudad, esta lógica de funcionamiento discriminatorio del mercado de trabajo provoca una especie de "trampa de la pobreza": quienes deben moverse en la ciudad para afrontar la reducción en sus ingresos, de nuevo ven deterioradas sus posibilidades de acceder a puestos de trabajo mejor remunerados por habitar en las zonas más castigadas por este proceso. Los hogares pobres tienden a agruparse en espacios urbanos más homogéneos, alentando una lógica de segregación residencial; pero esta segregación, a su vez, deprime la capacidad para generar ingresos autónomos y por este medio transforma la privación en exclusión social, pues se deterioran los canales que permitirían el tránsito de una situación de ingresos deprimidos a otra con remuneraciones relativamente más altas» (Arim, 2008, p. 92).

Raquel: Déjenme decirles que en la crisis, para paliarla, lo que hacíamos —porque la cabeza es lo primero que se le afecta a las personas—: teníamos un grupo, allá en Toledo Chico, que se llamaba Orientales por Siempre, que enseñaba danza folclórica. Y lo más lindo que teníamos era que bailaban las parejas, y los sábados nos reuníamos en distintas casas, cada uno llevaba algo y tratábamos de pasar un rato alegre con los hijos. Y pudimos reflotar un tiempo. Claro, no teníamos psicólogo ni apoyo, lo hacíamos entre padres de la zona. Nos duró un tiempo, como que después se nos vino un poco atrás, porque llega un momento en que la crisis te afecta tanto que te afecta todo. Y vos decime, ponés a zapatear a un gaucho y sabés que no tenés una moneda en el bolsillo al otro día para comer y no te baila más... Pero fue una linda experiencia.

No todos optaron por este tipo de estrategias, pero como ya era habitual, los pocos casos que se enfrentaron radicalmente a las normas sociales imperantes lograron alimentar los discursos mediáticos para reeditar los miedos y el terror que caracterizó el contexto de la crisis de 2002, esta vez bajo el fantasma de «hordas salvajes» dispuestas a todo (Giaimo, 2007). Esto sirvió para que los barrios periféricos fueran acusados nuevamente de ser el germen de todos los males, siendo sobrevolados por helicópteros y ocupados transitoriamente por los cuerpos represivos, mientras las zonas consolidadas de la ciudad vivían una ola de rumores que llevó a la parálisis de sus actividades habituales, a la espera de una suerte de invasión orquestada —como manifestara el ministro de entonces— por un «pequeño Bin Laden» y «grupos anarquistas» (Campodónico y Bolón, 2003). No por casualidad entre los barrios citados por la prensa como los que sufrieron la ola de saqueos el día anterior al gran rumor que sobrevoló todo Montevideo se encontraban *Casavalle* y *Borro*.

Al respecto, algunos de nuestros entrevistados y participantes en la intervención nos narraron cómo algunos vecinos se organizaron para llevar a cabo saqueos a supermercados. Esos episodios del último día de julio y de los primeros de agosto de aquel año fueron esporádicos, y ello fue debido a la propia contención que la gran mayoría de los habitantes de la zona llevó adelante, a veces en forma silenciosa, mirando hacia otro lado, pero marcando con su indiferencia y falta de apoyo los límites de lo tolerables hasta para ellos mismos. Y es que a pesar de lo que muchos intelectuales en el momento manifestaron, sumidos en la moda de entonces, la constitución del imaginario social y de los sistemas de valores característicos de la uruguayidad no desaparecieron sin más, algo que ahora, con mayor perspectiva, podemos claramente identificar o mejor graduar en sus verdaderas magnitudes: una profunda sacudida y quizás el comienzo de una resignificación de los mitos fundacionales (medianía, occidentalidad, y espíritu constitucionalista) heredados del Estado de Bienestar (Achugar y Caetano, 1992;

Trigo, 1997; Álvarez Pedrosian, 2008b). Y si en vez de constreñirnos una vez más al punto de vista y las proyecciones creadas desde los sectores medios hacia todas direcciones, nos ubicamos en la situación de participación y diálogo con aquellos que efectivamente son los protagonistas de los acontecimientos tratados, la visión de la realidad que podemos esbozar y la cartografía de los procesos de subjetivación allí implicados distan mucho de ser simples, lineales y dicotómicos.

«No tienen por qué dar a nadie»

> *Marta*: Siempre sigo en desacuerdo. Yo no estoy de acuerdo con que le den nada a nadie. No te tienen por qué dar, nadie... Dame un trabajo... La gente está acostumbrada a sentarse y veo a las mujeres ahí. Yo no voy a ningún lado, porque yo quiero un trabajo, no quiero un plan. Y menos esas personas que encima les dieron el plan y protestan, ¡por la asignación [familiar]! «Y que a mí me pagan...», y se arman terribles líos. Dales trabajo. Si es joven, que vaya a laburar, que pique piedra, no me interesa. Pero, ponele, un trabajo, si te sirve agárralo y si no dejalo, mi vida. Es así. «Pero vos sos sano...». Entonces no se les pone hábitos. Vos estás dando, dando, y la gente está acostumbrada a recibir, se están rascándose.
> Entonces, cuando tenés zánganos vas a tener zánganos toda tu vida porque los seguís manteniendo. Yo no preciso que el gobierno me dé nada. Yo soy de las personas que respeta la idea del otro. «¿Te lo dieron? ¿Vos sos feliz con lo que te dieron? Te respeto tu idea». Soy muy independiente, no estoy acostumbrada a que me den nada, yo me lo tengo que ganar. Entonces claro, tenemos criterios diferentes en el barrio. Y como todo, obviamente que choca. Yo lo que tengo en mi casa —tengo mi casa bastante bien—, pero digo, nadie me dio nada. Si yo te digo, veinte años atrás, como le digo a mis hijos, «¿Vos tenés veintiséis años? Yo con tu papá salí viviendo con un colchón en el lomo, viviendo de agregado. Y lo que tengo, no lo tengo porque vendo droga... tengo porque lo laburé. Entonces esto es lo bueno: esta televisión me costó años de crédito y años de trabajo». Y es lo que vos le tenés que enseñar a tus hijos. Ahora, cuando estás acostumbrado a que te den, que te den...

Para Silvia «acá somos privilegiados», por la cobertura de las instituciones. A diferencia de lo que comúnmente puede creerse y pensarse, ella ve que la zona ha tenido un tratamiento especial desde hace décadas y que ello no es valorado por los propios habitantes. Pero:

> *Silvia*: [...] con el Plan de Emergencia, la gente como que se aplastó más, menos se mueve [...]. Otra cosa que me revienta es cuando nos usan, que

van a pedir «para los chiquilines del cantegril». No, mentira, acá nadie precisa ir a pedir para nosotros. Porque realmente que el Estado y todos los gobiernos siempre se encargaron de nosotros. Porque mentira que alguna vez dijeron: «Pah, no tenemos escuela, no tenemos esto...». Incluso hasta cuando se dijo de hacer un liceo. Ojo, que yo fui partidaria de que no se hiciera un liceo en el barrio, porque los chiquilines tienen que saber que del Cementerio para el otro lado hay otro barrio. Porque si igual al liceo pueden ir, tienen boletera gratis.
Mica: El otro día me encontré con una señora de treinta años que no sabía manejarse en el Centro. «¿Pero, cómo es que no...?». «Ah, a mí me tirás en el *cante* y yo conozco todo, conozco hasta allá abajo, hasta la villa. No me soltés acá, negra, porque no conozco». «¿A dónde tenés que ir...? Vamos.», y nos metimos por San José...
Silvia: Es que de esos casos, hay infinidad. ¿Saben a, dónde saben ir las mujeres, en este momento, que tienen veinticuatro, veinticinco años? Al Pereira Rossell...

Mica, como hemos visto, se encontraba en una situación crítica. Habitando en una de las hacinadas manzanas de la Unidad Casavalle 1 *(Las Sendas)*, estaba encerrada al no contar con una salida al espacio público. Recordemos que el fraccionamiento y la autoconstrucción en los fondos, es decir, el interior de las manzanas, ha sido la forma en que se ha dado la multiplicación de la población en ese fragmento de la zona. Si la situación particular hace inviable un buen relacionamiento con quienes habitan de cara hacia el espacio público, uno se encuentra literalmente encerrado en el interior, rodeado de construcciones que no paran de crecer salvo por las limitaciones propias de la dimensión física y las pautas de una proxémica que opera a pesar de todo en lo cotidiano. Madre soltera, con sus hijos a cargo, sin trabajo estable, su situación se veía empeorada por el conflicto con sus vecinos, los cuales la afectaban negativamente con las construcciones que alzaban, aislándola y derivando sobre ella las aguas pluviales entre otros problemas similares. Cuando nos conocimos se encontraba a la espera de una de las nuevas viviendas del también nuevo fragmento urbano creado frente al barrio Jardines del Borro, en los pocos terrenos que aún quedaban libres a orillas del arroyo Miguelete, tras el actual SOCAT. Y así llegó ante nosotros, siendo una de las vecinas inscritas en las listas del MIDES, sintiendo la obligación de hacerse presente para poder acceder a la preciada vivienda:

Estoy esperando la contestación, que también se pueda solucionar cómo va a quedar el terreno. Porque yo vivo en un fondo que no es mío. Todos los frentes de las viviendas tienen fondos con comunicación a atrás. Entonces eso quedó en manos del director de la Intendencia. Ellos están tratando de definir...

¿Podemos decir que Mica no necesita que la socorran, que debamos dejarla librada a su suerte, confiando en sus capacidades y exigiéndole que accione? Nuevamente nos encontramos con el universo de valoraciones en el que las posiciones, los enclasamientos sociales, y las disposiciones subjetivas se nos muestran en su mayor complejidad, incluyendo ambigüedades y paradojas considerables. Y es que el gran inconveniente parece ser, una vez más, la generalización desmedida, las grandes sentencias que quieren incluir todas las posibilidades. Entre los propios vecinos nos encontramos con esta micropolítica, donde existen diferentes valoraciones acerca de la lectura de la realidad de ellos mismos y sus semejantes, y de las políticas sociales de antes y las actuales, así como la proyección hacia el futuro.

Creemos que es evidente que, en los casos como los de Mica, donde los niños constituyen el grueso de la familia y donde la jefa de hogar no posee aptitudes ni medios como para llevar adelante una práctica proactiva, se hace urgente la intervención de las instituciones públicas para asegurar los derechos mínimos e indispensables de los inocentes. Lo que sigue estando de fondo en estos conflictos —y no solo en el ámbito de las ciencias humanas y sociales ni de la filosofía, que puede estar por debajo del diseño de las políticas, sino también en los discursos cotidianos—, es la forma de concebir al ser humano según la tensión entre el determinismo y la libertad. En un primer momento, algunos puntos de vista aún se fundamentan en valoraciones de tipo moral, donde los buenos y los malos se definen según normas de conducta ideales, cargadas de constricciones relativas al egoísmo, el pecado y demás formas de coerción. Pero igualmente, aunque no las limitemos a estos discursos de corte más tradicionales, las formas modernas recalan en las supuestas voluntades y responsabilidades que tienen que manifestar aquellos vecinos que se encuentran en lo más profundo de la pobreza. Creemos que con ello se sigue reproduciendo un sistema atroz de exclusión, que culpabiliza a los más inocentes en nombre de presuntas obligaciones, proyecciones de unos sobre otros sin reparar en las particularidades de las situaciones profundamente injustas y crueles con los más débiles. Es importante comprender que con la asistencia tampoco se soluciona el problema, y que la finalidad de las políticas sociales deben ser el empoderamiento de los sujetos, en definitiva, el acceso a una autonomía y el potenciamiento de las capacidades que permitan autogestionar su propia vida. Pero esto no es para nada sencillo, lineal generalizable. Cada caso debe ser estudiado en sí mismo, cada situación contemplada y acompañada. Pero no se podrá avanzar al respecto se trabaja decididamente sobre los discursos y las formas de comunicación en general, que entre los propios habitantes estigmatizan y niegan a los semejantes que se encuentran en las más diversas condiciones.

No hace falta colocarse en las situaciones extremas para hacerse una idea del grado de conflictividad que existe en la micropolítica de las zonas periféricas, y lo complejo por tanto que resulta cualquier aplicación de un

conjunto de políticas de desarrollo social. Es así que la evaluación de las políticas sociales surgidas para hacer frente a la emergencia social posterior a la crisis centrada en 2002 parece ir a contrapelo de lo que los propios sujetos afectados reclamaban.

«... lo que quiero es trabajar»

¿Qué te parece el programa Trabajo por Uruguay?
Margot: No es una solución, seis meses. Me vuelvo loca, tengo que empezar otra vez a buscar trabajo. No. Por eso nunca he ido. Primero, no me gusta trabajar con otra gente. Vas por trabajo en Barrido Otoñal vas en una barra y no me gusta, no me gusta. Y además, la solución es ahora, ¿pero después? Pasa el otoño, ¿y qué hacemos? Tengo que salir otra vez a buscar trabajo y no. Me parece que para el que lo toma está bien, pero para mí no.

¿Plan de Emergencia?
Margot: Nunca lo cobré. El Plan de Emergencia me parece alimento de vagos: «¡Dame laburo! No me des mil trescientos pesos, que encima no alcanza para nada. Dignificame dándome trabajo, si yo lo que quiero es trabajar. No quiero que vos me mantengas» [...]. Hay gente que cobró el plan e hizo cosas buenas: se arregló su casa, le compró cama a los *gurises*, o sea... pero acá había uno que era un borracho, un drogadicto de miércoles y la cobraba para eso. Así que está mal. «Anda a trabajar». «Dame laburo. No me des un surtido por mes», como por ejemplo el Plan INDA cuando yo estaba embarazada [...] que me corresponde... no seas malo: ¿qué voy a ir a hacer una cola de dos horas, ¿para levantar qué, dos kilos de leche en polvo? ¡Pero es nada! [...] Yo no discrimino a nadie, [pero] te mezclas con otro tipo de gente que se pelea por un kilo de azúcar... No cabe en mi cabeza, eso no es para mí [...]. Eso no es una ayuda, para mi manera de ver vos me estás fomentando a que yo me acostumbre a que vos me des. Y no es así, uno se tiene que ganar la vida, no que todo te venga de arriba... Esta misma charla la tuvimos hace tres años con una muchacha en Argentina que también estaba el plan Jefe de Hogar [...]. A la gente dale laburo, capacitala para trabajar en lo que quiera [...] Quiero que me des un laburo donde gane cuatro mil pesos y el ómnibus, ya está, aunque tenga que laburar ocho horas, bueno, trabajo ocho horas [...]. Por ejemplo yo en este momento que estoy desocupada, que ya te digo, no he arrancado para otras cosas porque no me gusta, pero uno se siente como que no ves a nadie. ¿Qué ves? Ves a tu marido, tus hijos, tu nieto... tu silla. Nada, ves que la cosa se va deteriorando y de repente vos decís «bueno...». Como yo le digo a mi marido —a veces se enoja—: «yo quiero calle, calle [*chasqueando los dedos*]. Yo no soy para estar acá adentro».

Cuando se ha experimentado la migración y se ha vivido en otras sociedades, en contextos de mayor accesibilidad, y cuando se ha trabajado en diversos espacios de socialización donde se interactúa con sujetos de diferentes estratos y enclasamientos, no parece viable otro tipo de prácticas que las reconocidas como las legítimas de un sistema de mercado. En muchos aspectos, situaciones como estas pueden ubicarse en la tensión entre las formas económicamente definidas como bajas y medias, un tipo de exclusión que solo puede combatirse con formas de inclusión directamente homologables a las reglas de juego vigentes en las dinámicas reconocidas como las imperantes en la medianidad de la sociedad. La venta de la fuerza de trabajo, el intercambio de dinero por las tareas de producción de materias y de dispensación de servicios, es concebida como la única manera digna de sostener la existencia. Todas las demás formas no son viables. El valor del esfuerzo, similar a la constitución de las clases obreras, puede reconocerse en este tipo de procesos de subjetivación, asociados a las generaciones de los nacidos al inicio de la Unidad Casavalle *(Las Sendas)*, formados en la educación pública y gestores de núcleos familiares con cierto grado importante de cohesión. Con orgullo, se dice haber rechazado o ni siquiera haber solicitado ser incluido en planes de emergencia social, desplegados en los momentos más duros de la crisis.

Margot se siente afectada por la degradación del sistema capitalista en cuanto tal, en su configuración contemporánea, pero no renuncia a la convicción de sus propias capacidades y habilidades para salir adelante:

> El 2002 nos mató, yo quedé con menos horas de trabajo y menos sueldo, ahí fue cuando empezaron a achicarme en el trabajo. Y él [su marido] acá en casa haciendo cosas así para comer y saliendo alguna changa y eso. El 2002 a nosotros nos mató. Además nosotros en ese tiempo teníamos un crédito en dólares... en dólares ¡Ay, Dios mío! El 2002 me marcó la vida. Me dio una lección. Fue difícil, creo que para todo el mundo. Queríamos irnos a la mierda, a China igual. Dame una mano que me quiero ir, era capaz de cerrar mi puerta e irme... La crisis fue espantosa.

Un mercado laboral precario la afecta desfavorablemente: ser mujer, mayor de cuarenta años y residente en una de las zonas más estigmatizadas de la ciudad son para ella las causas que determinan lo difícil de su situación: género, edad y clase. Como hemos visto, siempre ha optado por generar autoempleo, por encontrar las formas de crear por sí misma las fuentes de recursos, desde la recarga de garrafas de gas hasta la producción y la venta de alimentos, más aún luego de haber experimentado el empleo doméstico y haberse sentido menospreciada por parte de empleadores de alto nivel adquisitivo. Esta suerte de rebeldía la expresa en sus gestos y sus palabras, y se los transmite a sus hijos con toda firmeza. Trabajando es posible la circulación, la generación de redes sociales, de trayectorias por

diferentes espacios y campos, la apertura de nuevas posibilidades. Es necesario, nos dice, ajustar las políticas a las particularidades y no solo a las situaciones de emergencia extrema.

La preocupación, por tanto, de estos sectores más identificados con las capas medias, tanto cultural como económicamente, se vierte directamente sobre las nuevas generaciones, donde se aprecia con temor el posible desclasamiento, la inevitable pérdida de creencia en cualquier sistema moderno: asenso social gracias al esfuerzo y ahorro por el trabajo. Para las jóvenes, una de las pocas oportunidades presentes en la zona ha sido el trabajo transitorio en una organización no gubernamental haciendo el barrido de las calles. En su gran mayoría los vecinos se muestran muy preocupados por los efectos que genera el tipo de prácticas desarrolladas allí. Si bien se trata de trabajar y estudiar, las condiciones, el qué y el cómo, encierran muchos efectos según ellos nocivos para la constitución de la subjetividad de sus hijos y sus nietos:

> *Margot*: Hace trabajo de hombre, porque... no es solo barrer, es carpir. No tenés ni diez minutos de descanso, 4000 pesos, no te podés ni parar [...]. Si pasa el supervisor y estás parada ya te llevás una sanción, pero, ¿qué sos, una máquina? Está bien la oportunidad, pero están mal las condiciones de trabajo: ¿no te podés sentar en seis horas? [...] Yo trabajé siete años en una casa donde llegaba y comía primero, antes de empezar a trabajar. Más ellos que están en la calle y pasan frío [...]. A mi hija yo le doy para el ómnibus y viene caminando... antes había camiones que los ponían a cada uno en su zona, ahora no. Está trabajando en el Prado. Mi hija tiene dos bebés, tiene una bebita de diez meses, que toma pecho, y ella viene caminando desde el Prado [...]. Ese es el tema con nosotros: tenés que salir a laburar sí o sí [...]. Lo que tiene de bueno, de repente [...] es que te obliga a que vos estudies. Ella está estudiando ahí adentro, está haciendo panadería [...]. Dos veces por semana tiene taller obligatorio [seis horas en total, más las otras, treinta]. Cuando no va a una clase le descuentan medio día [...] En este caso a mi hija le gusta, la panadería le gusta, pero, ¿y si no le gustara? [...] Es como medio dictatorial, porque vos tenés que hacerlo sí o sí, porque sino después te descuentan el día. Y hay días que mi hija me dice «Hoy no sé por qué fui a trabajar, hoy perdí: porque no fui al taller y me descuentan 220 pesos» [más de un jornal].
>
> *¿Cómo maneja eso, educar con ganas para seguir adelante?*
> *Margot*: Ah... Yo les digo que hay que seguir trabajando. «Ahora, igual, menos mal que estás haciendo ese curso y que a vos te gusta porque de repente el día de mañana se termina —en enero del año que viene se te terminó— y podés salir a buscar trabajo en el tema panadería. No tenés por qué —que no es una deshonra— salir a lavar un piso, aguantar las viejas ricachonas que son unas rompebolas, ¿viste?», que tiene veinticinco

> mil cosas, y digo «Y bueno, por lo menos te ganás un sueldo mejor». Y obviamente a ella le cabe el rezongo: «Yo te mandé a estudiar, esto te pasa porque vos no quisiste». Porque yo la mandé a estudiar [...] Tiene hasta segundo [de secundaria], no sabés lo que me costó. Salió con doce años de la escuela y terminó con diecisiete, tercero [no completamente] [...]. Con los hermanos no pudimos hacerlo. Ellos son argentinos, en ese momento había que hacerles las cédulas uruguayas, salía dólares. Ta, y no se pudo. Y ellos no fueron y ellos querían: «Vos que pudiste no quisiste, así que andá a trabajar».

La situación general es mucho más preocupante para una mujer. Más cuando se tiene la convicción de que es necesario encontrar los ámbitos de libertad, apostar por la independencia frente al hombre y no quedar atada al mismo. Ello preocupa a estas madres, viendo que sus hijas no han podido mantenerse en el sistema educativo formal más allá de la primaria o quizás algunos años de la secundaria. Y esto sucede tanto para su hija como para sus nueras:

> No esperen nada de que vos, tu marido tenga que ir a trabajar, venga... porque de repente te puede pasar que el tipo queda sin laburo y vos estás sin trabajo, ¿y qué hacés? Vos te querés comprar una bombacha: «Ah, tengo que esperar a que cobre fulanito...» No, si trabajas vos, te la comprás vos y chau. Que sean independientes. Que no estén dependiendo de: «No, porque yo me junté, porque yo tengo un hijo». Yo tengo cinco y salí a trabajar.

Pero en términos generales, los jóvenes se enfrentaron en estos últimos años a cierto tipo de políticas sociales no muy provechosas, lo cual parece estar cambiando a partir de los actuales intentos por articular los aspectos educativos y los laborales con mayor proyección de futuro. Evidentemente, los momentos de emergencia no permiten desarrollar acciones de mediano y largo alcance, y las demandas urgentes enceguecen indefectiblemente a quienes necesitan salvarse en las situaciones más críticas. Ahora que es posible contar con más y mejores perspectivas, se hace necesario un replanteo profundo que dé cuenta de las aspiraciones de los colectivos involucrados. Como hemos planteado antes, ¿por qué los jóvenes del barrio tienen que oficiar de barrenderos y basureros? Hasta el momento, las soluciones ofrecidas, más que estimular lo que hacen es inhibir las potencialidades en la mayoría de los casos. Si bien es altamente positivo el hecho de contar con dispositivos en los cuales se deba estudiar algún tipo de oficio por ejemplo, tal y como están planteadas las cosas ello sigue siendo un límite muy precario y una apertura muy reducida del rango de oportunidades. Además, si el resto del contexto no se puebla de más propuestas y entre todas no se potencian en una sinergia

positiva, muchos jóvenes vuelven a quedar restringidos a lo que parecía ser una nueva oportunidad.

Lo mismo que sucedía con las mujeres jóvenes en la familia de Margot, lo hemos encontrado en los variados núcleos familiares con los que estuvimos relacionados directamente a lo largo de la investigación y la intervención. En una de las jornadas de campo fue significativa la aparición de uno de los nietos de Sandra y José en el jardín delantero de la casa principal del predio familiar en Jardines del Borro. Justamente nos encontrábamos dialogando sobre estos asuntos, y ellos manifestaban su desacuerdo con todas las políticas sociales llevadas a cabo hasta entonces, en 2008, en cuanto resultaban ser un «parche de la situación». Su nieto se acercó a nosotros para unirse a la conversación. Estuvo dos años en esa ONG para luego volver a quedar como antes, sin trabajo y sin vinculación con ningún centro educativo. Había abandonado la secundaria en primer año y se encontraba desilusionado frente al hecho de que nunca lo llamaran de los empleos a los que había ido a inscribirse. Pensaba, en definitiva, volver a esa organización, el único recurso disponible, para una vez más pasar por los dos años de gracia que le permitiera contar con un sueldo, estudiar algún oficio y estar vinculado con sus pares. El lunes de esa semana no había ido a hacerlo, porque se había dormido, síntoma del cansancio y la apatía propia de una situación deprimente. Lo que a él le gusta, nos afirma, es la mecánica. Aprendió «mirando, donde desarman motos, acá en el barrio», es decir, en desguazaderos de vehículos, muchas veces de carácter ilegal. ¿Por qué no puede dedicar sus energías a prepararse profesionalmente en tales oficios, tener la oportunidad quizás hasta de avanzar aún más una vez concluida su formación y obtener un empleo digno, desarrollar estudios de carácter terciario, en ingeniería industrial por ejemplo? Todas esas ganas y todo ese talento una y otra vez aplastado por un contexto que lo reenvía a la situación de precariedad que ha reinado en su universo hasta ahora.

Algunos adultos nos manifestaron que han tenido graves problemas con algunas de las organizaciones no gubernamentales que operan en la zona, y existe un clima generalizado de descontento y de mucho escepticismo por estas y otras causas, cuestión ampliamente conceptualizada por muchos investigadores críticos con estas investigaciones, tanto a nivel planetario como local (Hardt y Negri, 2005; Zibechi, 2008). Más allá, nuevamente, de cuestiones morales o estrictamente jurídicas, lo que nos interesa aquí es el carácter antropológico de estos fenómenos, es decir, el universo existencial donde habitan este tipo de subjetividades, los procesos existentes y los límites que determinan lo posible, junto a las direcciones que habiliten su franqueamiento para su transformación. Y, en tal sentido, lo relevante resulta ser el carácter conflictivo de la presencia de este tipo de entidades, que se suma a las relaciones de fuerza propias de la micropolítica de la periferia: es imposible pensar la periferia sin tomar en cuenta los efectos que estas organizaciones han generado. El más importante de todos ellos ha sido una suerte de homogeneización

de la mirada, donde en salvadas excepciones se generaliza una visión pesimista, tanto sobre ellas como sobre el Estado y sus instituciones.

Parece evidente que el camino debe ir por la vía del empoderamiento local, la articulación de los recursos debe hacerse desde allí, junto con un combate permanente a los mecanismos de reproducción de la fragmentación y la abstracción institucional que han caracterizado la historia de las políticas aplicadas a las poblaciones, una estrategia biopolítica sustancialmente diferente a las que han generado estos procesos (Foucault, 2007). No todo es pesimismo y existen variadas experiencias en tal sentido. Una de ellas ha sido la del Grupo de Adultos Mayores de la Policlínica Casavalle. Si bien la participación en este grupo está definida por aquellos que padezcan problemas de hipertensión, diabetes y obesidad, sus actividades han ido multiplicándose sin cesar, y se han generado actividades como la creación de un coro. Gracias a ello, ha emergido el sentimiento de «grupo organizado», que ha ido ampliando sus intereses y sus acciones en relación con las demandas de la comunidad. María ha sido una de sus fundadoras y participa activamente en el grupo.

Es, por tanto, desde la vida donde emerge la articulación y no desde intereses abstractos de tipo especulativo, sea en forma de corporaciones, partidos, etc. Este anclaje en lo vital y lo concreto posibilita la existencia de lazos no tan fáciles de romper, de formas de comunicación que no ceden tan rápidamente frente a las presiones de la fragmentación y del repliegue de cada elemento en sí mismo. Es así que se encuentran:

> mujeres de acá [Jardines del Borro], del [Barrio] Municipal, de Las Cabañas [del Padre Cacho]: seguridad; una escuela más, porque la escuela no da; una sala velatoria para el barrio también, porque cuando muere alguna persona que no tiene algo pago, la velan en la capilla, porque el salón que dice «Salón Comunal» es de uno, dos o tres que lo gobiernan [ubicado en el Barrio Bonomi] y dejan entrar a los que ellos quieren [...]. Hemos tenido reuniones en la Intendencia, la Jefatura... pero todo queda en foja cero, como en las reuniones internacionales, que son pura charla [...]. Algunos cambios han sido para bien, pero no los sentimos en el barrio.

Los conflictos de intereses con quienes manejan ese espacio comunitario han sido tales que han perdido la posibilidad de usarlo: el taller de artesanías que llevaban a cabo y en el que una miembro del grupo oficiaba de profesora compartiendo sus conocimientos se había suspendido, y el coro había pasado a organizar sus reuniones en la vivienda de un vecino que lo integra, en las proximidades. Esto mismo generó que el coro se independizara y emergiera más allá de la policlínica que lo vio nacer, para convertirse en un fenómeno más amplio y no reducido tan solo a quienes padecieran alguna de las molestias y las enfermedades que restringían su integración. Gracias a estas

actividades, no solo se han generado vínculos transversales entre los fragmentos del territorio, sino que se han podido organizar acontecimientos novedosos, salidas y encuentros con otros con quienes se comparte una misma y diferente condición. Los festivales de coros de adultos mayores, por ejemplo, han logrado que muchas de estas vecinas y vecinos hayan accedido a niveles de participación que los integran genuinamente a redes sociales mucho más vastas. Todo ello nos lo narraba María, mientras nos mostraba con orgullo las fotografías y los diplomas que daban fe de lo vivido, las huellas inscritas de estos procesos que reforzaban los recuerdos y servían de catalizadores para nuestras reinterpretaciones del pasado reciente.

Otros espacios se encuentran en la actualidad en proceso de territorialización, de apropiación y de significación por parte de los vecinos. Uno de ellos es la sede en Casavalle de un Centro de Desarrollo Económico Local (CEDEL), generado entre 2004 y 2006 desde un proyecto de cooperación internacional entre organismos públicos (IM y MEC) y la Unión Europea, y para nuestro caso particular, con una fuerte impronta del Instituto Cultural Suecia-Uruguay. En sus instalaciones —que sobresalen en el paisaje por su diseño, sus materiales y su mantenimiento— se han llevado a cabo variadas acciones, entre las que se destacan cursos de informática, reuniones corales, clases de oficios (confección de vestimenta, cerámica, talabartería, telar y otras), y últimamente se ha instalado una Usina Cultural del MEC. Allí, es posible acercarse y contar con la infraestructura necesaria para llevar adelante proyectos artísticos, en especial musicales y audiovisuales. Este proceso se encuentra recientemente en marcha y merece una investigación específica, ya que constituye un fenómeno riquísimo en lo concerniente a la producción de subjetividad, comunicación y cultura. Cada vez es más evidente que la exclusión social no trata solamente de aspectos relacionados al acceso a los bienes materiales de consumo, y que es necesario salir de las aporías propias del relativismo (¿hay que aceptar o rechazar aquellas formas culturales que atentan contra las que son consideradas socialmente como las hegemónicas y por tanto modélicas?). Para ello es necesario potenciar la creatividad lo más posible, dar acceso genuino y sostenido a los medios de producción cultural y comunicacional, junto con políticas territoriales, laborales y sanitarias en una sinergia productiva.

Previo a las últimas elecciones nacionales de 2009, una consultora hacía público un estudio muy significativo, en tanto respondía a la percepción social de las políticas llevadas a cabo hasta el momento. El 19 % de los encuestados cuestionaba el Plan de Emergencia, como hemos visto que plantean muchos de los vecinos de la cuenca Casavalle, como «dar dinero sin trabajo». En los hechos, se trataba de un índice mucho más bajo del que aparentemente se podía encontrar si seguíamos las indicaciones de los discursos mediáticos por lo general producidos por y para los sectores medios; pero efectivamente este plan representó la acción de gobierno con menos aceptación de la llamada opinión

pública. Ese dato fue titular de prensa por aquellos días (*La República*, 2009). ¿Cuántos hubieran muerto de hambre si no hubiera existido este plan de extrema necesidad; cómo comenzar a revertir una tendencia que se vio potenciada abruptamente en los últimos años pero que ha venido pautando la historia social del Uruguay desde mucho antes?

El Informe *Pobreza, indigencia y desigualdad 2004-2008*, elaborado por el propio MIDES y otras entidades del llamado Gabinete Social, junto con el INE, nos sirve para dilucidar el panorama. En aquellos cuatro años, se había pasado del 31,9 % al 20,5 % de pobres, según el cálculo de ingresos familiares; es decir, de casi el tercio de la sociedad uruguaya al quinto. Igualmente, los niños entre cero y cinco años siguen siendo los más pobres: del total de esa franja etaria, de 55 % se pasó al 39,4 %, reduciéndose por tanto en un 15,6 % (INE, 2006b y 2009; *El País*, 2009). Si a esto le sumamos los efectos de las reformas en el sistema sanitario, las condiciones laborales en general y otro tipo de propuestas que hacen que el ingreso medio de los hogares (de 2,8 integrantes promedio) haya aumentado un 30 %, parecería que el camino está claramente trazado. Igualmente, los datos cuantitativos, que se sostienen en indicadores factibles de ser aislados y computados, no se traducen directamente en las vidas de los sujetos, menos en sus sistemas de creencias, de significación y de horizontes de expectativas. Y frente a ello es que se abre, por último, el mayor desafío de todos: hacer que estas transformaciones sean asumidas por los propios colectivos, las masas o mejor aún las «multitudes» (Hardt y Negri, 2005), en un diálogo permanente entre las formas abstractas de las instituciones y lo emergente instituyente propio de los procesos de subjetivación concretos, en las vidas cotidianas de quienes deben ser más que destinatarios: agentes activos de su propio destino. A la par que se profundizan las transformaciones, es necesario que vayan siendo progresivamente asumidas y gestionadas por quienes son afectados directamente. De lo contrario, se corre el gran peligro de que todos los esfuerzos se diluyan, que no logren encontrar anclaje, y que nuevamente nos enfrentemos ante la parálisis, el deterioro y la precariedad.

Conclusiones

23

Un colaje en la ciudad[43]

> «La forma arquitectónica no está destinada a funcionar como Gestalt cerrada sobre sí misma sino como operador catalítico generando reacciones en cadena en el seno de modos de semiotización que nos hacen salir de nosotros mismos y nos abren campos inéditos de posibles [...] puede generar proliferaciones y líneas de fuga en todos los registros del deseo de vivir, el rechazo de abandonarse a la inercia dominante.»
>
> Guattari (2000, p. 271)

La espacialización de las desigualdades sociales ha pautado el desarrollo urbano y territorial en general, tanto en lo referente a las políticas emprendidas por las instituciones como a los movimientos migratorios de los habitantes desplazados, una espacialización que es también movilidad. Al respecto el caso de Montevideo es hasta el momento paradigmático. Con un corrimiento urbano del 32 % en los últimos cuarenta años, su población más que aumentar ha disminuido (Martínez Guarino, 2007). El poblamiento de los bordes periféricos ha desdibujado los límites de la ciudad, mientras numerosas viviendas en las manzanas de las zonas consolidadas (con servicios y comunicaciones) permanecen vacías, tapiadas para evitar su ocupación. La polarización social se ha hecho visible en la espacialización, así como esta se ha consolidado como determinante crucial en las configuraciones subjetivas de los desplazados, lo que ya sabemos que sucede: la corrosión de la identidad a partir de la estigmatización de quienes habitan ciertos lugares etiquetados de *rojos*, *peligrosos*, *violentos* (Wacquant, 2007). Es así que la ciudad contemporánea muestra vacíos en las antiguas zonas consolidadas y se extiende a lo largo de cinturones y concentraciones de pobreza.

Las zonas segregadas más que homogéneas tienden a una diferenciación radical, lo que sí es acompañado por una homogeneización al interior de cada fragmento urbano, unidad de espacio que se repliega sobre sí misma. Prolifera una pluralidad de entidades espaciales, cada una con sus cualidades específicas, en un contexto de solapamiento mutuo permanente y de nuevas ocupaciones que reconfiguran la cartografía en su totalidad. Desde el punto de vista urbanístico, se ha diferenciado tres tipos de ciudad: la tradicional,

43 Publicado en Álvarez Pedrosian (2010, pp. 10-15).

la alternativa y la informal. La primera refiere a los entornos clásicos, para Latinoamérica corresponde a los cascos coloniales y a los diferentes ensanches previos al siglo xx. En Montevideo esto es evidente en su morfología: la península hoy llamada Ciudad Vieja, y los barrios incluidos en el bulevar Artigas proyectado en el segundo ensanche de la ciudad. También existen antiguos pueblos absorbidos posteriormente, así como fraccionamientos donde se erigieron espacios de las mismas características. La ciudad alternativa refiere a los modelos surgidos de los CIAM, que tipológicamente se traduce en edificaciones en altura, viviendas de bloques y en tiras, complejos habitacionales de alta densidad, esparcidos por todo el viejo entramado y concentrados en ciertos sectores, algunos una vez periféricos y otros siéndolo aún. La ciudad informal, por último, es aquella determinada por la autoconstrucción y la falta de planificación, como en la ciudad medieval o en los actuales *cantegriles*, villas miserias, asentamientos, favelas, poblaciones, etcétera.

Existen experiencias como las de Casavalle —localidad que desde hace dos décadas se ha consolidado como la zona roja, de mayor desorden y caos social en el discurso hegemónico—, donde se mezclan estas tres formas en un contexto de marginación; zonas tratadas como depósitos espaciales donde experimentar con programas de mínimos costos y tener poblaciones enteras en situación de transitoriedad, donde otros, que son los desplazados, encuentran espacio para levantar su rancho, su chabola. En realidad, Casavalle nace en la zona designada por los fundadores de la ciudad para las chacras, más allá de los ejidos y de los propios y las dehesas. Del trazado inicial de los repartos de tierras (1726) queda determinada la actual orientación de las calles, las macromanzanas previas a la subdivisión de las chacras, la forma de v de la periferia, donde Casavalle ocupa el vértice inferior que ha sido convertida en un embudo, una cuña. Hasta allí penetra aún el medio rural en forma ostentosa, los campos verdes y el vacío más cercano a las zonas céntricas y consolidadas de la ciudad. Cuando en las primeras décadas del siglo xx se comenzó a urbanizar el antiguo paraje Casavalle, se lotearon terrenos de grandes extensiones —como el barrio Plácido Ellauri de 1908, loteamiento de macromanzanas para casas de tipo quinta de Francisco Piria, el mayor emprendedor inmobiliario de entonces y conocido internacionalmente por su balneario Piriápolis, donde aún permanece su castillo alquimista— y se fundaron barrios según los modelos de la ciudad-jardín de Howard, por entonces valorados como solución a la transición entre el campo y la ciudad.

Desde mediados del siglo xx comenzó la sucesiva construcción de complejos habitacionales en toda la zona. El primero de ellos fue el llamado Unidad Casavalle, parte de un proyecto más ambicioso, construido en 1958. El barrio Jardines del Borro, creado en 1926 y ubicado inmediatamente al norte, sintió las primeras conmociones; pero el contexto se agudizó cuando en 1972, un año antes del golpe de Estado civil-militar que duraría formalmente hasta 1984, se levanta la llamada Unidad Misiones, *Los Palomares*

para todos los vecinos de dentro y fuera, por su forma y densidad. En términos generales del mercado inmobiliario y la propiedad de la tierra, en 1974 se liberan los precios de los alquileres y con ello la dictadura pauta desde el principio un movimiento migratorio de amplios sectores desde las zonas consolidadas de la ciudad hacia las periferias desprovistas de urbanidad, expulsados por no poder ni siquiera alquilar. Tendencia migratoria que ya había comenzado una década atrás a causa de los precios, pero que desde entonces se consolidaba estructuralmente. *Los Palomares,* nacidos en tal contexto, se convertirían en uno de los espacios de mayor hacinamiento y concentración de la pobreza, y para el imaginario social contemporáneo, de circulación de sustancias ilegales como la pasta base y escondite de la ley para los que así lo necesiten; ambas cuestiones en realidad mucho más extendidas por todo el territorio, incluyendo a la franja costera, tan valorada por los sectores medios y altos montevideanos. Los habitantes de la primera unidad habitacional, la que lleva el nombre del barrio, se habían establecido permanentemente una vez que se hizo evidente que los proyectos estatales de entonces no se iban a cumplir, y aquellas viviendas transitorias dispuestas en formas de peine a lo largo de sendas peatonales fueron lo único que se construyó, mientras la fase final de un complejo de mayores calidades materiales y expresivas jamás se concretó. *Los Palomares* desde el vamos fueron transitorios, fueron también construidos para durar aproximadamente diez años; aún existen, superpoblados, implosionando.

A estas dos tramas hay que superponerles la tercera, la de la ciudad informal. En nuestro caso es la más extendida, atraviesa transversalmente todo el territorio, se comporta más como una mancha que como un emplazamiento y no cesa de transformarse. Son los más de cincuenta asentamientos de población en la zona, algunos ya con más de veinte años de existencia, algunos menores a cien habitantes, otros mayores a mil. Últimamente, algunos de ellos, muy pocos, han entrado en el proceso de regularización emprendido por los agentes públicos, que implica algo así como una refundación en la mayoría de los casos sobre la antigua ocupación, con construcciones de estándares dignos y con la participación de los vecinos en el proceso; se trata de emplazar aquello que se ha configurado con grupos seminómades. Pero toda la zona sigue siendo un depósito: aún se envían contingentes poblacionales y se erigen nuevos entornos espaciales discontinuos entre los existentes y siguen en pie, y más vivos que nunca, aquellos que una vez fueron planteados como transitorios, de gran precariedad y limitados para soportar una población cada vez mayor, así es como se consolidan los asentamientos.

A pesar de la fragmentación espacial y subjetiva en general, se han tendido y se siguen tendiendo puentes entre los fragmentos, entre individualidades aisladas y cerradas sobre sí mismas. Si de las condicionantes se trata, todas tienden a la fragmentación, desde la morfología de las unidades habitacionales emprendidas por los diferentes gobiernos en medio siglo hasta el

abandono del equipamiento urbano y la prestación de servicios, que por lo menos tendría que entramar los distintos fragmentos. Es así que se generan grandes diferencias jerárquicas en el interior de la zona, entre los fragmentos, así más como en su interior, hasta la unidad familiar o individual. Y es que más allá de los discursos, de los símbolos y las significaciones, la necesidad lleva a que exista una movilidad entre los fragmentos a la interna de la zona, así como con el exterior, principalmente desde los asentamientos. El depósito no deja de estar conectado en todas direcciones, obviamente, a través de los conductos de la segregación social y de la marginalidad.

Y es por esta razón que, a pesar de no perder jamás las relaciones con el exterior, el asilamiento es efectivo. La lógica de segregación va acompañada de una de fragmentación, con lo cual los elementos se relacionan más con los del exterior que con los otros contiguos y semejantes. La producción de subjetividad queda fuertemente determinada por estas premisas que actúan sobre todo tipo de estratificación: el trabajo, el consumo, la salud, etc. La mayoría de las mujeres se dedican al trabajo doméstico en casas de las zonas de la ciudad ocupadas por las clases medias y medias-altas; la presencia de militares de bajo y medio rango es creciente; así como la principal fuente de recursos en los asentamientos es la basura generada por los que más pueden consumir y llevada hasta allí para ser clasificada y vendida a los centros de reciclado cercanos.

Como plantea Deleuze, estamos hechos de tres tipos de líneas (Deleuze y Parnet, 1997, pp. 141-142). Las líneas duras y segmentarias aquí aparecen caracterizadas por una fuerte ruptura con el entorno, referidas a modelos que reagrupan a los sujetos en otros conjuntos que repelen al vecinal, profundamente estigmatizado, a tal punto que en algunos casos se hace necesario ocultar y mentir sobre el lugar de residencia en estos otros campos de experiencia, principalmente los laborales. En el segundo tipo de líneas, de los microdevenires, es donde es posible el enriquecimiento de los encuentros. En esta situación de guetización, ello es posible desde el reconocimiento de las semejanzas en las contigüidades, algo que ha estado bloqueado y hasta fuera de lo posible de cierta manera. El proceso de creación de identidad, asechado permanentemente por la estigmatización sostenida desde el bombardeo *massmediático*, se ve dificultado ante la negación de la posibilidad en sí misma, desprovisto de material en una vida cotidiana sufrida como una eterna transitoriedad, en un alto grado de evanescencia. Vecinos de un mismo pasaje, una misma senda, de algún camino dentro de un asentamiento, rehuyen de la existencia del otro. La *polis* en tanto configuración de ciudadanos, intersubjetividad productora de vínculos, emerge de manera discontinua y fragmentada, implicando un esfuerzo gigantesco por parte de los vecinos, que se movilizan en diferentes redes locales. Los vecinos, además de tener que «trabajar para trabajar», sobrellevar una economía excluyente y precaria, tienen que tomar en sus manos el destino del espacio público desbordado de basura, surcado por sabuesos infectados,

ratas y cucarachas. Algunos movimientos sociales han surgido de los encuentros posibilitados por diferentes fuerzas sociales, algunos están vinculados al socialismo cristiano y a la teología de la liberación, generando cooperativas de trabajo y de vivienda, otros a organizaciones centradas en la condición de género, otros a las necesidades gremiales como las manifestaciones de carros de caballo de hurgadores de basura ocurridas estos últimos años como protesta ante las autoridades municipales, así como de colectivos generados a partir de intervenciones sociales promovidas por el Estado.

Nosotros hemos tratado de trabajar para plantear un tercer tipo de líneas, las líneas de fuga, las de transformación de lo existente, a sabiendas de que es prácticamente imposible encontrar una salida a corto plazo. Pero las líneas de fuga claramente nos plantean la necesidad de reconsiderar entre todos los participantes, vecinos e instituciones, desde todos los saberes disciplinares y no disciplinares, una realidad otra frente a estos depósitos espaciales. Algunos especialistas en urbanismo han planteado la necesidad de derribar algunos de estos complejos habitacionales, dejando a veces en pie algún sector de estos (Lombardo, 2005). Los vecinos de los diferentes fragmentos tienen versiones parciales de estas apreciaciones, pero en el fondo saben que lo que empezó como algo transitorio alguna vez terminará. Pero frente al temor de volver a quedar sin techo, como antes ellos mismos o sus antepasados recientes, y adaptados estratégicamente a las condiciones existentes, si se embarcan en algo más que en el reconocimiento mutuo, en el proceso de creación de nuevas formas de vida, no podrán ser nuevamente desilusionados y abandonados a su suerte.

Esto implica poner en consideración el deseo de vivir según entornos más urbanos o más rurales, según formas más artificiales o más naturales. Dar la opción a repoblar los espacios abandonados de la ciudad consolidada a quienes así lo deseen, mientras se cualifica positivamente el antiguo depósito recuperando todo el potencial paisajístico que tenía. No podemos seguir negando la existencia de estos procesos y su rol como generador del avance de la ciudad sobre el territorio. Como afirman algunos urbanistas, aquí y así es dónde y cómo se está haciendo la ciudad nueva, es un hecho (Cecilio, Couriel y Spallanzani, 2003). Frente a ello parece posible, creemos, que la puesta en práctica de procesos de diseño colectivo entre especialistas y vecinos, en un contexto de recursos decididamente diferente —de lo contrario, sería más de lo mismo: unidades de mínimos costos que devienen en casuchas, complejos que se cierran sobre sí y se hunden sus mantenimientos, espacios libres proyectados para futuros parques convertidos en asentamientos— lleve a transformar el espacio a partir de una experiencia colectiva que fuera al mismo tiempo un proceso de transformación de las subjetividades involucradas, un hacer que genere nuevas formas de ser, esta vez con bastantes armas como para destrozar el estigma que siempre está allí para abortar toda gestación. Sería posible, en definitiva,

hacer de la individualidad del fragmento una singularidad en un flujo, de las diferencias en comunidades de centenas o miles de sujetos la materia prima para diseñar una heterogeneidad de espacios y espacialidades. Con ello es posible transformar el actual conjunto de piezas de diferentes rompecabezas en un *collage* abierto y múltiple, conectado a todo el territorio y singular al mismo tiempo en tanto *lugar*, cualificado según semióticas y estéticas afirmadas en afectos y preceptos emergentes, y no erosionado y desfigurado por la negación y el abandono fruto del estigma.

24

Por una política instituyente

La participación en este tipo de contextos y circunstancias, donde la realidad parece tan dura, tan difícil de transformar, nos pone frente a la necesidad de superar los límites de lo posible de ser pensado y hecho. Semejante a lo que ocurre en un genocidio, un etnocidio o en situaciones de guerra, la producción y la reproducción de la marginalidad se muestra como una de las caras más brutales de lo humano, lo peor de nosotros mismos, «la miseria del mundo» (Bourdieu, 2000). Por encima y por debajo de voluntades individuales, las fuerzas estructurales y estructurantes operan más allá de cualquier miramiento subjetivo, pero no dejan de ser siempre fruto de experiencias, haceres y construcciones «demasiado humanas», al decir de Nietzsche. Tristemente aún persisten—y lo más seguro es que seguirán por un tiempo indefinido—las acusaciones, los reproches, las culpabilidades. Los mecanismos transferenciales son ya un clásico en los análisis de las ciencias humanas y sociales, en especial los que toman en cuenta la producción de deseo y la construcción de realidad. Lo hemos visto en lo relativo a las estigmatizaciones (Goffman, 2006), pues se trata de lo mismo pero a gran escala: «los pobres» siguen siendo acusados de merecer lo que les sucede, los niños nacidos en las peores condiciones imaginables son librados a su suerte sin importarle prácticamente a nadie más qué sucede con ellos, sin indignar a los demás miembros de la sociedad, pues no es considerado como una injusticia, sino como un destino manifiesto, incluso como una suerte de *karma* que algunos tienen que vivir y otros —los que se salvan de ello— afortunadamente no. Este desprecio por el otro cercano, el «prójimo», en un contexto donde lo social en cuanto tal se halla fragmentado y horadado por todo tipo de fuerzas atomizadoras, cierra su ciclo una vez que se sostiene la necesidad de reprimir, encarcelar y tener controlados a aquellos que han logrado crecer en tales condiciones y amenazan el orden imperante de los mismos que miran hacia otro lado.

El cambio cultural debe ser holístico, transversal a todos los sectores y enclasamientos sociales; es la única forma de desbaratar los discursos filantrópicos y asistencialistas de una vez por todas, dejar de culpar a los inocentes y seguir dándole rienda suelta a los impulsos de muerte. Los afectados somos todos quienes compartimos una vida cotidiana relacionada directa e indirectamente a través de diferentes tipos de vínculos, incluidos los más violentos. ¿Por qué aún no se ha podido formular una gran política articulada de recursos para combatir y superar la pobreza y la indigencia? Si bien es cierto que en estos últimos años el Uruguay se encuentra en un camino prometedor al respecto,

el problema no es institucional, sino instituyente: lo que sigue faltando es una «revolución molecular» (Guattari y Negri, 1999), en los niveles más íntimos de la producción de subjetividad, que convierta en necesidad urgente el tener que transformar definitivamente las condiciones de exclusión, el sufrimiento y la violencia que se sigue reproduciendo a pesar de todos los esfuerzos de estos últimos años provenientes de las instituciones públicas. Y es que todo ello atraviesa los enclasamientos y los sectores sociales: sigue siendo una reproducción del estigma el considerar que quienes se muestran económicamente acomodados no padecen sufrimiento alguno y el consumo se mantiene como el modelo que guía a muchos de quienes sueñan con ascender socialmente. Cuando nos percatamos de que este tipo de fenómenos se presentan alrededor de todo el planeta, desde las periferias europeas y norteamericanas (Wacquant, 2007) hasta las grandes concentraciones de megalópolis caóticas y monstruosas en el llamado Tercer Mundo (Koolhaas *et al.*, 2001), captamos la gravedad de la situación y ello nos permite alcanzar una visión más acorde a las realidades particulares en las que estamos inmersos.

En este sentido, se hace muy difícil aceptar cómo en una sociedad relativamente de pequeña escala como la uruguaya, donde los números son varios ceros menores a los de las favelas de Río de Janeiro, o minúsculos en comparación a los de Lagos, en vez de atacar el problema de lleno se sigue alimentando el imaginario social del miedo, haciéndose increíblemente difícil reducir la brecha entre quienes tienen más y menos capital económico, cuando a escala macro no para de crecer a pasos sólidos. Evidentemente el problema no es cuantitativo y el caso de la periferia montevideana es un paradigma de ello, y más en extenso la uruguayidad en su proyección histórica (Real de Azúa, 1984). Lamentablemente, quizás cuando la desigualdad social, amplificada por su espacialización alcance los grados presentes en otros contextos se llegará a tomar conciencia de la magnitud del problema. Pero, ¿cuál es ese umbral? ¿No están ya las cárceles atestadas, las audiencias mediáticas saturadas, las instituciones directamente involucradas colapsadas? La criminalización, en especial de los jóvenes y los adolescentes, es un rasgo característico del proceso de exclusión y discriminación del Uruguay contemporáneo; son el otro a combatir y a encerrar. Y no es casual que en Casavalle sea donde se presente el mayor porcentaje de jóvenes que no culminan la educación media: 68,9 % (Carabelli, Cabrera y Hernández, 2010, p. 9).

El camino de la descentralización de las políticas ha ido instalándose tanto en las ciudades europeas como en las latinoamericanas, según diferentes procesos. La situación puede ser en especial difícil cuando surge como un «movimiento desde arriba», y cuando se arrastra un modelo neoliberal con su lógica de privatización: «Esto significó en muchos casos que los ricos se aseguraran mejores servicios y que los pobres tuvieran que hacer mucho trabajo voluntario, "mucha participación" para sostener los suyos» (Kaplún, 2010, p. 211). A pesar de la presunta caída de ese modelo, parece constatarse una

fuerte resistencia a la incorporación de hecho de las formas democráticas directas, asociadas a la autogestión de lo local, tan promovida desde las autoridades, pero difíciles de efectivizar.[44] Como también ha sido expresado: «más democracia o mejor democracia no siempre significa más elecciones, sino una toma de decisiones compartida» (Müllauer-Seichter, 2007, p. 169), lo que implica tener en cuenta a los involucrados desde las primeras etapas del diseño y la planificación.

Y es que no existe un diálogo en el sentido hermenéutico, una intercesión según una lógica de las multiplicidades y la transversalización aún más compleja, donde efectivamente se dé lugar para lo emergente, las novedades surgidas como focos autopoiéticos de generación de formas de ser a partir de haceres concretos. Antropológicamente se sigue pensando desde horizontes que no logran alcanzar la comprensión del otro, pues no se pone en juego el mismo marco desde el que se está pensando, y por ello no se emprende el proceso de aprendizaje, que es de transformación, sino que se insiste en querer hacer encajar la realidad en los esquemas y modelos preexistentes. De esta forma, se persiste en negar la realidad, de formas más sofisticadas, pero negación al fin de cuentas, y lo más peligroso, atentando contra las esperanzas y la imaginación de otros mundos posibles al generar una deflación, una pérdida de sentidos por aparentes vaciamientos y desgastes de valores que de hecho no han sido más que capturados y utilizados como puro intercambio, como bien de una opinión pública homogeneizadora y homogeneizante.

Como extranjeros en su propia tierra: el fenómeno de hacinamiento y de compartimentación, y la marginalización más en general, experimentada en estas zonas convertidas en depósitos espaciales, se asemeja al de la inmigración contemporánea hacia aquellos territorios que han venido siendo focos de concentración hasta nuestros días, en especial suburbios y cascos antiguos de ciudades de los Estados Unidos y de Europa occidental. La cuestión profunda está implícita en el enunciado: ¿es *su propia* tierra? ¿Desde dónde se concibe tal cosa, si es que existe? Este es otro de los puntos medulares que han recorrido todo el proceso de investigación e intervención más en extenso. Estos contextos nos enfrentan ante lo más sombrío de lo humano, la violencia hecha sistema y volcada sobre los propios victimarios, lo que no deja de ser un derivado de las interrogantes planteadas antes: ¿Cómo puede

44 «Existe un considerable consenso social y también un registro de prácticas exitosas que ponen de relieve la importancia de incorporar a la ciudadanía en los procesos decisorios del ámbito gubernamental, a fin de lograr mayor cohesión social y más eficacia en las políticas públicas. Sin embargo, en el aparato gubernamental, y con cierta independencia del partido político que lo controla, es común advertir resistencias en los diferentes niveles de la burocracia a abrir las compuertas de la participación ciudadana. Esta falta de convencimiento sobre la importancia de movilizar a la ciudadanía a través de la acción pública la comparten también los partidos políticos que ven en la misma una competencia con la participación política más que un complemento» (Ziccardi, 2008, pp. 105-106).

ser que aquellos que son fatalmente excluidos se sientan incluidos en algún sentido? ¿Cuáles son estos horizontes supuestamente compartidos, qué hay más allá de las desigualdades expresadas en todo tipo de dimensión y aspecto vital? Pues la construcción identitaria es tan compleja, y los mecanismos de construcción de realidad más en general, como para dar cabida a todas estas situaciones gracias a paradojas, ambigüedades, ambivalencias y contradicciones. Tampoco podemos recurrir a una nueva estigmatización y afirmar, como se ha hecho desde perspectivas que proponían colaborar con los sujetos en tales condiciones, que de lo que se trata es que sencillamente se encuentran alienados, desconectados de su realidad y mediatizados por un sistema de ideas hecho por aquellas clases que pretenden perpetuar su dominación. Esta visión de la ideología como falsa conciencia, tan cara a la tradición crítica de corte materialista, ha mostrado ser insuficiente principalmente para desencadenar un proceso emancipatorio, pues se desvaloriza a aquellos que se pretende —con las mejores intenciones— apoyar. Subyace una posición soberbia y enceguecida, una metaideología, en aquella visión fruto de la fantasía que pretende eliminar todas las ideologías.

Cuando la proliferación de derivaciones teóricas se hace potencialmente infinita, cuando el distanciamiento muestra las líneas de fuga abiertas a unas virtualidades sin límites, esos movimientos de lo trascendente necesitan ser apreciados desde las inmanencias que jamás dejan de estar presentes. Se trata de la experiencia de lo existente, no de un discurso verdadero esperando ser develado: una infraestructura económica o una represión inconsciente. Allí, creemos, radica el aporte de la etnografía en tanto abordaje específico de y para la producción de subjetividad. Ni grandes declaraciones normativas de lo que se debería hacer, ni desnudas proposiciones de causas mecánicas de cómo funcionan las cosas por sí mismas, ni tampoco razones ocultas que son iluminadas gracias a la magia de un intérprete erudito: encuentros en un universo pluralista de construcciones-deconstrucciones en devenir, composición y creación sin cesar, problematizaciones y sus resoluciones transitorias. En una lucha permanente por encontrar los caminos de transformación, van emergiendo nuevas configuraciones que se instituyen y caen otras instituidas por perimidas. Esperamos que nuestro trabajo haya podido contribuir en tal sentido, brindando herramientas para la comprensión crítica de estos procesos generados desde diferentes formas de participación, con el propósito de alcanzar un mejor futuro para todos los involucrados.

Glosario de términos[45]

Achicar: Mantenerse en espera, poner en suspenso las actividades rutinarias.

Achique: Lugar donde esconderse, descansar o reponerse en general.

Bichicome (pichi): [lunfardo trad.] Hurgador de basura, por extensión vagabundo.

Bicho: Animal.

Boca: Lugar de venta de sustancias ilegales.

Cachar: [lunfardo trad.] Bromear, burlar, timar.

Cantegril (cante): Asentamiento irregular.

Champión: Calzado deportivo.

Chancleta: Calzado tipo sandalia, es decir, que no cubre todo el pie, hecho de suela y tiras.

Changa: [lunfardo trad.] Trabajo esporádico o mal remunerado.

Chiquilín, chiquilina: [lunfardo trad.] Niño, niña.

Chivito: Plato de la gastronomía uruguaya (sándwich básicamente de carne, jamón, queso, huevo, tomate y lechuga), considerado como uno de los más típicos.

Chorro, chorra: [lunfardo trad.] Ladrón, ladrona.

Chupar: [lunfardo trad.] Beber alcohol.

Ciber: De cibercafé. Local de ordenadores con acceso a internet y por extensión, aquellos con dispositivos lúdicos de nueva generación.

Encarar: Hacer frente a una situación.

Fanfa: [lunfardo trad.] De fanfarrón. Ostentoso, pedante.

Ganar: Salir victorioso de una situación, en particular un robo.

Guacho, guacha: Niño, niña, antiguamente aplicado a los huérfanos.

Gurí, gurisa: Chiquillo,chiquilla.

Judear: [lunfardo trad.] Molestar, fastidiar.

Laburo: [lunfardo trad.] Trabajo.

Lata: Pasta base, por alusión a los objetos que sirven para elaborar pipas para su consumo.

Latero, latera: Consumidor de pasta base.

Malandro: [lunfardo trad.] Sujeto de conductas dudosas y peligrosas.

Mangar: [lunfardo trad.] Sablazo: 1. Pedir dinero prestado; 2. Pedir limosna.

Milico, milica: Militar.

Mina: [lunfardo trad.] Mujer.

Nene, nena: Niño, niña de corta edad.

Palanca: Medida mínima de venta de droga.

Palo: 1. Golpe; 2. Daño y perjuicio; 3. Cansancio efecto de un esfuerzo; 4. Mil pesos uruguayos.

45 Conformado por aquellos términos y significados de términos utilizados en las entrevistas y de uso corriente. Algunos provienen del lunfardo (jerga tradicional rioplatense originada en los suburbios en el último tercio del siglo XIX); otros son americanismos y regionalismos más acotados al sur del continente, a la región rioplatense o a las zonas rurales de la antigua Banda Oriental; otros provienen del portugués, y, por último, algunos se asocian a jergas actuales como la denominada *plancha*.

Perder: Salir perdedor de una situación, en particular de un robo.

Pibe, piba: [lunfardo trad.] Niño, niña.

Plancha: Sujeto imaginariamente identificado a ciertos rasgos culturales (uso de gorro con visera, calzado deportivo, gusto por la música tropical, residencia en la periferia urbana y uso de una jerga propia).

Porro: Cigarrillo liado de marihuana.

Puntero: Vendedor de drogas a escala local.

Rancho: Vivienda precaria de origen rural, por extensión, la de asentamientos irregulares de materiales precarios.

Remar: [lunfardo trad.] Esforzarse con constancia.

Requechear: Hurgar en la basura y todo tipo de residuos.

Rescatar: Conseguir algo.

Rescatarse: 1. Dedicarse a los asuntos propios; 2. Salir de una situación dificultosa.

Viejo, ja: Padre, madre.

Siglas institucionales

AID	Agencia Internacional para el Desarrollo
BID	Banco Interamericano de Desarrollo
BPS	Banco de Previsión Social
CAIF	Centro de Atención Integral a la Infancia y la Familia
CEDEL	Centro de Desarrollo Económico Local
CEPAL	Comisión Económica Para América Latina y el Caribe
CEV	Comisión Ejecutora de Vivienda
Dinavi	Dirección Nacional de Vivienda
INAU	Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay
INDA	Instituto Nacional de Alimentación
INVE	Instituto Nacional de Viviendas Económicas
IRPF	Impuesto a las Rentas de las Personas Físicas
MIDES	Ministerio de Desarrollo Social
MEC	Ministerio de Educación y Cultura
MTSS	Ministerio de Trabajo y Seguridad Social
MVOTMA	Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente
IM	Intendencia de Montevideo
IMM	Intendencia Municipal de Montevideo
ONU	Organización de las Naciones Unidas
PIAI	Programa de Integración de Asentamientos Irregulares
Plemuu	Plenario de Mujeres del Uruguay
RAVE	Registro de Aspirantes a Viviendas de Emergencia
SIAV	Sistema Integrado de Acceso a la Vivienda
SOCAT	Servicio de Orientación, Consulta y Articulación Territorial
UTE	Usinas y Transmisiones Eléctricas

Bibliografía

Achugar, H. (1994). *La balsa de Medusa. Ensayos sobre identidad, cultura y fin de siglo en Uruguay*. Montevideo: Ediciones Trilce.

Achugar, H., y Caetano, G. (Comps.) (1992). *Identidad uruguaya. ¿Mito, crisis o reafirmación?* Montevideo: Ediciones Trilce.

Álvarez Pedrosian, E. (2004). La escucha activa en la comprensión crítica. En J. Barceló (Comp.), *Sociología Clínica (1)* (pp. 81-86). Montevideo: Facultad Psicología, Universidad de la República y Argos Ediciones Alternativas.

———— (2005, octubre 15). «Los límites de la solidaridad. El espectáculo de la pobreza y la institución de la caridad». *La Insignia*, *IV*, Madrid. Recuperado de http://www.lainsignia.org.

———— (2008a). Aterrizando en Aeroparque. Diagnóstico antropológico de una villa rural en el Área Metropolitana de Montevideo, Uruguay. *Encuentros Uruguayos*, *Revista del Centro de Estudios Interdisciplinarios del Uruguay*, *1*(1), 166-193.

———— (2008b). Cartografías de la uruguayidad. *Relea*, *Revista Latinoamericana de Estudios Avanzados*, *14*, (27), 109-128.

———— (2009). Casavalle: una zona, un barrio, un lugar. Periferia urbana y fragmentación de la subjetividad. *Actas electrónicas de las VIII Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales: El futuro del país en debate*. Montevideo: FCS, Universidad de la República.

———— (2010). Transformar la fragmentación urbana. *Barcelona Metrópolis. Revista de información y pensamiento urbanos,* (80), 10-15.

———— (2011a). *El afuera en el adentro. Estética, nomadismo y multiplicidades*. Montevideo: Liccom, Universidad de la República.

———— (2011b). El antes y el después de la ciudad neoliberal: La problematización de las políticas sociales y la reconfiguración de la periferia montevideana desde la experiencia de sus habitantes. *Ponto Urbe*, *5*(8). Recuperado de http://www.pontourbe.net/edica08-cirkula/172-el-antes-y-el-despues-de-la-ciudad-neoliberal

Andrada, A. *Portal Casavalle Digital*, 2006: http://www.casavalledigital.com. Recuperado el 29 de enero de 2009

Área de Defensa del Consumidor, Ministerio de Economía y Finanzas (MEF) (2010). *Portal*: http://www.consumidor.gub.uy. Recuperado el 20 de noviembre de 2010

Arim, R. (2008). Crisis económica, segregación residencial y exclusión social. El caso de Montevideo. En A. Ziccardi (Comp.), *Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social. Los retos de las políticas sociales de las ciudades latinoamericanas del siglo XXI* (pp. 71-98). Bogotá: Clacso-Siglo del Hombre Editores.

Aristondo, G. (2005). La legislación de la vivienda popular en el Uruguay del siglo XX. *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales, IX*(194). Recuperado de http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-194-29.htm

Austin, J. L. (1982 [1962]). *Cómo hacer cosas con palabras: palabras y acciones*. Barcelona: Paidós.

Badiou, A. (1990 [1989]). *Manifiesto por la filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Baitello Junior, N. (2008). *La era de la iconofagia. Ensayos de comunicación y cultura*. Sevilla: ArCiBel.

Banco Hipotecario del Uruguay (BHU). Documentos: http://www.bhu.com.uy. Recuperado el 10 enero de 2009

Banham, R. (2010 [1968]). Cuatro artículos sobre Los Ángeles. En E. Walker (Ed.), *Lo ordinario* (pp. 11-36). Barcelona: Gustavo Gili.

Benton, L. A. (1986). *La demolición de los conventillos: la política de la vivienda en el Uruguay autoritario* [*Reshaping the Urban Core*]. Montevideo: ciesu-Ediciones de la Banda Oriental.

Bértola, L. (2004). La dictadura: ¿un modelo económico? En A. Marchesi, V. Markarian, Á. Rico y J. Yaffé (Comps.), *El presente de la dictadura. Estudios y reflexiones a 30 años del golpe de Estado en Uruguay* (pp. 201-204). Montevideo: Ediciones Trilce.

Bourdieu, P. (2000 [1979]). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

——————— (Dir.) (2000 [1993]). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Cabella, W., y Bucheli, M. (2006). *Perfil demográfico y socioeconómico de la población uruguaya según su ascendencia racial (Con base en la Encuesta Nacional de Hogares Ampliada (enha))*. Montevideo: ine.

Cámara de Representantes (2005). Acta de la sesión del 3/11/2005. Recuperado de http://www.diputados.gub.uy/Informacion/Disc_46_I/C282_061_2005.htm

Campodónico, G., y Bolón, A. (2003). La voz paralizante: anotaciones sobre el rumor del 2 de agosto de 2002. En S. Romero Gorski (Comp.), *Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay 2002-3* (pp. 19-24). Montevideo: Nordan.

Campos, M., y Fernández, I. (2004). Diferencias culturales entre País Vasco, Galicia, Centro y Sur de España: investigaciones antropológicas y un estudio empírico retrospectivo. *Inguruak*, *Revista Vasca de Sociología y Ciencia Política*, (38), 103-134.

Camps, V. (1999 [1993]). *Paradojas del individualismo*. Barcelona: Crítica.

Carabelli, P., Cabrera, F., y Hernández, A. (2010). *Reflexiones en torno al proceso de desvinculación estudiantil en el Ciclo Básico de Secundaria en adolescentes del barrio Casavalle*. Montevideo: fhce, Universidad de la República.

Carmona, L., y Gómez, M. J. (2002). *Montevideo. Proceso planificador y crecimientos*. Montevideo: farq, Universidad de la República.

Castellanos, A. C. (2000). *Nomenclatura de Montevideo*. Montevideo: imm.

Castells, M. (1998). *La era de la información*, tomo I: *La sociedad red*. Madrid: Alianza.

Cecilio, M., Couriel, J., y Spallanzani, M. (2003). *La gestión urbana en la generación de los tejidos residenciales de la periferia de Montevideo. Áreas ocupadas por los sectores de población de bajos y medios ingresos*. Montevideo: farq, Universidad de la República.

Cosse, I., y Markarian, V. (1996). *1975, Año de la Orientalidad: identidad, memoria e historia en una dictadura*. Montevideo: Ediciones Trilce.

Cravino, M. C. (1997). Los asentamientos del Gran Buenos Aires. Reivindicaciones y contradicciones. En *Actas del V Congreso de Antropología Social*, Universidad de La Plata, La Plata. Recuperado de http://www.naya.org.ar/congresos/contenido/laplata/LP3/7.htm

Couriel, J. (2010). *De cercanías a lejanías. Fragmentación sociourbana del Gran Montevideo*. Montevideo: Ediciones Trilce.

De Lisio, A. (2007). La ciudad como antrotopo o el remozamiento termodinámico de la tradición ecológica urbana. *Revista Geográfica Venezolana*, *48*(2), 165-182. Recuperado de http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=347730366002

Deleuze, G., y Guattari, F. (1998 [1972]). *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós.

———— (1997 [1976 para «Rizoma»/1980]). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia II*. Valencia: Pre-textos.

Deleuze, G., y Parnet, C. (1997 [1977]). *Diálogos*. alencia: Pre-textos.

Dirección Nacional de Vivienda (DINOT), Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente (MVOTMA). Un barrio pensado por los vecinos: http://www.mvotma.gub.uy/dinot. Recuperado el 23 de enero de 2009

Dos Santos Gaspar, S. (2010). Gentrification: processo global, especificidades locais?», en *Ponto Urbe, 4*(6). https://doi.org/10.4000/pontourbe.1575

Douglas, M. (1973 [1966]). *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.

El País (2009, julio 23). Hay 180 mil pobres menos en un año. Montevideo. *El País*. Recuperado de https://www.elpais.com.uy/informacion/hay-180-mil-pobres-menos-en-un-ano

Enriquez, E. (1996). Ponencia. En Grupo de Sociología Clínica, *Fronteras disciplinarias: ruptura, interacción, multiplicidad. Primer Encuentro Nacional de Sociología Clínica* (pp. 15-23). Montevideo: División Editorial.

Espíndola, F. (2007). *Representaciones sociales de los jóvenes desde los espacios de exclusión social. De ser joven y vivir en Casavalle sin estudiar ni trabajar* (Tesis de Maestría en Sociología, Universidad de la República, Montevideo). http://hdl.handle.net/20.500.12008/8249

Fernández, C., Revilla, J. C., y Domínguez, R. (2011). Las emociones que suscita la violencia en televisión. *Comunicar. Revista Científica Iberoamericana de Comunicación y Educación*, *XVIII*(36), 95-103.

Ferreira, L. (2002). *Los tambores del candombe*. Montevideo: Colihue Sepé.

———— (2007). An afrocentric approach to musical performance in the Black South Atlantic: the Candombe drumming. *Trans. Revista Transcultural de Música,* (11). Recuperado de https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=82201112

Filgueira, F., y Gelber, D. (2003). *La informalidad en Uruguay: ¿Un mecanismo de adaptación del trabajo o del capital?* Montevideo: Programa ipes-Ucudal.

Folgar, L. (2001). La serpiente mordiéndose la cola en Los Palomares. En S. Romero Gorski (Comp.), *Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay 2001* (pp. 109-122). Montevideo: Nordan.

Foucault, M. (2002 [1984]). ¿Qué es la Ilustración? En *¿Qué es la Ilustración?* (pp. 81-108). Córdoba: Alción Editora.

———— (2007 [2004]). *Nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France: 1978-1979*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Geertz, C. (1996 [1973]). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

Giaimo, M. Á. (2007). Entre saqueos y corralito. Los discursos del miedo en la prensa uruguaya. *Diálogos de la Comunicación,* (75).

Godelier, M. (1998 [1996]). *El enigma del don*. Barcelona: Paidós.

Goffman, E. (2006 [1963]). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.

Gonçalvez Boggio, L. (2007 [2004]). Los territorios del candombe. En R. Pérez Fernández (Comp.), *Cuerpo y subjetividad en la sociedad contemporánea* (pp. 55-65). Montevideo: Psicolibros.

González, J., Gonnet, D., y Ramírez, A. (2005). *El gobierno progresista y la cuestión militar. De enemigo interno a mando superior de las FFAA*. Montevideo: FCS, Universidad de la República.

Guattari, F. (2000 [1989]). *Cartografías esquizoanalíticas*. Buenos Aires: Manantial.

——— (1996 [1992]). *Caosmosis*. Buenos Aires: Manantial.

Guattari, F., y Negri, A. (1999 [1989-1998]). *Las verdades nómadas. Por nuevos espacios de libertad & General Intellect, poder constituyente, comunismo*. Madrid: Akal.

Guigou, L. N. (2003). *La nación laica: religión civil y mito-praxis en el Uruguay*. Montevideo: La Gotera.

——— (2009). Religión, memoria y mitos. Las artes de narrar en la construcción de identidades. En S. Romero Gorski (Comp.), *Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay 2008-09* (pp. 107-124). Montevideo: Nordan.

Hall, E. T. (1994 [1966]). *La dimensión oculta*. Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores.

Hardt, M., y Negri, A. (2005 [2000]). *Imperio*. Barcelona: Paidós.

Hiernaux, D. (2006). Repensar la ciudad: la dimensión ontológica de lo urbano. *Liminar: Estudios sociales y humanísticos*, *4*(2), 7-17. Recuperado de http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/745/74540202.pdf

Holston, J. (2008 [1989]). La muerte de la calle. *Antípoda: Revista de Antropología y Arqueología*, (7), 257-292.

Hopenhayn, M. (1989). *Hacia una fenomenología del dinero*. Montevideo: Nordan-Comunidad.

Imbert, G. (2003). *El zoo visual. De la televisión espectacular a la televisión especular*. Barcelona: Gedisa.

Indovina, F. (2004 [1990]). La ciudad difusa. En Á. Martín Ramos (Ed.), *Lo urbano en 20 autores contemporáneos* (pp49-59). Barcelona: Universitat Politècnica de Catalunya.

Instituto Nacional de Estadística (INE) (2000). Cuadro 11. Población en hogares particulares por presencia de carencias en las condiciones de vivienda y tipo de carencia, según áreas aproximadas a barrios de Montevideo. Censo 1996, y Cuadro 12. Población en hogares particulares por presencia de carencias en las condiciones de vivienda y tipo de carencia, según áreas aproximadas a barrios de Montevideo. Censo 1985. Recuperado de http://www.ine.gub.uy/biblioteca/condiciones%20de%20vivienda/cuadro11.pdf y de http://www.ine.gub.uy/biblioteca/condiciones%20de%20vivienda/cuadro12.pdf

——— (2006). *Censo 2004, Fase I*. Montevideo: INE.

——— (2006b). *Líneas de pobreza e indigencia 2006. Uruguay. Metodología y resultados*. Montevideo: INE.

——— (2008). P1 Población por sexo, según Sección Censal y Barrios. Censos 1996, 1985, 1975 y 1963: Recuperado de http://www.ine.gub.uy/biblioteca/censos63_96/censos63_962008.asp#MONTEVIDEO 15

——— (2009). *Estimaciones de pobreza por el método del ingreso. Año 2008*. Montevideo: INE.

——— Programa de Integración de Asentamientos Irregulares (INE-PIAI, MVOTMA) (2006). *Relevamiento de asentamientos 2006*. Montevideo: INE.

Intendencia Municipal de Montevideo (imm) (2007). *Plan de Ordenamiento Territorial (pot)*. Montevideo: imm, revisión 2006-2007.

Inforvial (2006). Carritos de Montevideo. Un medio de transporte vital para muchos. En *Actas electrónicas del Simposio Internacional sobre Transporte y Desarrollo Rurales*, Instituto Mexicano del Transporte, Sanfandila (Querétaro).

Kaplún, G. (2010). La participación ya no es lo que será. Discursos y prácticas de participación y comunicación entre el siglo xx y el xxi. En R. Thornton y G. Cimadevilla (Eds.), *Usos y abusos del participare* (pp. 209-228). Buenos Aires: inta.

Koolhaas, R., Boeri, S., Kwinter, S., Fabricius, D., Obrist, H. U., y Tazi, N. (Dirs.) (2001). *Mutaciones*. Barcelona: Actar. Arc en rêve centre d'architecture.

Kruijt, D. (2008). Violencia y pobreza en América Latina: los actores armados. *Pensamiento Iberoamericano*, (2), 2.ª época, 55-70.

La República (2009, setiembre 3). Equipos Mori. El 61% apoya a Vázquez. *La República*, *12*(3377).

Lassiter, L. E. (2005). *The Chicago guide to collaborative ethnography*. Chicago: The University of Chicago Press.

Le Breton, D. (2003). La vida en juego, para existir. En D. Le Breton (Coord.), *Adolescencia bajo riesgo* (pp. 25-46). Montevideo: Ediciones Trilce.

Lévy, P. (1999). *¿Qué es lo virtual?* Barcelona: Paidós.

Lindón, A. (2006). La casa Búnker y la deconstrucción de la ciudad. *Liminar: Estudios Sociales y Humanísticos*, *4*(2), 18-35. Recuperado de http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/745/74540202.pdf

Lombardo, C. (2005). *Hacia la resignificación de Casavalle, Montevideo, Uruguay; lineamientos físico-territoriales*. Santiago de Chile: cepal-onu. Recuperado de https://repositorio.cepal.org/server/api/core/bitstreams/b167369a-9c77-4510-9d8f-ef83febbd914/content

López, M. N. (2003). *Informe sobre el Programa de viviendas para Jubilados y Pensionistas del bps-mvotma*. Montevideo: farq, Universidad de la República.

Lynch, K., y Southworth, M. (Eds.) (2005 [1990]). *Echar a perder: un análisis del deterioro*. Barcelona: Gustavo Gili.

Martín-Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones*. Ciudad de México: Gustavo Gili.

Martínez Guarino, R. (Ed. y Comp.) (2007). *Libro Blanco del Área Metropolitana (Canelones, Montevideo, San José)*. Montevideo: Presidencia de la República.

Mauss, M. (1972 [1925]). Ensayo sobre el don. Forma y razón del intercambio en las sociedades arcaicas. *Antropología y sociología* (pp. 153-263). Madrid: Tecnos.

Ministerio de Defensa Nacional-FFAA-Uruguay (2010). Datos demográficos sobre militares subalternos en 2010. *I-Red Presidencia*: http://www.ired.gub.uy. Recuperado el 5 de marzo de 2010

Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (MTSS) (2011). Trabajo doméstico e impacto de las políticas públicas en Uruguay: <http://www.mtss.gub.uy/index.php?option=com_content&view=article&id=3374:conferencia-trabajo-domestico&catid=428&Itemid=469. Recuperado el 17 de agosto de 2011

Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente (MVOTMA) (2008a). Pliego de bases y condiciones que regirá en el llamado a licitación pública n.º 01/002/2008 para la prestación del servicio de limpieza y mantenimiento de áreas verdes en complejos habitacionales destinados a jubilados y pensionistas, en el Departamento de Montevideo, que administra el Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente: http://www.mvotma.gub.uy/index.php?option=com_content&task=view&id=83&Itemid=83. Recuperado el 26 de enero de 2009

Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente (MVOTMA) (2008b). *I Conferencia de Políticas Afro en Vivienda. Seminario Afrouruguayos, derechos humanos, vivienda y medioambiente*: www.mvotma.gub.uy/index.php?option=com_content&view=article&id=260&Itemid=19

Mirza, C. (2010). Experiencias y desafíos de implementación de una nueva malla de protección social, el caso del Plan de Equidad. En M. Serna (Coord.). *Pobreza y (des) igualdad en Uruguay: una relación en debate* (pp. 303-321). Montevideo: Clacso-fcs, Universidad de la República.

Monge, F. (2007). La ciudad desdibujada. Aproximaciones antropológicas para el estudio de la ciudad. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, *LXII*(1), 15-31.

Montero, M. (2006). *Hacer para transformar. El método en la psicología comunitaria*. Buenos Aires: Paidós.

Morales, J. R. (1984 [1966]). *Arquitectónica. Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. Santiago de Chile: Facultad de Arquitectura y Construcción, Universidad del Biobío.

Morey, M. (1987). *El hombre como argumento*. Barcelona: Anthropos.

Müllauer-Seichter, W. (2007). La intervención ciudadana en la transformación de los espacios públicos. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, *LXII*(1), 167-185.

Peirce, Ch. S. (1999 [1894]). ¿Qué es un signo? En *Peirce en español*, Grupo de Estudios Peirceanos (gep) de la Universidad de Navarra.

Peralta, V. M. (1999 [1998]). *Vecindad, intimidad y fusión de reciprocidades*. Ciudad de México: Plaza y Valdés-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Perroni, E., y González Arias, D. (2008). *Seguridad ciudadana. Lo que dicen y lo que callan los informativos de tv*. Informe del Observatorio de Medios. Montevideo: claeh.

Pichon-Rivière, E. (1999 [1971]). *El proceso grupal*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Ponce Herrero, G. (Coord.) (2006). *La ciudad fragmentada. Nuevas formas de hábitat*. Alicante: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante.

Programa Alter-acciones, El Abrojo (2001). *Proyecto Barrilete Comunidad. Un proyecto de intervención comunitaria para la reducción de riesgos y daños del uso de drogas*: http://www.infodrogas.gub.uy/html/informes-documentos/proyecto_barrilete-comunidad.htm. Recuperado el 20 de junio de 2011

Programa de Integración de Asentamientos Irregulares (PIAI), MVOTMA. Asentamientos: http://www.piai.gub.uy/actores.php?op=0. Recuperado el 23 de enero de 2009

Radakovich, R. (2010). Fronteras simbólicas de la desigualdad en Montevideo: consumo cultural en una ciudad fragmentada. En M. Serna (Coord.), *Pobreza y (des) igualdad en Uruguay: una relación en debate* (pp. 286-300). Montevideo: Clacso-fcs, Universidad de la República.

Real de Azúa, C. (1984). *Uruguay: ¿una sociedad amortiguadora?* Montevideo: ciesu-Ediciones de la Banda Oriental.

Reid Andrews, G. (2007). Recordando África al inventar Uruguay: sociedades de negros en el Carnaval de Montevideo, 1865-1930. *Revista de Estudios Sociales*, (26), 86-104.

Renfrew, D. (2007). "*We are all contaminated" Lead poisoning and urban environmental politics in Uruguay* (Tesis de Doctorado en Antropología, Binghamton University, State University of New York).

Rial, J. (1991). Las Fuerzas Armadas de América del Sur y su relación con el Estado en el nuevo contexto democrático, en un mundo en cambio constante. *Revista de Estudios Políticos*, (74), 55-84.

Rico, Á. (2004). La dictadura, hoy. En A. Marchesi, V. Markarian, Á. Rico y J. Yaffé (Comps.), *El presente de la dictadura. Estudios y reflexiones a 30 años del golpe de Estado en Uruguay* (pp. 222-230). Montevideo: Ediciones Trilce.

Ricoeur, P. (2006 [1985]). *Tiempo y narración.* iii: El tiempo narrado. Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores.

Rincón, O. (2006). *Narrativas mediáticas. O cómo se cuenta la sociedad del entretenimiento.* Barcelona: Gedisa.

Roca Cladera, J. (2003). La delimitación de la ciudad: ¿una cuestión imposible? *Ciudad y Territorio: Estudios Territoriales*, (135), 17-36.

Romero Gorski, S. (1995). Una cartografía de la diferenciación cultural en la ciudad: el caso de la identidad «cerrense». En A. Gravano (Comp.). *Miradas urbanas, visiones barriales. Diez estudios sobre antropología urbana sobre cuestiones barriales en regiones metropolitanas y ciudades intermedias* (pp. 89-122). Montevideo: Nordan Comunidad.

——————— (2003). *Madres e hijos en la Ciudad Vieja. Apuntes etnográficos sobre asistencia materno-infantil.* Montevideo: Nordan Comunidad.

Ros, E. (2002). Las ferias de Montevideo: formas y razones del intercambio. En S. Romero Gorski (Comp.), *Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay 2002-2003* (pp. 197-203). Montevideo: Nordan.

Rostagnol, S. (2003). Representaciones y prácticas sobre sexualidad y métodos anticonceptivos. *Hombres de sectores pobres urbanos.* En S. Romero Gorski (Comp.), *Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay 2002-2003* (pp. 39-55). Montevideo: Nordan.

Rykwert, J. (1985 [1976]). *La idea de ciudad: antropología de la forma urbana en el mundo antiguo.* Madrid: Blume.

Sahlins, M. (1988 [1985]). *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia.* Barcelona: Gedisa.

Salcedo, M. T. (2005). Memoria de la identidad en espacios urbanos: hacia una antropología urbana de los sentidos en Colombia. En N. Rebetez motta y N. Ganduglia (Coords.), *El descubrimiento pendiente de América Latina: diversidad de saberes en diálogo hacia un proyecto integrador* (pp. 103-105). Montevideo: Signo Latinoamérica.

Sapriza, G. (1988). *Memorias de rebeldía. Siete historias de vida.* Montevideo: Punto Sur-Grecmu.

Sawaia, B. (Org.) (2009 [1999]). *As artimanhas da exclusão. Análise psicossocial e ética da desigualdade social.* Petrópolis: Vozes.

Sennett, R. (2000 [1998]). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo.* Barcelona: Anagrama.

Silva Echeto, V. (2009). Tácticas y estrategias contraculturales: Tribus, comunidades y creación antropófaga. En J. Rasner (Comp.), *La comunicación en la era de la mundialización de las culturas* (pp. 123-140). Montevideo: Universidad de la República.

Sloterdijk, P. (2003 [1998]). *Esferas I: Burbujas. Microsferología.* Madrid: Siruela.

Suárez de Garay, M. E. (2005). Armados, enrejados, desconfiados...: tres breves lecturas sobre la cultura policial mexicana. *Política y Sociedad*, *42*(3), 87-102.

Taussig, M. (2003). *Law in a Lawless Land. Diary of a «limpieza» in Colombia.* Chicago: University of Chicago Press.

Trigo, A. (1997). *¿Cultura uruguaya o culturas linyeras? (Para una cartografía de la neomodernidad posturuguaya)*. Montevideo: Vintén.

———— (2003). *Memorias migrantes: testimonios y ensayos sobre la diáspora uruguaya.* Rosario: Beatriz Viterbo Editora-Ediciones Trilce.

Tuan, Y.-F. (2003 [1977]). *Space and place: the perspective of experience.* Minneapolis: University of Minnesota Press.

Unidad de Participación y Coordinación, IMM, *Portal Webcinos*: http://www.webcinos.org. Recuperado el 14 de agosto de 2010

Vidart, D. (1969). *Tipos humanos del campo y la ciudad.* Colección Nuestra Tierra, (12). Montevideo: Nuestra Tierra.

———— (1997). *La trama de la identidad nacional.* Tomo I: Indios, negros, gauchos. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

Villalba, C. (2009). *Reporte sobre la situación actual del sector residuos sólidos y clasificadores en el marco de las actividades desarrolladas por el Ministerio de Desarrollo Social.* Montevideo: PNUD-MIDES: Recuperado de http://www.unpei.org/PDF/uruguay-PUC-PEI-InformeFinalconformato.pdf

Wacquant, L. (2007 [2006]). *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado.* Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Zibechi, R. (2008). *Territorios en resistencia. Cartografía política de las periferias latinoamericanas.* Buenos Aires: Lavaca.

Ziccardi, A. (2008). Pobreza urbana y políticas de inclusión social en las comunidades complejas. *Bitácora Urbano Territorial*, *13*(2), 93-108. Recuperado de http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=74811925007

Filmografía

Flores Silva, B. (1993). *La historia casi verdadera de Pepita la Pistolera.* Uruguay.

Ministerio de Desarrollo Social (MIDES) (2008). *Uruguay Integra.* Hoboken Films, Uruguay.

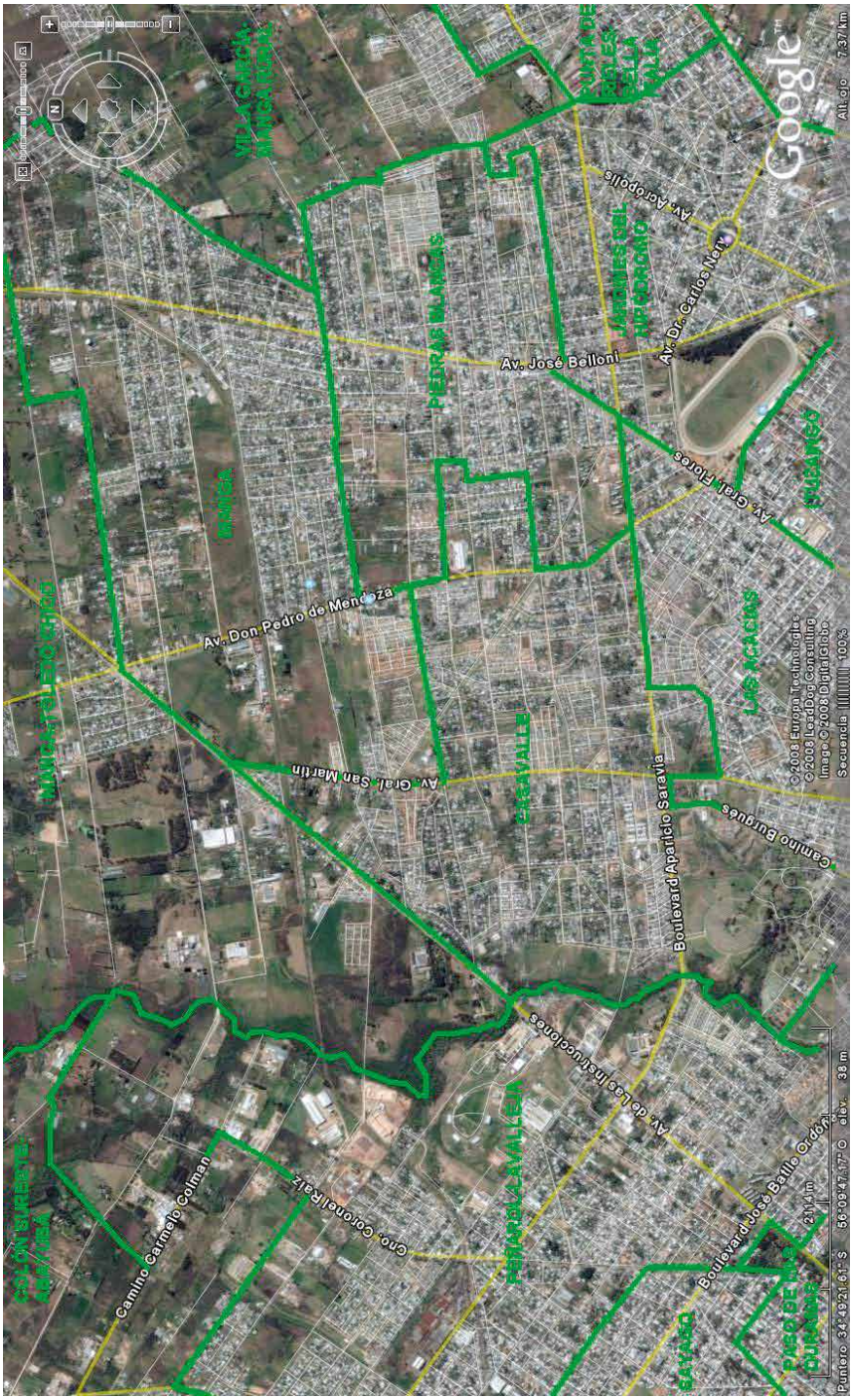
Ilustraciones color

Calle lateral a la macromanzana de los servicios públicos, hacia Unidad Casavalle | *(Las Sendas)*

Foto del autor.

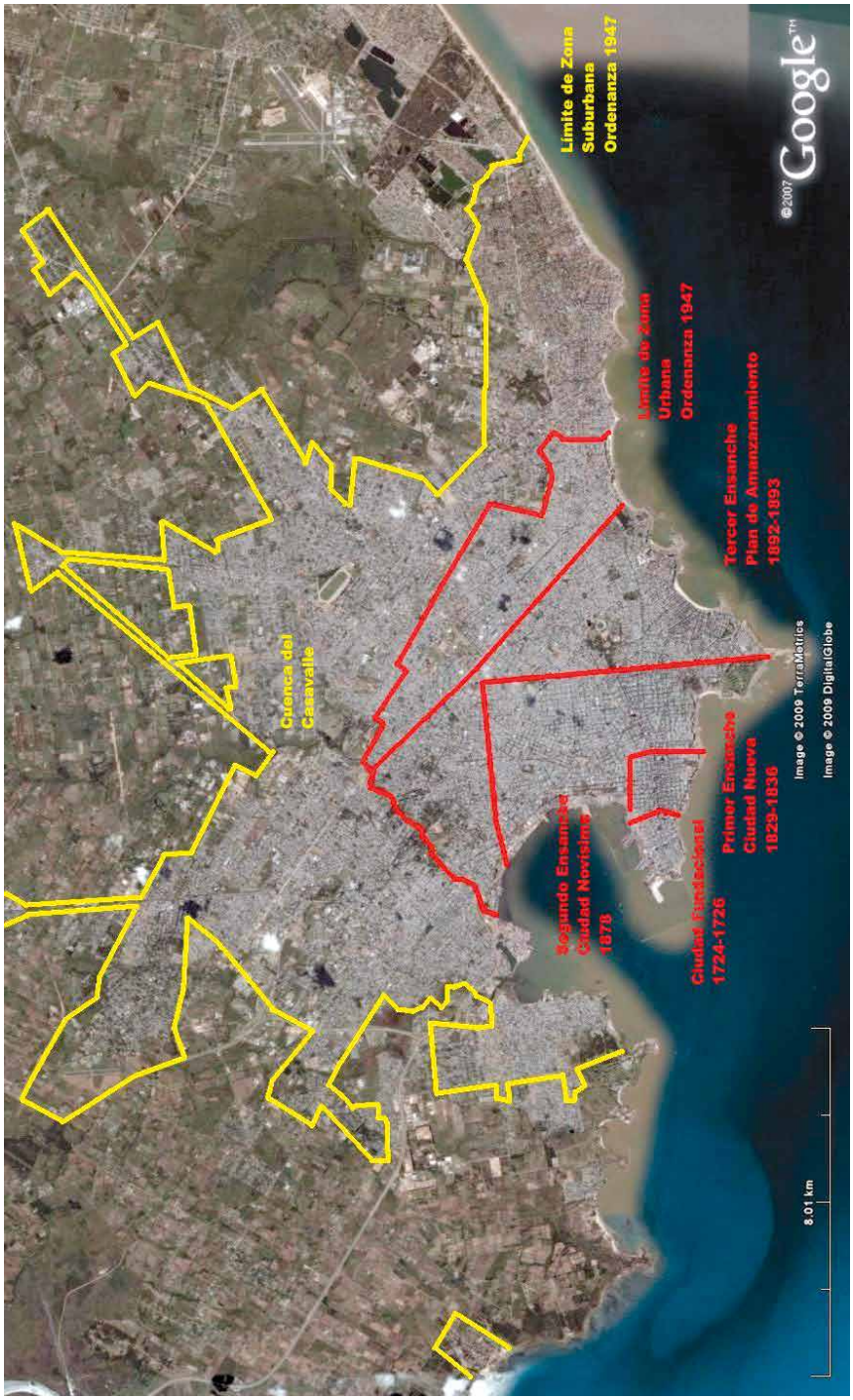
Vivienda autoconstruida en una de las sendas de Unidad Casavalle | *(Las Sendas)*

Foto del autor.



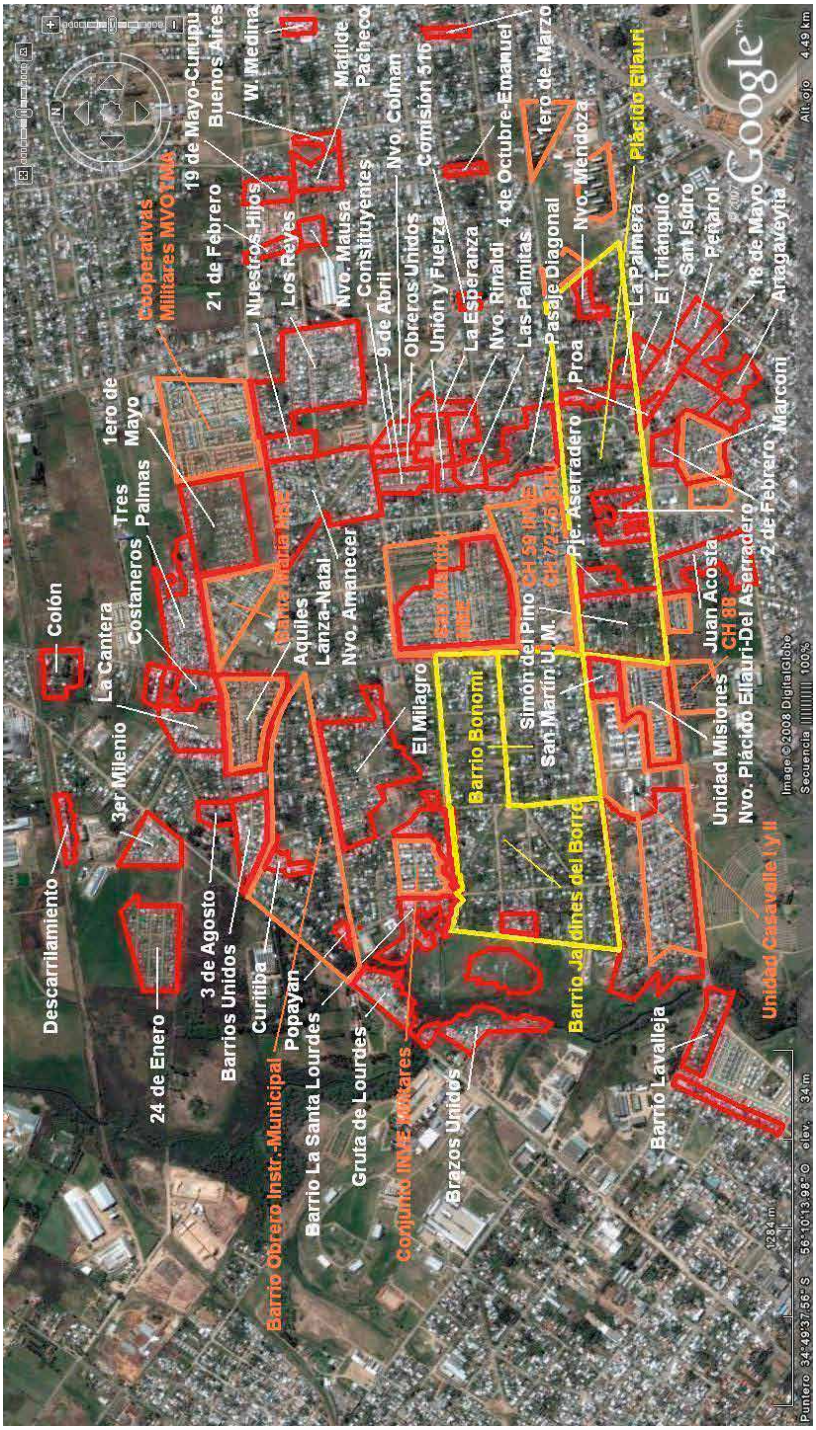
Área aproximada a barrio según el INE, correspondiente a la zona

Fuente: elaboración propia a partir de Google Earth.



Sucesivos límites y ensanches de la ciudad en el departamento de Montevideo

Fuente: elaboración propia a partir de Google Earth.



Referencias: barrios tradicionales complejos habitacionales asentamientos

Fuente: elaboración propia a partir de Google Earth.

Pasaje en Unidad Misiones *(Los Palomares)*

Foto tomada por el autor

Jardín interior en vivienda de Unidad Misiones *(Los Palomares)*

Foto del autor.

Pasaje de Unidad Misiones *(Los Palomares)*
Foto del autor.

Calle limítrofe entre Unidad Misiones *(Los Palomares)* y Unidad Casavalle II *(Las Sendas)*

Foto del autor.

Referencias: barrios tradicionales complejos habitacionales asentamientos

Área específica de estudio

Fuente: elaboración propia a partir de Google Earth.

Antigua plaza entre Unidad Casavalle I *(Las Sendas)* y Unidad Misiones *(Los Palomares)*, donde, a finales de 2013, se inauguró la nueva plaza Casavalle

Foto del autor.

Jardín-quintilla en vivienda del barrio Jardines del Borro

Foto del autor.

Uno de los senderos del asentamiento continuación de Unidad Casavalle I *(Las Sendas)*

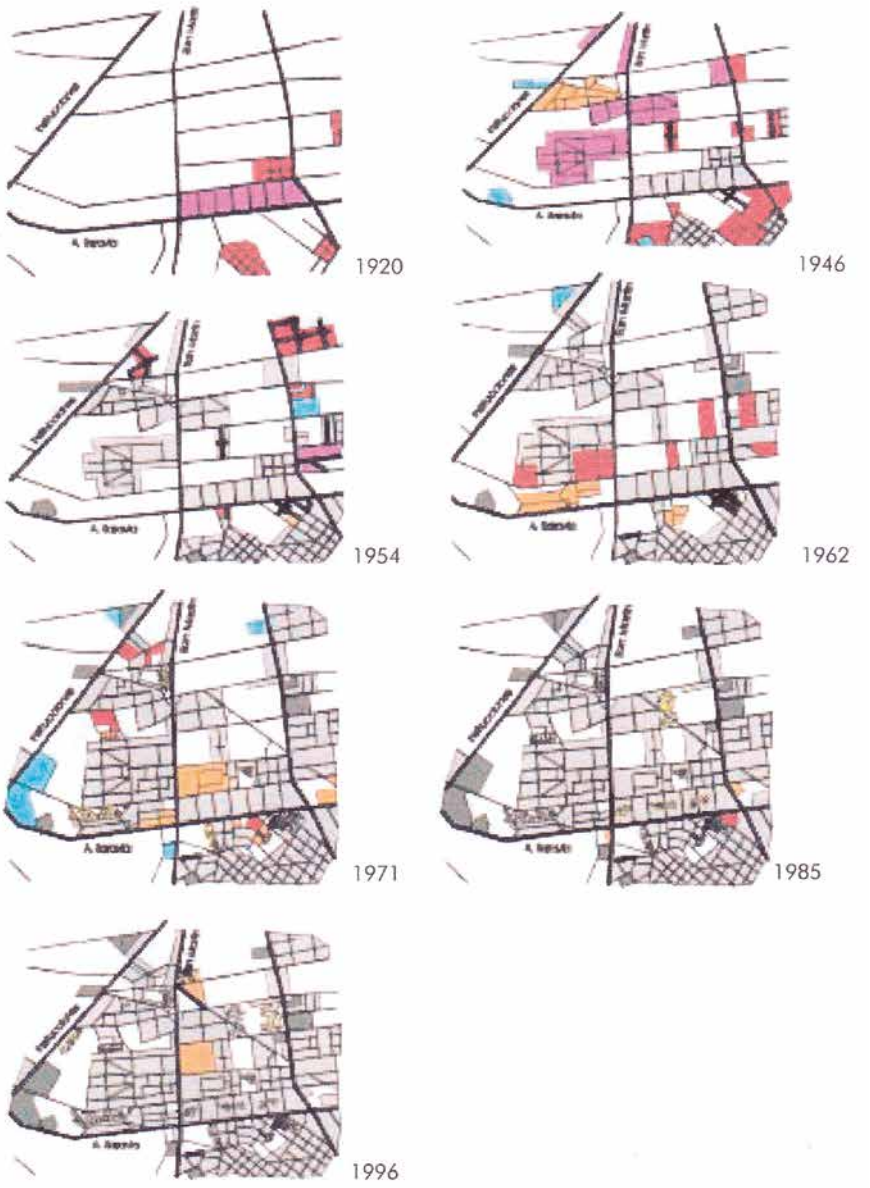
Foto del autor.

Recodo del asentamiento continuación de Unidad Casavalle I *(Las Sendas)*

Foto del autor.

Unidad Casavalle I *(Las Sendas)* y asentamiento contiguo

Fuente: elaboración propia a partir de Google Earth.



Ocupación del territorio en la cuenca Casavalle

Referencias: tejido residencial; tejido residencial, lotes grandes; otros destinos, grandes contenedores; tejido residencial, complejos habitacionales; asentamientos irregulares; tejido residencial, ocupación anterior; otros destinos, ocupación anterior

Fuente: Cecilio, Couriel y Spallanzani (2003, p. 92).

Eduardo Álvarez Pedrosian es licenciado en Ciencias Antropológicas por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República (Udelar), diplomado en Estudios Avanzados (DEA) en Filosofía (Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona, Catalunya), y doctor (PhD) en Filosofía: Historia de la Subjetividad, por la misma universidad. Posdoctorado en Antropología en la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de San Pablo, Brasil.

Se desempeña como docente del Departamento de Ciencias Humanas y Sociales del Instituto de Comunicación de la Facultad de Información y Comunicación de la Udelar, como coordinador del Laboratorio Transdisciplinario de Etnografía Experimental (Labtee) de la Udelar y su Programa en Estudios Culturales Urbanos y Territoriales (PECUT). Es investigador del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (ANII), Uruguay.

biblioteca**plural**

ISBN: 978-9974-0-2306-2